



*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

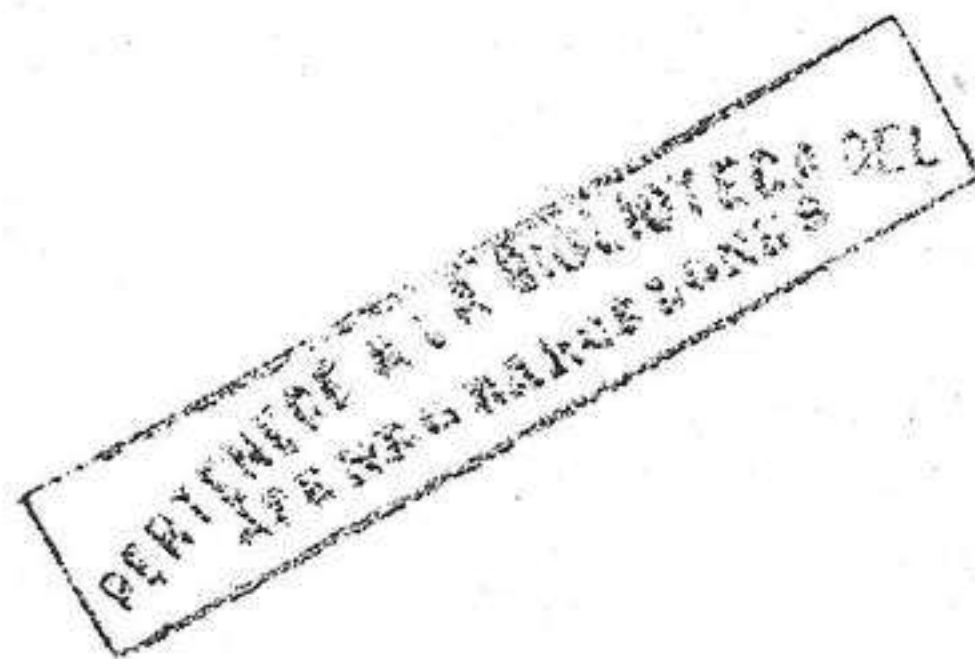
AÑO V

NÚM. LII

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO



~~~~~  
ABRIL—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

T A I N E



Cada advenimiento de un nuevo renombre literario preséntase cual un enigma ante el historiador de los espíritus; enigma sencillo á veces, como en el caso de que la obra del escritor aplaudido se adapte á las necesidades de la época y aparezca á modo de respuesta á cualquiera vaga y flotante cuestión que perturba las conciencias. No hace falta ningún poderoso esfuerzo de análisis para comprender que, en pleno fervor de restauración religiosa, *El genio del cristianismo* diese gloria de pronto á su autor, y que la Inglaterra de 1812, heroica y trastornada entonces, se hubiera reconocido á sí misma en la altiva melancolía de *Childe Harold* (1). Complicase á veces el enigma con los extraños cambios de frente que la opinión pública ejecuta con respecto á sus favoritos. Súbitamente, y sin que el escritor en boga haya hecho nada más que proseguir sus primeros trabajos con claro rigorismo lógico, se encuentra con que ha desagradado á quienes le aclamaban al principio; las cualidades de su talento truécense en un delito, y lo que le había hecho grande le abruma. Esta ha sido la historia de muchos personajes célebres de todos tiempos. Tal es hoy la historia de M. Taine. Este ha tenido sobre quienes se hallaron en su caso la superioridad de no quejarse, y creo que la única línea donde ha revelado el inevitable quebrantamiento interior es esta, que transcribo del prefacio de una de sus últimas obras: «Tengo también la pena de prever que este trabajo disgustará á muchos de mis compa-

(1) Véase, en la Memoria de Thomas Moore, la ingeniosa exposición de las causas de ese triunfo *eléctrico*, del cual decía Byron: «Me desperté célebre.»

triotas...» Hasta estos últimos años, en efecto, el autor de *La literatura inglesa* estaba puesto por la mayoría de sus lectores en las filas de lo que pudiera llamarse el grupo de la extrema izquierda del pensamiento contemporáneo. Había conocido todos los sinsabores de tal situación y también todas sus ventajas. El obispo de Orleans había señalado á la desconfianza de los padres de familia el filósofo culpable de haber escrito esta frase audaz: «Sean físicos ó morales los hechos, no importa, siempre tienen causas. Las hay para la ambición, para la valentía, para la veracidad, como las tienen la digestión, el movimiento muscular, el calor animal. El vicio y la virtud son productos, como el vitriolo y el azúcar...»; frase pasmosa y que el futuro jefe del naturalismo, entonces naciente, M. Emilio Zola, enarbolaba, como una divisa y un programa, á la cabeza de una novela que produjo un escándalo. Porque los jóvenes de la generación ascendente sentían por el audaz iconoclasta de los ídolos de la metafísica oficial un entusiasmo de discípulos, en que se confundían el temor de una iniciación peligrosa y el justo respeto por el colosal esfuerzo del hombre laborioso. Recuerdo que al acabarse la guerra, estudiantes apenas salidos del colegio, nos apretujábamos con el cora-

zón palpitante en la vasta sala de la Escuela de Bellas Artes, donde M. Taine explicaba durante los cuatro meses del invierno. El fresco de Pablo Delaroche desplegaba en la pared del testero sus personajes convencionales, pero majestuosos. Nos decíamos que la cortesana Maryx, la amiga de Gautier y de Baudelaire, había servido al pintor de modelo para «la Gloria distribuyendo coronas». El maestro hablaba con voz un poco monotonía y que ponía un timbre de vago acento extranjero en las palabras de las breves frases; y hasta esa misma monotonía, esos ademanes raros, esas facciones absortas, esa preocupación de no sobreañadir á la elocuencia real de los documentos la elocuencia ficticia del aparato escénico, todos estos mínimos detalles acababan de seducirnos. Aquel hombre, tan modesto que no parecía darse cuenta de su renombre europeo, y tan sencillo que sólo parecía cuidarse de servir bien á la Verdad, trocábase para nosotros en el apóstol de la nueva fe. Por lo menos, nunca había sacrificado en el altar de las doctrinas oficiales, jamás había mentido. Su pensamiento propio era lo que nos aportaba en aquellas frases cortas, tan concisas y tan precisas; sí, su pensamiento, profunda, invenciblemente sincero...

Han pasado los años desde entonces—¡ah!, no muchos—y hete aquí que M. Taine cuenta con devotos entre los que iban á la zaga de monseñor Dupanloup, mientras que sus casi fanáticos partidarios de otros tiempos le acusan de haber renegado las convicciones de sus comunes luchas. Aparecen los tres tomos de la *Historia de los orígenes de la Francia contemporánea*, y los partidos políticos se arrojan sobre esta presa. Para unos, el iconoclasta se ha convertido en un José de Maistre de la historia documentaria, surgiendo de los archivos con la mágica espada que derrocará á la Revolución. Olvidando los otros de qué incorruptible escritor juzgan la obra, atribuyen á las causas más mezquinas un pesimismo que sólo es consecuente, pero pretenden que sea contradictorio. Permaneceré fiel al programa primitivo de esta serie de estudios, si demuestro cómo una misma sensibilidad, una misma doctrina y un mismo método, han llevado á M. Taine á chocar con fuerza contra ciertas aspiraciones del alma francesa contemporánea, después de haberle conducido á halar involuntariamente algunas otras. Hay una frase admirable de Bossuet acerca de la justicia: «Es una especie de martirio...» La sinceridad implacable del pensamiento también es á veces una especie de martirio.

I

La sensibilidad filosófica.

Imaginemos que un lector de buena fe haya terminado el estudio de los veinte tomos que vendrán á componer en la actualidad las obras publicadas por M. Taine, y que deba resumir sus impresiones con uno de esos términos generales que clasifican á un ingenio, señalando á la vez su cualidad predominante y su tendencia favorita. Desde luego será difícil de hacer ese resumen, por la variedad de géneros en que ha sobresalido el autor y que ha transformado por la fuerza propia de su talento. M. Taine no puede ser llamado con mucha exactitud un crítico, por más de ser autor de ensayos de primer orden: por ejemplo, acerca de Balzac y acerca de Saint-Simon, obras maestras de sutil análisis y exposición lúcida. Basta comparar estas páginas con las escritas por Sainte-Beuve sobre los mismos asuntos, para advertir la diferencia entre los procedimientos de anatomía psicológica de un investigador que en la literatura ve un signo, y el método propiamente crítico de un juez á los ojos de quien la producción literaria es un hecho soberanamente interesan-

te por sí mismo. Sainte-Beuve abunda en distingos y hasta muchas veces en sutilezas, con el propósito de anotar mejor los más finos matices. Multiplica las anécdotas, con el fin de multiplicar los puntos de vista. Lo individual y lo particular es lo que le preocupa; y, por encima de esta minuciosa investigación, hace que se cierna cierto ideal de regla estética, con el cual deduce y nos constriñe á deducir conclusiones. M. Taine, por el contrario, emplea todos sus esfuerzos en simplificar. El personaje que considera, no es para él más que un pretexto de demostración. Su gran asunto es asentar con ese motivo alguna verdad muy general y de una importancia que le parezca superiosísima. M. Taine tampoco es un historiador, aun cuando haya firmado admirables fragmentos de historia. Al componerlos, no ha cedido á esa imperiosa necesidad de resurrección de lo pasado que se apoderaba de Michelet sólo por el contacto de los papeles amarillentos, papeles antiguos cuya escritura ha palidecido, mudos papeles que fueron manejados por dedos hoy descompuestos. Para M. Taine, un capítulo de historia es como la mampostería de un edificio sobre el que se alzaré una verdad general elevada hasta la plena luz de la evidencia. Michelet narraba por el

placer de narrar; M. Taine puede narrar con tan robusto relieve, pero lo hace por el placer de demostrar. M. Taine tampoco es un puro artista, aun cuando ha producido esos libros de descripción llena de color, donde ha notado los recuerdos de sus viajes por Italia, Inglaterra y los Pirineos. Si ha recorrido los paisajes de montes y llanos, de las vastas ciudades vivas y de las ciudades muertas, no lo ha hecho, como Teófilo Gautier, por asombrar sus ojos con aspectos nuevos del cambiante universo é invitado por la voz que murmura á nuestra imaginación nostálgica:

Sublimes espectáculos existen en la tierra, son reinos que se admiran desde la abrupta [sierra de negros escoriales, fantásticos granitos y azules oceanos, visibles infinitos...

Existe una hipótesis formulada por Montesquieu y desenvuelta por Stendhal, acerca de las relaciones entre el alma humana y su medio ambiente. La comprobación de esta hipótesis flotaba en los lejanos horizontes para M. Taine, y partió para traernos un diario de viaje que también tiene por objeto asentar una verdad general. Ensayos de crítica, trabajos de historia, libros de capricho, todo ha estado al servicio de una pasión dominante: la filosofía. M. Taine no ha sido ni

será nunca más que un filósofo. Rara vez fué más fuerte la unidad de una obra y más pronunciada la especialidad de una naturaleza. Es preciso describir esta naturaleza para comprender aquella obra, como para comprender el genio de un pintor es preciso describir sus ojos. Dado el elemento de la imaginación primitiva y original, el resto se deduce necesariamente.

Las diversas traducciones que, por elogio ó con hostilidad, pueden darse de la palabra «filósofo», se reducen á la siguiente: un ingenio filosófico es aquel que acerca de las cosas forma ideas de conjunto; es decir, ideas que representan no tal ó cual hecho aislado, tal ó cual objeto suelto, sino series enteras de hechos, grupos enteros de objetos. Esta definición se precisará con ejemplos. Cuando un poeta como Molière ó Shakespeare se propone pintar una pasión como los celos, ve un determinado celoso, Arnolfo ú Otelo, personaje vivo y concreto que va y viene por entre acontecimientos limitados; y al hacerlo así, obedece á su organización de artista. Por el contrario, cuando un filósofo como Spinoza se propone estudiar esta misma pasión, ya no ve ningún caso particular sino la ley común que rige á todos los casos, y expresa esta ley con una fórmula capaz de aplicarse lo mismo

al aventurero moro Otelo que al ciudadano parisiense Arnolfo: «Figuraos que otro se apega á lo que amáis con el mismo lazo de afición que os unía con ese objeto amado; sentiréis odio hacia ese objeto amado, á la vez que envidia de vuestro rival...» Y sigue un comentario teórico, plácido y universal como el desenvolvimiento de una proposición de geometría. El verdadero trabajo del filósofo consiste en investigar esta clase de leyes y elaborar fórmulas de esta especie. Su imaginación se pone en movimiento para perseguirlas. Esta fórmula os parece muerta á vosotros los que no os movéis entre las abstracciones como entre los seres. Para el filósofo, es viva. En ese escorzo contempla la innumerable fila de hechos especiales que obedecen á esa fórmula; y es tan vivo el placer de esta contemplación, que quienes lo han probado vuelven siempre á él, aun á través de los estudios más lejanos en apariencia. Si los azares de la vocación ó del destino han hecho del filósofo un pintor, romperá el molde harto estrecho de su arte con el fin de introducir en él ideas generales, y practicará el arte simbólico, cual Chenavard ó Cornelius. Si es poeta, el filósofo se interesará por los dramas oscuros que se presentan en las profundidades de la conciencia entre la duda

y la necesidad de creer, y escribirá *La Justicia*, como M. Sully-Prudhomme. Si el filósofo compone una novela, será *Las afinidades electivas* ó *El maestro Guillermo*, y la crítica encontrará allí materia para interminables discusiones: tantas teorías y observaciones sistemáticas se acumulan en ella. Pero pocos escritores han sufrido más que M. Taine la tiranía de esta extraña imaginación. Ella es quien le obliga á no ver en los magníficos fragmentos de un gran prosista, el romano Tito-Livio, más que una ocasión de discutir un teorema de Spinoza; quien le constriñe á interpretar en el sentido de una doctrina superior las obras maestras de todas las artes (*Filosofía del arte*), y las elegancias de la vida parisien- se (*Graindorge*), y la historia de la literatura inglesa, y la Revolución.

Es tan implacablemente soberana esta imaginación, que después de imponerle su método de análisis, le ha impuesto su forma. No existe en la literatura actual estilo más sistemático y con procedimientos que revelen mejor las ideas preconcebidas de un pensamiento seguro de sí mismo. Cada período de esas robustas páginas es un argumento, cada miembro de esos períodos una prueba en apoyo de una tesis sostenida por el párrafo entero, y ese mismo párrafo se relaciona íntima-

mente con el capítulo, el cual se enlaza con el conjunto; de tal manera que, á semejanza de una pirámide, desde las más tenues moléculas de las hiladas de piedra de la base hasta el sillar de roca de la cúspide, toda la obra converge hacia una punta suprema y que atrae hacia sí la masa entera... Fijaos en los brillantes trozos en que el prosista rivaliza con la pintura por el color de los detalles y el relieve de los contornos. Hasta los epítetos vistosos, hasta las metáforas visionarias sirven para ilustrar y hacer palpable alguna amplia ley del espíritu ó alguna verdad de la historia. Así es cómo con ocasión de *La Fontaine* y para hacer tocar con el dedo el vínculo que une la poesía del fabulista con el carácter del horizonte de la tierra donde nació, indica M. Taine el aire primoroso y agradable de las llanuras de Champaña; y ¡cuán perceptible se hace ese aspecto de primor y de agrado! «Pequeños riachuelos serpentean entre grupos de alisos, con graciosas sonrisas. Una fila de chopos solitarios al final de un campo grisáceo, un esbelto álamo blanco que se estremece en medio de un claro de retamas, el brillo fugaz de un arroyo á través de los guijos que le obstruyen el cauce, el delicado matiz con que la lontananza tiñe algún bosque descarriado: he aquí las bellezas de ese

paisaje...» También al final de un estudio acerca de Stuart Mill y de la inducción, aparece así la arquitectura de una ciudad universitaria inglesa: «Una luz amarilla se posaba sobre los almenares de las murallas, los festones de los arcos, el reluciente follaje de las hiedras...» Parece que vamos á leer las confidencias de un artista que goza con sus sensaciones. Pero en seguida surge una nueva frase que resume en una observación psicológica todo el sentido de esos monumentos y follajes: «... Enormes árboles de cuatro siglos de edad alargaban sus regulares hileras, y encontraba allí nuevas huellas del sentido práctico que ha realizado revoluciones sin cometer asolamientos...» Pudieran citarse á centenares frases análogas. Bastan éstas para permitirnos concluir que para M. Taine, como para los filósofos de raza, toda esta inmensa naturaleza tan compleja é intrincada no es más que materia para explotación intelectual, como para el pintor es asunto de cuadros y para el poeta tema de ensueños.

A cada especie de imaginación corresponde una particular especie de sensibilidad. No gozamos ni sufrimos sino con lo que sentimos como real; y sólo es real para nosotros lo que reaparece ante nuestra soledad cuando, al cerrar los ojos y dirigir nuestra vista hacia sí misma,

evocamos nuestro personal espejismo del universo. Sabiendo de qué modo interpreta la vida un filósofo, sabemos lo que ve interiormente en sus horas de meditación. Como toda experiencia se resuelve para él en algunas ideas generales, estas ideas son las que resucitan ante su pensamiento reflexivo. Por tanto, su sensibilidad respecto á las personas y cosas es mediana, por lo común, pues apenas existen para él esas cosas y personas. Por el contrario, sabrá distinguir innumerables matices en las ideas; saboreará la belleza peculiar, y, digámoslo así, técnica de ellas, como un pintor saborea la belleza técnica resultante de la yuxtaposición de dos colores y un músico la que proporciona la concomitancia de dos sonidos. Lo sublime de una amplia hipótesis arrojará al filósofo, lo delicado de una teoría le encantará. Sus conquistas amorosas serán el descubrimiento de ingeniosas fórmulas, y sus orgías el completo abandono á las embriagueces de la fantasía metafísica. Hay una plenitud del ser, que sólo se encuentra en una completa armonía entre nuestras facultades y nuestras acciones. Prodúcese entonces un estremecimiento de toda nuestra naturaleza, que exalta hasta su energía suprema la conciencia de nuestra vitalidad. Desde este punto de vista son idén-

ticas todas las pasiones; y el filósofo, al perseguir este éxtasis soberano de su cerebro, es hermano del jugador y del libertino, como del héroe y del mártir. Y cuanto más le avasalla el éxtasis, tanto más poderoso es el hombre. En los filósofos de genio ha sido tan extenso este éxtasis, que ha absorbido toda su savia y ningún otro gusto ha podido florecer á su lado. La biografía de Kant y la de Spinoza suministran dos incomparables ejemplos de esta posesión de todo un temperamento y del alma entera por un solo placer exaltado hasta el deliquio y amplificado hasta la manía. A través de las anécdotas extravagantes, adivinábase la magnificencia de una pasión irresistible que ha permitido al hombre crearse un universo dentro del universo, y moverse en ese dominio propio como el Eneas de Virgilio en su nube: «Y la diosa desplegó en torno de ellos en el espacio el manto de un vapor, por miedo de que alguien pudiese verlos, tocarlos...»

Ciertamente, las facultades de M. Taine son hartó complejas y despierta en demasía su curiosidad, para que en sus horas más absortas de especulación haya llegado nunca á esta soledad absoluta de la inteligencia y del corazón. Sin embargo, así como la imaginación filosófica es la pieza principal de su inteli-

gencia, de igual modo la emoción filosófica es la principal pieza de su sensibilidad. Abundan en sus libros los pasajes donde confiesa las profundas dichas de su pensamiento; hasta son las únicas confidencias que ha permitido jamás á su pluma de sabio, desprendido de su propia persona. Cuando habla de sus primeros estudios, dice con la nostálgica melancolía de un enamorado que piensa en las primeras citas: «He leído á Hegel todos los días durante un año, en provincias; es probable que nunca vuelva á tener impresiones iguales á las que me produjo...» Sainte-Beuve, dedicado á la historia natural de los espíritus por una vocación revelada desde sus años juveniles, ha escrito: «Tuve en esos comienzos instantes en que cifraba todo el porvenir de mi ambición y de mi ventura en leer algún día de corrido á Esopo, á solas, con tiempo nublado...» Tales líneas son la misma definición de una naturaleza intelectual. También M. Taine ha confesado esto: «A los veinte años, para las personas de imaginación, la filosofía es una amada omnipotente... Ciérnese uno sobre el universo, se remonta al origen de las cosas, se descubre el mecanismo del espíritu. Parece que de pronto nacen alas. Con esas nuevas alas, se lanza á través de la historia y de la naturaleza.» Esta efu-

sión lírica hace comprender que hable con una simpatía tan complaciente de M. Pierre y su amigo, los dos metafísicos domiciliados junto al Jardín Botánico, «quienes no van á reuniones, no juegan al *whist*, no toman tabaco, no son coleccionistas: les gusta razonar...» Si está en los Italianos y ve apoyarse de codos en el terciopelo sobre el antepecho de un palco á una hechicera criatura, sonrosada y virginal, con su vestido idealmente azul, la discute, medita, advierte con motivo de ella cinco ó seis verdades de psicología social, y dice para sí: «He sacado de ella todo lo que valía...» El mismo se ha puesto en escena bajo el transparente disfraz del viajero Pablo en el *Viaje á los Pirineos*, filósofo también, el cual pretende que «los gustos como el suyo crecen con la edad, y que, en suma, el sentido más sensible, más capaz de placeres nuevos y diversos, es el cerebro...» En los consejos que da á los jóvenes, con el disfraz no menos transparente de Thomas Graindorge, ¿qué felicidad suprema les recomienda que busquen? «La contemplación.» Entiéndase por esto esa filosofía que Carlyle, en su *Sartor resartus*, llama tan profundamente: «*a spiritual Picture of nature*, una pintura espiritual del mundo». La rica y prodigiosa variedad de los fenómenos resúmese

en algunas leyes que son, como las redomitas de opio, madres de grandiosos ensueños. Abandónase á ellas, y al punto «se deja de ver y oír un fragmento de la vida: el coro universal de los seres vivos es lo que se siente regocijarse y condolerse, la grande alma de que nosotros somos el pensamiento...» Esta vez no lo hubiera dicho mejor Spinoza, y se creería leer un comentario del admirable libro quinto de la *Ética*, acerca de «el amor intelectual de Dios». ¡Tan cierto es que tras muchos años de distancia y á pesar de las diversidades de educación y ambiente, las mismas pasiones se desahogan con idénticos gritos de elocuencia, con iguales acentos y casi con las mismas palabras!

Para un alma así dotada de la sensibilidad filosófica y de la imaginación que le corresponde, la sinceridad ni siquiera es una virtud, sino un estado habitual é inevitable. No puede calcular la resonancia de sus ideas: se lo impide la profunda absorción. Tampoco un verdadero poeta puede calcular el efecto que producirán sus versos, ni un matemático el valor de aplicación práctica de sus fórmulas. El impulso de la facultad dominante es demasiado poderoso, el goce que proporciona el ejercicio de esta facultad hartamente intenso.

Stendhal ha dado la razón de esta

imposibilidad en que se encuentra el artista por naturaleza, lo mismo que el sabio, de reflexionar acerca del alcance social de su trabajo: «... Un hombre como Juan-Jacobo Rousseau no tiene de sobra con diez y ocho horas diarias para pensar en darles vueltas á las frases de su *Emilio*. Un hombre que quiere reunir 400.000 francos con una cosa tan aburrida en el fondo como libros donde no hay alma, no tiene de sobra con diez y ocho horas diarias para hallar los medios de introducirse en los corrillos acreditados...» Tampoco M. Taine ha tenido de sobra con diez y ocho horas diarias para ordenar sus teorías, y por eso nunca ha tenido vagar para medir las consecuencias inmediatas de esas teorías desde el punto de vista de su aceptación por los contemporáneos. Así es que, en su juventud, ofendió los sentimientos religiosos y morales de muchos de sus compatriotas; como hace poco escandalizó los sentimientos políticos de otros muchos, sin darse cuenta de ello, y de seguro que sin inquietarse por el resultado de esos choques contra la opinión. «Hago de mí mismo dos partes, dice: el hombre ordinario que come, bebe, hace sus negocios, evita ser nocivo y trata de ser útil. Dejo ese hombre á la puerta. El que tenga opiniones, conducta, sombreros y

guantes como el público, sólo al público le importa. El otro hombre, á quien permito el acceso á la filosofía, no sabe que existe público. Jamás ha sospechado que de la verdad puedan sacarse efectos útiles... —Pero ¿es V. casado?—le dijo Reid. —¿Yo? Ni por pienso. Eso es bueno para el animal exterior y á quien he puesto á la puerta.—Pero va V. á hacer revolucionarios á los franceses—le dijo Royer-Collar.—No sé nada de eso. ¿Hay franceses?...» Compréndese ahora lo injusto que es pedir cuentas á un hombre así del lugar que le asignan en la confusión de la pelea de las doctrinas que luchan actualmente.

Una situación de espíritu un poco excepcional se paga siempre cara; acabamos de ver el coste de ésta. Pero también tiene sus ventajas. La más indudable es la autoridad. El hombre que posee este don de la autoridad puede llegar á ser impopular, odiado, calumniado. No por eso conserva menos ese prestigio singular, casi indefinible, que añade un peso considerable á toda palabra que sale de su boca, á todo escrito que surge de su pluma. Lo que asegura esta especie de poder al filósofo aislado en su sistema, es precisamente ese aislamiento y la cualidad de certidumbre que supone. Vivimos en una época de derrumbamiento religioso y metafísi-

co, en que todas las doctrinas yacen desparramadas por el suelo. No sólo no tenemos ya, como las gentes del siglo xvii, un *credo* general, regulador de todas las conciencias y principio de todos los actos; sino que hemos perdido también aquella fuerza de negación que fué el *credo* al revés del siglo xviii. Todas las personas que de cerca ó de lejos se relacionaron con el movimiento de combate dirigido por Voltaire tuvieron á lo menos una certeza: la de que luchaban contra el error. Toda una fe inconsciente iba envuelta en esa certidumbre. ¿No era esto creer que la razón es infalible, puesto que un signo evidente separa lo razonable de lo que no lo es? Nuestra edad de crítica ya no tiene ese convencimiento. Hemos multiplicado tanto los puntos de vista, refinado con tal habilidad las interpretaciones, investigado con tal paciencia el génesis, y, por consiguiente, la legitimidad de todas las doctrinas, que hemos llegado á creer que un espíritu de verdad se esconde en las hipótesis más contradictorias acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Y como, por otra parte, no hay ninguna hipótesis suprema que armonice todas las demás y se imponga íntegra al entendimiento, reina una anarquía de un carácter excepcional entre todos los que reflexionan. De ahí deriva un escepticismo, sin otro análogo en la historia de las ideas, escepticismo del cual es Renán, entre nosotros, el más extraordinario representante. Este mal de dudar hasta de la duda trae consigo una serie de achaques que todos conocen: vacilación de la voluntad, componendas sofisticas de la conciencia, *dilettantismo* siempre semidesprendido é indiferente siempre, debilidades que aún nos hacen envidiar más á los que también han recorrido muchas ideas, sin perder las grandes virtudes de antaño: sólida energía de carácter, invencible rigor en la disciplina íntima, seria adhesión á la realidad. Si se escribiese la historia de las influencias en nuestro siglo xix francés, tan radical é irremisiblemente desengañado, asombraría el ver que todos los sistemáticos han ejercido sobre esta época una dictadura, hasta cuando no lo merecían, como tal ó cual utopista sin mérito; y con mayor motivo un sistemático de raro vigor de espíritu, y, por añadidura, sabio de primer orden.

Así, pues, el poderío de M. Taine sobre la opinión pública (obtenido sin haberlo ambicionado nunca) y sus conflictos con los diversos matices de esa opinión (provocados sin que jamás curase de ellos), se explican igualmente por los efectos contradictorios de una forma ini-

cial de espíritu. Falta demostrar cómo se ha desarrollado esta forma en un medio especialísimo, y cuál ha sido su obra. Se verá que dados estos elementos, no podía menos de engendrarse cierto concepto del alma humana, y, por consiguiente, de la política contemporánea. Estos tres puntos consecutivos son el objeto de las tres partes del presente estudio.

II

El medio.

De que el filósofo no calcule la resonancia inmediata de su doctrina, no se sigue que esta doctrina sea en absoluto independiente del medio donde se ha formado. Todo sistema (la historia nos lo demuestra) se enlaza por el más estrecho vínculo con las otras producciones de la época en la cual ha aparecido. ¿Se necesitan muchas reflexiones para comprender que una misma disposición del espíritu francés se manifestó por las teorías de Descartes, que separaban radicalmente el pensamiento y la materia, el alma humana y la animalidad, por la poesía de Boileau y de Racine, y por la pintura de Poussin? Un mismo momento del espíritu germáni-

co ha dado á luz á Hegel y Goethe, como un mismo momento del genio inglés ha producido el teatro brutal de Wycherley, las groseras sátiras de Rochester y el violento materialismo de Hobbes. Un simple análisis de la palabra «sistema» permite deducir también, y *à priori*, el íntimo enlace de los filósofos con su medio. Construir un sistema, ¿no es acabar con una hipótesis explicatoria la suma de los conocimientos exactos suministrados por la experiencia? Poseemos cierta cantidad de nociones positivas acerca del universo y del hombre, las coordinamos y las completamos por una teoría general, como un geómetra dibuja una circunferencia entera si le dan un pequeño arco de círculo. Más tarde aumenta la cantidad de nociones positivas, y resulta que nuestra teoría acerca de la naturaleza y del espíritu ya no corresponde á esos nuevos datos. Es más abierto el arco que hay que cerrar, y el radio del círculo tiene que ser más grande. Pero, ¿cómo nos aporta la experiencia estas nociones positivas, materia indispensable para nuestra hipótesis? Paréceme que de dos maneras muy distintas. Por una parte, el filósofo conoce los resultados generales de las ciencias experimentales en los momentos en que trabaja, y conforma con ellos su imaginación de inventor de ideas.

Por otra parte, ese filósofo ha sufrido, por lo menos en su infancia y juventud, las influencias infinitamente múltiples y complejas de su familia y sus amigos, de su pueblo y de su comarca. La vida sentimental y moral ha precedido ó acompañado á la vida intelectual. Esta segunda iniciación se mezcla con la primera, aun cuando no lo sospeche el autor; de suerte que el descubrimiento de una doctrina resulta ser á la vez una novela del ingenio y una novela del corazón. También citaré aquí el ejemplo de aquel á quien Schleiermacher llamaba «el ilustre é infortunado Spinoza»; y, de hecho, siempre hay que recurrir á este hombre prodigioso cuando se quiere estudiar en su sitio un ejemplar cabal de la gran existencia metafísica. El potente sistema expuesto en los cinco libros de la *Ética*, ¿no tiene por fundamento positivo, en primer término, las nociones de física y de matemática propias de la ciencia del siglo xvii, y después las nociones de experiencia personal que la ingenua biografía de Colerus nos revela? Si el melancólico y mísero enfermo del pecho no hubiera sido maldito por sus hermanos en religión, perseguido por su familia, desdeñado por la joven con quien quería casarse; si no hubiera sentido desde su adolescencia la losa de plomo de la realidad pesar sobre

su persona y magullarla, de seguro que no hubiese escrito con tan evidente ansia de abdicar vanos deseos las terribles frases en que se complace su estoicismo intelectual: «En su manera de ser y en su manera de obrar, la naturaleza no tiene ningún principio de donde parta y ninguna finalidad adonde tienda...»; y esta otra, que debe leerse después del consolador *Pater noster qui es in caelis* del Evangelio, para medir su cruel fatalismo: «El que ama á Dios no puede hacer ningún esfuerzo con el fin de que Dios le ame en cambio...»

Figúrense ahora las circunstancias entre las cuales ha crecido M. Taine y qué especie de materia laborable ha suministrado la sociedad á las tentativas de aquella imaginación filosófica de que estaba dotado. Cumplió los veinte años en pleno París de fines del reinado de Luis Felipe, y los recuerdos de sus amigos de la Escuela Normal (por ejemplo, los tan evidentemente sinceros que M. Sarcey citaba no ha mucho en la *Revista filosófica*) nos lo presentan interesado por todas las discusiones de sus camaradas de entonces y tratando en su compañía todas las ideas importantes de la época. ¡Extraños tiempos aquellos transcurridos hacia 1850, años dolorosos y que consumaron la bancarrota de las magníficas espe-

ranzas de la primera mitad del siglo! En literatura, el romanticismo parecía vencido. ¿Cumplió sus grandes promesas de renovación estética? ¿Cómo no dudar de ello, al ver á todos los poetas abdicar su arte uno tras otro? Sólo Víctor Hugo mantiene enhiesto su pendón, y acaba de sufrir la derrota de *Los burgraves*. Pero Lamartine únicamente se ocupa de política; pero Alfredo de Musset acaba de ahogar en vino su genio; pero Teófilo Gautier se llama á sí propio

un viejo rimador embrutecido
por el horrendo abuso de la prosa,

y da vueltas á la noria de su folletín con una melancolía de esclavo: «¿qué van á obligarnos aún á hacer?...» decía más tarde á M. Teodoro de Banville, confesando así el secreto dolor de toda su existencia de periodista contra su deseo; pero Alfredo de Vigny está encerrado en su torre de marfil; pero Sainte-Beuve ha enterrado bajo el cúmulo de sus estudios críticos á ese poeta malogrado que la mayoría de los hombres, afirmaba, llevan dentro de sí mismos; pero Augusto Barbier ha perdido el aliento lírico de sus *Yambos*. Acabáronse las hermosas luchas acerca de las obras maestras recién salidas, las *Meditaciones* ó las *Orientales*, y concluyóse también la exaltación espiritualista que había

acompañado, avivándolo, al fervor poético de los días de inspiración. El maestro de la *Noche de Diciembre*, Teodoro Jouffroy, ha muerto. Las insuficiencias del eclecticismo preconizado por Víctor Cousin é impuesto como una doctrina oficial saltan á la vista de todos, al mismo tiempo que la revolución de 1848 descubre las insuficiencias de los veinte sistemas de sociología independiente que habían brotado bajo el régimen de la revolución de Julio. Estos son los signos exteriores de una disgregación más profunda. Bajo la influencia de las formidables luchas de la tragedia revolucionaria y bajo el prestigio de la asombrosa epopeya imperial, había crecido una generación empapada toda ella en el concepto heroico de la vida; es decir, que los jóvenes que la componían habíanse alimentado naturalmente de ensueños desmedidos y grandiosos. ¿Y cómo no habían de creer en la omnipotencia y hasta en la magia de la voluntad del hombre, ellos que habían visto surgir joven, resplandeciente y sublime un mundo nuevo del sepulcro de los siglos muertos; derrumbarse una Europa, levantarse otra; y á un simple teniente de artillería realizar las más extravagantes quimeras de la ambición más desenfrenada, sólo con el vigor de su genio y la energía de sus rudos soldados?

Después, este mundo nuevo se había vuelto al instante tan viejo como el otro. La nueva Europa no valía más que la antigua. El conquistador había muerto allá lejos, y luego uno tras otro sus compañeros; y una lepra de medianías comenzaba á extenderse en las costumbres y en la política. Los dos brillantes puntos de arranque, primero la restauración y después el año 30, llegaban á parar en el rebajamiento de los caracteres, en la grosera materialidad de los goces. ¡El siglo había fracasado en su obra!

Sin embargo, no todo él; porque en medio de esos escombros universales crece un árbol cuya frondosa vegetación adquiere más vitalidad en ese paisaje muerto. Este árbol, de frondas espesas y multiplicadas sin cesar, es la ciencia. Sólo ella no ha mentido á sus devotos. ¿Qué digo? Sobrepuja á las esperanzas más atrevidas. El que eche una mirada al desenvolvimiento científico de esta primera mitad del siglo, después de haber contemplado la miseria de las demás empresas, ¿puede contener un impulso de admiración? Los trabajos de Fresnel acerca de la luz, los de Ampère y Arago acerca del magnetismo y la electricidad, los de Magendie y Flourens acerca del sistema nervioso (cito al acaso) ¡y cuántos otros

más! han renovado á la vez nuestra teoría del universo y nuestros medios de acción sobre las fuerzas naturales. Ahí están aplicaciones prácticas de incalculable alcance, para dar testimonio de que la tarea realizada en los laboratorios es una obra de realidad. Por vez primera, Isis entreabre su velo. El hombre toma á la par conocimiento de ese *cosmos* cuyo esplendor le espantaba y cuyo misterio le confundía. ¿Y cuál es el instrumento de ese progreso casi maravilloso? La aplicación del método ha bastado. ¿Qué método? El que Bacon redujo á máximas, y el que los investigadores practican únicamente: la experiencia. De esta comprobación al entusiasmo, á la idolatría por este único método, no hay más que un paso; y pronto lo han dado los jóvenes á quienes esta prodigiosa fecundidad de la ciencia embriaga de esperanza, como los hombres maduros á quienes consuela después de tan duros desengaños. Agítase en nosotros una especie de lógica invencible ó inconsciente, que constriñe á los más rebeldes á ir hasta el fin de sus ideas. Si detrás de la ciencia está el método, detrás del método hay alguna otra cosa más. Esa cosa más, que constituye la esencia misma de la indagación experimental, es el hecho. Establecer una experiencia es determinar uno ó varios

hechos, y nada más. La ciencia ha entrado en la senda de su prosperidad el día en que los sabios han tenido el culto, la pasión exclusiva del hecho y nada más que del hecho. Así pues, la gente de hoy tendrá también la religión del hecho, puesto que profesa la religión del método. Recordemos la novela de Dickens (1) en que el positivismo inglés se encarna en un personaje de condición y de cultura medias, que acaso no ha oído hablar nunca de la inducción, pero en quien ha entrado por todos los poros la manía de la noción exacta y seca: «Ahora, exclama, lo que necesito es hechos; no enseñéis á esas niñas y á esos niños más que hechos. No hacen falta más que hechos en la vida. No plantéis ninguna otra cosa en ellos. Desarraigad en ellos cualquiera otra cosa. No podréis formar el espíritu de un animal razonable sino con hechos...» Este discurso es la traducción de la palabra interior que se dicen nueve ingleses de cada diez, la que se dijeron muchos franceses hacia 1850.

En efecto, entonces fué cuando el héroe de la novela ó del teatro dejó de ser el melancólico, tísico ó levantisco, siempre en desacuerdo con

(1) Esta magnífica obra de Carlos Dickens á la cual se refiere P. Bourget, es la que se titula *Los tiempos difíciles*. — (N. DEL T.)

las circunstancias, para convertirse en el brutal y rudo manipulador de realidad puesto en escena tan osadamente por Alejandro Dumas hijo. La expresión de «hombre fuerte» está de moda. Significa una explotación inteligente y poco escrupulosa del hecho bien comprendido. Y esta explotación se instala de un extremo al otro de la sociedad. En lo más alto, fúndase y prospera el régimen imperial, en nombre del hecho consumado; abajo, los esfuerzos de los trabajadores tienden al buen éxito, al goce inmediato, á la fortuna y al lujo. Ya no es cuestión de ideal político. La quiebra de los ensueños socialistas ó liberales parece definitiva. El idealismo está igualmente vencido en la literatura. Al fogoso lirismo sucede la observación implacable, y la prosa precisa de Voltaire comienza otra vez á estar en auge. Es la época en que los grandes trabajos de utilidad pública se realizan con una amplitud extraordinaria; en que el sufragio universal llega á ser el único procedimiento de gobierno, porque tiene el valor indiscutible del número. La instrucción pública se organiza con la mira de asegurar á la enseñanza de las ciencias el triunfo sobre la enseñanza de las letras. ¿Qué se ha conservado de los programas de la antigua clase de filosofía, que era una escuela de especulación? La

lógica; es decir, la porción árida y técnica, pero también estricta y positiva. Todas esas tendencias se funden en una especie de río revuelto, que hierve en espuma y no tiene orillas muy claras. A treinta años de distancia, la dirección se puede reconocer. Después de haber pasado, es cuando se marca la unidad de una época. Pequeños detalles de costumbres la revelan, y aún mejor los nombres de los personajes originales que fueron los jefes de fila de las grandes tareas. Aquella entrada del segundo Imperio en la historia tuvo por grande hombre político al duque de Morny, por gran autor dramático á Alejandro Dumas hijo, por grandes novelistas á Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt. M. Taine habrá sido su gran filósofo. No entiendo por eso que no haya habido otros políticos, otros artistas en obras de imaginación, otros pensadores; y que no hayan valido tanto como los que acabo de citar por sus nombres, y hasta los hayan sobrepujado. ¡No importa! Aquéllos tienen en la frente esa marca especial de haber sido, cada uno en un género, los representantes de un mismo brote de ideas. Paréceme que M. Taine ha dado la fórmula más abstracta de ello, y, por consiguiente, la más profunda.

Todo el sistema filosófico de mon-

seur Taine está armado en su espíritu desde sus primeros libros. Se encontrará un resumen de él, de una claridad superior, en los dos capítulos terminales de *Los filósofos clásicos del siglo XIX*, capítulos compuestos, así como el resto de la obra, según dice el prefacio, exactamente en 1852 y bajo la influencia de conversaciones libres con algunos jóvenes muy distinguidos de aquella época. Leyendo el prefacio de *La inteligencia*, donde el autor ha reunido como en un cuerpo de doctrina sus certidumbres y sus hipótesis acerca del pensamiento y de la naturaleza, es fácil advertir que, á semejanza de un edificio de sabia y fuerte arquitectura, el sistema no ha perdido su aplomo. Considerado en lo esencial que tiene, este sistema se reduce á concebir el *yo* como constituido por una serie de hechos pequeños que son fenómenos de conciencia, la naturaleza como formada también por otra serie de hechos menudos que son fenómenos de movimiento. El filósofo está terminante acerca de estos dos puntos. «No hay nada real en el *yo*, dice, salvo la fila de sus sucesos...» En otros términos, M. Taine no admite en el *yo* ni en los cuerpos una sustancia permanente y oculta que sostenga las cualidades y que sobreviva, idéntica y duradera, á los acontecimientos accidentales y pa-

sajeros. Cohetes de fenómenos cauducos, que suben algunos minutos ó algunas horas y luego se abisman irreparablemente: tal es el mundo para él. Según se vé, esto es una reaparición de la antigua hipótesis de Heráclito sobre el flujo universal. Así, pues, para representarnos ese *yo* y esa naturaleza, lo que se necesita son hechos pequeños que reconocer y clasificar. Resulta ser el mismo el método en las llamadas ciencias morales y en las ciencias llamadas naturales. En unas como en otras, hay que comenzar por un análisis. Supongamos que tuviese yo que estudiar la personalidad de un escritor ó de un gran general: no procedería de otro modo sino como un químico con un gas ó un fisiólogo con un organismo. Formaría por vía de observación una lista de hechos menudos constituyentes de ese escritor ó general; formada esa lista, determinaría por vía de inducción los hechos dominantes que rigen á los otros, como las ramas grandes de un árbol sostienen á las menores. Así, hay fenómenos iniciales y generadores, de los cuales derivan los otros; transformadlos, y habrá una transformación total; comprendedlos, y comprenderéis todos los fenómenos secundarios. En un animal, por ejemplo, la nutrición es uno de esos fenómenos iniciales.

En un escritor, como en un general, lo será el género de imaginación. El genio entero de Michelet se deduce todo él de la maravillosa lucidez, con la cual se representaba estados de sensibilidad; el de Napoleón, de su potente visión topográfica. Si el primero hubiera sido incapaz de figurarse profundidades del alma, y el segundo relieves del terreno, ni se hubiese escrito la historia de Francia, ni la batalla de Austerlitz se hubiese ganado. Una vez conseguido hallar estos pocos hechos iniciales y generadores, falta enlazarlos con otros superiores á ellos en la jerarquía de las causas. Aquella imaginación peculiar de cada hombre débese á la herencia. Por tanto, trátase de determinar la raza en el individuo. Pero el mismo desarrollo de la raza depende de especiales condiciones de medio. Al llegar á ese escalón, aún es posible subir más arriba y enlazar con un hecho supremo, ley general del espíritu, todos los hechos pequeños ó grandes cuyo árbol genealógico hemos seguido. Es labor de la ciencia del pensamiento reunir así con algunas leyes muy sencillas toda la serie de sus experiencias, como lo hace también la ciencia de los cuerpos. Por último, se trata de resumir esas pocas leyes generales que, notémoslo, no son sino hechos muy ge-

nerales, «hasta que, por fin, la naturaleza, considerada en su fondo permanente, se aparezca ante nuestras conjeturas como una pura ley abstracta; que desarrollándose en leyes subordinadas, llega en todos los puntos de la extensión y momentos de la duración al brote incesante de los individuos y al flujo inagotable de los acontecimientos...»

No se trata del alcance de esta doctrina. Sólo nos interesa su valor en la psicología social. No es difícil advertir que dos elementos han contribuido á formar este concepto del universo. El primero es el hegelianismo. Después de haber declarado M. Taine, en un sólido estudio acerca de Carlyle, que nuestro principal trabajo es volver á pensar las ideas de la gran metafísica alemana, las expresa así: «Redúcense á una sola, la de la evolución (*entivickelung*), que consiste en representar todas las partes de un grupo como solidarias y complementarias, de suerte que cada una de ellas necesita de las otras, y todas juntas manifiestan por su sucesión y contraste la cualidad interna que las reúne y produce.» Hegel llama *idea* del grupo á esta cualidad interior. Taine la denomina *hecho dominante*. Y es que introduce en el hegelianismo un principio extraño á él, tomándolo de la ciencia y del

espíritu positivista de la época. Las fórmulas vagas y vaporosas se solidifican bajo su mano de francés perspicaz y á quien las palabras no le engañan. Allí donde Hegel hubiera puesto una disertación, M. Taine pone una descripción. La anécdota cuidadosamente elegida ocupa en sus páginas el lugar de la frase abstracta y sin contornos asequibles. En todo y siempre hay un esfuerzo para instalar el método de la ciencia. ¡Con qué exaltación casi ebria habla de esta ciencia y del porvenir que nos prepara...!» Por fin se acerca más y más al hombre. Ha ido más allá del mundo visible y palpable de los astros, de las piedras, de las plantas, donde desdenosamente se la confiaba. Apodérase del alma, provista de los instrumentos exactos y penetrantes cuya precisión está probada y medido su alcance por trescientos años de experiencias. Trae consigo un arte, una moral, una política, una religión nueva, ¡y á nosotros incumbe buscarlas hoy...!» ¡Con qué confianza señala por objetivo ideal de toda investigación «el descubrimiento de hechos pequeños, bien escogidos, importantes, significativos, ampliamente circunstanciados y minuciosamente anotados...!» ¡Y cómo se comprende que la generación, entonces nueva, de la cual expresaba la fe profunda con fór-

mulas precisas cual un axioma de matemáticas y vibrantes como las estrofas de un himno, hubiese reconocido en él al iniciador, al hombre que veía la tierra prometida y contaba por anticipado sus rejuvenecedoras y misteriosas delicias!

III

El alma humana y la ciencia.

«La ciencia va á apoderarse del alma humana...» Esta frase contiene en germen toda la labor intentada por M. Taine. Si se considera la cantidad de materias tratadas, este conjunto de obras es múltiple y variado como la misma vida; si se pone mientes en la permanencia inmutable de la idea directriz, aparece sencillo y unido como un tratado de geometría. Redúcese á la aplicación de la teoría de los pequeños hechos y á la hipótesis de que todos los fenómenos de la vida intelectual ó voluntaria tienen la razón suficiente de su existencia en uno ó varios fenómenos anteriores. Admitiendo que los hechos pequeños que constituyen el *yo* pueden estudiarse por los procedimientos del método experimental, y que, por consiguiente, la psicología es una

ciencia, M. Taine se aparta de la escuela materialista, la cual reduce toda la porción exacta del estudio del alma á un capítulo de la fisiología. M. Taine ha visto con mucha profundidad que un fenómeno de conciencia, una idea, por ejemplo, es causa de otra serie de fenómenos de conciencia, sea cual fuere, aparte de eso, la modificación fisiológica correspondiente. Por tanto, aunque considerásemos el alma como una simple función del cerebro, no por eso deberíamos dejar de estudiar la vida interior en cuanto es vida interior, y desde el punto de vista del pensamiento en cuanto es pensamiento. Pero también se separa de la psicología clásica, tal como la habían definido los escoceses y Jouffroy, abandonando el método de la reflexión solitaria y personal para sustituirlo por el de la indagación universal y la experiencia reiterada. Al parecer de M. Taine, en la existencia del hombre todo interesa al psicólogo y le suministra documentos. Desde la manera de amueblar un aposento y de servir á una mesa, hasta el modo de orar á Dios y honrar á los muertos, no hay nada que no merezca examen, comentario é interpretación, pues no hay nada en que el hombre no haya puesto alguna cosa de su ser íntimo. Carlyle ha escrito el *Sartor resartus*, obra enigmática donde desarro-

lla una filosofía del vestido y diserta acerca de la política y la historia con motivo de mandiles y calzones. No ha hecho más que exagerar hasta la bufonería una fecunda verdad asentada por Balzac en el prefacio general de *La comedia humana*, á saber: «que el hombre, por una ley que está por investigar, tiende á representar sus costumbres, su pensamiento y su vida, en todo cuanto apropia á sus necesidades...» Esto equivale á decir que ninguna manifestación, por menuda que sea, es insignificante y despreciable en absoluto. Memorias y correspondencias, monografías históricas y novelas de análisis, obras de artistas y trabajos de artesanos: la investigación del sabio debe registrar todos esos legajos de las pasiones, grandes ó pequeñas. ¿Percibís ahora la enorme amplitud que adquiere de pronto la mezquina y flaca ciencia de los Thomas Reid y de los Dugald Stewart? ¿Comprendéis también cuánta importancia adquiere en esta psicología la hipótesis del determinismo universal que antes indiqué como esencial en el sistema de M. Taine? Supongamos que todo fenómeno de la vida moral no esté determinado por uno ó varios fenómenos antecedentes; en otros términos, admitamos que en el alma haya espontaneidad y libertad, en el usual sentido de estas palabras:

todo el edificio se viene al suelo. Ese es el punto atacable de la doctrina. Esta doctrina está constituida como una ciencia, pero se funda en un postulado de metafísica.

En este inmenso imperio de la ciencia del alma, extendido así á todos los hechos de la naturaleza humana y de la sociedad, M. Taine ha elegido como asunto particular de sus estudios el dominio de la producción literaria y artística. También esta producción es un hecho, y capital, que debe examinar el filósofo en el mayor y más variado número de sus casos. Grecia y Roma, la Italia del Renacimiento, la Francia de los tres últimos siglos y la Inglaterra de todas las edades, ¿en cuántos medios y momentos diversos no ha considerado el autor de *La inteligencia* ese fenómeno de la formación de la obra de arte? La historia se le ha aparecido como una vasta experiencia instituida por el azar para beneficio del psicólogo; y merced á ella ha renovado, ó, si se quiere, cambiado toda la doctrina de la antigua crítica, y después, por contragolpe, las miras de los artistas alimentados de sus teorías. El primer carácter de esta renovación ha sido la supresión completa de la moralidad en las obras de arte. Para preguntarse, en efecto, como hubieran podido un La Harpe, un Gustavo Planche y hasta un Sainte-

Beuve por lo menos en sus primeros ensayos, si un libro ó un cuadro tienen un alcance moral que merezca elogios ó exija vituperio, es preciso admitir que el escritor y el pintor han ejecutado sus obras por un acto de voluntad responsable; hipótesis que contradice claramente el principio determinista aplicado á todo por M. Taine.

Sépalo ó no lo sepa, el que juzga un producto del espíritu funda su fallo en una teoría particular del espíritu. Para el adepto de la antigua psicología, un libro ó un cuadro eran efecto de una causa individual. Un analista de la escuela de M. Taine ve en este efecto, como en cualquier otro, el concurso de una serie de causas parciales que, á su vez, son efectos con relación á otras causas dominantes, y así sucesivamente de un modo indefinido. Como dice el poeta estoico: «Desciende desde el primer origen del mundo—la serie de las causas, y todos los destinos padecen—si tratas de cambiar sea lo que fuere...» Para M. Taine, lo mismo que para Spinoza y como para los panteístas de todos tiempos, la suma entera de las fuerzas conspira para dar á luz el hecho más insignificante, y detrás de cada uno de esos pequeños hechos la imaginación del pensador ve interminables filas de acontecimientos. Toda apreciación del bien

y del mal, y hasta de lo bello y lo feo, está desterrada de ese reino de la necesidad absoluta; por lo menos, la fealdad y la belleza aparecen bajo un aspecto muy particular. El grupo de hechos que produce en mi espíritu una impresión, á la cual doy el nombre de belleza, no está aislado del grupo de hechos que sobre el mismo espíritu produce la impresión de fealdad, puesto que todo se enlaza de una manera íntima en la vasta serie de los hechos que componen el mundo. Mi impresión sola es quien establece la diferencia; pero si quiero salir de esta impresión y raciocinar, tengo que convenir en que estoy en presencia de las mismas fuerzas, las cuales han producido en un caso el acierto, y en el otro el aborto, por una misma necesidad natural. En este grado de análisis, estoy próximo á interesarme por el aborto lo mismo que por el buen éxito; sobre todo cuando descubro que en un mismo autor, por ejemplo, el aborto de ciertas partes del talento era la condición necesaria para el triunfo del resto. Aquella misma imaginación de la sensibilidad que sirvió de instrumento adivinatorio á Michelet en su estudio acerca de las guerras de religión, en ciertos momentos y en presencia de ciertos hombres, tenía que conducirle á extraños excesos de injusticia, y comprendien-

do á Miguel Angel y á Lutero, como lo hizo, no podía comprender ni comprendió á Montaigne ni á Bonaparte. Las cualidades de su estilo se derivan también de aquella imaginación y le imponen sus defectos. Cuando me penetro de esta verdad, estoy dispuesto á no admirar en el historiador más que aquella omnipotente imaginación; y como aquel poderío se manifiesta en los defectos, por lo menos, tanto como en las cualidades, estoy pronto á amar esos defectos necesarios, y, por consiguiente, preciosos. La obra de arte ya no me interesa en sí misma: es un signo de las causas profundas que la han sacado á luz. Estas causas son lo que en ella estudio; por consiguiente, la energía de estas causas es lo que me conmueve, me asombra, me arrebató. Por lo mismo también, las cualidades de buen orden, la armonía regular, la perfecta delicadeza, la soberana ponderación de fuerzas tendrán para mí menor atractivo que el tesón y los choques violentos. Las obras muy equilibradas son también signos, pero menos aparentes y de fuerzas menos desencadenadas.

Examinemos, en efecto, qué autores comprende M. Tainé más vivamente y qué estilos le gustan con la más visible simpatía. Entre los modernos, Michelet y Balzac. En el siglo XVIII, Saint-Simón. De los

ingleses, admira entre todos á Shakespeare, al doloroso Swift y á Carlyle, escritores todos ellos en quienes la cualidad predominante es el ser *significativos* en el mayor grado. A lo menos, el vínculo que enlaza al artista con su obra es visible del todo en ellos, y sus libros son en realidad «psicología viviente». Es lo cierto que produce placer, y como embriaguez, mirar cómo crece una facultad en un cerebro hasta llegar á ser desmedida. ¡Se desarregla, se desborda, rompiendo las reglas de la estética, exasperándose con invenciones de todos géneros, creando un lenguaje nuevo, desenfrenado, peligroso, incomparable! Bórrase la mezquina personalidad del poeta y deja aparecer alguna ley grandiosa de la inteligencia, cuyo esplendor irradia y nos extasía. Es probable que un fisiólogo de gran ingenio sienta á la vista de algunos lienzos pictóricos una impresión análoga á la que se apodera de M. Tainé ante una página de prosa ó verso. Bajo las magníficas carnaciones y entre las exuberancias de actitud de los nobles cuerpos de un lienzo de Rubens, es verosímil que aquel sabio vea cómo entran en juego las funciones de la vida física y la inteligencia superior de las profundas leyes que la rigen. La profundidad de esas leyes y la intensidad de esas

funciones es lo que le interesa. Es legítimo sentir así, como es legítimo atenerse al punto de vista contrario y considerar las obras de arte, no ya como *significativas*, sino como *sugestivas*. Así lo hacen los poetas y los enamorados... En una oscura tarde de invierno hállese á solas en su gabinete íntimo una mujer delicada y tierna. Por fuera hay un cielo de brumas y hollín, que pesa sobre la ciudad donde se desencadena la brutal muchedumbre. Sin ver nada de ese cielo, lo adivina por la melancolía que de ella se apodera, aun cuando esté bajado el transparente de un azul muy pálido, y tamice la triste claridad con una ternura voluptuosa. Esa media luz, de un matiz casi sobrenatural, parece acariciar los objetos que rodean á la joven, caros objetos mudos para los demás, pero que á ella la refieren tan dulcemente la historia de venturas que nunca tendrá ó que no volverá á tener. En los marcos cincelados y sobre la mesita, la chimenea y el velador están esparcidos los retratos de aquéllos á los cuales ama; y juran que los seres de quienes conservan la semejanza están en otra parte, separados por la distancia, por la vida ó por la muerte, de la que piensa en ellos. Los muebles donde fija los ojos, anegados en una sombra interior, dan fisonomía

á la estancia, por su familiar colocación y su forma conocida. Nostálgica y temblorosa, coge un tomo de versos del movable estante donde se hallan los libros que prefiere. Arde apacible el fuego. Tendida con abandono en la meridiana, lee al azar; y no teniendo registro á mano, cuando interrumpe la lectura, saca una horquilla de sus hermosos cabellos y la desliza entre las hojas. También, como al filósofo, le habla á ella el libro; pero le habla por evocación. En lugar de ver detrás de las frases la mano que las escribía, el cuerpo cuya era esa mano, el torrente de la sangre en aquel cuerpo y también el torrente de las imágenes, todos los oscuros y hondos orígenes animales del talento, ve el sueño del poeta, el más allá inexpresable y misterioso, del cual ha sabido hacer como una aureola de luz para sus versos. Lee en Lamartine este fragmento divino:

Cierta mañana, los pescadores
Vieron el cuerpo de una mujer,
Por las nocturnas olas llevado
Sobre la margen del sitio aquel.
Y su hermosura llegaba al alma,
Aun de la adusta muerte al través...

Lee en el libro de Enrique Heine las lastimeras *Reminiscencias*: «Las lágrimas de la niña Julieta son, sobre todo, lo que me parte el corazón...» En Sully-Prudhomme, las

ideales estrofas de las *Vanas ternuras*:

Necesitan una amiga
Fácil para la ternura...

Detrás de las páginas vagamente matizadas del libro querido, ¿adivina, como M. Taine, «un hombre que ha seguido estudios y ha viajado, con levita negra y guantes, bien visto por las damas, que por la noche ha hecho cincuenta saludos y veinte chistes en sociedad, que lee los periódicos por la mañana y suele vivir en un piso segundo, no harto alegre porque tiene nervios, y, sobre todo, porque en esta apretada democracia donde nos asfixiamos, el descrédito de las dignidades oficiales ha exagerado sus pretensiones realzándose en importancia propia, y la agudeza de sus sensaciones habituales le dan algunas ganas de creerse Dios?...» Posible es que todo eso sea como el impuro y fértil mantillo de la hermosa flor; y que esa poesía, refinada hasta ser penetrante, sea el efecto visible de estas causas ocultas. Pero precisamente aquellas estrofas deliciosas no son un efecto para la joven que con ellas embriaga su corazón en aquella hechicera tarde del nublado día de invierno. Son una causa. Poco le importan las condiciones en que se han producido. No se cuida de la retorta donde se destila el filtro

mágico, con tal de que se obre la magia y de que la lectura se resuelva en una exaltación exquisita y estremecedora. Para ella, no está el interés en el funcionalismo de las inmutables leyes de la psicología; todo él estriba en el encanto de las visiones, dulces ó tristes, personales siempre, que le sugiera el libro... ¿Quién no comprende que en estas dos sensibilidades contradictorias van envueltas dos teorías de arte muy diferentes? La de que se ha hecho campeón M. Taine ha tenido la superioridad, en primer término, de ser sostenida por él con un lujo prodigioso de ejemplos, una lógica invencible, una ardiente elocuencia, y además, la de corresponder á una de las profundas necesidades de la época. Una sola de estas razones habría bastado para que formase escuela.

Merece notarse que la teoría de Taine se halla en el fondo de un gran número de obras de nuestros artistas contemporáneos, á veces codificada y claramente afirmada, otras velada y como esfumada. Y preciso es que esta teoría se conforme de todo punto con alguna necesidad íntima de estos tiempos, puesto que las obras por ella animadas y sostenidas se imponen á la moda de una manera casi milagrosa. La estética de los escritores llamados naturalistas no es más que la realiza-

ción de la máxima profesada por M. Taine, de que el valor de una obra literaria se mide por los documentos significativos que lleva en sí; documentos humanos, que dicen los jefes del grupo. Para los adeptos de esta escuela, que se han dedicado más particularmente al género novelesco á causa de que la flexibilidad de este género se presta mejor que ningún otro á todos los ensayos, el talento de escribir se reduce á dar el mayor número de notas exactas acerca del hombre y de la sociedad. Por tanto, si en vez de presentar esas notas seguidas y en bruto, combinan intrigas, modelan personajes y especializan medios, lo hacen también con el propósito de la exactitud.

Enlazadas así las notas, acláranse unas á otras. Lo complejo de la novela ingéniase por igualar á lo complejo de la vida. Logra conseguirlo; y el historiador de las costumbres del siglo XIX encontrará el trabajo preparado del todo, si trata de saber cómo se alimentan y se visten, se alojan en habitaciones, se casan, conciben el placer y soportan la pena las personas del pueblo y de la clase media. Nunca se han catalogado mejor las especies sociales y sus hábitos, por lo menos los exteriores. Poco á poco vence y triunfa ese esmero en aferrar la brillante seda de la imaginación con la só-

lida tela de la ciencia. La crítica ha abandonado casi la discusión de las obras consideradas en sí mismas, para estudiar con ahinco nada más que las condiciones productoras de las obras; así es que los artículos de estudios y retratos rebosan anécdotas, todo literato escribe poco más ó menos sus memorias, y, en una palabra, el noticierismo ha conquistado el derecho de ciudadanía en la historia de la literatura. La misma poesía se hace psicológica y — como los jóvenes lo proclaman — parisiense y moderna. Visitad una exposición de pintores independientes y comprobaréis que ese movimiento cunde por fuera del arte de escribir, y que con sus lienzos y colores los revolucionarios del pincel se esfuerzan también en dar informes precisos y circunstanciados acerca de su generación. Este analiza con la minuciosidad de un anatómico la pequeña deformación muscular que el hábito del oficio deja impresa en la garganta del pie de una bailarina ó en el hombro de una planchadora. Aquél muestra, con un rebuscamiento de medios muy nuevo, lo aguachinosos que el placer parisiense deja el cuerpo y el alma de sus forzados. El retrato de una bailarina por M. Degas, el estudio de un pasillo de Folies-Bergères por M. Forain, revelan con una forma muy inesperada la profunda pene-

tración con que los métodos científicos se infiltran en nuestro pensamiento. Hay como una inmensa indagatoria acerca del alma humana, que va escudriñando, ingeniándose, exagerándose acá, aguzándose acullá, y preocupada sobre todo por ejecutar el programa formulado desde el principio hasta el fin de sus libros por M. Taine, á saber: un cómputo cada vez más amplio y minucioso de los pequeños hechos de que se compone el *yo* humano.

Inútil sería deplorar este triunfo de los procedimientos del arte significativo sobre el arte evocador, porque este triunfo es la inevitable consecuencia de la modificación esencial que hoy produce la ciencia en todo el entendimiento humano, y, por consiguiente, en la sensibilidad. Puede medirse ya el alcance de esta aplicación de los métodos científicos á todas las cosas del alma. Dos medios tenemos para esa medición: en primer lugar, los hechos consumados, que son ya lo suficiente definitivos para permitir sacar conclusiones; después, el análisis del principio mismo y de la teoría que considera toda nuestra vida personal como un resultado de causas extrañas. Advertimos así que el más desalentado pesimismo es la última palabra de esta literatura de indagación. En el curso de las novelas que descenden de esta doctrina, la na-

turaleza humana se muestra cada vez más y más miserable bajo el peso de las circunstancias abrumadoras en demasía, en su impotencia contra las fuerzas harto destructoras. ¿Y no es también el pesimismo la última palabra de la obra entera de Taine? ¿Es necesario recordar los innumerables pasajes donde se delata en el psicólogo, víctima de su propio método, el desaliento supremo y la irremisible enfermedad del alma? ¿Es preciso citar ese fúnebre trozo del *Viaje á Italia*, donde ante las obras maestras de los siglos antiguos exclama con dolor: «¡Qué montón de ruinas y qué cementerio es la historia!» y donde compara la humanidad con la Niobe de Florencia cuyos hijos agonizan bajo las flechas del Sagitario: «Fría y pasmada, yérguese sin esperanza; y, fijos los ojos en el cielo, contempla con admiración y con espanto el nimbo deslumbrador y mortífero, los brazos extendidos, las flechas inevitables y la implacable serenidad de los dioses...?»

¿Debe mencionarse el pasaje conocidísimo donde afirma que «la razón y la salud son accidentes de fortuna», y aquel otro donde declara que «el mejor fruto de la ciencia es la fría resignación que, pacificando y preparando el alma, reduce el sufrimiento al dolor del cuerpo...?» Y es que la misma definición

de la doctrina envolvía el germen del nihilismo más sombrío é incurable. Si en nuestra persona todo es una confluencia y una resultante nada más, si nuestro sabor dulce ó amargo de la vida no es más que el producto de la serie indefinida de las causas, ¿cómo no sentir la nada de lo que somos en comparación de las gigantescas y desmedidas fuerzas que nos sostienen y aplastan con idéntico espantoso mutismo? Así, pues, ¿dónde encontrar, para resistir á esas terribles fuerzas, otra arma que no sea el renunciamiento absoluto y el *nirvana* de los sabios de la India? Cuando Pascal hacía constar, con apasionado temblor de todo su ser, que basta una gota de agua para matarnos, y que estamos á merced de ese estúpido universo que nos aprisiona, rehaciase al momento, y con él toda nuestra especie, contraponiendo el orden del espíritu y el orden del corazón á este universo ciego é impasible que puede triturarnos, pero no puede hacer más que eso. ¡Ay! ¿Dónde tomar este orden del espíritu, este orden del corazón, si hasta nuestros sentimientos é ideas son productos de este universo, si nuestro *yo* casi se sale de nosotros mismos, invadido sin cesar por las tinieblas de la inconsciencia, sin cesar en vísperas de irse á pique en irreparable naufragio entre el flujo y re-

flujo de la profunda y silenciosa marea de los fenómenos, de los cuales es una ola?... ¡Ah, ni siquiera una ola, sino uno de los imperceptibles átomos del polvo de espuma que el viento dispersa á través del vacío infinito! Refiriéndose á las sublevaciones del alma, y después de haber mostrado que es de rigor la imperfección humana, como la irregularidad nativa de las caras de un cristal, pregunta Taine: «¿Quién se indignará contra esta geometría?» ¡El mismo el primero de todos! Sólo que su indignación se doma con orgullo. Apenas la delata un sordo y oscuro gemido. Pero este gemido forma cual un bajo profundo en el himno extático, entonado en honor de la ciencia. ¡Cómo se ve en esto al hombre de nuestros tiempos, en quien la sensibilidad hereditaria reclama una solución humana de la vida humana, una transcripción mística y sobrenatural de nuestros actos pasajeros, un mundo eterno é inmutable detrás de este caos de apariencias fugitivas, un Dios paternal en el corazón de la naturaleza; al paso que el implacable análisis le descompone hasta esos dolores, hasta esas resistencias, para desplegar ante él sus elementos constitutivos y necesarios! Estado intolerable, al término del cual se encuentra el renunciamiento á las más nobles y sublimes

exigencias del alma ó la confesión de que la ciencia no puede llegar al fondo íntimo, inmortalmente nostálgico del corazón. Pero reconocer esto es abrir la puerta al misticismo, es declarar que hay verdades intuitivas que el análisis no nos podría dar—¡y nuestro pensamiento no quiere consentir en esta abdicación!

IV

Teorías políticas.

Si M. Taine ha tenido sus horas de pesimismo y dolorosamente elocuentes, ha sido á pesar suyo y sin perder nada de su profunda fe en la ciencia. Con su entera sinceridad ha confesado la taciturna tristeza de sus impresiones personales ante el universo geométrico y mudo que esa ciencia nos manifiesta. Tampoco ha tratado de negar que el contagio de la desesperación se apodera del siglo. Pero ha procurado con ahinco demostrar que esa desesperación proviene únicamente de un estado personal de nuestro ánimo y no de las conclusiones necesarias de la ciencia.

A sus ojos, el pesimismo y el optimismo son dos maneras de ver las cosas, igualmente legítimas, pero

igualmente inexactas, testimonio nada más que de un giro particular del alma que á ellas se abandona. Y va más lejos. No contento con defender á la ciencia de haber engendrado el mal del siglo, espera de ella el remedio contra ese mal. Vaga é incierta esperanza que, por mi parte, creo se verá fallida; porque la antinomia de la ciencia y la vida moral es verdaderamente irreductible. ¡No importa! Es generoso el esforzarse en resolverla, porque va en ello la salvación de una de las dos herencias seculares de nuestra pobre humanidad. M. Taine ha trabajado en ese sentido. No porque haya compuesto ningún tratado especial acerca de este asunto; pero de cincuenta pasajes de sus obras se desprende una concepción moral, ahora claramente expuesta, como en las últimas páginas del estudio acerca de lord Byron, ahora manifiesta por un gusto apasionado por el equilibrio de la perfecta salud, como en las lecciones consagradas á la escultura griega, en las notas acerca de Inglaterra y en el penúltimo capítulo de la *Filosofía del arte*, respecto al grado de bien que realiza tal ó cual ideal. Esta concepción no difiere de la que se encuentra en el fondo del estoicismo y del spinosismo, doctrinas que se apoyan, como las de M. Taine, en la hipótesis de la unidad absoluta

del universo. «Procura estar en armonía con el *cosmos*», decía Marco-Aurelio. Y el autor de la *Ética*: «Sabio es aquel que participa por su pensamiento en la eterna necesidad de la naturaleza. En cierto sentido, aquél jamás cesa de ser, y es el único que posee el verdadero sosiego de toda el alma...» Y el mismo Goethe, el triunfante jefe de esta escuela: «Trata de comprenderte y de comprender las cosas...» De cierto, nuestra ruin personalidad no es más que una ínfima nota del infinito concierto de la naturaleza; pero en lugar de lamentarnos de ello, ¿por qué no regocijarnos, puesto que somos capaces de asociarnos á ese concierto infinito y sentirnos convertidos en uno de los miembros vivientes del cuerpo inmortal de la divinidad? Para ello, basta seguir al pie de la letra una máxima cuya excelencia ha proclamado desde hace mucho tiempo el común sentir: conformar nuestros deseos al orden de las cosas, en vez de luchar contra el orden inevitable de las cosas para sujetarlo á nuestros deseos. Máxima aquietadora, pues nos prepara á soportar el dolor con el consuelo de haber obedecido á la ley, máxima fortalecedora, pues nos enseña á volver en provecho de nuestro desarrollo todas las circunstancias que nos rodean. Sólo la virtud de aquella máxima sostuvo á

Goethe en la grande obra de su maravillosa cultura, como en lo pretérito había sostenido á las ciudades griegas en el despliegue rítmico de su libre actividad. El alcance de aquella excede en efecto á los destinos privados; y su valor, aún aleatorio frente á los azares de la vida individual, llega á ser casi absoluto cuando se aplica á la vida de las sociedades. A lo menos, esto es lo que piensa M. Taine; y así ha llegado á concebir una moral política ingerta en su concepto científico del hombre y del universo. Precisamente, esta moral política ha resultado en conflicto con las ideas de la revolución de 1789 tanto como con los principios del antiguo régimen; de suerte, que el autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea* presenta el inesperado espectáculo de un filósofo igualmente hostil á los dos partidos que se disputan la dominación del país. La completa buena fe tiene esos riesgos que la hacen peligrosa para el ingenio que la practica, y á menudo ininteligible para los que no penetran en el secreto del pequeño trabajo interior de ese espíritu.

Paréceme que la moral política de M. Taine, formulada en lo que tiene de más general, se reduce sencillamente á considerar un Estado como un organismo. Así como la fuerza y la salud personales se ob-

tienen por una obediencia consciente ó inconsciente á las leyes del organismo fisiológico, así también la fuerza y la salud públicas se obtienen por una obediencia consciente ó inconsciente á las leyes de lo que puede llamarse el organismo social. Condiciones de todas clases, inevitables é irreparables, han producido este organismo. A ello han contribuido primero la raza, después el medio y luego la serie de las circunstancias históricas. Tal como es, bueno ó malo, admirable ó detestable, ese organismo funciona como existe, por una necesidad invencible. Según la filosofía de la cual he indicado más atrás el principio, la cordura estriba en la aceptación de esta necesidad. Admitir todas las condiciones del organismo social de que formamos parte, admitirlas y someternos á ellas: tal es el comienzo del progreso, pues no se mejora la propia situación sino pasándola y comprendiéndola. Es la antigua frase de Bacon: *Nemo naturæ nisi parendo imperat...*, aplicada al gobierno de los pueblos. Respetar, pues, no sólo los principios, sino las preocupaciones de su raza «porque el prejuicio hereditario es una razón que se ignora»; conservar no sólo las instituciones útiles, sino hasta las que probablemente son abusivas, porque son partes vivas de un cuerpo vivo; no tomar como medida de los intereses del Estado ni las exigencias lógicas de nuestro entendimiento, ni las nobles necesidades de nuestro corazón, porque nuestro espíritu y nuestra alma no son la regla de la realidad; en una palabra, proceder con la sociedad como un médico con una persona enferma, con la lenta y tímida prudencia que da el convencimiento de la infinita complejidad de las funciones: he aquí, aparte de las aplicaciones prácticas, el espíritu de la política tal como la prescribiría M. Taine, tal como la prescribe en los párrafos en que de simple narrador se convierte en juez, como éste que entresaco del segundo tomo de sus *Orígenes de la Francia contemporánea*: «Si hay en el mundo una obra difícil de realizar, es una Constitución, sobre todo una Constitución completa. Reemplazar los viejos marcos dentro de los cuales vivía una gran nación por marcos diferentes, adecuados y duraderos; aplicar un molde de cien mil compartimientos sobre la vida de veintiséis millones de hombres; construirlo tan armónicamente, adaptarlo tan bien, tan á propósito, con tan exacta apreciación de sus necesidades y facultades, que entren en él por sí mismos para moverse en él sin entrechocarse, y que su acción improvisada tenga en seguida la soltura de una añeja rutina: semejante em-

presa es prodigiosa y probablemente superior al espíritu humano...» Así, pues, más vale renunciar á esta empresa, y, para hacer que prospere una máquina de tan delicado manejo como un Estado, atenerse á los dos grandes procedimientos de toda modificación: en primer lugar al tiempo, es decir la herencia; después al arte, es decir la especialidad.» Verosímilmente, M. Taine ha tomado admiración al primero de esos procedimientos en Inglaterra y al segundo en Alemania. Imagínome que si, como su maestro Spinoza, redactase un tratado de política, comenzaría por ellos y concluiría lo mismo.

Si se recuerdan ahora las teorías de gobierno en nombre de las cuales se hizo la revolución de 1789, no costará trabajo advertir que se derivan de un ideal racional muy diferente del principio histórico y positivista en que se ha fundado M. Taine. Como todos los filósofos que en el Estado ven un organismo, M. Taine debe considerar y considera la desigualdad como una ley esencial de la sociedad. La revolución tenía por primer axioma que, desde cierto punto de vista, todos los hombres son iguales. Según acabamos de verlo, para M. Taine una Constitución es una obra *à posteriori*, construida por la experiencia, que debe hacer constar las usanzas

y no crearlas, registrar y regularizar, no deshacer. El supremo acto de fe de la revolución fué proclamar la soberanía creadora de la razón. Además, la revolución admite que todo ciudadano es apto para todo. Acordaos del elocuente pasaje donde Michelet desarrolla también esta tesis, en la cual no han hecho mella, á lo menos por cierto tiempo, las selecciones de las grandes guerras, y compárese con la opinión de M. Taine acerca de los especialistas. La revolución afirma también, con el autor del *Emilio*, la idea de que el hombre es naturalmente razonable y bueno; la sociedad mal constituida es quien le hace malo. M. Taine, como todos los que creen en los oscuros orígenes animales del hombre, está persuadido de que una bestia feroz mal dormida puede despertarse en cada uno de nosotros. «El hombre es un carnicero, dice en alguna parte; lo es por naturaleza y por estructura, y la naturaleza y la estructura jamás dejan que se borre este primer pliegue. Tiene caninos como el perro y el zorro; y, como el perro y el zorro, los clavó desde su origen en la carne de otros. Sus ascendientes se degollaron unos á otros con cuchillos de piedra por un pedazo de pescado crudo. Aún no se ha transformado, no ha hecho más que dulcificarse. La guerra reina como

en otros tiempos, sólo que es limitada y parcial...» ¿Decretaríais el reinado del pueblo si lo vieseis compuesto de esta suerte? Por último, la revolución, como su nombre lo indica, ha sido revolucionaria. Ha comenzado por hacer tabla rasa. Ha tenido el método de su principio. Principio y método tenían que repugnar al filósofo de la evolución lenta; y de hecho, en el movimiento de 1789 nada ha hallado gracia ante su aguda crítica, excepto la guerra contra el extranjero. Y merece notarse el motivo que da de su admiración á los soldados de aquella época heroica, pues manifiesta bien á las claras cómo el filósofo ha sido consecuente consigo mismo hasta el fin: «La presencia del peligro les devolvió el sentido común, comprendieron la desigualdad de los talentos y la necesidad de obedecer...»

M. Taine profesa, pues, invencible antipatía á las obras y los hombres de la revolución, y en eso es lógico. No lo es menos al profesar la misma antipatía á los hombres y las obras del antiguo régimen. Porque si la revolución se ha hecho en pugna con todas las ideas de su doctrina política, tampoco el antiguo régimen estaba conforme con esas ideas. Y en primer lugar, persuadido como está de la necesidad ineludible que enlaza todo fenóme-

no con sus antecedentes, no puede distinguir, como lo hace la opinión común, y oponer ese antiguo régimen á la revolución. En el primero de estos dos hechos ve la causa directa y secular del segundo. A propósito de los jacobinos afirma en alguna parte que «son los sucesores y ejecutores del antiguo régimen, y cuando se mira el modo cómo éste los ha engendrado, incubado, alimentado, entronizado y provocado, no puede menos de considerarse su historia como un largo suicidio...» Y en seguida, en un capítulo de una condensación extremada, manifiesta cómo fueron violadas unas tras otras las reglas fundamentales de la salud política. Al que define el Estado como un organismo, es decir, una reunión de centros locales, todos ellos activos y progresivos, no puede menos de repugnarle la monarquía unitaria y absolutista de Luis XIV, que, concentrando todos los poderes en manos del rey y todas las fuerzas vivas de la nación en la corte, agotó la existencia provincial. Partidario de la especialidad inteligente, no puede menos de deplorar la conducta de la aristocracia francesa y del clero, quienes no han sabido comprender las obligaciones de sus privilegios y conservar la primacía del talento como tenían la del título y la alcurnia. El antiguo régimen,

exagerando con la vida cortesana la importancia de las cualidades agudas y agradables, desarrollo poco á poco hasta el grado más intenso lo que M. Taine llama el espíritu clásico; es decir, que la ideología sustituyó al estudio directo de la realidad, y los procedimientos de la razón abstracta y matemática sustituyeron al método experimental. En fin, M. Taine pertenece á una escuela que profesa hartamente el culto por los hechos consumados, para no juzgar como vanos esfuerzos todos los que los apóstoles de la reacción pudieran intentar en pro de lo pasado.

Bienhechora ó perjudicial, ha ocurrido la revolución; y lo cuerdo es contar con ella como con uno de esos hechos consumados. Volved á leer ahora el prefacio de 1875, puesto por el historiador á la cabeza de su grande obra acerca de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, y notaréis las razones profundas de la extraña soledad de opinión en que se ha colocado, soledad que le atrae hoy las acusaciones de los republicanos, como le atrajo los anatemas del obispo de Orleans: «En 1849, teniendo veintiún años, era yo elector y me veía muy apurado porque tenía que nombrar quince ó veinte diputados, y además, según la usanza francesa, no sólo debía elegir hombres, sino optar

entre teorías. Proponíanme que fuese realista ó republicano, demócrata ó conservador, socialista ó bonapartista. Yo no era nada de eso, ni siquiera nada...» Y de entonces acá, tampoco ha elegido. Era entonces y es hoy un filósofo que desprecia la acción y sólo se preocupa de la lógica y la sinceridad de su pensamiento, en política como en todo lo demás.

Tres cuestiones pueden plantearse con ocasión de la *Historia de los orígenes de la Francia contemporánea*. La primera interesa á los historiadores. ¿Qué valen el método, los textos y la crítica del autor? La segunda interesa á los políticos. ¿Cuál es el alcance exacto de las teorías, su excelencia ó su insuficiencia? El título mismo de esta obra me permite responder solamente á la tercera, que interesa al psicólogo. ¿Cómo ha llegado M. Taine á producir una especie de cambio de frente en la opinión de muchos de sus antiguos admiradores? He intentado mostrar la absoluta unidad del desarrollo de este oscuro pero poderoso ingenio. Representa con singular intensidad la religión de la ciencia, propia de la segunda mitad del siglo XIX francés. Todo lo ha sacrificado á esta religión, desde los más sublimes deseos del alma, hasta los más legítimos deseos de popularidad. Parece haber trazado de an-

temano su retrato cuando pintó al M. Paul de los *Filósofos clásicos*: «Seguir su vocación, buscar en el gran campo del trabajo el sitio donde se puede ser más útil, abrir el surco ó el hoyo: he aquí, según él, el asunto principal; el resto es indiferente...» Pero, ¿cómo abrir ese hondo y ancho surco, sin cortar muchas flores por el pie?

PABLO BOURGET.

RIMA

Cansado de llorar, no tu falsía,
 Que pura como el ampo está tu alma,
 Sino el fatal empeño con que otros
 Hicieron tu desgracia y mi desgracia;
 Y, queriendo romper con el pasado,
 Con el pasado que al hablar me mata,
 Una hoguera encendí y arrojé en ella
 Tu retrato, tus flores y tus cartas,
 Desde aquella primera que escribiste,
 En que «señor» á secas me llamabas,
 Hasta aquella, firmada «Tuya siempre»,
 Que empezaba: «Te juro por mis lágrimas».
 Murió la luz y se extinguió la hoguera,
 Y quedó tras la última alborada
 Un montón de cenizas en el suelo,
 Y un montón de cenizas en mi alma,
 Y el fuego al consumir esos recuerdos
 Como el tiempo en mi vida, cosa rara,
 El «Tuya siempre» convirtió en cenizas,
 Y solamente respetó «mis lágrimas».

F. RIVAS FRADE (Colombiano).

LA PINTURA EN LOS PAÍSES BAJOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las causas permanentes.

Durante los tres años precedentes os he expuesto la historia de la pintura en Italia; debo este año presentaros la historia de la pintura en los Países Bajos. Dos grupos de pueblos han sido y son los principales obreros de la civilización moderna; de un lado, los pueblos latinos ó latinizados, italianos, franceses, españoles y portugueses; del otro los pueblos germánicos, belgas, holandeses, alemanes, daneses, suecos, noruegos, ingleses, escoceses y americanos. En el grupo de los pueblos latinos, los italianos son, sin que pueda contradecirse, los mejores artistas; en el grupo de los pueblos germánicos lo son también, sin contradicción posible los flamencos y holandeses. De suerte que estudiando la historia y el arte en estos dos pueblos, estudiamos la historia del arte moderno en

los representantes más grandes y más opuestos entre sí.

Una obra tan vasta y tan diversa, una pintura que vive cerca de cuatrocientos años, un arte que cuenta tantas obras maestras é imprime á todas ellas un carácter original y común, es la obra de una nación; por tanto, se refiere á la vida entera nacional y sus raíces están en el mismo carácter del pueblo. Es un florecimiento profundamente preparado, y desde largo tiempo, por una elaboración de la savia, conforme á la naturaleza adquirida y á la naturaleza primitiva de la planta que la ha llevado. Según nuestro método, vamos á comenzar por el estudio de esta historia íntima y primera que explica la historia exterior y final. Os mostraré, en primer lugar, el grano, es decir, la raza con sus cualidades fundamentales é indele-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

bles, tales como persisten al través de todas las circunstancias y en todos los climas; en seguida la planta, es decir, el pueblo mismo con sus cualidades originales, acrecentadas ó limitadas, en todo caso aplicadas ó transformadas por su medio y por su historia; y, finalmente, la flor, es decir, el arte, y en particular la pintura, á la cual se dirige como fin todo aquel desarrollo.

I

Los hombres que habitan los Países Bajos, pertenecen en su mayor parte á aquella raza que invadió el Imperio romano en el siglo v, y que entonces por la primera vez, al lado de las naciones latinas, reivindicó su lugar en la tierra. A ciertas comarcas, á la Galia, España, Italia, no llevan más que los jefes y una ley que imponen la población primitiva. En otras comarcas como en Inglaterra y los Países Bajos, rompen, destruyen, reemplazan á los antiguos habitantes, y su sangre pura ó casi pura corre todavía por las venas de los hombres que actualmente ocupan el mismo suelo. Durante la Edad Media, los Países Bajos se llamaban la Baja

Alemania. Las lenguas belga y holandesa son dialectos del alemán, y salvo el distrito walón en que se habla francés, aquéllos son los idiomas populares de toda la comarca.

Consideremos los rasgos comunes de toda esta raza germánica y las diferencias en cuya virtud se opone á los pueblos latinos. En lo físico nos encontramos con una carne más blanca y más blanda, los ojos son por lo regular azules, pálidos, muy pálidos, á medida que se avanza hacia el Norte, alguna vez vidriosos; en Holanda, los cabellos son de un rubio semejante al del lino y casi blancos en los niños; ya los antiguos romanos se asombraban y decían que los germanos tenían cabellos de viejos. La tez es de suave color de rosa, infinitamente delicada en las doncellas, viva y como pintada de rojo en los jóvenes y á veces en las gentes de edad; de ordinario, en las clases laboriosas y en la edad madura la piel es pálida, color de nabo, y en Holanda color de queso y aun de queso echado á perder. Por regla general, son altos y parece que están hechos á golpes; son torpes en sus movimientos y carecen de elegancia. Por regla general, los rasgos del rostro son irregulares, sobre todo en Holanda; tienen los pómulos salientes y las mandíbulas pronunciadas. En suma, carecen de la finura y la nobleza

esculturales. Rara vez encontraréis rostros regulares semejantes á las lindas caras que tanto abunda en Tolosa y en Burdeos, ni que se parezcan á las bellas y arrogantes cabezas que se ven en la campiña de Florencia ó de Roma; hallaréis, por el contrario, muy frecuentemente rasgos exagerados, acumulaciones incoherentes de formas y de tonos, de hinchazones extrañas de la carne, de caricaturas vivientes. Al juzgarlas como se juzgan las obras de arte, los rostros y los cuerpos nos parecen pesados y fantásticos.

Si observamos este cuerpo en acción, encontraremos sus facultades y sus necesidades animales más groseras que las de los latinos; la materia y la masa parecen predominar sobre el movimiento y sobre el alma; el hombre es aquí voraz y hasta carnicero. Comparad el apetito de un inglés ó de un holandés con el de un italiano ó un francés; que alguno de entre vosotros, los que habéis visitado el país, recuerde los manjares, sobre todo carne, que engulle tranquilamente, y muchas veces por día, un habitante de Londres, Rotterdam ó Amberes; en las novelas inglesas se come siempre, y las heroínas más sensibles, al fin del tercer volumen han consumido una infinidad de tarros de manteca, de tazas de té, de trozos de aves y de *sandwichs*. El

clima contribuye á ello; bajo las brumas del Norte, nadie se sostendría como un campesino de raza latina, con una cazuela de sopa, un pedazo de pan untado con aceite ó un plato de macarrones. Por la misma razón el germano gusta de las bebidas fuertes. Ya lo había hecho notar Tácito, y Ludovico Guicciardini, un testigo ocular del siglo xvi, que os citaré más de una vez, dice hablando de los belgas y de los holandeses: «Casi todos son inclinados á la embriaguez, apasionados por este vicio; se atracan de bebida durante la noche y á veces durante el día.» Actualmente en Europa y América, en la mayor parte de los países germánicos, la intemperancia es el defecto nacional. La mayor parte de los suicidios y de las perturbaciones mentales proceden de ella. Aun entre las gentes razonables y las de condición media, está muy extendido el placer de beber: en Alemania é Inglaterra no es un deshonor que un hombre bien educado se retire de la mesa con un principio de embriaguez. De tiempo en tiempo se emborracha del todo. Entre nosotros, por el contrario, es una mancha; en Italia es una vergüenza; en España, en el último siglo, el nombre de borracho era injuria tal, que nos vengaba con palabras, provocaba una navajada. Nada de esto ocurre en

el país germánico. Allí las cervecerías, tan frecuentadas y tan numerosas, y la incalculable venta de bebidas fuertes, prueban los gustos del público. Entrad en Amsterdam en una de esas tiendecillas adornadas de toneles lustrosos, donde los asistentes se echan al cuerpo uno tras otro vasos de aguardiente blanco, amarillo, verde, oscuro, á menudo mezclado con pimienta y pimienta. Penetrad á eso de las nueve de la noche en una cervecería de Bruselas, y sentaos ante una de las mesas de madera oscura, en torno de las cuales circulan los vendedores de cangrejos, de pan salado y de huevos cocidos; ved á esas personas plácidamente sentadas, generalmente solas, algunas veces dos; pero á menudo en silencio, fumando, comiendo ó bebiendo grandes jarros de cerveza, reforzados de tiempo en tiempo por un vaso de licor fuerte; comprenderéis por simpatía, la fuerte sensación de calor y de plenitud animal que saborean solitariamente, sin decir palabra, á medida que la sólida comida y la bebida superabundante reúnen en ellos la sustancia humana, y que todo el cuerpo participa del bienestar del estómago satisfecho.

Bastará que os muestre en su exterior un rasgo que sale de ojo á los meridionales: me refiero á la lentitud y torpeza de las impresiones y de

movimientos de las gentes del país. Uno de Tolón, comerciante de paraguas, se arrojó casi en mis brazos al oírme hablar en francés, y durante un cuarto de hora tuve que sufrir sus lamentaciones. Para un temperamento como el suyo, los habitantes del país eran intolerables, «fríos, »sin emoción ni sentimiento, insípidos y tiernos, verdaderos nabos, señor, verdaderos nabos!» Y en efecto, su charlatanería y su expansión formaban vivo contraste con la gente flamenca. Parece, cuando se les habla, que no comprenden al pronto, que su máquina expresiva tiene necesidad de tiempo para ponerse en movimiento; se ve á un conserje de museo, ó á un criado, quedarse con la boca abierta un minuto antes de responder. En los cafés, en los vagones, llama la atención la flema y la inmovilidad de las facciones; no experimentan como nosotros la necesidad de moverse y de hablar; pueden estar inmóviles durante dos horas frente á frente con su pensamiento y su pipa. En las *soirées* de Amsterdam, las señoras, adornadas con sus alhajas, inmóviles en sus butacas, parecen estatuas. En Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, las casas de los aldeanos parecen inanimadas, sin expresión, entumecidas; cierto amigo me decía al regresar de Berlín: «Aquellas gentes tienen los ojos muertos.» Las mismas

jóvenes ofrecen un aspecto cándido y como adormecido. Algunas veces me he detenido ante los cristales de una tienda contemplando un rostro rosado, plácido, cándido, una madona de la Edad Media, ocupada en hacer prendidos de moda; es lo contrario de lo que acontece en nuestro Mediodía y en Italia, donde los ojos de una griseta parece que hasta quieren hablar con las sillas, á falta de otra cosa mejor, y cuyo pensamiento, en el mismo momento en que se produce, se traduce en gestos. En los países germánicos, los canales de la sensación diríase que están obstruidos; todo lo que es delicadeza, emoción y agilidad de acción parece imposible; un meridional grita siempre á tuertas y derechas; era el juicio espontáneo de todos los franceses en las guerras de la Revolución y del Imperio. A este propósito su *toilette* y el modo de andar dan los mejores indicios, principalmente en la clase media ó en la inferior. Comparad las grisetas de Roma, de Bolonia, de París ó de Tolosa con las grandes muñecas mecánicas que veis los domingos en Homplencourt con sus mantos color violeta, sus sedas vistosas, sus cinturones de oro y todo el atavío de un lujo enfático. Recuerdo en este momento dos fiestas, la una en Amsterdam, donde se presentan las campesinas ricas de la Frissia, con la cabeza

encapuchada en una gorra encañonada, sobre la cual se empina convulsamente un sombrero en forma de cabriolé; en los lados de la cabeza y en la frente dos placas de oro, un frontón de oro y tirabuzones de oro rodean una cara pálida y nada agraciada. La otra fiesta á que me refería es en Friburgo, en Brisgau, donde los habitantes de la villa, plantados sobre sus anchos pies, permanecen derechos, vaga la mirada, como expuestos con su traje nacional: faldas negras, rojas, verdes violetas, con pliegues inflexibles como los de las estatuas góticas, corsés abotagados por delante y por detrás, mangas algodónadas y macizas en forma de pernil, talles cinchados, casi bajo los sobacos, cabellos amarillentos y delgados, retorcidos fuertemente y estirados hacia lo alto de la frente, cogotes encerrados en un capillo bordado de oro y plata, por encima del cual un sombrero de hombre alza su copa color de naranja, coronamiento heteróclito que parece hecho á martillazos y que sugiere vagamente la idea de un poste pintarrajeado. En una palabra, en esta raza el animal humano es más tardo y más grosero que en la otra; nos sentimos como tentados á juzgarle inferior si le comparamos al italiano, al francés del Mediodía, tan sobrios, tan prontos de espíritu, que naturalmente sa-

ben hablar, conversar, expresar con el rostro el pensamiento, y tienen gusto y elegancia, y todo ello sin esfuerzo: como los provenzales del siglo XII y los florentinos del XIV, se encuentran cultivados, civilizados, acabados del primer golpe.

No es bastante esta primera ojeada; no nos da más que un aspecto de las cosas; hay otro que acompaña á éste como la luz á la sombra. La finura y precocidad naturales en los pueblos latinos tienen muchas consecuencias malas; dichas cualidades les dan la necesidad de las sensaciones agradables. Por tanto, son exigentes en punto á felicidad; necesitan muchos placeres, variados, fuertes ó finos, la distracción de la conversación, las dulzuras de la cortesanía, las satisfacciones de la vanidad, las sensualidades del amor, los goces de la novedad y de lo imprevisto, las simetrías armoniosas de las formas y de las frases, todo lo cual fácilmente los hace degenerar en retóricos, epicúreos, voluptuosos, libertinos, galantes y mundanos. En efecto, á causa de estos vicios, su civilización se corrompe y acaba; así la encontraréis al declinar la antigua Grecia y la antigua Roma, en la Provenza del siglo XII, en la Italia del siglo XVI, en la España del XVII, en la Francia del XVIII. Su temperamento más afinado los lleva al refinamiento. Quieren

saborear sensaciones exquisitas; no se contentan con sensaciones tiernas; son como aquellos que, habituados á comer naranjas, arrojasen las chirivías y los nabos, sin pensar que de chirivías, nabos y otras legumbres tan insípidas como estas, se compone lo ordinario de la vida. En Italia fué donde una gran dama decía al saborear un helado delicioso: «¡Qué lástima que esto no sea un pecado!» En Francia, un gran señor decía de cierto diplomático: «¡Quién no ha de adorarle si es tan vicioso!» De otra parte, su vivacidad de impresión y su prontitud en la acción, los hacen improvisadores; se sienten demasiado excitados por el choque de las cosas, hasta olvidar el deber y la razón, hasta andar á puñaladas en Italia y España, hasta los tiros en Francia, y, por tanto, resultan medianamente capaces de espera, de subordinación, de regularidad. Para no fracasar en la vida, es preciso saber tener paciencia, saber aburrirse, hacer y deshacer, recomenzar y continuar, sin que la ola de la cólera y el ímpetu de la imaginación, vengan á detener ó á desviar el esfuerzo cotidiano. En suma, si se compara sus facultades con la corriente del mundo, se encuentra éste demasiado mecánico, demasiado rudo, demasiado monótono para ellos, y se encuentra á ellos demasiado vivos, demasiado

delicados, demasiado brillantes para él. Siempre al cabo de algunos siglos se marca en su civilización este desacuerdo; piden demasiado á las cosas, y por falta de conducta no obtienen lo que las cosas podrían proporcionarles.

Suprimid ahora esos dones felices y en compensación sus inclinaciones engañosas; imaginad sobre ese cuerpo lento y torpe del germano, una cabeza bien organizada, una inteligencia completa, y seguid las consecuencias. Con impresiones menos vivas, el hombre así construido, será más pacífico y más reflexivo. Como tiene menos necesidad de sensaciones agradables, podrá sin fastidiarse hacer cosas fastidiosas. Siendo más rudos sus sentidos, preferirá el fondo á la forma y la verdad íntima al adorno exterior. Como es menos vivo, está menos sujeto á la impaciencia y á los impulsos fuera de razón. Tiene el espíritu de continuar, puede persistir en las empresas, cuyo fin es á largo plazo. En una palabra, en él es más soberana la inteligencia porque las tentaciones de fuera son menores y las explosiones de dentro son raras; gobierna mejor la razón, cuando dentro hay menos revueltas y cuando fuera menos asaltos. Considerad, en efecto, los pueblos germanos actualmente y en todo el curso de su larga historia. En primer lugar,

son los más grandes trabajadores del mundo; en este punto, para las cosas del espíritu nadie iguala á los alemanes: erudición, filosofía, conocimiento de las lenguas más ásperas, ediciones, diccionarios, colecciones, clasificaciones, investigaciones de laboratorio, en toda ciencia, cuanto es labor enojosa y desagradable, pero preparatoria y necesaria, les pertenece como cosa propia; con paciencia y abnegación admirables, tallan todas las piedras del edificio moderno. En lo referente á la materia, los ingleses, los americanos, los holandeses, hacen la misma obra. Quisiera mostraros un aparejador de telas ó uno de hilados inglés entregado á su oficio: es un autómeta perfecto que trabaja todo el día sin un minuto de distracción, y la segunda hora tan bien como la primera. Si en el mismo taller hay obreros franceses, forman con aquéllos singular contraste: nuestros compatriotas no saben atenerse á esta regularidad de máquina; son menos atentos y se cansan más pronto; por consiguiente, han producido menos al cabo de la jornada; en lugar de 1.800 varas que los primeros hacen, los segundos no producen más que 1.200. La capacidad aminora á medida que se descende hacia el Mediodía; un provenzal, un italiano, tienen necesidad de hablar, de cantar, de

danzar. Voluntariamente la que se abandona, y á este precio se resigna de buen grado á no tener más que un traje raído, la ociosidad le parece natural y hasta honrosa. La *vida noble*, la pereza que, por punto de honor, no trabaja, vive de expedientes y á veces de ayunos, ha sido la plaga de España y de Italia durante sus dos últimos siglos. Por el contrario, en las mismas épocas, el flamenco, el holandés, el inglés, el alemán, han cifrado su gloria en proporcionarse cosas útiles; la repugnancia instintiva que lleva al hombre ordinario á huir la pena, la vanidad pueril que impulsa al hombre cultivado á distinguirse del obrero, han cedido ante el buen sentido y ante la razón.

Esta misma razón y este mismo buen sentido fundan y mantienen en ellos las diversas especies de sociedades, y, en primer término, la sociedad conyugal. Ya sabéis que en los pueblos latinos no es ésta muy respetada: en Italia, en España (1), en Francia, el teatro y la novela han tenido siempre por principal asunto el adulterio; por lo menos la literatura toma por héroe la pasión y le prodiga todas sus simpatías y le concede todos los derechos. Por el contrario, en Inglaterra, la novela es la pintura del

amor honrado y la alabanza del matrimonio; la galantería no es honrosa en Alemania ni aun entre los estudiantes. En los países latinos es excusada ó tolerada y algunas veces hasta aprobada. La sujeción del matrimonio y la monotonía de su vida parecen fatigosas. La seducción de los sentidos es aquí demasiado penetrante, los caprichos de la imaginación demasiado buenos; el espíritu se forja un mundo de delicias, de transportes, de éxtasis, ó cuando menos una novela de sensualidad viva y variada; después, á la primera ocasión, la ola, aumentada, se desborda, salvando todos los diques del deber y de la ley. Considerad la España, la Italia, la Francia del siglo xvi; leed las novelas de Bandello, las comedias de Lope, los relatos de Brantome, y escuchad al mismo tiempo las consideraciones que Guicciardini, un contemporáneo, hace sobre las costumbres de los Países Bajos: «Tienen horror al adulterio; sus mujeres son por extremo discretas, y, sin embargo, se les concede mucha libertad. Solas hacen visitas y hasta viajes, sin que se hable mal de ellas; se bastan á sí mismas para guardarse. Aman la vida doméstica é interior.» Recientemente, un holandés, rico y noble, me citaba muchas mujeres jóvenes de su familia que no habían querido ver la

(1) En España, no.—(N. DEL T.)

Exposición Universal y que se habían quedado en su casa, mientras que sus maridos y sus hermanos venían á París. Un natural tan tranquilo y tan sedentario esparce mucha felicidad en la vida doméstica; en el silencio y en el apartamiento es más fuerte el ascendiente de las ideas puras; como no existe el fastidio de estar siempre con la misma persona, el recuerdo de la fe prometida, el sentimiento del deber, el respeto de sí mismo, prevalecen fácilmente contra las tentaciones, que triunfan cuando son más fuertes. Lo mismo puede decirse de otra especie de asociaciones, sobre todo de la asociación libre. Esta es muy difícil que se practique bien; para que la máquina funcione con regularidad y sin rozamientos, es preciso que las gentes que la componen tengan nervios tranquilos y estén dominados por la idea del fin. Es menester ser paciente en un *meeting*, dejarse contradecir y aun difamar, esperar para responder á que os toque la vez, contestar con moderación, sufrir veinte veces seguidas el mismo razonamiento, adornado de cifras y de documentos positivos. No hay que arrojar el periódico cuando la política deja de ser interesante, y ocuparse de ella por el placer de pensar, de discutir, de insurreccionarse contra los jefes tan pronto como no nos com-

placen; esta es la moda de España y de otras partes. Vosotros conocéis un país que ha derribado á un gobierno porque éste era poco activo y la nación se aburría. En los pueblos germánicos se asocian las gentes, no para hablar, sino para obrar; la política es un negocio que es preciso encaminar hacia el bien; se tiene el espíritu de los negocios, la palabra no es más que un medio, el efecto aún lejano es el fin. A éste se subordinan todos y muestran la mayor deferencia hacia las personas que los representan. Cosa única; los gobernados respetan á los gobernantes; cuando éstos son malos, se les resiste; pero legalmente, con paciencia, y si las instituciones son defectuosas, se las endereza poco á poco sin romperlas. Los países germánicos son la patria del gobierno parlamentario y libre; actualmente lo veis establecido en Suecia, en Noruega, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda, en Prusia y aun en Austria; los colonos que saturan la Australia y el Oeste de América la han implantado allí con ellos. Por torpes que sean los recién llegados, aquel gobierno prospera al instante y pronto impera; se encuentra hasta en los orígenes mismos de Bélgica y de Holanda; las viejas ciudades de los Países Bajos eran repúblicas, y tales se han mantenido á despecho de sus señores

feudales durante toda la Edad Media. La asociación libre se ha establecido allí y se mantiene sin esfuerzo, la pequeña como la grande. En el siglo XVI encontramos en cada ciudad y aun en cada burgo sociedades de arcabuceros y de retóricos; se cuentan más de doscientas. Todavía florece en Bélgica una infinidad de asociaciones parecidas; sociedades para el tiro del arco, para el canto, para el pichón, para los pájaros cantores. En Holanda, los particulares, voluntariamente unidos, proveen á todos los servicios de caridad pública. Obrar en corporación, sin que nadie oprima á nadie, es un talento completamente germánico; es el mismo talento que les da tanto dominio sobre la materia; acomodarse por paciencia y por reflexión á las leyes de la naturaleza física y de la naturaleza humana; en lugar de ir en contra, sacarles provecho.

Si después de la acción pasamos á la especulación, es decir, á la manera de concebir y figurar el mundo, encontraremos el sello de este genio reflexivo y poco sensual. Los pueblos latinos tienen un gusto muy vivo por lo exterior y el adorno de las cosas, por la pomposa representación que deslumbra los sentidos y la vanidad, por la regularidad lógica, por la simetría exterior y la bella ordenación; en

una palabra, por la forma. Por el contrario, los pueblos germanos se sienten más inclinados al ser íntimo de las cosas, á la misma verdad, es decir, á su fondo. Su instinto les impulsa á no dejarse seducir por la apariencia á levantar los velos, á descubrir la cosa oculta, aunque sea repugnante y triste, á no rebajar ni disimular ningún detalle por vulgar y feo que sea. Entre veinte obras de este instinto hay dos que le ponen en evidencia, porque la oposición de la forma y del fondo es muy marcada: son la literatura y la religión. Las literaturas de los pueblos latinos son clásicas y se relacionan de cerca ó de lejos con la poesía griega, con la elocuencia romana, con el renacimiento italiano ó con el siglo de Luis XIV; depuran y ennoblecen, embellecen y contienen, ordenan y proporcionan. Su última obra maestra es el teatro de Racine, el pintor de las costumbres de príncipes, de las conveniencias de corte, de los personajes de mundo, de las almas cultivadas, el maestro del estilo oratorio, de la composición sabia, de la elegancia literaria. Por el contrario, las literaturas germánicas son románticas y tienen su tronco en el Edda y en las viejas *Sagas* del Norte; su gran obra maestra es el teatro de Shakespeare, es decir, la representación cruda y completa

de la vida real, con todos los por-menores atroces, innobles ó llanos, con todos los instintos sublimes y brutales, con todo lo saliente de la naturaleza humana, expuesta á las miradas en un estilo tan pronto familiar hasta la trivialidad, tan pronto poético hasta el lirismo, siempre independiente de toda regla, incoherente, excesivo, pero de una pujanza incomparable, para mover á las almas, ya ardientes, ya temblorosas, cuya pasión es el grito. Del mismo modo contemplaré la religión en el momento decisivo en que los pueblos de Europa son llamados á elegir su creencia, es decir, en el siglo xvi; los que han leído los documentos originales de que se trataba entonces, saben qué preferencias secretas han mantenido á los unos en la antigua vía é impulsado á los otros en la nueva. Todos, hasta el último de los pueblos latinos, permanecen católicos; no han querido salir de sus costumbres de espíritu; han sido fieles á la tradición; han permanecido sometidos á la autoridad; se han sentido atraídos por las formas sensibles, por la pompa del culto, por el bello orden de la jerarquía eclesiástica, por la idea majestuosa de la unidad y perpetuidad católicas; han atribuido una importancia capital á los ritos, á las obras exteriores, á los actos visibles, por los cuales se manifies-

ta la piedad. Por el contrario, casi todas las naciones germánicas se hicieron protestantes; si Bélgica, que se inclinaba á la Reforma, se sustrajo á ella, fué por fuerza, y gracias á las victorias de Farnesio, á la muerte y á la fuga de tantas familias protestantes y á una crisis moral particular que habréis de ver en la historia de Rubens. Los otros pueblos germanos han subordinado el culto exterior al culto íntimo; han hecho conquistar la salud en la convicción y en la emoción religiosa del corazón; han hecho que se inclinara la autoridad oficial de la Iglesia ante la convicción personal del individuo; por este predominio del fondo, la forma se hace accesoria, y el culto y las prácticas y los ritos se reducen tanto. Veremos á su tiempo que en las artes la misma oposición de instintos, ha producido un contraste análogo de gusto y de estilo; este contraste nos bastará para percibir los caracteres fundamentales que distinguen á las dos razas. Si la segunda, comparada con la primera, presenta una forma menos escultural, apetitos más groseros y un temperamento más entumecido, proporciona, en cambio, por la calma de sus nervios y por la frialdad de su sangre más parte á la pura inteligencia; su pensamiento, menos desviado del camino derecho por el atractivo del deber sensible,

por las sacudidas de la improvisación, por la ilusión de la belleza exterior, sabe mejor acomodarse á las cosas tanto para comprenderlas como para dirigir las.

II

Esta raza, así dotada, ha sufrido diversos impulsos, según los diversos medios en que ha vivido. Sembrad muchos granos de la misma especie vegetal en suelos y bajo temperamentos diferentes, dejadlos germinar, agrandar, fructificar, reproducirse indefinidamente, cada cual en su terreno: ellos se adaptarán cada uno al suelo; tendréis muchas variedades de la misma especie, tanto más distintas cuanto los contrastes entre los diferentes climas sean más fuertes. Tal es la historia de la raza germánica en los Países Bajos; diez siglos de habitación han hecho su obra: al fin de la Edad Media, encontramos en ella por encima del carácter innato un carácter adquirido.

Esto nos hace observar el suelo y el cielo; á falta de un viaje fijad al menos los ojos sobre un mapa. Salvo el distrito montañoso del Sudeste, los Países Bajos ofrecen una llanura húmeda, tres grandes ríos

el Meuse, el Rhin, el Escalda, y muchos pequeños, lo han formado con sus aluviones. Añadid los afluentes, los estanques, las lagunas numerosas; la comarca es un vertedero de multitud de aguas que, al llegar á ella, vienen lentas ó permanecen estancadas á falta de pendientes. Abrid un agujero, no importa en qué comarca, encontraréis agua. Si contempláis los paisajes de Van-der-Nez, tendréis una idea de estos vastos ríos perezosos que al aproximarse al mar tienen una legua de anchura. Duermen en su lecho como un enorme pescado viscoso y chato, y lucen pálidos reflejos con tonos de crema oscura; á menudo, el llano es más bajo que ellos, y sólo se defiende por muros de tierra; parece que los ríos se van á desbordar de sus líneas, de ellos transpira un vapor incesante, y por la noche, á la luz de la luna, la espesa bruma envuelve toda la campiña con su humedad azulada. Seguidlos hasta el mar: allí una segunda agua más violenta, agitada todos los días por las mareas, acaba la obra de la primera; el Océano del Norte es hostil al hombre. Recordad la estacada de Ruisdaël y pensad en las tempestades frecuentes que lanzan las rojizas olas y las monstruosas lenguas de espuma, sobre la estrecha banda de tierra plana, ya medio ahogada por el ensancha-

miento de los ríos. Un cinturón de islas, algunas tan grandes como la mitad de un departamento, marca á lo largo de la costa este atragantamiento de las aguas fluviales y este asalto de las aguas marinas, Walchesen, Reveland del Norte y Reveland del Sur, Tholen, Schouven, Vorn, Reyerlond, Texel, Vhieland y otras varias. En otros puntos, el Océano entra y forma mares interiores, el de Harlem, ó golfos profundos, el de Zuidercee. Si Bélgica es un aluvión formado por los ríos, Holanda no es más que un montón de fango en medio de las aguas. Añadid á esta inclemencia del suelo el rigor de la temperatura, y acabaréis por afirmar que el país este no es para hombres, sino para los rengíferos y los castores.

Cuando las primeros tribus germánicas acamparon allí aún era peor el país. En tiempo de César y de Estrabón no era más que un bosque pantanoso; los viajeros contaban que se podía ir, de árbol en árbol, por toda la Holanda, sin tocar en tierra. Las encinas desarraigadas que caían en los ríos, formaban balsas como actualmente en el Mississippi, donde venían á chocar las flotas romanas. Todos los años el Waal, el Meuse, el Escalda, se desbordaban y cubrían la llanura. Todos los años, las tempestades de otoño anegaban la isla de los Bata-

vos; en Holanda el aspecto de las costas cambiaba incesantemente. La lluvia era constante, y la niebla impenetrable como en la América rusa; el día no duraba más que tres ó cuatro horas; todos los años cubría el Rhin una sólida costra helada. Constantemente la civilización, trabajando el suelo, endulzó la temperatura, y la Holanda salvaje tenía entonces el clima de Noruega. Cuatro siglos después de la invasión, Flandes se llamaba todavía el «bosque sin fin y sin misericordia». En 1197, el país de Waes, que es actualmente un huerto, era inculto, y los monjes estaban sitiados por los lobos. En el siglo XII, manadas de caballos salvajes vagaban errantes por los bosques de Holanda. El mar usurpaba la tierra. Gante era puerto de mar en el siglo IX, Hernane, Saint-Omer y Brujas en el siglo XII, Dam en el XIII, la Ecluse en el XIV.

Cuando se estudia la Holanda en los antiguos mapas no se la conoce (1). Actualmente se ven obligados los habitantes á defender el suelo contra los ríos y el mar. En Bélgica, la orilla del Océano es mucho más baja que la marea alta, y los terrenos conquistados ex-

(1) Michiels: *Historia de la pintura flamenca*, tomo I, pág. 230; y Schayes: *Los países Bajos antes y durante la dominación romana*.

tienden sus vastas llanuras arcillosas, su tierra pegajosa, teñida de reflejos violáceos, que aun en nuestros días es algunas veces destrozada. En Holanda es aún mayor el daño, de suerte que toda vida parece allí precaria. Desde hace trece siglos, se cuenta, por término medio, una inundación cada treinta años, más ó menos grande. En 1230 se ahogaron 100.000 personas, 80.000 en 1287, 20.000 en 1470, 30.000 en 1570; 12.000 en 1717. En 1776, en 1808, en 1825 y en época aún más reciente, se han visto parecidos desastres. La bahía de Dollart, de 12 kilómetros de anchura y de 35 de profundidad; el Zuidersee, que tiene 44 leguas cuadradas, proceden de invasiones del mar en el siglo XIII. Para proteger la Frisia han sido menester 22 leguas de maderos colocados en tres filas que cuestan cada uno siete florines. Para defender la costa de Harlem es menester un dique de granito de Noruega, de 8 kilómetros de largo, de 40 pies de alto y que penetra 200 pies en las olas. Amsterdam, que tiene 260.000 habitantes, está toda ella construida sobre postes que algunos tienen 30 pies de largo. Todos los emplazamientos de las ciudades y aldeas de Frisia son construcciones artificiales. Se calcula que los trabajos de defensa entre el Escalda y el Dollart han

costado 7.500 millones. A este precio se vive en Holanda; y cuando de Harlem ó de Amsterdam se ha visto el enorme *truole* amarillento extenderse hasta perderse de vista su leve marco de lodo, se ve cómo arrojando este cebo al monstruo, logra el hombre salvarse (1).

Figuraos ahora á los hombres de las antiguas tribus germánicas, pescadores y cazadores errantes en barcas de cuero, vestidos con sacos de piel de foca, y calculad, si podéis, el esfuerzo que estos bárbaros han tenido que hacer para fabricarse un suelo habitable y convertirse en un pueblo civilizado. Otros hombres de distinto carácter no hubieran podido conseguirlo; el medio era demasiado malo. En condiciones análogas, las razas inferiores del Canadá y de la América rusa permanecen en estado salvaje. Otras razas bien constituidas, los celtas de Irlanda y de la Alta Escocia, no han llegado á otra cosa que á las costumbres caballerescas y á las leyendas poéticas. Eran precisos entendimientos reflexivos, capaces de subordinar la sensación á la idea y de soportar pacientemente el fastidio y la fatiga, de imponerse privaciones y trabajos en atención á un efecto lejano, en una palabra, una

(1) Alfredo Eugenio: *La Neerlandia y la vida neerlandesa*.

raza germánica, de hombres capaces de asociarse, de sufrir, luchar, recomenzar una y otra vez y mejorar sin tregua, capaces de encauzar los ríos, contener el mar, desecar el suelo, aprovechar el viento, el agua, el terreno llano, el lodo arcilloso, de hacer canales, navíos, molinos, ladrillos, y de fomentar la ganadería, las industrias, los cambios. Como la dificultad era enorme, la inteligencia se ha empleado por completo en vencerla, se ha encaminado totalmente á este objeto, apartándose, por tanto, de todo lo demás. Subsistir, abrigarse, vestirse, comer, preservarse contra el frío y la humedad, aprovisionarse, enriquecerse—no tenían tiempo de pensar en otra cosa; el espíritu se ha hecho positivo y práctico.—Imposible en semejante país soñar, filosofar á la alemana, vagar por entre las quimeras de la fantasía y los sistemas de la metafísica (1). Se ha sentido, por consiguiente, atraído hacia la tierra; la llamada á la acción es demasiado universal, demasiado urgente y demasiado incesante; si se piensa es para obrar. Bajo esta presión secular se forma el carácter; lo que era costumbre se convierte en instinto;

(1) Alfredo Michiels: *Historia de la pintura flamenca*, t. 1, pág. 238. Este primer volumen encierra muchas ideas generales, dignas todas ellas de atención.

la forma adquirida por el padre se hace hereditaria en el hijo: trabajador, industrial, comerciante, hombre de negocios, hombre de quehaceres, hombre de buen sentido y nada más; es por nacimiento, sin pena, lo que sus antecesores por necesidad y por fuerza (1).

De otra parte, este espíritu positivo se ha encontrado tranquilo. Comparado con otras naciones cuyo tronco es el mismo y cuyo genio no es menos práctico, el hombre de los Países Bajos se muestra mejor equilibrado y más capaz de contentarse. No se echan de ver en él las pasiones violentas, el humor militante, la voluntad en tensión, los instintos de fiera, el orgullo grandioso y sombrío que tres conquistas y la supervivencia del conflicto político han implantado entre los ingleses. No se ve tampoco en él la inquietud y la necesidad exagerada de acción que la sequedad del aire, las bruscas alternativas de calor y frío, la electricidad superabundante, han implantado entre los americanos de los Estados Unidos. Vive en un clima húmedo é informe que dilata los nervios, desarrolla el temperamento linfático, modera los arrebatos, las explosiones y los ímpetus del alma, amansa

(1) Próspero Lucas: *De l'Herédité*, y Darwin: *De la sélection naturelle*.

la aspereza de las pasiones y ladea el carácter del lado de la sensualidad y del buen humor. Ya se ha visto este efecto del clima al comparar el arte de los venecianos con el genio y el arte de Florencia. Aquí los acontecimientos han venido en ayuda del clima, y la historia ha trabajado en el mismo sentido que la fisiología. Los hombres de este país no han sufrido como sus vecinos del otro lado del canal de la Mancha, dos ó tres invasiones, la acometida de un pueblo entero, sajones, daneses, normandos instalados en sus tierras; no han recibido la herencia de odio, que la opresión, la resistencia, el encarnizamiento, el esfuerzo prolongado, la guerra en un principio abierta y violenta, después sorda y legal, han transmitido de generación en generación. Desde los más antiguos tiempos, se les encuentra ocupados, como en la época de Plinio, en la fabricación de la sal, «asociados, según sus viejos usos para poner en cultivo los terrenos cenagosos (1)» libres en sus *ghildes*, reivindicando su independencia, su derecho de justicia, sus privilegios inmemoriales, teniendo como negocios la gran pesca, el comercio y la industria aplicando á sus ciudades el nombre

de *ports*, tales como Guicciardini los encuentra en el siglo xvi, «muy deseosos de ganar y atentos á su provecho»; pero sin que esta necesidad de proveerse tenga nada de febril ni de poco razonable. «Su natural es tranquilo y perfectamente sensato, disfrutan prudentemente, y según la ocasión, de la fortuna y de las otras cosas mundanas, y no se turban fácilmente, como es fácil notar desde el primer momento en sus discursos y sus fisonomías. No son muy inclinados á la cólera ni al orgullo; viven entre sí en buenas relaciones, y, sobre todo, son de humor alegre y jovial.» Según él, no tienen grande ni exigente ambición. Muchos de ellos dejan de buena gana los negocios, se entretienen en edificar y en darse buena vida. Todas las circunstancias físicas y morales, la geografía y la política, el presente y el pasado, han concurrido al mismo efecto, es decir, al desarrollo de una facultad y de una inclinación en detrimento de las demás: habilidad de conducta y sensatez de corazón, inteligencia práctica y deseos limitados; saben mejorar el mundo real, y conseguido esto, no buscan más allá.

En efecto; considerad su obra por su perfección y sus lagunas: muestra á la vez los límites y las potencias de su espíritu. La filosofía grande, tan natural en Alemania,

(1) Moke: *Mœurs et usages des belges*, 111, 113. Capitulaire du ix^e siècle.

la poesía grande, tan floreciente en Inglaterra, les han faltado. No saben olvidar las cosas sensibles y los intereses positivos para atenerse á la especulación pura, seguir las audacias de la lógica, refinar las delicadezas del análisis y engolfarse en las profundidades de la abstracción. Ignoran esas agitaciones del alma, esas violencias de los sentimientos comprimidos que comunican al estilo un acento trágico, y esa fantasía vagabunda, esos cuidados delicados ó sublimes que por encima de las vulgaridades de la vida abren á las miradas un nuevo universo. Entre ellos, no hay filosofía alguna de la grande especie; su Spinoza es un judío, discípulo de Descartes y de los rabinos, solitario, aislado de otro genio y de otra raza. Ninguno de sus libros ha llegado á ser europeo como los de Burms, los cuales han nacido, sin embargo, en naciones bien pequeñas. Uno solo de sus escritores ha sido leído por todos los hombres de su siglo: Erasmo, literato delicado, pero que escribía en latín y que, por su educación, sus gustos, su estilo, sus ideas, pertenece á la familia de los humoristas y de los eruditos de Italia. Los antiguos poetas holandeses, por ejemplo, Jacobo Cats, son moralistas graves, sensatos, un poco largos, que alaban las alegorías de interior y la vida

de familia. Los poetas flamencos de los siglos XIII y XIV, anuncian á sus lectores que no les contaron fábulas caballerescas, sino historias verdaderas; y ponen en verso sentencias prácticas ó acontecimientos contemporáneos. Sus cámaras de retórica tuvieron á bien cultivar y poner en escena la poesía; pero ningún talento ha sacado de esta materia una grande y bella obra. Tienen un cronista como Chate-laim, un escritor de farsas como Marini de Santa Aldegunda, mas su narración es hinchada, recargada en elocuencia, brutal y crudo el relato sin ejercitar el fuerte color y la pesadez enérgica de su pintura nacional. Actualmente su literatura es casi nula. Su único novelista Consciencie, aunque bastante buen observador, nos parece pesado y vulgar. Cuando se va á uno de esos países y se leen sus periódicos, aquellos que no se hacen en París, parece que se está en una provincia. La polémica es grosera, las flores de retórica envejecidas, el chiste poco fino, los rasgos de ingenio torpes. Jovialidad grosera ó cólera grosera, constituyen su agudeza; las mismas caricaturas nos parecen estúpidas. Si se busca la parte que han puesto en el edificio del pensamiento moderno, se encuentra que, pacientemente, metódicamente, como buenos y honrados obre-

ros, han tallado algunas piedras. Puede citarse una sabia escuela de filología en Leiden, jurisconsultos como Grotius, naturalistas y médicos como Lenvenhoecek, Swammerdam y Boerhadade, físicos como Huygens, cosmógrafos como Ortelius, en una palabra, un contingente de hombres especiales y útiles, pero nada de espíritus creadores que abren al mundo grandes vías originales ó cuajan sus concepciones en bellas formas capaces de un ascendiente universal. Han dejado á las naciones vecinas el papel que desempeñaba María la contemplativa á los pies de Jesús; han tomado para ellos el de Marta; en el siglo xvii dieron púlpitos á los eruditos protestantes desterrados de Francia, una patria al libre pensamiento perseguido en toda Europa, editores á todos los libros de ciencia y de polémica; más tarde han suministrado impresiones á toda nuestra filosofía del siglo xviii; en fin, libreros, corredores, y hasta falsificadores á toda la literatura moderna. De todo esto se aprovechan ellos, porque saben lenguas, leen y son instruídos; la instrucción es una adquisición y un aprovisionamiento que es tan conveniente como los otros. Pero aquí se detienen, y ni sus obras antiguas ni sus obras modernas manifiestan la necesidad y la facultad de con-

templar el mundo abstracto por encima del mundo sensible, y el mundo imaginario por encima del mundo real.

Por el contrario, han sobresalido siempre, y sobresalen todavía en todas las artes que se llaman útiles. «Los primeros entre los transalpinos — dice Guicciardini — que inventaron las telas de lana.» Hasta 1404 eran los solos capaces de tejerlas y fabricarlas; Inglaterra les proporcionaba la lana; los ingleses no sabían todavía más que criar y trasquilar los ganados. A fines del siglo xvi, caso único en Europa, casi todos, hasta los aldeanos, sabían leer y escribir, y la mayor parte hasta tenían principios de gramática. Así se encuentran cámaras de Retórica, es decir, sociedades de elocuencia y de representación teatral hasta en las aldeas. Esto indica hasta qué punto habían llegado en civilización. «Tienen — dice Guicciardini — un talento y una feliz disposición de invención pronta en punto á máquinas de toda especie, y en lo relativo á imaginar medios convenientes é ingeniosos para facilitar, arreglar y expender los usos que hacen aun en materia de cocina.» A decir verdad, son con los italianos los primeros que han conseguido en Europa la prosperidad, la riqueza, la seguridad, la libertad, lo comfortable y todos los bienes que

nos parecen propios de la sociedad moderna. En el siglo XIII, Brujas vale lo que Venecia; en el siglo XVI, Amberes era la capital industrial y comercial del Norte. Guicciardini no pudo prescindir de alabarla; en efecto, la vió intacta y floreciente antes del terrible sitio de 1585. En el siglo XVII, la Holanda, que queda libre, ocupa durante un siglo el puesto que actualmente tiene en el mundo Inglaterra. Flandes, á pesar de haber vuelto á caer en las manos de los españoles, de ser agitada por todas las guerras de Luis XIV, de ser entregada al Austria, de servir de campo de batalla á los guerreros de la revolución francesa, no desciende jamás al nivel á que bajaron Italia ó España; la semiprosperidad que conserva al través de las miserias de la invasión repetida y del perverso despotismo, manifiesta la energía de su buen sentido vivaz y la fecundidad de su asiduo trabajo.

Actualmente, de todas las comarcas de Europa, Bélgica es la que en igual superficie sustenta mayor número de habitantes; sostiene siempre en la misma proporción doble que Francia; el más poblado de nuestros departamentos, el del Norte, es un trozo que Luis XIV quitó á los belgas; se ve extenderse hacia Lila y Douai, en círculo indefinido, hasta el extremo del horizonte, una interminable huerta plana, de tierra

fertil y profunda, cubierta de gavillas descoloridas, de amapolas, de remolachas de pesadas hojas, como empollada por un cielo tibio en que nadan los vapores. Entre Bruselas y Malinas comienza la pradera, aquí y allá rayada por una línea de álamos blancos, cortados por fosos húmedos y por terraplenes, en los que el ganado pasta durante todo el año, almacén inagotable de forraje, de leche, de queso y de carne. En los alrededores de Gante y de Brujas, el país de Waes es «la tierra clásica de la agricultura», abonada por la grasa que se recoge en todo el país y de estiércol que se lleva á Zelanda. Del mismo modo Holanda no es más que una dehesa, cultivo natural que en lugar de agotar el suelo, lo remueve, proporcionando á los propietarios los más amplios productos y á los consumidores los alimentos más fortificantes. En Holanda, en Buicksloot, hay ganaderos millonarios, y en todo tiempo, ante los ojos del extranjero, los Países Bajos han parecido la patria del buen comer. Si de la obra agrícola pasáis los ojos á la obra industrial, encontraréis por todas partes el mismo arte de explotar y de utilizar las cosas. Para ellos, los obstáculos se han convertido en auxiliares. El suelo es plano y empapado en agua, y lo han aprovechado para cubrirlo de canales y de caminos de hierro;

en ninguna parte de Europa son tan numerosas como allí las vías de comunicación. Les faltaba leñas, pero ellos han agujereado las entrañas de la tierra, y las minas de hulla de la Bélgica son tan ricas como las de Inglaterra. Los ríos les perjudicaban por sus desbordamientos y los lagos interiores les robaban una porción de su territorio: han desecado los lagos, encauzado los ríos y aprovechado los grandes aluviones, lentos depósitos de tierra vegetal que las aguas sobrantes ó estancadas habían extendido por el suelo. Cuando se hielan sus canales hacen con sus patines caminatas de cinco leguas por hora. El mar les amenazaba; pero le han contenido, y se han servido de él para comerciar con todas las naciones. El viento soplaba sin obstáculos sobre aquellas planas comarcas y sobre su Océano alborotado; pero ellos lo utilizaron para hinchar las alas de sus barcos y las velas de sus molinos. Notaréis en Holanda á cada vuelta del camino alguna de esas enormes edificaciones, altas de cien pies, llenas de maquinarias y de bombas ocupadas en vaciar el exceso de agua, en aserrar bigas, en fabricar aceite. Desde el vapor, en frente de Amsterdam, se ve, hasta dónde alcanza la vista, una inmensa tela de araña, una franja manchada, indistinta y complicada, mástiles de navío, aspas de

molino que cortan el horizonte con sus brazos innumerables. La impresión que de allí se saca es la de un país transformado de arriba abajo por la mano y el arte del hombre, fabricado con multitud de piezas hasta llegar á ser confortable y productivo.

Entremos más, aproximémonos al hombre, y veamos lo primero de su exterior, es decir, su habitación. No hay piedras en este país, no tiene más que tierra blanda, buena para que se hundan los pies de los hombres y las patas de los caballos. Pero han tenido los habitantes la idea de cocerla, y de esta manera el ladrillo y la teja, que son las mejores defensas contra la humedad, se encuentran en su mano. Habéis visto construcciones bien entendidas y de aspecto agradable, muy rojizas, oscuras, rosadas, enjalbegadas, lustrosas, fachadas barnizadas, adornadas algunas veces de flores y de animales esculpidos, de medallones y de columnas. En las ciudades antiguas la casa suele tener su portal adornado de arcos, de ramaje, de relieves, terminados por un pájaro, una manzana ó un busto; no es como en nuestras ciudades una continuación de la casa vecina, un compartimiento abstracto del gran cuartel, sino una casa aparte, dotada de un carácter propio y personal, interesante á la vez que pintoresco. Nada

mejor arreglado ni más conveniente. En Douai, los más pobres hacen, una vez por año, blanquear su casa, por fuera y por dentro, y es preciso retener seis meses antes los barnizados. En Amberes, Gante y Brujas, y sobre todo en las ciudades pequeñas, la mayor parte de las fachadas parecen siempre pintadas de nuevo ó revocadas el día antes. Cuando se llega á Holanda, este cuidado se redobla y exagera. Desde las cinco de la mañana se ve á los criados lavar con legía las calles. En los alrededores de Amsterdam las ciudades parecen decoraciones de ópera cómica, tan adornadas están y tantos colorines tienen. Hay establos de vacas en los que el suelo es un verdadero parque; no se entra en ellos más que con pantuflas ó con zapatos dispuestos á la entrada para este uso; causaría escándalo una mancha de barro y con mucha más razón una porquería; la cola de las vacas está sujeta con una cuerda para que no se la ensucien. Se prohíbe á los coches entrar en las quintas; las calles, de ladrillo y argamasa, están más limpias que los vestíbulos de nuestras casas. En otoño los niños van á recoger las hojas caídas en las calles y las meten en un agujero. Sobre todo en las habitaciones, que parecen camarotes de navío, el orden y el arreglo son los mismos que en un

barco. En Brocek, dicen que en cada casa hay una pieza principal en la que no se entra más que una vez por semana para limpiar y frotar los muebles y que inmediatamente se cierra con el mayor cuidado; en un país tan húmedo, una mancha se convierte al punto en un enmohecimiento malsano; el hombre, contraído á una corrección meticulosa, contrae primero la costumbre, experimenta la necesidad y sufre al fin la tiranía del aseo. Experimentamos un placer al contemplar en la calle más pequeña de Amsterdam, en la tienda más humilde, sus oscuros toneles, su mostrador immaculado, sus limpios taburetes, cada cosa en su puesto, el estrecho recinto tan bien utilizado y la sabia y cómoda disposición de todos los utensilios. Guicciardini notó ya «que sus casas y sus trajes son limpios, bellos, bien arreglados, que tienen cantidad de muebles, utensilios, objetos domésticos, colocados en un orden y con una brillantez admirable como en ningún otro país». Es preciso ver lo comfortable de las habitaciones, sobre todo en las casas burguesas; tapices, telas embreadas para los pisos, chimeneas económicas y calientes de hierro ó de argamasa, cortinas triples en las ventanas, vidrios claros en los negros marcos, vasos con flores ó con plantas; multitud de chucherías que

indican los gustos sedentarios y hacen agradable la vida doméstica, espejos dispuestos de tal suerte, que reflejan á los presentes y el aspecto cambiante de las calles. Cada por menor muestra un inconveniente en que se ha reparado, una necesidad que se ha satisfecho, un cuidado que se ha advertido, un placer, en una palabra, el reino universal de la actividad previsora y de un bienestar inmenso.

En efecto, el hombre es tal como lo indica su obra. Así prevenido y así dispuesto goza y sabe gozar; la tierra cultivada le proporciona alimento en abundancia; carne, pescado, legumbres, cerveza, aguardiente; come, bebe abundantemente, y en Belgica, el apetito germánico se refina, sin disminuir, convirtiéndose en sensualidad gastronómica. La cocina es allí sabia y perfecta hasta en los hoteles; puede decirse que la mesa es la mejor de Europa. Hay, por ejemplo, tal hotel en Mons, á donde el sábado las gentes de los pueblecillos vecinos vienen expresamente á comer, para regalarse delicadamente. Les falta el vino, pero lo importan de Alemania y de Francia, y se vanaglorían de haberlos mejorado. Según ellos, no tratamos nuestros vinos con el respeto que merecen. Es preciso ser belga para saborearlos y cuidarlos como conviene. No hay hotel importante

que no tenga una provisión variada y escogida. Esta especie de provisión constituye su gloria y su orgullo; casi siempre en los trenes la conversación versa sobre los méritos de dos bodegas rivales. Tal negociante económico tiene en sus sótanos enarenados doce mil botellas bien clasificadas: es su biblioteca. Tal burgomaestre de un pueblecillo holandés posee un tonel de Johenisberg auténtico, recogido en el buen año, y este tonel aumenta la consideración que se tiene á su dueño. Cuando un hombre da una comida, sabe escalonar los vinos de manera que no eche á perder el gusto y que se beba lo más posible. En cuanto á los placeres del oído y de la vista, los entienden tan bien como los del paladar ó del estómago. Lo mismo que nosotros amamos por educación, le aman ellos por instinto. En el siglo xvi eran los primeros en este arte. Guicciardini dice que sus cantores y sus instrumentistas eran solicitados por todas las cortes de la cristiandad; en el extranjero, sus profesores constituían escuela y sus compositores dictaban la ley. Actualmente el gran don musical y la aptitud para el canto se encuentra hasta en las gentes del pueblo; los mineros de las minas de carbón forman sociedades corales: he oído á obreros de Bruselas y de Amberes y marineros y calafates de Amster-

dan cantar en coro, durante el trabajo ó en las calles al regresar al anochecer. No hay ninguna gran ciudad belga donde no exista un campanario que no divierta cada cuarto de hora al artesano en su taller, al burgués en su tienda, con las extrañas armonías de sus sonoridades metálicas. Del mismo modo sus casas municipales, sus fachadas, hasta sus antiguas bases, por su ornamentación complicada, sus líneas tortuosas, su invención original y alguna vez fantástica, son agradables á los ojos. Añadid á esto los tonos finos y bien combinados de los ladrillos que forman los muros, la riqueza del tinte oscuro ó rojo adornado de blanco que se estiende sobre los techos y las fachadas, y convendréis en que las ciudades de los Países Bajos son, en su género, tan pintorescas como las de Italia. En todo tiempo han tenido gran afición á las Kermes, á las fiestas alegres, las procesiones cívicas, las paradas, el adorno de los trajes y las telas; os he mostrado la pompa italiana en las entradas y las ceremonias de los siglos xv y xvi. Son *gourmets* y glotones al mismo tiempo, y regularmente, tranquilamente, sin entusiasmo ni fiebre, recogen todas las armonías agradables de sabores, sonidos, colores y formas que nacen en medio de su prosperidad y de su abundan-

cia como los tulipanes en terreno abonado. Todo esto produce un buen sentido un poco corto y una felicidad un poco gruesa. Un francés bostezaría allí en seguida; haría mal; esta civilización que le parece empachosa y vulgar, tiene un mérito único, es sana; los hombres que viven aquí tienen el don que nos falta más á nosotros, la discreción, y una recompensa que nosotros no conocemos, el contentamiento.

III

Tal es en este país la planta humana; réstanos ver el arte que es su flor. Sola entre todas las ramas del tronco, ha producido esta planta una flor completa; la pintura que tan natural y felizmente se desarrolla en los Países Bajos, aborta en las otras naciones germánicas, y la razón de este noble privilegio se encuentra en el carácter nacional que hemos estudiado.

Para comprender y amar la pintura es preciso que el ojo sea sensible á las formas y á los colores, que sin educación ni aprendizaje se tenga gusto en ver un tono al lado de otro tono y que se sea delicado en punto á sensaciones ópticas; el hombre que ha de ser pintor debe ser

capaz de deleitarse ante la rica consonancia de un rojo y de un verde, ante la gradación de una claridad, ante las aguas de una seda ó de un satén, que, según sus distancias, toma reflejos de ópalo, vagos reflejos luminosos ó imperceptibles tintes azulados. El ojo es un *gourmet*, como la boca, y la pintura es para él un festín exquisito. Por esta razón, ni los alemanes ni los ingleses han tenido pintura grande. En Alemania, el dominio demasiado fuerte de las ideas puras no ha dejado lugar á la sensualidad del ojo. La primera escuela, la de Colonia, ha pintado, no cuerpos, sino almas místicas, piadosas y tiernas. El gran artista alemán del siglo xvi, Alberto Durero, tuvo en estima á los maestros italianos, observa sus formas poco graciosas, sus pliegues angulosos, sus feas desnudeces, su color tierno, sus caras salvajes, tristes ó sombrías; la fantasía extraña, el profundo sentimiento religioso, las vagas adivinaciones filosóficas que se perciben en sus obras, muestran un espíritu al que no basta la forma. Ved en el Louvre un cristo pequeño de Wohlgemuth, su maestro, y una Eva de Lucas Cronach, su contemporáneo; comprenderéis que los hombres que hacen tales grupos y tales cuerpos habían nacido para la teología y para la penitencia. Actualmente, toda-

vía es el fondo lo que estiman y de lo que gustan, no lo exterior. Cornelius y los maestros de Munich consideran la idea como lo principal y la ejecución como secundaria. El maestro concebía y el discípulo pintaba; su obra, completamente filosófica y simbólica, tiene por objeto atraer la reflexión del espectador sobre alguna grande verdad moral ó social. De igual modo, Oserbeck tiene por objeto la edificación y predica el ascetismo sentimental, lo mismo Knaus es tan hábil psicólogo que sus cuadros son idilios ó comedias.

En cuanto á los ingleses, hasta el siglo xviii no hacen más que importar cuadros y pinturas extranjeras. En este país el temperamento es demasiado militante, la voluntad demasiado fuerte, el espíritu demasiado utilitario, el hombre demasiado endurecido y demasiado influido para detenerse y deleitarse en las bellas y finas relaciones de los contornos y de los colores. Su pintor nacional, Hogarth, no ha hecho más que caricaturas morales; otros, como Wilkie, se sirven de sus pinceles para hacer visibles los caracteres y los sentimientos; aun en el paisaje es el alma lo que ellos pintan; las cosas corporales no son más que un índice ó una sugestión. Esto es visible hasta en los grandes paisajistas Constable y Turner, y en sus

dos grandes retratistas Gainsborough y Reynolds. Actualmente, en fin, su colorido es de una brutalidad chocante, y su dibujo de una minuciosidad literal. Sólo los flamencos y los holandeses han amado por ellos mismos las formas y los colores; este sentimiento dura todavía; lo pintoresco de sus ciudades y lo agradable de sus interiores han dado la prueba de esto, y el año último en la Exposición universal habéis podido ver que el arte verdad, la pintura libre de intenciones filosóficas y de desviaciones literarias capaz de manejar la forma sin servilismo y el color sin barbarismos, apenas si subsistía en otra parte que entre ellos y entre nosotros.

Gracias á este don nacional, en los siglos xv y xvi y en el xvii, cuando las circunstancias históricas llegaron á ser favorables, pudieron tener en Italia una gran escuela de pintura. Pero como eran germánicos, su escuela ha seguido la vía germánica. Lo que distingue á su raza de las razas clásicas, es, conforme habéis visto, la preferencia del fondo sobre la forma de la verdad verdadera sobre la bella decoración de la cosa real, compleja, irregular, natural á la cosa arreglada, depurada y transformada. Este espíritu, cuyo ascendiente habéis podido apreciar en su religión y en

su literatura, ha dirigido también su arte, y principalmente su arte pictórico. «La alta significación de »la escuela flamenca—dice muy »bien M. Waagen (1)—depende de »que esta escuela, libre de toda in- »fluencia extranjera, nos revela el »contraste de los sentimientos de la »raza griega y de la raza germáni- »ca, los dos capiteles de las colum- »nas de la civilización en el mundo »antiguo y en el mundo moderno. »Mientras que los griegos trataban »de idealizar, no solamente las con- »cepciones del mundo ideal, sino »hasta sus retratos, simplificando »las formas y acentuando los más »importantes rasgos, los primeros »flamencos, por el contrario, tradu- »jeron en retratos las personifica- »ciones ideales de la Virgen, de »los apóstoles, de los profetas, de »los mártires, y se esforzaron en re- »presentar de una manera exacta »los pormenores más insignifican- »tes de la naturaleza. Mientras que »los griegos expresaban los deta- »lles del paisaje, ríos, fuentes, ár- »boles, bajo formas abstractas, los »flamencos procuraban que fuesen »tales y como los habían visto. En »oposición del ideal y de la tenden- »cia de los griegos á personificarlo »todo, los flamencos crearon una

(1) *Manuel de l'histoire de la peinture*, t. 1, pág. 79.

«escuela realista, una escuela de paisaje. En esta dirección, los alemanes primero, los ingleses después, les han seguido.» Recorred en un museo de estampas todas las obras de origen germánico, desde Alberto Durero, Martín Schoenguer, los Van Eyck, Holbein y Lucas de Leyden, hasta Rubens, Rembrandt, Paul Potter, Juan Steen y Hogarth; si tenéis llena la imaginación de las nobles formas italianas ó de las elegantes formas francesas, vuestros ojos se sorprenderán, os costará trabajo ponerlos en el verdadero punto de vista, creeréis á menudo que de propósito busca el artista lo feo. La verdad es que no ha rechazado las trivialidades é irregularidades de la vida. En modo alguno comprende la ordenación simétrica, el movimiento fácil y tranquilo, las bellas proporciones, la salud y la agilidad de los miembros desnudos. Cuando los flamencos del siglo xvi han seguido la escuela de los italianos, no han logrado otra cosa que echar á perder su estilo original. Durante setenta años de imitación potente, sólo han dado á luz abortos híbridos. Este largo período de fracasos, colocado entre dos largos períodos brillantes, dan testimonio de los límites y de la potencia de sus aptitudes originales. No sabían simplificar la naturaleza, tenían necesidad de re-

producirla toda entera. No la concentraban en el cuerpo desnudo; daban una importancia igual á todas sus obras (1), paisajes, edificios, animales, trajes accesorios. No eran capaces de comprender ni de amar el cuerpo ideal; habían nacido para pintar el cuerpo real.

Esto sentado, se repara fácilmente en lo que difieren de los otros maestros de la misma raza. Os he descrito su genio nacional, tan razonable y tan bien equilibrado, exento de aspiraciones superiores, limitado al presente, dispuesto á gozar de las cosas. Tales artistas no inventaron las figuras tristes, dolorosamente soñadoras, agobiadas por el peso de la vida, obstinadamente resignadas, de Alberto Durero. No se inclinaron, como los pintores místicos de Colonia ó los pintores moralistas de Inglaterra, á representar almas ó caracteres; apenas si sintieron la desproporción del espíritu y del cuerpo. En país fértil y

(1) A este propósito, el juicio de Miguel Angel es muy instructivo: «En Flandes—dice—se pinta preferentemente lo que se llama paisajes con muchas figuras aquí y allá... No hay ni razón, ni arte, ni simetría, ni cuidado en la elección ni el tamaño... Si hablo tan mal de la pintura flamenca, no es porque sea enteramente mala» *sino porque quiero representar á la perfección tantas cosas, de las cuales una sola bastaría por su importancia, que no logra hacerlo de una manera satisfactoria.* Se reconoce el genio italiano clásico y simple.

rico, entre costumbres joviales, ante figuras pacíficas, bonachonas y robustas, encontraron modelos conformes á su genio. Casi siempre pintaron al hombre en su bienestar y contento con su suerte. Si lo aumentan, será sin elevarle por encima del nivel de su vida terrestre. La escuela flamenca del siglo xvii no hace más que agrandar sus apetitos, sus deseos, su fuerza y su alegría. Generalmente, los dejaron tales y como son; la escuela holandesa se limita á reproducir la quietud del apartamiento burgués, lo confortable del hogar ó del arrendamiento, las alegrías del paseo ó de la taberna, todas las satisfacciones pequeñas de la vida pacífica y ordenada. Tales asuntos, concebidos con tal espíritu, suministran á sus obras una rara armonía. Sólo los griegos y algunos grandes artistas italianos habían dado un ejemplo semejante; en escuela inferior, han hecho como ellos los pintores de los Países Bajos; nos representan al hombre completo en su tipo, adaptado á las cosas, por tanto feliz sin esfuerzo. Una cosa falta que considerar. Uno de los principales méritos de esta pintura es la excelencia y la delicadeza de los colores. Es que la educación del ojo en Flandes y en Holanda ha sido siempre especialísima. El país es un delta húmedo como el del Pó; y Bru-

jas, Gante, Amberes, Amsterdam, Rotterdam, La Haya, Utrech, por sus ríos, sus canales, su mar y su atmósfera se parecen á Venecia. En uno y en otro país la naturaleza ha hecho al hombre colorista. Notad el diferente aspecto que revisten los objetos, según que estéis en una comarca seca como la Provenza y los alrededores de Florencia, ó en una llanura húmeda como los Países Bajos. En la comarca seca la línea predomina y atrae en primer término la atención las montañas, se destacan sobre el cielo arquitecturas de proporciones de un estilo grande y noble, y todos los objetos aparecen con vivos contornos en el aire límpido. Aquí el horizonte plano no tiene interés, y los límites de las cosas son blandos, esfumados, confundidos por el vapor imperceptible que nada eternamente en el aire; lo que predomina es la mancha. Una vaca que paca, un techo en medio de un prado, un hombre apoyado en un parapeto, se presentan como un tono entre otros tonos. El objeto se consigue; no sale de repente de sus alrededores; es empujado por su modelo, es decir, por los diferentes grados de claridad, y por las diversas degradaciones de color fundido, que cambia su tinte general en un relieve, y dan á los ojos la sensación de un espesor (1).

(1) W. Burger: *Musées de la Hollande*, 206.

Es preciso pasar algunos días en el país para sentir esta subordinación de la línea á la mancha. De los canales, de los ríos, del mar, de la tierra empapada, sale incesantemente un vapor azulado ó gris, una bocanada invernal que forma en torno de los objetos cierta especie de gasa, aun en los más hermosos días. Por tarde y mañana nieblas que se arrastran, semejantes á blancas muselinas medio despedazadas sobre las praderas. He permanecido muchas veces de pie sobre los muelles del Escalda, contemplando el agua pálida, débilmente arrugada donde nadan los oscuros cascos de los barcos. El río reluce, y sobre su superficie la luz tiembla alumbrando esto y aquello con vagos reflejos. Sobre todo el círculo del horizonte suben las nubes incesantemente, y su plumizo color y su fila inmóvil hacen pensar en una armada de espectros: son los espec-

«Lo que hiera en la belleza del Norte es siempre el modelo y no las líneas. En el Norte la forma no se auna por el contorno, sino por el relieve. La naturaleza para expresarse no se vale del dibujo propiamente dicho. Si durante una hora pasaseis por una ciudad de Italia, encontraríais mujeres correctamente modeladas, cuya estructura general revela la estatuaria griega, y cuyo perfil recuerda los camafeos griegos. Podríais pasar un año en Amberes sin echar la vista encima á una forma que dé idea de lucirla por medio de un contorno, sino por un relieve que sólo el color puede modelar. Los objetos no se presentan jamás en siluetas, sino en pleno, por decirlo así.

tros de la comarca húmeda, fantasmas siempre renovados, que roen la eterna lluvia. Del lado del poniente se tiñen de color de púrpura, y su masa ventruda, toda salpicada de oro, recuerda las chapas adamasquinadas, las túnicas de brocado, las primorosas sedas en que Jordaens y Rubens envuelven sus mártires ensangrentados y sus vírgenes Dolorosas. En lo más bajo del cielo el sol parece una enorme brasa que humea al extinguirse. Cuando se llega á Amsterdam ó á Ostende la impresión es todavía más profunda: el mar y el cielo no se distinguen. La bruma y los chubascos no dejan en la memoria más que colores. El agua cambia de matiz cada media hora: tan pronto parece vino pálido, tan pronto presenta una blancura gredosa, tan pronto amarillenta, como una argamasa húmeda, tan pronto negra como hollín líquido y á veces de un color de violeta lúgubre rayado de grandes manchas verdosas. Al cabo de algunos días se ha hecho la experiencia. Semejante naturaleza no da importancia más que á los contrastes, á los matices, á las armonías, en una palabra, á los tonos.

Por otra parte, estos tonos son llenos y ricos: un país seco y oscuro, la Francia del Sur, ó la parte montañosa de Italia, no dejan en la vista más que la impresión de un ta-

blero de ajedrez gris y amarillento. Todos los tonos del suelo y de las casas están teñidas del esplendor preponderante del cielo y de la iluminación universal del aire. A decir verdad, una ciudad del Mediodía, un paisaje de Provenza ó de Toscana no son más que simples dibujos: con un papel blanco con difumino y los matices débiles de los lápices de color se pueden expresar por completo. Por el contrario, en una comarca húmeda como los Países Bajos, la tierra es verde, y multitud de manchas vivas diversifican la uniformidad universal del paisaje. Tan pronto llaman nuestra atención el color oscuro de la tierra mojada, tan pronto el rojo intenso de las tejas y ladrillos, tan pronto el barniz blanco ó rosado de las fachadas, tan pronto la mancha pajiza de los animales echados, tan pronto la superficie luciente de los canales y los ríos. Estas manchas no están amortiguadas en lo más mínimo por la claridad demasiado fuerte del cielo. Al contrario del país seco, no es el cielo, sino la tierra quien tiene el valor preponderante. En Holanda, sobre todo (1), durante muchos meses «el aire no tiene ninguna transparencia; una especie de velo opaco, tendido entre el cielo y la

tierra, intercepta los rayos... En el invierno la oscuridad parece caer de lo alto». Por lo tanto, los ricos colores de que están revestidos los objetos terrestres permanecen sin rival. Añadid á su fuerza sus relaciones y su movilidad. En Italia es fijo un mismo tono; la luz inimitable del cielo la mantiene durante muchas horas, lo mismo ayer que mañana. Lo encontraréis al volver tal y como lo habéis dejado un mes antes en vuestra paleta. En Flandes varía necesariamente con las variaciones de la luz y del vapor. Quisiera conducirnos por este país y que sintierais por vosotros mismos la belleza original de las ciudades y del paisaje. El rojo de los ladrillos, el blanco luciente de las fachadas, son agradables á la vista porque están como suavizados por el ambiente grisáceo. En el fondo embotado del cielo se extienden en fila techos agudos, escombros de un color ceniciento; aquí y allá una torrecilla gótica ó una torre gigantesca de campanarios complicados y de animales heráldicos. A menudo los bordes almenados de las chimeneas y el coronamiento de los edificios, se reflejan en un canal ó en un brazo de río. Dentro, como fuera de las ciudades, todo puede ser materia de un cuadro; no hay más que copiar. El verde universal de la campiña no es ni fuerte ni

(1) Brüger: *Musées de la Hollande*, 213.

monótono; está matizado por los diversos grados de madurez de las hojas y de las hierbas, por las diversas especies y por los cambios perpetuos del fango y de las nubes. Hay por complemento ó por aditamento la oscuridad de éstas, que de repente se funden en chaparrones y chubascos, el color grisáceo de la bruma que se desgarrá ó se esparce, la vaga red azulada que envuelve las lejanías, los juegos de luz detenida en el vapor que se alza por todas partes, el satinado deslumbrante de una nube inmóvil ó alguna súbita abertura, por la cual se descubre el azul. Un cielo tan lleno, tan móvil, tan propio para armonizar vacíos y hacer valer los tonos de la tierra es una escuela de coloristas. Aquí como en Venecia, el arte ha seguido á la naturaleza, y la mano es forzosamente conducida por la sensación que el ojo recibe.

Pero si las analogías del clima han dado al ojo del veneciano y al del hombre de los Países Bajos educación análoga, las diversidades de clima han establecido notables diferencias entre ellos. Los Países Bajos están situados á trescientas leguas al Norte de Venecia. El aire es allí más frío, la lluvia más frecuente, el sol está más á menudo velado. De aquí una esca-

vocado una escala artificial correspondiente. Como la plena luz es rara, los objetos no llevan la marca del sol. Jamás encontraréis esos tonos dorados, esas soberbias bermejeces, tan frecuentes en los monumentos de Italia. No es allí la mar azulada y semejante á seda como en las lagunas de Venecia. Arboles y praderas no tienen el tono sólido y fuerte que se ve en el verde de Verona y de Pádua. La hierba es fofa y pálida, el agua oscura y como si tuviese carbón, la carne blanca, tan pronto rosada como la de una flor crecida á la sombra, tan pronto rojiza cuando ha sido expuesta á la intemperie é hinchada por la nutrición, más á menudo amarillenta, flaca, inanimada en Holanda y de un tono de cera. Los tegidos del ser viviente, hombre, animal ó planta, reciben demasiada agua y les falta el rescaldo del sol. Por esta razón, si se comparan las dos pinturas, se encuentra una diferencia en el tinte general. Seguid en un museo la escuela veneciana, la escuela flamenca después; pasad de Canaletto y Guardi á Ruysdaël, Gabio Potter, Hobbema, Adriano, Vauden, Velde, Temeis, Van Ostade, de Trivimo y Veronesi ó Rubens, Van Eyck y Rembrandt, y consultad las sensaciones que habéis experimentado. De los primeros á los segun-

dos, el colorido pierde una porción de su color: los tonos de ámbar, rojizos, hoja muerta, desaparecen; se ve cómo se extiende la aureola ardiente que envuelve á las Asunciones; la carne toma blancuras de nieve ó de leche, la púrpura intensa de los ropajes se aclara, las sedas son más pálidas y tienen reflejos más fríos. El color oscuro é intenso que impregna vagamente los follajes, los esplendentes colores rojizos que daban las lejanías bañadas por el sol, las tonalidades de mármol veteadado, de amatista, de zafiro, cuyas aguas resplandecen, se debilitan para dar lugar á las blancuras mates de los vapores extendidos, á las claridades azuladas del húmedo crepúsculo, á los reflejos de pizarra del mar, á los tonos cenagosos de los ríos, al verde pálido de las cercanías al aire grisáceo de los interiores.

Entre estos nuevos tonos se establece una nueva armonía. Algunas veces la plena luz hiere los objetos —esto no es lo acostumbrado— y entonces la campiña verde, los techos rojos, las fachadas barnizadas, las carnes satinadas donde la sangre afluye tienen un brillo extraordinario. Habían sido hechas para la semiclaridad de los días de la comarca septentrional y húmeda; no han sido transformados como en Venecia por la lenta quemazón del sol;

bajo esta irrupción de la claridad sus tonos se hacen más vivos, casi crudos; vibran á semejanza del sonar de clarines y dejan en el alma y en los sentidos una impresión de alegría enérgica y ruidosa. Tal es el colorido de los pintores flamencos que aman el pleno día; Rubens os dará el mejor ejemplo; si sus cuadros restaurados del Louvre nos representan su obra tal como era al salir de sus manos, se puede afirmar que no complacían á los ojos; en todo caso, su colorido no tiene la armonía llena y florida de los venecianos; los extremos más fuertes son rechazados; la blancura nivea de las carnes, el rojo sangriento de los ropajes, el lustre deslumbrante de las sedas tienen toda su fuerza y no son, en lo más mínimo, atenuadas, como en Venecia, por ese tinte ambarino que impide que los contrastes choquen y que sean rudos los efectos. Cuando, por el contrario, la luz es débil ó casi nula, que es el caso más frecuente, sobre todo en Holanda, los objetos salen penosamente de la sombra y se confunden casi con sus alrededores; por la tarde, en un sótano, bajo la lámpara, en una habitación en que se desliza por una ventana un rayo moribundo, parece que los objetos se confunden y son oscuridades más intensas en la oscuridad universal. El ojo se siente condu-

cido á fijarse en estas relaciones de lo oscuro, la vaguedad del día que se mezcla á la sombra, los restos de luz agarrados á los últimos reflejos de los muebles, un destello de espejo verdoso, un bordado, una perla, alguna palidez de oro engarzada en un collar. Haciéndose sensible á estas delicadezas, el pintor, en vez de aproximarse á los extremos de la gamma, no toma de ella más que el comienzo; todo su cuadro, salvo un punto, está en la sombra; el concierto que nos da es una sordina continua donde algunas veces brota un estallido. Descubre así armonías desconocidas, todas ellas de claro oscuro, todas ellas del modelado, todas ellas del alma, armonías penetrantes, infinitas, en una tiznadura de amarillento sucio, de heces de vino, de turbio gris, de vagas oscuridades aquí y allá interrumpidos por una mancha viva y llega á reconocer de esta suerte la parte interna de nuestro ser. En esto consiste la última de las grandes invenciones pictóricas; por ella, actualmente, la pintura habla tan bien al alma moderna, y tal es el colorido que la luz de Holanda ha suministrado al genio de Rembrandt.

Habéis visto el grano, la planta y la flor. Una raza de un genio opuesto totalmente al genio de los pueblos latinos, después de ellos, al

lado de ellos ocupando un lugar en el mundo. Entre las numerosas naciones de esta raza hay una cuyo territorio y clima especial desarrollan un carácter particular que la predispone al arte y á un cierto género de arte. La pintura nace allí y dura y se hace completa, y el medio físico que la rodea como el genio nacional que la funda le dan y le imponen sus asuntos, sus tipos y su colorido. Tales son los preparativos lejanos, las causas profundas, las condiciones generales que han determinado este radio, dirigido esta vegetación y producido el florecimiento final. No nos resta más que exponer las circunstancias históricas cuya sucesión y diversidad han producido las fases sucesivas de este grande florecimiento.

CAPÍTULO II

Las épocas históricas.

Cuatro períodos distintos se encuentran en la pintura de los Países Bajos, y por una coincidencia digna de tenerse en cuenta, cada uno de aquéllos corresponde á un período histórico diferente. En este caso, como en todos, el arte traduce la vida; el talento y el gusto del pintor cambian al mismo tiempo y en

el mismo sentido que las costumbres y los sentimientos del público. De igual modo que cada revolución geológica, profunda, trae con ella su fauna y su flora, así cada grande transformación de la sociedad ó del espíritu produce sus figuras ideales. En este respecto, nuestros museos son semejantes á los *museums*, y las criaturas imaginarias, como las formas vivientes, son á la vez productos é índices de su medio.

El primer período del arte abarca próximamente siglo y medio, y se extiende desde Huberto Van-Eyck hasta Quintín Masys (1). Su origen es un renacimiento, ó lo que es lo mismo, un gran desarrollo de la prosperidad, de la riqueza y del espíritu. Aquí, como en Italia, las ciudades se encuentran muy pronto florecientes y casi libres. He dicho ya que en el siglo XIII se había abolido la servidumbre en Flandes, y que los Ghildas para hacer sal—y á fin de poner en cultivo las marismas—se remontan hasta la época romana. Desde los siglos VII y IX, Brujas, Amberes y Gante son «puertos» ó mercados dotados de privilegios; se hace en ellos gran comercio; los habitantes van á la pesca de la ballena. Las gentes ricas, bien provistas de armas y municiones, acostumbradas por la aso-

(1) 1400-1530.

ciación y la acción á ser previsoras y acometedoras de empresas, son más capaces de defenderse que los siervos miserables esparcidos en los villorrios abiertos. Sus grandes y populosas ciudades, sus calles estrechas, su húmeda campiña, cortada por profundos canales, no son terreno á propósito para la caballería de los varones (1). Por esta razón, la red feudal, tan cerrada y tan pesada sobre toda Europa, tuvo en Flandes que ensanchar sus mallas. El conde creyó oportuno pedir auxilio al rey de Francia, su soberano, para lanzar contra los ciudadanos la caballería borgoñona; vencidos en Mons-en-Puelle, en Casel, en Rosbecque, en Ottrea, en Grave, en Brusthem, en Lieja, se rehacen siempre, y á vuelta de una y otra lucha, conservan la mejor parte de sus libertades, hasta bajo los príncipes de la casa de Austria.

El siglo XVI es la época heroica y trágica de Flandes. Tuvo entonces sus cervecedores, los Artevelt, que fueron tribunos, dictadores, capitanes, y perecieron en el campo de batalla ó víctimas del asesinato; la guerra civil se mezcla á la guerra extranjera; combaten ciudades con ciudades, talleres con talleres, hombres con hombres; se cuentan en un año 1.400 muertes violentas en

(1) Batalla de Courtray, 1302.

Gante; la energía de aquellas gentes es tan exaltada, que sirve á todos los males y estimula todos los esfuerzos. Se hacen matar por veintenas de miles y mueren en monton, bajo las lanzas, sin dar un paso atrás. «No tengáis esperanza alguna de volver, tenedla en vuestro honor»—decían los de Gante á los cinco mil voluntarios de Felipe Artevelt—porque «en el momento en que tengamos noticias de que habéis muerto, pondremos fuego á la villa y pereceremos entre sus escombros (1)». En 1384, en el país de los *Cuatro talleres*, los primeros rehusaron la vida, diciendo que después de su muerte, sus huesos se levantarían contra los franceses. Cincuenta años más tarde, alrededor de Gante revuelto, «querían los aldeanos morir antes que pedir gracia, diciendo que perecían por buena causa y como mártires». En sus tumultuosos horrigueros, la abundancia de alimento, el hábito de la acción personal, sostienen el valor, la turbulencia, la audacia, la misma insolencia, todos los excesos de la fuerza enorme y brutal; bajo estos tejedores hay hombres, y cuando existen hombres se pueden ensanchar las artes.

Basta para ello un momento de

prosperidad; bajo este rayo de sol se realiza el nacimiento ya preparado. Al fin del siglo XIV, Flandes es, con Italia, la comarca más industrial, más rica y floreciente de Europa (1). En 1370 hay 3.200 talleres de lana en Malinas y en su comarca. Un negociante de la ciudad sostiene inmenso comercio con Damasco y Alejandría. Otro tratante de Valenciennes, habiendo ido á la feria de París, compra, por hacer alarde de su opulencia, todas las mercancías expuestas. Gante, en 1389, tiene 189.000 hombres armados; sólo los pañeros suministran 18.000 hombres en una revuelta; los tejedores forman 27 cuarteles, y al son de su campana grande se ve acudir á la plaza del mercado los 52 Estados bajo sus banderas. En 1380, los plateros de Brujas son tan numerosos, que pueden formar, en tiempo de guerra, un cuerpo de ejército. Poco después, Æneas Silvio dice que Gante es una de las tres más bellas ciudades del mundo; un canal de cuatro leguas y media la unía á la mar; entraban en él cien navíos al día; era entonces lo que actualmente es Londres. Al mismo tiempo el estado político logra una especie de equilibrio. El duque de Borgoña, en 1384, se encuentra

(1) Froissart.

(1) Milchiels : *Histoire de la peinture flamande*, tomo II, pág. 5.

por herencia, soberano de Flandes; la extensión de sus posesiones, las guerras civiles que se multiplican durante la minoría y la clemencia de Carlos VI, la separan de Francia. No es ya el duque, como los antiguos condes, un dependiente del rey, teniendo su residencia en París, buscando recursos para reducir y expoliar á sus mercaderes de Flandes. Su poder y las desgracias de Francia le hacen independiente. Aunque príncipe, pertenece al partido popular de París, y los carniceros le aclaman. Aunque francés, su política es flamenca, é influye sobre los ingleses, cuando no se alía con ellos. Sin duda que, á propósito de dinero, se querella más de una vez con sus flamencos, y se verá obligado á matar muchos de ellos. Mas para el que conoce las turbulencias y las violencias de la Edad Media, el orden y el acuerdo que se establecen entonces parecen suficientes; en todo caso son en esta época más grandes que jamás lo han sido.

En adelante, como en Florencia hacia el año 1400, es acotado el poder, y la sociedad se consolida. En adelante, como en Italia el año 1400, el hombre deja el régimen ascético y eclesiástico para interesarse por la naturaleza y gozar de la vida. La antigua presión ha disminuido, y comienza á amar la fuer-

za, la salud, la belleza y la alegría. Por todas partes se ve cómo el espíritu de la Edad Media se altera y se deshace. La arquitectura elegante y refinada convierte las piedras en encajes y festonea sus iglesias de pináculos, de bordados, de grecas entrelazadas y complicadas, así es que el edificio calado, floroneado, dorado, es una prodigiosa y novelesca obra de platería, producto de la imaginación más que de la fe, menos á propósito para excitar la piedad que el deslumbramiento. De la misma manera la caballería queda reducida á una gran parada. Los nobles acuden á la corte de los Valois, se ocupan en placeres, en *bellos decires*, sobre todo en *decires de amor*. En Chaucer y Froissart pueden verse sus pompas, sus torneos, sus desfiles y sus banquetes, el nuevo reino de la frivolidad y de la moda, las invenciones de la imaginación alocada y licenciosa, los trajes extravagantes y recargados; túnicas en que se emplean doce varas de tela, calzas ajustadas y justillos de Bohemia, cuyas mangas caían hasta el suelo; zapatos terminados por uñas, cuernos y colas de escorpión; cotas llenas de letras, de animales, de notas de música, de suerte que se podía leer una canción en la espalda del propietario; caperuzas adornados con un bordado figurando ramos de oro y animales,

dalmáticas cubiertas de zafiros, de rubíes, de golondrinas bordadas en oro, con un redondel también de oro en el pico. Hasta mil cuatrocientos de estos redondeles pueden contarse en un solo traje; se emplearon nuevecientas sesenta perlas en bordar una camisa. Las mujeres llevaban magníficos é historiados velos, desnudo el seno, cucuruchos monstruosos en la cabeza, vestidos confeccionados con telas de diversos colores, en donde había figurados unicornios, leones y hombres salvajes; sentábanse en sillones que representaban pequeñas catedrales doradas y esculpidas. La vida de la corte y de los príncipes parece un carnaval. Cuando Carlos VI fué armado caballero, se dispuso en la abadía de Saint-Denis una sala de treinta y dos toesas de larga, tapizada de blanco y de verde, con un alto pabellón formado por tapices: después de tres días de justas y festines, un baile nocturno de máscaras acabó por una orgía. «Muchos maridos padecieron»; y por un contraste que pinta los sentimientos del siglo, se celebraron por fin de fiesta los funerales de Dugesclín. En los cuentos y crónicas de aquel tiempo parece que se ve correr un ancho río de oro, que se desparrama, se extiende y no se detiene: me refiero á la historia doméstica del rey, de la reina, de los duques de Orleans y de Borgoña; todo se vuelve entradas en las ciudades, fastuosas cabalgatas, disfraces, danzas, diversiones voluptuosas, prodigalidades de ricos improvisados. Los caballeros borgoñones que fueron á combatir á Bayaceto en Nicópolis, se equiparon como para una partida de placer; sus estandartes y las gualdrapas de sus caballos, bordados estaban de oro y plata; sus tiendas eran de seda verde; de plata su vajilla; en barcos por el Danubio eran conducidos sus exquisitos vinos, y en su campo hormigueaban las cortesanas. Este desbordamiento de vida animal que se mezcla en Francia con curiosidades malsanas y lúgubres imaginaciones, se extiende por Borgoña como una *kermese* interminable y ruidosa. Felipe el Bueno, tiene tres mujeres legítimas, veinticuatro queridas y diez y seis bastardos; á todo ello provee, celebra festines; admite á los burgueses á su corte y parece un personaje de Jordaens. Un conde de Cleves tiene sesenta y tres bastardos; al describir las ceremonias, nombran gravemente, y sin cesar, los cronistas, los bastardos de uno y otro sexo; la institución parece oficial; al verlos pulular de ese modo, se piensa en las robustas nodrizas de Rubens ó en las Gangamellas de Rabelais.

«Es de notar — dice un contem-

»poráneo—que el pecado de lujuria
 »reinaba mucho y fuerte, sobre todo
 »en los príncipes y personas casadas.
 »A cualquier gentil amante, más de
 »una mujer sabía engañar y apro-
 »vecharse de un momento... y aún
 »reinaba el pecado de lujuria en los
 »prelados y en toda la gente de igle-
 »sia.» Jacques de Croy, arzobispo
 de Cambray, oficiaba de pontifical
 con sus treinta y seis bastardos é
 hijos de bastardos, y tenía en re-
 serva una suma de dinero para los
 que pudiera tener en adelante. En
 el tercer matrimonio de Felipe el
 Bueno, la fiesta parece las bodas de
 Camacho ordenada por Gargantúa;
 las calles de Brujas estaban adorna-
 das con tapices; durante ocho
 días con ocho noches, un león de
 piedra vertía vino del Rhin, y un
 ciervo, también de piedra, vino de
 Beaune; á la hora de la comida un
 unicornio derramaba agua de rosa
 y malvasía. Cuando el delfín hubo
 entrado, ochocientos mercaderes
 de diversas naciones salieron á su
 encuentro, vestidos todos de seda y
 terciopelo. En otra ceremonia se
 presentó el duque cabalgando sobre
 un caballo cuya silla y freno iban
 materialmente cargados de piedras
 preciosas; nueve pajes cubiertos de
 dalmáticas recamadas le seguían;
 uno de ellos llevaba una celada que
 decía valer cien mil coronas de
 oro. En otra ocasión, se asegura

que llevaba el duque encima de su
 persona un millón en pedrería. De-
 searía daros á conocer alguna de
 estas fiestas, como las de Floren-
 cia en la misma época; ellas dan
 testimonio de los gustos pictóricos,
 que aquí, como en Florencia, han
 producido la pintura. Hubo una en
 Lila, bajo Felipe el Bueno, la fiesta
 del Faisán, que puede compararse
 á los triunfos de Lorenzo de Médi-
 cis; en estos cándidos pormenores
 podréis notar las semejanzas y las
 diferencias de las dos sociedades, y,
 por consiguiente, de su cultura, de
 su gusto y de su arte.

«El duque de Cleves—dice el
 »cronista Olivier de la Marche—
 »había dado en Lila un *espléndido*
 »*banquete*, al cual había asistido
 »Monseñor» (de Borgoña), «junta-
 »mente con su señoría las señoras
 »y señoritas de su casa.» «En este
 »banquete se veía sobre la mesa un
 »*entremés*, es decir, una decoración
 »que representaba una nave con
 »velas desplegadas, en la cual ha-
 »bía un caballero en pie y armado...
 »y delante un cisne de plata con un
 »collar de oro, al que estaba unida
 »una larga cadena, por medio de la
 »cual parecía que tiraba el susodi-
 »cho cisne de la nave, y en un ex-
 »tremo de ella un castillo muy bien
 »hecho.» «Además, el duque de
 »Cleves, caballero del cisne, «servi-
 »dor de las damas», hizo anunciar

»que se le encontraría en campo ce-
 »rrado, armado de arnés, de justa y
 »en silla de guerra, y que aquel
 »que lo hiciera mejor ganaría un
 »rico cisne de oro, con cadena del
 »mismo metal y un rubí al extremo
 »de ella.»

Diez días después, el conde de Etampes, dió el segundo acto de la fiesta. Este segundo acto, así como el primero y todos los otros, comenzó por un festín. En esta corte, la vida es abundante y no escasean los buenos bocados. «Cuando fueron levantados los entremeses, surgió de una cámara gran número de antorchas, seguía después el oficial de armas, vestido con su cota, y luego dos caballeros cubiertos con largas túnicas de terciopelo forradas de marta, llevando cada uno en una mano un hermoso ramo de flores; á continuación de ellos, sobre una hacanea enjaezada de seda azul, venía una bellísima dama, joven de doce años de edad, vestida con un traje de seda violeta, ricamente bordado y guarnecido de oro: era la princesa de la Alegría.» Tres escuderos, vestidos de seda roja, la condujeron al duque, entonando, por vía de anuncio, una canción. La joven descendió, y arrodillándose sobre la mesa, le puso en la cabeza una corona de flores. En este momento se anunció la justa, resonaron los

tambores, un escudero apareció con una cota llena de cisnes, y se vió entrar al duque de Cleves, caballero del cisne, ricamente armado en un caballo encapazonado de damasco blanco con franjas de oro; por medio de una cadena arrastraba un gran cisne al que acompañaban dos arqueros; detrás de él marchaban varios niños á caballo, palafreneros, caballeros armados de lanzas, todos como él, vestidos de damasco blanco guarnecido de oro. Toisón de oro, el héroe, los presentó á la duquesa. Desfilaron después los otros caballeros en sus caballos enjaezados con paños de oro gris y carmesí y telas bordadas de campanillas de oro, de terciopelo carmesí forrado de marta, de terciopelo violado con franjas de oro y seda, de terciopelo negro con lágrimas de oro. Suponed que actualmente los grandes personajes del Estado tuviesen gusto de vestirse como los actores de la Opera, y en ejecutar pantomimas como las *écuyères* de los circos; la extrañeza de la suposición os hará sentir cuanto el instinto pintoresco y la necesidad de la decoración sensible eran entonces vivos y son débiles en la actualidad.

No eran éstos, sin embargo, más que los preludios. Ocho días después del torneo, el duque de Borgoña dió su festín, que sobrepujó á

todos los demás. La enorme sala, cubierta de tapices que representaban la vida de Hércules, tenía cinco puertas guardadas por dos arqueros vestidos de paño gris y negro. En los lados, cinco tablados ó galerías, contenían á los espectadores extranjeros, nobles y damas, la mayor parte, disfrazados. En medio de ellos se elevaba «un alto aparador cargado de vajilla de oro y de plata y tarros de cristal guarnecidos de oro y pedrerías. Derecho, en medio de la sala, había un gran pilar en el que se veía «una imagen de mujer, cuyos cabellos caían hasta las cadēras, cubierta la cabeza con un sombrero muy rico y arrojando por uno de los pechos hipocrás, durante el tiempo que duró la comida». Había tres mesas gigantescas preparadas, y cada una de ellas estaba adornada de muchos entremeses, grandes máquinas parecidas, aunque mayores, á los juguetes con que se obsequia actualmente á los niños ricos. En efecto; los hombres de este tiempo, por su curiosidad y por el ímpetu de su imaginación, parecen niños; su deseo más vivo es entretener sus ojos; juegan con la vida como con una linterna mágica. Los dos principales entremeses eran una monstruosa empanada en que veintiocho personajes vivos tocaban instrumentos y una iglesia con su cru-

cero y sus vidrieras, con cuatro cantores y una campana que sonaba. Llamaban, además, la atención, otras veinte cosas por el estilo; un gran castillo, cuyos fosos estaban llenos de agua de naranja con el hada Melusina sobre una torre, un molino de viento con arqueros y ballesteros que tiraban á las urracas, un tonel en una viña con dos clases de bebida, una amarga y dulce la otra, un extenso desierto en que un león combatía con una serpiente, un salvaje sobre un camello, un loco cabalgando sobre un oso, entre rocas y hielos, un lago rodeado de ciudades y castillos, un barco anclado con sus cuerdas, sus mástiles y sus marineros, una hermosa fuente de tierra y plomo, rodeada de arbolillos de vidrio con hojas y flores y un San Andrés con su cruz; una fuente de agua de rosas, representando un joven desnudo en la actitud del «Mannekempis», de Bruselas. Se creería uno, al ver aquello, en una tienda de Año Nuevo.

Esta decoración fija no basta; es menester contemplar la parte activa; se ve desfilan unos detrás de otros una docena de intermedios, y en los intervalos la iglesia y la campana *hacen música* para entretener los oídos al mismo tiempo que los ojos de los convidados; la campana suena echada á vuelo, un pas-

tor toca la zampoña, un coro de niños canta una canción; por todas partes suenan órganos, el cuerno de Alemania, la dulzaina, un motete, flautas, un laúd con sus voces correspondientes, tambores, una trompa de caza y ladridos de perros. Aparece después un caballo andando hacia atrás, ricamente cubierto de seda roja, montado por dos trompeteros, montados espalda con espalda y sin sillas, conducido por diez y seis caballeros con largas túnicas; después un tritón, medio hombre medio grifo, el cual, montado sobre un jabalí y llevando un hombre, avanza blandiendo dos dardos y una adarga; después un gran ciervo blanco mecánico, adornado con telas de seda y los cuernos de oro, sosteniendo sobre el lomo un niño con traje corto de terciopelo carmesí, que canta mientras que el ciervo le hace el dúo. Todas estas figuras dan la vuelta á las mesas, y he aquí la invención final que divierte mucho á los asistentes. De repente un dragón volante atraviesa el aire, y sus ardientes escamas iluminan las profundidades de los artesones góticos. Lánzanse después al aire una garza y dos halcones, y la garza, abatida, es presentada al duque. Varios clarines tocan una sonata detrás de una cortina; levantada ésta, se ve á Jasón que lee una carta de Medea, combate luego á los toros, mata á la serpiente, labra la tierra, siembra los dientes del monstruo, y se ve brotar un enjambre de hombres armados. Desde este momento la fiesta se hace seria: es un libro de caballerías, una escena de Amadís, un sueño de D. Quijote en acción. Llega un gigante vestido de verde, armado de pica y con un turbante en la cabeza, conduciendo un elefante encaparazonado de seda, sobre el cual hay un castillo, y en este castillo una dama vestida de religiosa, que es la santa Iglesia; se detiene, dice su nombre, y llama á los asistentes á la cruzada. A continuación, Toisón de oro, con los oficiales de armas, trae un faisán vivo, cuyo collar de oro está adornado con piedras preciosas; el duque jura sobre el faisán auxiliar á la cristiandad contra el turco, y todos los caballeros se comprometen á lo mismo, cada uno por medio de un juramento escrito en estilo de Galaor: es el voto del Faisán. Acaba la fiesta con un baile místico y moral. Al son de los instrumentos y á la luz de las antorchas, una dama vestida de blanco, llevando el nombre en la espalda, que es *Gracia de Dios*, acércase al duque, le recita una octava, y le deja, al retirarse, doce virtudes: la fe, la caridad, la justicia, la razón, la templanza, la fuerza, la verdad, la longanimidad, la diligencia, la esperanza,

el valor, conducida cada una de ellas por un caballero vestido de jubón carmesí, cuyas mangas de satén están bordadas de follajes y adornos platerescos. Las virtudes se ponen á danzar con sus caballeros, coronan al conde de Charolais, vencedor de la justa, y después de anunciado un nuevo torneo, acaba el baile á las tres de la mañana. Verdaderamente esto era demasiado; la imaginación y los sentidos desfallecen; y desde el punto de vista del afán de divertirse, estas gentes son glotonas y no *gourmets*. Este amontonamiento y profusión de invenciones barrocas nos muestran un mundo finado, una raza del Norte, una civilización en bosquejo, bárbara todavía é infantil; falta el gusto sencillo y grande de Italia á estos contemporáneos de los Médicis. Y, sin embargo, el fondo de las costumbres y de la imaginación es el mismo; aquí, como en las pompas del carnaval florentino, la leyenda, la historia, la filosofía de la Edad Media se representan corporalmente; las abstracciones morales revisten una figura sensible y las virtudes toman formas reales. Por consecuencia, existe la tentación de pintarlos y de esculpirlos. La edad simbólica deja su puesto á la edad pintoresca; no se contenta el espíritu con entidades escolásticas; quiso contemplar una

forma viva, y el pensamiento humano tiene, sin embargo, para ser completo, que traducirse á los ojos por medio de una obra de arte.

Pero esta obra de arte no es semejante á la de Italia, porque la escultura y la dirección del espíritu son diferentes. Se echa de ver en los versos cándidos y llanos que recitan la santa Iglesia y las virtudes, poesía vacía y caduca, habladora, de recursos usados, formada de frases rimadas en que el ritmo es tan insignificante como el pensamiento. Bien claro se ve que no han tenido aquí ni un Dante, ni un Petrarca, un Bocaccio ó un Villani. El espíritu menos precoz y más alejado de la tradición latina ha quedado durante mucho tiempo encerrado en la disciplina y en la inercia de la Edad Media. Nada de averroístas, escépticos y médicos como los que describe Petrarca; nada de humanistas restauradores de la literatura antigua y casi paganos como aquellos que rodean á Lorenzo de Médicis. La fe y los sentimientos cristianos son más vivos y más tenaces que en Venecia y Florencia; subsisten sobre las pompas sensuales de la corte de Borgoña. Aun cuando en la práctica hay epicúreos, no existían en teoría; los más galantes sirven á la religión, como las mujeres, por punto de honor. En 1396, setecientos señores de Borgoña y de

Francia marchan á la cruzada; todos, excepto treinta y siete, mueren en Nicópolis, y Boucicault los llama benditos y felicísimos mártires. Acabáis de ver que la fiesta de Lila contribuye al voto solemne de combatir á los infieles. Aquí y allá abundan esparcidos rasgos que muestran la persistencia de la devoción primitiva.

En 1477, en una ciudad vecina, en Nuremberg, Martín Koetzel, peregrino en Palestina, cuenta el número de países que separan el Gólgota de la casa de Pilatos, á fin de construir á la vuelta siete estaciones y un calvario entre su casa y el cementerio de su ciudad: como se le perdiese la medida, vuelve á emprender su viaje, y esta vez hace que ejecute su obra el escultor Adán Kraft. En los Países Bajos, como en Alemania, los burgueses, gente seria, un poco torpe, encerrados en su vida comunal, apegados á los usos antiguos, conservan mejor todavía que los señores de las cortes las creencias y el fervor de la Edad Media. La literatura da de ello fe desde el momento en que toma un carácter original, es decir, después de la terminación del siglo xviii; no suministra más que testimonios del espíritu práctico municipal y burgués y de íntima piedad: de una parte sentencias morales, pinturas de la vida doméstica, poemas histó-

ricos y políticos acerca de los acontecimientos recientes y verdaderos; por otra parte alabanzas líricas á la Virgen, poesías líricas y tiernas (1). En suma, el genio nacional, que es germánico, se inclina más bien hacia la fe que hacia la incredulidad. Por los *hollards* y los místicos de la Edad Media, por los iconoclastas y los innumerables mártires del siglo xvi, propende hacia las ideas protestantes. Entregados á sí mismos hubiesen incurrido, no como en Italia, en un renacimiento del paganismo, sino como en Alemania, en una recrudescencia del cristianismo. Por otra parte, el arte que mejor manifiesta las necesidades de la imaginación popular, la arquitectura queda gótica y cristiana hasta mediados del siglo xvi; las importaciones italianas y clásicas no influyen sobre ella; su estilo se complica y afemina, pero no se altera. Reina, no solamente en las iglesias, sino en los edificios laicos: en Brujas, en Lovaina, en Bruselas, en Lieja, en Oudenarde, las Casas Consistoriales muestran hasta qué punto era lo gótico, no sólo del gusto de los clérigos, sino de la nación: ésta le fué fiel hasta el fin. La casa de la ciudad de Oudenarde se comenzó siete años después de la muerte de Rafael. En 1536, bajo las manos de

(1) *Horæ belgicæ.*

una flamenca, Margarita de Austria, se concluye la iglesia de Brou; puede decirse que se abre la última y más delicada flor del arte gótico. Juntad todos estos indicios y considerad en los retratos del tiempo los personajes, donatarios, abades, burgomaestres (1), burgueses, matronas, tan graves y honestas, con sus trajes domingueros, su tela tan intachable, su aspecto como helado, su expresión de fe fija y profunda, y echaréis de ver que el renacimiento del siglo XVI se realiza en la esfera de la religión, que el hombre, aun embelleciendo la vida presente, no pierde de vista la vida futura, y que su invención pictórica manifiesta el cristianismo vivaz, en lugar de expresar, como en Italia, el paganismo restaurado.

Un renacimiento flamenco bajo las ideas cristianas, es aquí, en efecto, el doble carácter del arte bajo Huberto y Juan Van Eyck, Rogier Van der Weyden, Hemling y Quintín Masys, y de estos dos rayos se desprenden todos los demás. De una parte, los artistas se interesan por la vida real, sus figuras no son símbolos como las pinturas de los antiguos salterios, ni almas puras como las madonas de la escuela de

(1) Museos de Amberes, de Bruselas, de Brujas, y en general los trípticos, cuyos lados representan toda una familia de la época.

Colonia, sino personajes vivientes y cuerpos. Se observa la anatomía, la perspectiva es exacta, los más insignificantes pormenores de telas, arquitectura, accesorios y paisajes están marcados, tienen relieve, y la escena entera se impone al ojo y al espíritu con una fuerza y solidez extraordinarias; los mayores maestros de las épocas futuras no irán más allá ni siquiera hasta aquí. Claro es que en este momento se descubre la naturaleza; cae la venda de los ojos y se comprende casi de repente todo lo exterior, sensible, sus proporciones, su estructura y su color. Es más, se le ama: considerad las magníficas capas hierático (1) de oro, bordadas de diamantes, las sedas brochadas, las diademas deslumbrantes y llenas de florones que ornán á sus personajes y á sus santos (2). Son las pompas de la corte de Borgoña; ved sus aguas transparentes y tranquilas, sus céspedes iluminados, sus flores rojas y blancas, sus árboles florecientes, sus lejanías bañadas por el sol, sus admirables personajes. Notad su colorido más fuerte y más rico que nunca, los tonos puros y

(1) *Dios padre y la Virgen*, por Huberto Van Eyck; la *Madona, Santa Bárbara y Santa Catalina* de Mambrig, *El enterramiento de Cristo*, de Quintín Masys.

(2) *San Cristóbal, El Bautismo de Jesucristo*, de Memling y de su escuela, *El cordero místico*, de Van Eyck, etc.

lentos colocados uno al lado del otro como en un tapiz persa y relacionados por su sola armonía, los soberbios toques de la púrpura de las copas, el azul de los pliegues de sus largas ropas, los verdes paños como una pradera de estío, penetrada por los rayos del sol, las faldas de oro, listadas de negro, la poderosa luz que calienta y bruñe toda la escena, forman un concierto en que cada instrumento da todo el sonido de que es capaz, tanto más justo cuanto es más brillante. Ven lo bello del mundo y hacen de él una fiesta real semejante á las de aquel tiempo, esclarecida por resplandeciente sol, no una Jerusalén celeste penetrada de una claridad sobrenatural, como las pinturas de Beato Angélico. Son flamencos y se quedan en la tierra; copian con minuciosa escrupulosidad lo real, todo lo real, los recamos de una armadura, los reflejos de una vidriera, los ramajes de un tapiz, los pelos de una piel (1), el cuerpo desnudo de una Eva y de un Adán, la faz enorme, arrugada y rozagante de un canónigo, el grueso cuello, la barbilla abultada, la nariz prominentemente de un burgomaestre ó de un hombre de armas, las piernas manchadas de un verdugo, la cabeza demasiado gruesa y los miembros demasiado delicados de un niño, los trajes y los muebles de un siglo. Por otra parte, es una glorificación de la fe cristiana. No solamente son religiosos casi todos los asuntos, sino que están llenos de un sentimiento religioso que en la edad siguiente faltará, aun en las mismas escenas. La mayor parte de sus cuadros más bellos no representan ningún acontecimiento real de la historia sagrada, sino una verdad de la fe, un sueño de la doctrina. Huberto Van Eyck concibió la pintura á la manera de Simón Memni ó de Tadeo Goddi, como una exposición de teología superior; sus figuras y sus accesorios tienen como á gala el ser reales, pero son también simbólicas. La catedral en que Rogier Van der Weyden representa los siete sacramentos, es á la vez una iglesia material y una iglesia mística; el Cristo sangra en su suplicio al mismo tiempo que el sacerdote dice la misa en el altar. La cámara ó el pórtico en que Juan Van Eyck y Membrig colocan de rodillas á sus santos, causa ilusión completa por sus pormenores y la finura de ellos; pero la Virgen en su trono y los ángeles que la coronan, muestran á los fieles que están en un mundo superior. Una simetría jerárquica agrupa á los

(1) *La Virgen con San Jorge*, de Juan Van Eyck; *El tríptico de Amberes*, de Q. Masys. *El Adán y Eva*, de H. Van Eyck, en Bruselas, y *Los Brugues de rodillas ante el Cordero místico*.

personajes y determina las actitudes. La mirada es fija y el rostro impasible en las obras de Huberto Van Eyck; es la eterna inmovilidad de la vida divina; en el cielo todo está cumplido, el tiempo no corre. Otras veces, en los cuadros de Membrig se observa placidez de la creencia absoluta, la paz del alma conservada en el claustro como en un bosque durmiente, la pureza inmaculada, la dulzura triste, la obediencia infinita á la verdad religiosa, que vive absorta en su sueño y cuyos grandes ojos abiertos miran sin ver. En suma, estas pinturas son cuadros de altar ó de oratorio; no hablan como las de las edades siguientes á los grandes señores que van á la iglesia por rutina y quieren encontrar hasta en las historias religiosas pompas paganas y torsos de luchadores; se dirigen á los fieles para sugerirles la figura del mundo sobrenatural ó las convicciones de la piedad íntima, para mostrarles la serenidad inmutable de los santos glorificados y la tierna humildad de las almas escogidas; Buysbroeck, Eckart, Fauler, Henri de Luzo, los teólogos místicos, que en Alemania, en el siglo xv, precedieron á Lutero, parecen venir de aquí. Espectáculo extraño y que no parece armonizarse con las pompas sensuales de la corte y las suntuosas entradas en las ciudades. Seme-

jante contraste se observa entre el profundo sentimiento religioso de que dan testimonio las madonas de Alberto Durero y las magnificencias mundanas que revela su *Casa de Maximiliano*. Depende esto de que estamos en país germánico; el renacimiento de la prosperidad general y la emancipación del espíritu que es consecuencia de aquél, renuevan aquí el cristianismo, en lugar de hacerle decaer como en los países latinos.

II

Cuando se opera un gran cambio en la condición humana, este cambio produce gradualmente otro correspondiente á las concepciones humanas. Después del descubrimiento de las Indias y de América, después de la invención de la imprenta y de la multiplicación de libros, después de la restauración de la antigüedad clásica y de la reforma de Lutero, la idea que del mundo se tenía no podía permanecer monacal y mística. El sueño melancólico, delicado, del alma que suspira por la patria celeste y subordina humildemente su conducta á la autoridad de una iglesia á quien no discute, deja el puesto al libre

examen del espíritu, nutrido por multitud de ideas nuevas, y se extasió ante el espectáculo admirable de este mundo real que el hombre comenzaba á comprender y á conquistar. Las cámaras de retórica, que en un principio se componían de clérigos, pasan á manos de los laicos. Dichas cámaras habían predicado el pago del diezmo y la sumisión á la iglesia, regulaban el clero y combatían los abusos eclesiásticos. En 1533, nueve burgueses de Amsterdam son condenados á emprender una peregrinación á Roma, por haber representado ciertas obras satíricas. En 1539, en Gante, se propone como cuestión decidir cuáles son las gentes más tontas del mundo, y once cámaras de diez y nueve responden que los monjes. «Siempre—dice un contemporáneo—algunos pobres frailes ó monjas tomaban parte en la comedia; parecía que no era posible regocijarse sin burlarse de Dios y de la Iglesia». Felipe II decretó pena de muerte contra los autores y los actores, si las comedias no estaban debidamente autorizadas ó eran impías; pues á pesar de todo, se las representaba hasta en las aldeas. «Merced á la comedia—dice el mismo autor—la palabra de Dios penetra en un principio en estas comarcas; por esto ahora se las prohíbe más severamente que los libros de Martín Lute-

ro (1). Es evidente, que el espíritu se ha emancipado de la antigua tutela, y que pueblo, burguesía, artesanos, negociantes, todos comienzan á razonar por sí mismos acerca de los casos de la moral y la salud.

Al propio tiempo, la riqueza y prosperidad extraordinarias del país impulsan á todos hacia las costumbres pintorescas y sensuales; aquí, como en Inglaterra en la misma época, las pompas del renacimiento encubren una sorda fermentación protestante. Cuando Carlos V, en 1520, hizo su entrada en Amberes, Alberto Durero vió cuatrocientos arcos de triunfo de dos pisos, de cuarenta pies de largo cada uno, adornados con pinturas y sobre ellos había representaciones alegóricas. Las figurantas eran jóvenes, hijas de las principales familias burguesas, vestidas solamente con una ligera gasa, casi desnudas—dice el honesto artista alemán.—Pocas veces he visto mujeres tan bellas; las he mirado atenta y hasta brutalmente porque soy pintor». Las fiestas de las cámaras de retórica, llegaron á ser

(1) En 1539, Lovaina propone esta cuestión. ¿Cual es el consuelo más grande para el hombre moribundo? Todas las respuestas tienen cierto sabor luterano. La cámara de Wijnockberghe, que obtuvo el segundo premio, respondió, según la pura doctrina de la gracia: «La primera que Cristo y su espíritu nos ha dado, la segunda que Cristo y su espíritu nos dieron.»

magníficas; de ciudad á ciudad, de sociedad á sociedad hay verdaderos desafíos de lujo y de invenciones alegóricas. A propósito de la invitación de los *Violiers* de Amberes, catorce cámaras en 1562, envían sus «triunfos», y la cámara de la *Guirnalda de María*, en Bruselas obtiene el premio. «Porque—dice Van Metesen—eran próximamente unos trescientos cuarenta hombres, á caballo, todos vestidos de terciopelo y seda roja carmesí, con largas casacas polonesas bordadas de cordones de plata, con sombreros rojos, hechos por el modelo de los cascos antiguos; los jubones, plumajes y botas eran blancas. Llevaban cinturones de hilo de plata, primorosamente adornados de colores, amarillo, rojo, azul y blanco. Había siete carrozas construidas á la antigua, con diversos personajes conducidos en dichas carrozas. Iban además setenta y ocho carros comunes con antorchas, cubiertos de paños rojos adornados de blanco. Todos los conductores llevaban mantos rojos y en los carros iban diversos personajes, representando muchas bellas figuras antiguas que daban á entender, como se habían reunido para conversar amistosamente. *El Peón* de Malinas, preparó una cabalgata por el estilo: trescientos veinte hombres á caballo vestidos de encarnado con bordados de oro,

siete carros antiguos llevando diversas figuras, diez y seis carrozas blasonadas y con juegos muy vistosos. Añadid otras doce procesiones, y contad las comedias, las pantomimas, los fuegos y los banquetes. «Hubo otros muchos semejantes festejos durante la paz en varias ciudades.»—«He tenido á bien referir estas cosas—dice Van Metesen—para mostrar la buena unión y la prosperidad del país en este tiempo. Después de la partida de Felipe II, en lugar de una corte, parecía que había ciento cincuenta.» Hacían los señores alardes de magnificencia, tenían mesa siempre servida y gastaban sin tino; en cierta ocasión, el príncipe de Orange, queriendo aligerar su servidumbre, despidió de una vez veintiocho cocineros jefes. Rebosaban las casas nobles de pajes, de gentileshombres, de lacayos; la savia del renacimiento desbordaba en locuras y excesos, como bajo Isabel, en Inglaterra, en trajes pomposos, cabalgatas, juegos y regalos. El conde de Brederode, bebió tanto en un banquete de San Martín, que estuvo á punto de morir; el hermano del *Rhingrave* murió de repente en la mesa, por haberse atracado de vino de Malvasía. Jamás había parecido tan hermosa ni tan bella la vida. Como en Florencia en el siglo precedente, bajo los Médicis, dejó de ser trágica; el

hombre, por decirlo así, se desentumece; las revueltas sangrientas, las guerras terribles de ciudad á ciudad y de corporación á corporación, se apaciguan; no se encuentra más que una sedición en Gante, en 1536 fácilmente reprimida, sin grande efusión de sangre, última y débil sacudida que no puede compararse en modo alguno, con las formidables insurrecciones del siglo xv. Margarita de Austria, María de Hungría, Margarita de Parma, las tres gobernantes, son populares; Carlos V es un príncipe nacional, habla flamenco, se envanece de ser de Gante, protege por medio de tratados las manufacturas y el comercio del país. Le cuida y le alimenta. Flandes, por su parte, contribuye, casi por mitad (1), á su presupuesto total; entre los ganados que forman sus pueblos, ella es la robusta vaca de leche, á la que se puede ordeñar incesantemente, sin agotarla. De esta suerte, mientras que el espíritu se abre, se dulcifica la temperatura que le rodea. Estas son las dos condiciones del nuevo impulso, que se ve brotar en las fiestas de las cámaras de retórica, representaciones clásicas semejantes al carnaval de Florencia, muy diferentes de las invenciones barrocas que tanto abun-

dan en los banquetes de los duques de Borgoña; en efecto, en Amberes, en las cámaras de la *Violeta*, del *Olivo* y del *Pensamiento*—dice Guicciardini—se representan en público, entre los flamencos, comedias, tragedias y otras historias á imitación de los griegos y de los romanos». Las costumbres, las ideas y los gustos se han transformado: hay lugar para un nuevo arte.

Ya en la época precedente, se ven los signos precursores del cambio que se prepara. De Huberto Van Eyck á Quintín Masys disminuyen la grandeza y seriedad de la concepción religiosa. No se piensa en expresar toda la fe y toda la teología cristianas en un solo cuadro; se eligen escenas del Evangelio y de la historia, anunciaciones, adoraciones de pastores, juicios finales, martirios, leyendas morales. La pintura, épica en las manos de Huberto Van Eyck, se hace idílica en las de Memling y casi mundana en las de Quintín Masys. Se convierte después en patética interesante y graciosa. Las encantadoras santas, la bella Herodías, y la esbelta Salomé de Quintín Masys, son señoras lujosas y ya laicas. El artista gusta del mundo real por sí mismo y no lo reduce á representar el mundo sobrenatural; hace de él, no un medio, sino un fin. Las escenas de costumbres pro-

(1) Dos millones de escudos de oro, de cinco millones.

fanas se multiplican; pinta los bur-
gueses en sus tiendas, sus pesadores
de oro, figuras adelgazadas y finas,
sonrisas de avaros y parejas ena-
moradas. Lucas de Leyden, su
contemporáneo, es un antecesor de
los pintores que llamamos pequeños
flamencos: su *Cristo presentado*, su
Danza de la Magdalena, no tienen
de religioso más que el nombre: el
personaje evangélico se pierde entre
los accesorios; lo que verdadera-
mente representa el cuadro, es una
fiesta flamenca en el campo ó un
atropellamiento de flamencos en una
playa. Al mismo tiempo, Jeromo
Boosch pinta diabluras divertidas y
cómicas. Es evidente que el arte cae
del cielo á la tierra y va á tomar
por objeto, no lo divino, sino lo
humano. Por lo demás, ningún pro-
cedimiento ni proporción les falta;
conocen la perspectiva y el empleo
del aceite, tienen el modelado y el
relieve; han estudiado los tipos rea-
les; saben pintar los trajes, los ac-
cesorios, las arquitecturas, los pai-
sajes, con una exactitud y de modo
tan acabado, que sorprenden: la
habilidad de sus manos es admira-
ble. Tan sólo un defecto los re-
tiene todavía en el arte hierático,
la inmovilidad de sus figuras y los
pliegues sin gracia de sus trajes. No
les falta más que observar el juego
rápido de la fisonomía y el movi-
miento fácil del vestido suelto; en-

tonces el renacimiento será comple-
to; el soplo del siglo está ya detrás
de ellos é infla sus velas. Cuando se
contemplan sus retratos, sus inte-
riores, hasta sus personajes sagra-
dos, el *Enterramiento* de Quintín
Masys, nos sentimos tentados de
decirles: «Vivís; vamos, un esfuer-
zo, moveos, salid de una vez de la
Edad Media. Representad el hom-
bre moderno que lleváis dentro de
vosotros y que encontráis fuera;
pintadle fuerte, arrogante, conten-
to de vivir, olvidad la criatura del-
gada, ascética y pensativa que sue-
ña en las capillas de Hemling. Si
tomáis como pretexto para vuestro
cuadro, historias religiosas, compo-
nedlo como los italianos de figuras
activas y sanas; pero que estas figu-
ras sean la obra de vuestro gusto
nacional y personal; también vos-
otros tenéis vuestra alma, flamenca
y no italiana; que se abra la flor,
será hermosa á juzgar por el capu-
llo». Cuando se miran las esculturas
de aquel tiempo, la chimenea del
palacio de Justicia, y la tumba de
Carlos el Temerario, en Brujas, la
iglesia y los monumentos funera-
rios de Brou, se ven los primores
de un arte original y completo, me-
nos escultural y menos puro que el
de los italianos, pero más variado,
más expresivo, más abandonado á
la naturaleza, menos sometido á re-
glas, más vecino de lo real, más

capaz de manifestar la persona y el alma, lo saliente, lo imprevisto, las divinidades, los altos y los bajos de la educación, de la condición, del temperamento, de la edad, del individuo; en una palabra, un arte germánico que anuncia los sucesores lejanos de los Van Eyck los predecesores lejanos de Rubens.

Sin embargo no vinieron, ó por lo menos, cumplieron mal su misión. Es que un pueblo no vive solo en el mundo; al lado del renacimiento flamenco existe el renacimiento italiano, y el gran árbol perjudicó á la débil planta. Aquél florecía y medraba desde un siglo hacía; la literatura, las ideas, las obras maestras de la precoz Italia se imponían á la Europa más atrasada, y las ciudades de Flandes por su comercio, la dinastía de Austria por sus posesiones y sus negocios italianos, introducían en el Norte los gustos y los modelos de la nueva civilización. Hacia 1520, los pintores flamencos comienzan á tomar ejemplo de los artistas de Florencia y Roma. Juan de Mabure es el primero que en 1513, al volver de Italia, introduce en el estilo antiguo el estilo italiano, y los demás siguen. ¡Es tan natural cuando se avanza en un país inexplorado, tomar la vía que se encuentra ya formada! Pero este camino no está hecho para los que lo siguen, y la larga fila de carros flamencos va á retardarse y á atascarse en los carriles desproporcionados que otro convoy también de carros había ya marcado.

Dos son los rasgos principales del arte italiano, y ambos repugnan á la imaginación flamenca. De una parte, aquel arte tiene por centro el cuerpo humano, natural, sano, activo, vigoroso, dotado de todas las aptitudes atléticas, es decir, desnudo ó medio desnudo, francamente pagano, gozando en pleno sol libre y noblemente de sus miembros, de sus instintos, de todas sus facultades animales, como cualquier griego antiguo en su ciudad y en su palestra, ó como hemos visto á Cellini en las calles y en los caminos. Un flamenco no entra fácilmente en esta concepción. Es de un país frío y húmedo, y se hiela cuando está desnudo. El cuerpo humano no tiene aquí las bellas proporciones, las actitudes fáciles que el arte clásico reclama; es, por regla general, rechoncho y regordete; su carne es blanca, fofa, rojiza, y tiene necesidad de vestido. Cuando el pintor regresa de Roma y quiere continuar el arte italiano, cuanto le rodea es contrario á su educación; no renueva su sentimiento al contacto de la naturaleza viva; se ve reducido á sus recuerdos. Como que es de raza germánica, ó, en otros términos, tiene cierto fondo de hombría

de bien y aun de pudor; apenas si ha podido gustar de la idea pagana de la vida desnuda, y menos todavía comprender el pensamiento fatal y soberbio que gobierna la civilización y suscita las artes al otro lado de los Alpes, el pensamiento del individuo completo, soberano, libre de toda ley, subordinando todo lo demás, hombres y cosas, al desarrollo de su propia naturaleza y al acrecentamiento de sus facultades.

Nuestro pintor es pariente, á cierta distancia, de Martín Echoen y de Alberto Durero, burgués, dócil y regular, amante de lo *confortable* y de lo decente, inclinado á la vida interior y de familia. Su biógrafo Karl Van Mander, al frente de su libro le da instrucciones morales. Leed su tratado patriarcal (1) y sentid la distancia que separa un Rosso, un Julio Romano, un Ticiano, un Giorgion, de sus discípulos de Leyden ó de Amberes: «Todos los vicios, dice el flamenco, acarrean su castigo. Desmentid el proverbio que pretende que el mejor pintor es el más desordenado. Son indignos del nombre de artistas los que hacen mala vida. Los pintores no deben jamás batirse ni querellarse. No es

(1) *Burckhardt, Die cultur der Renaissance in Italien*. Libro admirable, el más completo y el más filosófico que se ha escrito acerca del Renacimiento italiano.

un buen arte más que el de *proporcionarse* el bien. Evitad en vuestra juventud hacer la corte á las mujeres. Guardaos de las mujeres ligeras que corrompen á muchos pintores. Reflexionad antes de ir á Roma, porque hay allí muchas ocasiones de tirar el dinero, y no se puede ganarlo. Dad gracias á Dios por sus dones.» Siguen á esto recomendaciones especiales acerca de los albergues, de las ropas y de las chinches en Italia. Es claro, que de tales discípulos, aun trabajando mucho, apenas si se logrará otra cosa que academias; cuando por sí mismos conciben al hombre, es vestido; cuando al ejemplo de sus maestros italianos quieren hacer un cuerpo desnudo, carecerá éste de libertad, no tendrá ni impulso, ni invención viva, y por lo mismo en todos sus cuadros, no se encuentra más que una imitación fría, pobre; su conciencia es pedantería; hacen servilmente y mal lo que del otro lado de los montes se hacía naturalmente y bien.

Por otra parte, el arte italiano, como el arte griego y en general todo arte clásico, simplifica para embellecer; elimina, borra, reduce el detalle; tal es su procedimiento para dar gran valor á los grandes rasgos; Miguel Angel y la bella escuela florentina, subordinan ó suprimen los accesorios, los paisajes,

los edificios, el traje; lo esencial para ellos es el tipo grandioso ó noble, la estructura anatómica ó muscular, el cuerpo desnudo ó sueltamente vestido, considerado en sí mismo, abstractamente por la disminución de las particularidades que constituyen al individuo y marcan su profesión, su educación, sus condiciones; es el hombre en general y no tal ó cual hombre lo que representan. Están los personajes en un mundo superior, porque son de un mundo que no existe; el carácter propio de su escena es la anulación del tiempo y del lugar en donde están. Nada más contrario que esto que acabamos de decir al genio germánico y flamenco que ve las cosas tales como son, enteras y complejas que ve en el hombre otro hombre, el contemporáneo, el burgués, el obrero, el campesino, que da á los accesorios del hombre una importancia tan grande como al hombre mismo, que ama no solamente la naturaleza humana, sino á toda la naturaleza animada ó inanimada, los ganados, los caballos, las plantas, los paisajes, el cielo y hasta el aire; que sus simpatías, le impiden despreciar cosa alguna, que su minuciosa mirada obliga á todo á que exprese algo. Se comprende que cuando intente someterse á una disciplina tan contraria, perderá las cualidades que tiene, sin adquirir

aquellas de que carece, que por alzarse hasta el mundo ideal, amortiguará su color, borrará los pormenores verdaderos de interior y de traje, quitará á sus figuras la irregularidad original que es lo propio en el retrato y en la persona, se sentirá guiado á moderar el gesto vivo que es lo saliente de la naturaleza en acción y que desordena la simetría ideal. Pero hará con pena todos estos sacrificios; su instinto no se plegará más que á medias bajo su educación; se encontrará reminiscencias flamencas en sus veleidades italianas, unas veces unos rasgos y otras otros predominarán aun en el mismo cuadro: ambos se estorbarán mutuamente para producir sus respectivos efectos; y esta pintura incierta, incompleta, atraída por dos tendencias diversas, proporcionará documentos á la historia, pero no obras al arte.

Tal es el espectáculo que llena en Flandes los tres últimos cuartos del siglo xvi, como un riachuelo que se junta con un ancho río, y al juntarse se enturbian las aguas, hasta que el río más grande impone á toda la nueva corriente la coloración más fuerte; así se ve el estilo nacional, invadido por el estilo italiano se va abigarrando irregularmente y por etapas, desaparecer por grados, no remontarse más que rara vez á la superficie y hundirse al fin en los

bajos fondos oscuros, mientras que el otro sale á la superficie y atrae todas las miradas. Es curioso seguir en los museos este conflicto de las dos corrientes y los extraños efectos que produce su mezcla. La primera ola italiana llega con Juan de Mabure, Bernardo Van Orley, Lamberto Lombardo, Juan Morlaert, Juan Schoreel, Lancelot, Blondel. Importan en sus cuadros arquitecturas clásicas, pilastras de mármol abigarrado, medallones, nichos en forma de concha, arcos de triunfo, cariátides, algunas veces también figuras nobles y fuertes, mujeres vestidas á la antigua, un cuerpo desnudo bien entendido, proporcionado de miembros, vivo, de bello impulso pagano y sano; á esto se reduce su imitación; por lo demás, siguen la tradición nacional. Sus cuadros son pequeños como conviene á asuntos de género; conservan casi siempre el fuerte y rico color de la edad precedente, las lejanías montañosas y azuladas de Juan Van Eyck, los cielos claros y vagamente teñidos de esmeralda, en el horizonte, las soberbias telas adornadas de oro y pedrería, el relieve poderoso, la minuciosa exactitud de los detalles, las sólidas y honradas cabezas burguesas. Pero como no están contenidos por la gravedad hierática, caen, al querer emanciparse, en picarescas candideces y

en burlescos disparates; los hijos de Job, aplastados por la caída de su palacio, se alborotan con gestos de monos y contorsiones de poseídos; en la otra hoja del tríptico, el diablo en el aire, caballero en un murciélago se dirige á una imagen de Dios semejante á la de los misales. Pies demasiado largos, manos ascéticas y rígidas hacen desproporcionado un cuerpo, por otra parte, de buenas proporciones. En una cena de Lamberto Lombardo se mezcla el orden de Vinci con las torpezas y vulgaridades flamencas. En un juicio final de Bernardo Van Orley, se introducen los diablos de Martín Schoen entre las perfecciones académicas de Rafael. En la generación siguiente, la magnitud de la inundación lo invade todo; Miguel Van Coxcyen, Keemskerk, Franz Floris, Martín de Vos, los Francken Van Mander, Spranger, Porbus el viejo, más tarde Goltzius, pareciéndose todos ellos á gentes que no hablasen más que italiano, aunque penosamente con mal acento y algunos barbarismos. El lienzo se agranda tomando las proporciones ordinarias de un cuadro de historia; la manera de pintar es menos sencilla; Karl Van Mander censura á sus contemporáneos por «cargar los pinceles», lo que en otro tiempo no hacían, y por practicar con exceso los empastes.

El colorido se amortigua y cada vez se hace más blancuzco, gredoso y pálido. Se lanzan con pasión al estudio de la anatomía de los cuerpos y de las musculaturas; se hace seco y duro el dibujo, y recuerda á la vez á los plateros contemporáneos de Polaiolo y á los discípulos exagerados de Miguel Angel; el pintor se apoya torpe ó violentamente sobre su ciencia, insiste para probar que sabe manejar el esqueleto y pintar el movimiento.

Encontráis Evas, Adanes, San Sebastianes, degollaciones de inocentes, Horacios Coclés que parecen desollados vivientes y grotescos; parece que quieren escaparse de la piel. Cuando son más moderados, y el pintor como Franz Floris, en su *Caída de los Angeles*, imita con discrección los buenos modelos clásicos, sus desnudos no son mucho más felices; el sentimiento de lo real y la barroca imaginación germánica invaden las formas ideales; demonios con cabezas de gato, de puerco, de pez, armados de trompas, de uñas, de crestas, soplando el fuego, conduciendo la comedia bestial y el sábadado fantástico en medio del noble Olimpo: son como una bufonada de Teniers enclavada en un poema de Rafael. Otros, como Martín de Vos se elevan para hacer el gran cuadro religioso, figuras imitadas de la

antigüedad, corazas, telas y clámides, disposición que trata de ser regular, gestos que quieren ser nobles; pero estos artistas son en rigor, pintores de género, amantes de lo real y de los accesorios; á cada paso caen en sus tipos flamencos y en sus pormenores domésticos; parecen sus cuadros estampas grandes y coloreadas; serían mucho mejores, si fuesen más pequeños. Se ve en ellos al artista desviado, contrariado en su natural, su instinto aplicado al revés, un prosista nacido para narrar escenas de costumbres, y á quien pide el gusto público, epopeyas escritas en grandes versos alejandrinos. Una ola más, y estos restos del genio nacional perecerán completamente ahogados. Un pintor de familia noble, bien educado, instruído por un erudito, hombre de mundo y de corte, favorito de los grandes personajes italianos y españoles que dirigen los asuntos de los Países Bajos, Otto Verins, después de haber pasado siete años en Italia, introduce los puros y nobles tipos antiguos, el bello colorido veneciano los tonos diluídos y suavemente desvanecidos, las sombras penetradas de luz, la vaga púrpura de las carnes y de los follajes enrojecidos. Salvo el nombre, es italiano, nada tiene de su raza; apenas si de tarde en tarde, un fragmento

de vestido, una actitud franca de viejo encogido, le relaciona con su patria. Por lo demás nada le queda de ella al pintor. Dionisio Calvaert se establece en Boloña y forma escuela, rivaliza con los Caracchios, es el maestro de Guido; de modo que el arte flamenco parece conducido por sí propio como á suprimirse á sí mismo, en provecho de otro (1).

Y, sin embargo, subsiste por debajo del que le domina. El genio de un pueblo, aunque se pliegue bajo una influencia extranjera, acaba por enderezarse, porque si ésta es temporal, aquél es eterno; afecta á la carne y á la sangre, al aire y al sol, á la estructura y al grado de acción de los sentidos y del cerebro; existen en él fuegos vivos incesantemente renovados, presentes por todas partes que la admiración pasajera de una civilización superior, no puede destruir ni cohibir por completo. Se nota en la conservación de dos géneros que permanecen puros en medio de la alteración de los otros. Mabure, Mostaert, Van Orley, los dos Porbus, Guin Van Cleve, Antonis Moor, los dos

(1) Analogía entre este momento de la pintura flamenca y el estado de la literatura inglesa, después de la Restauración. En los dos casos un arte germánico quiso hacerse clásico; en los dos casos el contraste de la educación y de la naturaleza produce obras híbridas y múltiples abortos.

Mierevelt, Paul Moreelse, hacen admirables retratos; á menudo en los trípticos, las figuras de los donatarios, colocadas en fila, forman contraste por su franca verdad, su seriedad inmóvil, la cándida profundidad de su expresión con la frialdad y el orden artificial del cuadro principal; el espectador se siente reanimado; en lugar de maniqués, encuentra hombres. Por otra parte, se forma entonces la pintura de género, de paisaje y de interior. Después de Quintín Masys y de Lucas de Leyden, se la ve desarrollarse en Juan de Masys, Van Hemessen, los Breughel, Vinckebooms, los tres Valkenburg, Pedro Neefs, Pablo Bril, y, sobre todo, en multitud de grabadores y de ilustradores que reproducen en hojas volantes y en libros, las moralidades, las escenas de costumbres, las profesiones, las condiciones y los acontecimientos del día. Sin duda, durante largo tiempo permanece esta pintura fantástica y bufona, embrolla la naturaleza según el grado de la imaginación desarreglada, no conoce las verdaderas formas y el verdadero tinte de los árboles y de las montañas, hace aullar á los personajes y arroja entre los trajes del tiempo, monstruos grotescos semejantes á los que se pasean en las kermesses; pero todos estos intermediarios son naturales y la conducen insensiblemente

blemente á su estado final que es la inteligencia y el amor por la vida real tal y como los ojos la ven. Aquí, como en la pintura de retratos, la cadena es completa; el metal de todos sus anillos es nacional; por medio de los Breughel, Pablo Bril y Pedro Neefs, por Antonis Moor, los Porbus y los Mierevelt, reúne aquélla á los maestros flamencos y holandeses del xvii. La rigidez de las antiguas figuras se hace flexible, el paisaje místico se convierte en real, y el tránsito de la edad divina á la edad humana se cumple. Este desarrollo espontáneo y regular, muestra que los instintos nacionales persisten bajo el imperio de la moda extranjera; viene una sacudida que los levanta, toman ascendiente y el arte se transforma con el gusto público. Esta sacudida es el gran movimiento que comienza en 1572, la larga y terrible guerra de la Independencia, tan grandiosa en sus acontecimientos, tan fecunda en sus resultados como nuestra revolución francesa. Allí como en Francia, el mundo moral al renovarse ha renovado el mundo ideal; el arte flamenco y holandés del siglo xvii, como el arte y la literatura francesa del siglo xix, es el contragolpe de una vasta tragedia representada durante treinta años al precio de millares de vidas. Pero aquí los cadalsos y las batallas, cor-

tando en dos partes la nación, hicieron dos pueblos: católico uno y legitimista, la Bélgica; protestante el otro y republicano, la Holanda. Reunidos en uno sólo no hubieran poseído más que un espíritu; divididos y opuestos poseyeron dos. Amberes y Amsterdam tuvieron dos concepciones diferentes de la vida, por tanto, dos escuelas de pintura diferentes; la crisis política que desdobló el país, desdobló el arte.

III

Es preciso mirar de cerca la formación de Bélgica, para comprender el nacimiento de la escuela que lleva el nombre de Rubens (1). Antes de la guerra de la Independencia, las provincias del Mediodía parecían inclinarse hacia la reforma tanto como las provincias del Norte. En 1566, bandas de iconoclastas habían devastado las catedrales de Amberes, Gante, Tournay, y roto en todas partes, en las iglesias y en las abadías, las imágenes y los orna-

(1) Todo el mundo sabe que el nombre de Bélgica data de la Revolución francesa. Yo lo empleo aquí por más cómodo. La designación histórica es la de Países Bajos españoles para Bélgica, y Provincias unidas para Holanda.

mentos que creían idolátricos. En las cercanías de Gante, tropas de calvinistas, en número de diez mil, veinte mil, acudían á escuchar las predicaciones de Hermán Stricker. En torno de las hogueras, cantaban salmos, apedreaban algunas veces á los verdugos y libertaban á los condenados. Fué preciso decretar la pena de muerte á fin de reprimir las sátiras de las cámaras de retórica, y cuando el duque de Alba comenzó sus matanzas, todo el país tomó las armas. Pero no fué igual la resistencia en el Mediodía que en el Norte; en el Mediodía la sangre germánica, la raza independiente y protestante no estaba pura; una población mixta que habla francés, la de los walones, componía la mitad del número de sus habitantes. Por otra parte, el suelo era más rico y la vida más fácil; la energía, por consiguiente, era menor y más grande la sensualidad; estaba el hombre menos inclinado á sufrir y más dispuesto á gozar. En fin, casi todos los walones y las más grandes familias, relacionadas por su vida de corte, con las ideas cortesanas, eran católicas. Por esta razón, las provincias del Mediodía no combatieron con la obstinación indomable de las provincias del Norte. Nada hay aquí de semejante con los sitios de Maestricht de Alkmaar, de Harlem, de Leyden, en que las mujeres

se hacían matar en la brecha. Después de la toma de Amberes por el duque de Parma, entraron las diez provincias en la obediencia y comenzaron una vida nueva. Los más orgullosos ciudadanos y los más fervientes calvinistas, habían muerto en las batallas, en los cadalsos ó se habían refugiado en el Norte en las siete provincias libres. Las cámaras de retórica habían sido proscriptas en masa. Al terminar la administración del duque de Alba, se calcula en sesenta mil las familias emigradas; después de la toma de Gante, partieron once mil habitantes; cuando la capitulación de Amberes se fueron á Londres cuatro mil tejedores.

Amberes perdió la mitad de sus habitantes; Gante y Brujas dos terceras partes; calles enteras quedaron vacías; en la principal, en Gante—dice un viajero inglés—los caballos pacían tranquilamente. Una gran operación quirúrgica había quitado á la nación cuanto los españoles llamaban su mala sangre; por lo menos, la que quedó era la más tranquila. Existe un gran fondo de debilidad en las razas germánicas; pensad en los regimientos alemanes exportados á América en el siglo xviii y vendidos para morir por sus príncipes absolutos; una vez aceptado el soberano, se le es fiel; existiendo derechos escritos, se le juzga legítimo; existe en

ellos inclinación á respetar el orden establecido. Por otra parte, la presión íntima de una necesidad irremediable hacía su efecto; el hombre se acomoda á las cosas cuando reconoce que no le es dado cambiarlas; las porciones de su carácter que no pueden desarrollarse se atrofian, mientras que las otras se desarrollan á costa de las primeras. Hay momentos en la historia de las naciones en que éstas se parecen á Cristo transportado por Satanás á la cumbre de la montaña; se trata entonces de elegir entre la vida heroica y la vida cómoda. Aquí el tentador era Felipe II con sus ejércitos y sus verdugos; sometidos á la misma prueba, el pueblo del Norte y el del Mediodía decidieron diferentemente, según las diferencias de su composición y su carácter. Hecha la elección, las diferencias fueron aumentando, exageradas por el efecto de la situación que habían producido. Los dos pueblos eran dos variedades casi idénticas de una misma especie, pero llegaron á constituir dos especies distintas. Hay diferencia en los tipos morales como en los tipos orgánicos. En su origen salen del tronco común; mas, primero se desunen, después se apartan y hacen diferentes.

Más adelante, las provincias del Mediodía constituyen la Bélgica.

Lo que se ve dominar en ella es la necesidad de paz y de bienestar; la disposición á tomar la vida por el lado agradable y jovial, en una palabra, el espíritu de Teniers. En un rastrojo desolado, en un albergue desnudo, en un banco de madera, se puede reír, cantar, fumar una buena pipa ó beber un buen vaso. No es desagradable asistir á misa, que es una bella ceremonia, ni contar los pecados á un jesuíta tolerante. Después de la toma de Amberes, Felipe II sabe con satisfacción que las comuniones han aumentado.

Por veintenas se fundan conventos. «Cosa es digna de notarse—dice un contemporáneo — que después del feliz arribo de los archiduques se hayan hecho aquí más nuevas fundaciones que en los doscientos años anteriores.» Recoletos, Carmelitas reformados, Mínimos de San Francisco de Paula, Jesuítas sobre todo; éstos, en efecto, tienen un cristianismo nuevo, el más adecuado al estado del país y que parece apropiado exprofeso para formar contraste con los protestantes. Sed dóciles de espíritu y de corazón, sobre todo indulgencia y tolerancia. Es preciso ver los retratos del tiempo, entre otros, el del alegre confesor de Rubens. La casuística aparece y sirve para las cosas difíciles; bajo su imperio, todos los pecadillos corrien-

tes son cosa fácil. El culto pierde su gravedad y acaba por ser divertido. En esta época la decoración interior de las viejas y graves catedrales se hace mundana y sensual; múltiples y complicados ornamentos, llamas, lirios, hojas, revestimientos de mármoles veteados, altares que parecen fachadas de ópera, púlpitos barrocos y diversos, adornados con profusión de animales esculpidos. En cuanto á las nuevas iglesias, el exterior corresponde al interior; en este sentido, la de los jesuitas, construida en Amberes en los comienzos del siglo xvii es instructiva: es un salón lleno de pisos. Rubens decoró los treinta y seis camarines; es curioso ver cómo una religión ascética y mística acepta igual que si fuesen asuntos edificantes las más florecientes y exuberantes desnudeces, las robustas Magdalenas, los carnosos San Sebastianes, las Madonas que el mago negro devora con la codicia de sus ojos, una profusión de carnes y de vestidos que el carnaval florentino no igualaba ni en provocaciones lujuriosas ni en triunfante sensualidad.

El estado político transformado contribuyó también á la transformación de los espíritus. El antiguo despotismo se debilita: á los rigores del duque de Alba, suceden los miramientos del duque de Parma. Des-

pués de una amputación, cuando se ha sacado al enfermo gran cantidad de sangre, es preciso tratarle con calmantes y tónicos; por esta razón, después de la pacificación, los españoles dejan dormir los edictos terribles que habían promulgado contra la herejía. No más suplicios: el último martirio es el de una pobre sirvienta enterrada viva en 1591. En el siglo siguiente Jordaens pudo hacerse protestante con su mujer y la familia de su mujer, sin ser inquietado y sin perder siquiera sus títulos. Los archiducos dejaban á las corporaciones que se administrasen según el uso antiguo, y que arreglasen sus asuntos. Cuando querían obtener una exención de guardia ó de alcabala á favor de Breughel de Rebours, dirigían sus instancias al común. El gobierno era ya regular, semiliberal, casi nacional; no hay ya exterminios, ni *razzias*, ni brutalidades á la española. Al fin, para conservar el país Felipe II se ve forzado á dejarle flamenco, haciendo de él un Estado aparte. En 1599 lo separa de España, y lo cede en absoluta propiedad á los archiducos Alberto é Isabel. «No han hecho nunca los españoles cosa mejor, escribía el embajador de Francia; era imposible que se mantuviesen en el país sin darle esta nueva forma, sin la cual todo se hubiera revuelto.» Los Estados

generales se reúnen en 1600 y deciden varias reformas. Por Guicciardini y otros viajeros se ve que la vieja Constitución sale casi intacta de los escombros en que las violencias militares la habían enterrado. «En Brujas, escribe en 1653 M. de Monsourys, cada gremio hace una casa, donde los de una misma profesión se reúnen para los asuntos de su comunidad, ó para divertirse; todos los oficios se distribuyen en cuatro partes, que están bajo la dirección de los burgomaestres, los cuales tienen las llaves de la ciudad; la jurisdicción del gobernador no alcanza más que á los hombres de guerra. Los archidukes tienen cordura y piensan en el bien público.»

En 1609, hacen las paces con Holanda; en 1611, con el edicto perpetuo, consiguen la separación del país. Son ó se hacen populares. Isabel abate con su propia mano, en la plaza de Sablón el pájaro del gran juramento de los ballesteros. Alberto asiste en Lovaina á las clases de Justo Lipsio. Aman, acogen y se rodean de los artistas célebres, Otto Venius, Rubens, Teniers, Breughel de Velours. Vuelven á florecer las cámaras de retórica y son protegidas las universidades. En el círculo católico y bajo la mano de los jesuitas, brota una especie de renacimiento del espíritu, teólogos, controversistas, casuistas,

eruditos, geógrafos, médicos, hasta historiadores: Mercator, Ortelius, Van Helmont, Jansenius, Justo Lipsio son flamencos de esta época. *La Descripción de Flandes* por Sander, obra enorme acabada al precio de tantas penas, es un monumento de celo nacional y de orgullo patriótico. En suma si queremos representarnos al estado del país, no tenemos más que considerar actualmente el estado de una de sus ciudades tranquilas y privada de sus privilegios, Brujas por ejemplo. Sir Dudley Carleton, pasando por Amberes en 1616, la encontró muy bella aunque casi vacía. Jamás vió «cuarenta personas, en toda una calle», ni un coche, ni un hombre á caballo, ni un comprador en una tienda. Pero las casas estan bien arregladas, todo es decente y cuidado. El campesino ha vuelto á construir su hogar incendiado, el buen orden ha entrado en su vivienda; la seguridad existe y va á comenzar la abundancia; hay ejercicios de tiro, procesiones, kermesses y soberbias entradas de príncipes. Se disfruta del antiguo bienestar, y no se aspira á más; se deja á la religión en las manos de la Iglesia y el gobierno en las manos del príncipe; aquí, como en Venecia, el curso de los acontecimientos ha reducido al hombre á la busca del placer, y con tanta más fuerza se lanza hacia él,

cuanto más fuerte es el contraste con las miserias anteriores.

En efecto; ¡qué contraste! Para apreciarlo es menester haber leído los pormenores de la guerra. Cincuenta mil mártires perecieron en tiempo de Carlos V; diez y ocho mil personas habían sido condenadas al suplicio por el duque de Alba, el país sublevado había soportado trece años de guerra. Los españoles sólo por el hambre logran reconquistar las grandes ciudades, después de largos sitios. Amberes fué saqueada durante tres días; siete mil burgueses murieron y ardieron quinientas casas. Vivía el soldado sobre el país y se le ve en los grabados del tiempo, rebuscando en las casas, torturando al marido, ultrajando á la mujer y llevándose en carretas los cofres y los muebles. Cuando faltaba la paga se acantonaban en una ciudad y la convertían en república de brigantes, bajo un jefe por ellos elegido merodeaban por los alrededores. Karl Van Mander, el historiador de los pintores, al volver un día de su pueblo, encuentra su casa saqueada; los soldados se habían apoderado hasta de las mantas y sábanas del anciano padre de Van Mander. Desnudaron á Karl y ya le habían echado un lazo al cuello para colgarle, cuando fué salvado por un caballero á quien había conocido en Italia. Otra vez

yendo de camino con su mujer y su hijo de corta edad, le robaron el dinero, los bagajes, los vestidos de él y de su mujer y hasta los pañales del niño. A la mujer no la dejaron más que una sayuela, un paño para el niño y para Karl un trozo de tela vieja, en la cual hubo de envolverse; en esta forma llegó á Brujas.

Con este régimen se aniquila un país; los mismos soldados perecían de hambre y el duque de Parma escribía á Felipe II, diciéndole «que si no envía algo, el ejército está perdido», porque no se puede vivir sin comer. Al salir de tales calamidades, la paz parece un paraíso; no es el bien lo que regocija al hombre, es lo mejor, y aquí lo mejor es enorme. Se puede, en fin, dormir en el lecho, reunir provisiones, gozar del trabajo, viajar, reunirse, conversar sin temor, tener una casa, una patria; el porvenir se abre. Todas las acciones de la vida toman un atractivo y un interés; se revive, mejor dicho, parece que se vive por la primera vez. En semejantes circunstancias es cuando se producen siempre las literaturas espontáneas ó las artes originales. La grande sacudida que se acaba de sufrir, hace caer el barniz uniforme que la tradición y la costumbre extendían sobre las cosas. Se descubre el hombre, se recogen los datos esenciales de su naturaleza renovada y

transformada: se ve su fondo, sus instintos íntimos, los poderes directores que denotan su raza y van á dirigir su historia; pero entonces la frescura de las cosas es completa. El espíritu está delante de ellas como Adán en su primer despertar; más tarde la concepción irá refinándose y debilitándose: en este momento es amplia y simple. El hombre es capaz de ella, porque ha nacido en una sociedad vacilante y ha sido educado en la escuela de las verdaderas tragedias. Como Víctor Hugo y Jorge Sand, Rubens en su infancia, en el destierro, al lado de su padre apriisionado, ha percibido en él y en derredor de él, los estruendos de una tempestad y de un naufragio. Después de la generación activa que ha sufrido y ha creado viene la generación poética que escribe, pinta ó esculpe. Expresa y amplifica las energías y los deseos del mundo fundado por sus padres. El arte va á glorificar en tipos heroicos los instintos sensuales, la gruesa y grande alegría, la energía ruda de las almas cercanas, y encontrar el Olimpo de Rubens en el albergue de Teniers.

Entre estos pintores hay uno que parece eclipsar á todos los otros; en efecto, en la historia del arte, ningún nombre es más grande y no hay más que tres ó cuatro tan gran-

des como él. Pero Rubens, no es en modo alguno un genio aislado; y el número como la semejanza de los talentos que le rodean, muestran que el florecimiento de que es él el más bello producto es fruto de su nación y de su tiempo. Antes de él, Adán Van Noort, su maestro (1) y el maestro de Jordaens; en torno suyo, sus contemporáneos, educados en otros talleres, y cuya invención es tan espontánea como la suya, Jordaens, Crayer, Gerad Zegers, Rombouts, Abraham Janssens, Von Roose. Después de él, sus discípulos Von Thulden, Diepenbecke, Van den Hoecke, Corneille Schut, Boyermans, Van Dyck, el más grande de todos, Juan Van Oost de Brujas; á su lado grandes pintores de animales, de flores y de accesorios, Synders, Juan Fit, el jesuíta Seghers y toda una escuela de grabadores célebres, Soutman, Vorterman, Bolwert, Pontius, Vischer: la misma savia hace vegetar todas las ramas, las pequeñas y las grandes; añadid á esto las simpatías que los rodean y la admiración nacional. Claro es que un arte tal es el efecto no de un accidente individual, sino de un general desarrollo; y la certidumbre llega á ser com-

(1) Ved el admirable pecado milagroso de Van Noort, en Santiago de Amberes (si es que efectivamente pertenece á Van Noort).

pleta, cuando, considerando la obra en sí misma, se notan las concordancias que la relacionan con su medio.

De una parte toma ó sigue las tradiciones de Italia, y resulta á un mismo tiempo católica y pagana: es dirigida por las iglesias y los conventos, representa escenas de la Biblia y del Evangelio; el asunto es edificante y el grabador pone voluntariamente al pie sentencias piadosas ó consideraciones morales. Sin embargo, en rigor no tiene de cristiano más que el título; todo sentimiento místico ó ascético es excluido: sus Madonas, sus mártires, sus confesores, sus Cristos, sus apóstoles, sus soberbios cuerpos florecientes limitados á la vida presente; su paraíso es un Olimpo de dioses flamantes, bien nutridos, que tienen placer en remover sus miembros. Todo es aquí grande, vigoroso, carnoso, contento; todo se expone magnífica y gallardamente, como en una fiesta nacional ó en una entrada de príncipes. Sin duda la Iglesia bautiza de un modo conveniente esta última flor de la vieja mitología, pero esto no es más que un bautismo, y á veces este mismo falta. Los Apolos, los Júpiter, los Castor y Pollux, las Venus, todos los antiguos dioses reviven bajo su nombre verdadero en los palacios de los reyes y de los grandes, de los cuales palacios vienen á ser decora-

ción. Es que aquí, como en Italia, la religión consiste en ritos; Rubens va todas las mañanas á misa y da un cuadro para obtener indulgencias; después de esto, entra en su poético sentimiento de la vida natural y pinta con el mismo estilo una Magdalena exuberante y una sirena. Bajo el aparente barniz católico, las costumbres, la práctica, el corazón, el espíritu, todo es pagano. Por otra parte, este arte es verdaderamente flamenco; todo él arranca de una idea madre que es al mismo tiempo nacional y nueva; es armonioso, espontáneo, original, en esto se distingue del precedente, que no era más que una mezcla discordante. De Grecia á Florencia, de Florencia á Venecia, de Venecia á Amberes se pueden seguir todos los grados de la transición.

La concepción del hombre y de la vida va perdiendo en nobleza y ganando en amplitud. Rubens es á Ticiano lo que Ticiano es á Rafael y lo que Rafael es á Phidias. Jamás la simpatía del artista se ha apoderado de la naturaleza con un tan franco y tan universal abrazo. Los antiguos límites, ya muchas veces rechazados, parecen arrancados para dejar paso á la carrera infinita. Ningún respeto á las conveniencias históricas; junta figuras alegóricas y figuras reales, cardenales y un

Mercurio desnudo. Ningún cuidado hacia las conveniencias morales. Conduce en el cielo ideal de la mitología y del Evangelio, figuras brutales ó malignas, una Magdalena que es una nodriza, una Ceres que desliza al oído de su vecina una chanza. Ningún temor á herir la sensibilidad física; va hasta el extremo de lo horrible, al través de la carne martirizada y á todos los sobresaltos de la agonía aulladora. Ningún temor á herir la delicadeza moral; hará de su Minerva una megera que sabe pelear, de su Judith una carnicera acostumbrada á degollar, de su Paris un burlador experto y un amador almibarado. Para traducir en palabras la idea que manifiestan á voces sus Juanes, sus Magdalenas, sus San Sebastianes, sus Gracias, sus Sirenas, todas sus Kermes, divinas ó humanas, ideales ó reales, cristianas ó paganas, serían precisas las palabras de Rubens. Para él todos los instintos de la naturaleza humana entran en la escena; se les había excluido de ella como groseros, él los presenta como verdaderos; en sus obras, como en las de la naturaleza, se encuentran las unas con las otras. Nada falta en él, sino las muy puras ó muy nobles; tiene bajo su mano toda la naturaleza humana, salvo las más altas cimas. Por esto su invención es la más vasta que se ha

visto y comprende todos los tipos: cardenales italianos, emperadores romanos, señores contemporáneos, burgueses, campesinos, vaqueras, con las diversidades innumerables que el juego de las fuerzas naturales imprime á las criaturas y más de dos mil quinientos cuadros no bastan á agotarlo.

Por lo mismo, en la representación del cuerpo, comprendió más profundamente que nadie el carácter esencial de la vida orgánica; en esto sobrepuja á los venecianos como éstos á los florentinos; mejor que ellos siente que la carne es una sustancia corriente en días de renovación continua; y tal es, en efecto, el cuerpo flamenco, linfático, sanguíneo, voraz, más fluido, más propenso á hacerse y deshacerse que aquéllos, cuya fibra seca y la sobriedad fundamental mantienen fijos los tejidos. Por esto nadie ha pintado los contrastes con más fuerte relieve ni manifestado tan visiblemente la destrucción y el florecimiento de la vida, tan pronto la muerte abotagada, flácida, verdadero fardo de anfiteatro, vacía de sangre y de sustancia, pálida, azulada, maltratada á causa del suplicio, con espumarajos de sangre en la boca, los ojos vidriosos, los pies y las manos terrosos, hinchados, deformados, porque la muerte los ha invadido antes que á lo demás;

tan pronto el frescor de las carnaciones vivas, el joven y bello atleta desarrollado y riante, la blanda suavidad del torso de un cuerpo bien nutrido; las tersas y purpúreas mejillas, el candor plácido de una muchachuela, cuyo pensamiento jamás ha acelerado la sangre ó humedecido los ojos, las nidadas de angelotes regordetes y de traviesos amorcillos; la delicadeza, los pliegues, el color rosado delicioso de la piel infantil que parece un pétalo de flor húmedo de rocío impregnado por la luz de la mañana.

Del mismo modo, en la representación de la acción y del alma ha sentido más vivamente que nadie el carácter esencial de la vida animal y moral; me refiero al movimiento instantáneo que las artes plásticas tienen el deber de recoger al vuelo. En esto hasta sobrepaja á los venecianos, como éstos á los florentinos. Nadie ha dado á sus figuras tal impulso, gesto tan impetuoso, una carrera tan abandonada y tan furiosa, una agitación y una tempestad tan universales de todos los músculos hinchados y torcidos por un solo esfuerzo. Sus personajes hablan; su mismo reposo está suspendido al borde de la acción; se comprende que acaban de hacer y que van á hacer. El presente en ellos está impregnado del pasado y el pasado de porvenir; no solamen-

te todo su aspecto, sino toda su actitud, conspira á manifestar la ola corriente de su pensamiento, de su pasión, de todo su ser; se espera el grito interior de su convicción; se podrían decir las palabras que pronuncian; las más fugitivas y las más finas relaciones del sentimiento se encuentran en las obras de Rubens; en este sentido son un tesoro para el novelista y el psicólogo; ha notado las delicadezas fugitivas de la expresión moral tan bien como la blandura robusta de la pulpa sanguínea; nadie ha ido más allá en el conocimiento de la organización viva y del animal humano. Provisto de este sentimiento y de esta ciencia, ha podido, en conformidad con las esperanzas y con las necesidades de su nación renovada, amplificar los poderes que encontraba en torno suyo y en él mismo, todos aquellos que funden, entretienen ó manifiestan la vida desbordante ó triunfante; de una parte, los esqueletos gigantescos, las tallas y formas hercúleas, los músculos rojos y colosales, las cabezas hirsutas y truculentas, rebotando de jugo y de savia, la lujuriosa riqueza de la carne rosada y blanca; de otra parte, los instintos brutales que llevan á la criatura humana á las comilonas, á la borrachera, á la batalla, á la alegría, al furor salvaje del combatiente; la

enormidad del Sileno panzudo, la sensualidad del fauno, el abandono de la criatura hermosa sin conciencia y satisfecha de su pecado, la rudeza, la energía, la alegría franca, la candidez nativa, la serenidad fundamental del tipo del país.

Aumenta sus efectos por la ordenación que sabe darles y por los accesorios de que los rodea; la magnificencia de las lustradas sedas, las túnicas bordadas y los brocados de oro, juntamente con los cuerpos desnudos, los trajes modernos y los ropajes antiguos, invención inexhausta de armaduras, de estandartes, de columnatas, de escaleras venecianas, de templos, de doseles, de navíos, de animales, de paisajes siempre nuevos y siempre grandiosos, como si por encima de la naturaleza tuviese él la llave de una naturaleza cien mil veces más rica y pudiese engrandecerla hasta lo infinito con sus manos de mago, sin que jamás este libre juego de su fantasía incurriese en lo disparatado, sino al contrario, con un tino tan certero y una prodigalidad tan natural, que sus obras, aun las más complicadas parecen un derramamiento irresistible de un cerebro demasiado lleno. Como un dios indio, aumenta su fecundidad á medida que crea nuevos mundos, y desde las incomparables púrpuras arrugadas y replegadas de sus túnicas

hasta las nevadas blancuras de sus carnes ó los pálidos reflejos de sus rubias cabelleras, no hay un solo tono en sus lienzos que no esté perfectamente graduado y que no cause placer.

No hay más que un Rubens en Flandes, como no hay más que un Shakespeare en Inglaterra. Por grandes que sean los otros, les falta una porción de su genio; Croyer no tiene ni sus audacias ni sus excesos, pinta con aciertos deliciosos de colorido fresco y blando, la belleza tranquila, afectuosa y feliz (1); Jordaens no tuvo su grandeza real ni su fondo de poesía heroica, pinta con un colorido vinoso colosales gordinflones, multitudes compactas y plebeyos aporreados; Van Dyck no tiene, como él, el amor de la fuerza y de la vida, tomado en ellas mismas; más delicado, más caballeresco, nacido con un fondo de sensibilidad y de melancolía, elegiaco en sus cuadros de iglesia, aristocrático en sus retratos, pinta con un colorido menos brillante y más conmovedor, figuras nobles, tiernas, encantadoras, cuya alma generosa y pura tiene dulzuras y tristezas que su maestro no conocía (2). Su obra es el primer signo del

(1) Véanse: en Gante, su *Santa Rosalia*; en Brujas, su *Adoración de los pastores*; en Rennes, su *Lázaro*.

(2) Véanse principalmente sus cuadros de iglesia en Malinas y Amberes.

cambio que va á verificarse; desde 1660, es ya notable. La generación cuyas energías y esperanzas habían inspirado el gran sueño pictórico, íbase extinguiendo de hombre en hombre. La nación, que pudo enderezarse durante algún tiempo, volvía á caer. Los archiduques soberanos, mediante los cuales habían llegado á ser un Estado independiente, acabaron en 1633, y el país formó parte de las provincias españolas bajo un gobernador enviado de Madrid. El tratado de 1648 le cerró el Escalda, y acabó de arruinar su comercio. Luis XIV le desmembró y por tres veces le arrancó un pedazo. Durante treinta años la envuelven cuatro guerras sucesivas; amigos, enemigos, españoles, franceses, ingleses, holandeses, viven sobre ella; los tratados de 1715 hacen de los holandeses sus poseedores y los que la guarnecen. En este momento, convertida en austriaca, niega el subsidio; pero los decanos de los Estados son sometidos á prisión, y el principal de ellos, Anneessens, perece en el cadalso: es el último y débil eco de la gran voz de Astebaldo.

En adelante, el país es una simple provincia en que las gentes viven con miseria sin pensar más que en vivir. Al mismo tiempo, y por instantes, la imaginación nacional baja. La escuela de Rubens degene-

ra; con Boyermans, Van Herp, Juan Erasmo Quellín, el segundo Van Oost, Deyster, Juan Van Osley, se ve desaparecer la originalidad y la energía, se debilita el colorido y se hace nimio, los tipos adelgazados tienden á la elegancia, las expresiones son sentimentales ó dulzonas; en los grandes lienzos, los personajes, en vez de cubrirlo todo, están como diseminados; los huecos se llenan con la arquitectura; la vena está gastada, se pinta por rutina y se imita á los *maneristas* de Italia. Algunos pasan al extranjero; Felipe de Champagne es director de la Academia de Bellas Artes en París, se hace francés de espíritu y de patria, y más adelante jansenista, espiritualista, pintor concienzudo y grave de almas reflexivas. Gerardo de Lairesse se hace discípulo de los italianos, clásico académico, pintor erudito de trajes y de semblanzas históricas ó mitológicas. La razón empuña el cetro de las artes; antes había tomado el de las costumbres. Dos cuadros del Museo de Gante, manifiestan á la vez esta alteración de la pintura y esta alteración del medio. Representan ambos entradas de príncipes, la una en 1666, la otra en 1717. La primera ofrece un bello tono rojizo, muestra los últimos hombres de la grande época, su prestancia caballeresca, su fuerte

estructura, su aptitud para la acción corporal, sus ricos trajes decorativos, sus caballos de grandes crines, nobles aquí, parientes de los señores de Van Dyck, allí, piqueros con colete y coraza, parientes de los soldados de Walenstein, en una palabra, los últimos restos de la edad heroica y pintoresca. El segundo, de un tono frío y pálido, muestra gentes afeminadas, suavizadas, afrancesadas, con pelucas, gentileshombres que saben saludar, mujeres de mundo que piensan en su continencia, en una palabra, la importación de las costumbres de salón y de los buenos modales extranjeros. En los cincuenta años que separan al segundo del primero, el espíritu y el arte nacional han desaparecido.

III

Mientras que las provincias del Sur, sometidas y católicas, seguían en el arte la dirección italiana y representaban en el lienzo la epopeya mitológica del gran cuerpo heroico y desnudo, las provincias del Norte, haciéndose libres y protestantes, desarrollaban en otro sentido su vida y su arte. El clima es allí (provincias del Norte) muy lluvioso y muy frío, y, por consi-

guiente, la presencia del desnudo es más rara y menos simpática. La raza germánica se conserva fina, y, por consiguiente, el espíritu se muestra menos inclinado á gustar el arte clásico, tal como el Renacimiento italiano lo concibió. La vida es allí también más difícil, más trabajosa, más frugal, y, por consiguiente, el hombre se habituó al esfuerzo, al cálculo, al gobierno metódico de sí mismo, de suerte que le cuesta trabajo comprender el hermoso sueño de la vida sensual donde libremente aquél se desarrolla. Figurémonos al burgués holandés, que regresa á su hogar después de haber estado trabajando todo el día en el escritorio ó en el mostrador. Su casa no tiene más que cuartos pequeños, semejantes casi á los camarotes de un barco: trabajo costaría colocar en ellas los grandes cuadros que adornan las salas de los palacios italianos; de lo que tiene necesidad el dueño es de aseo y de *comfort*: los tienen y le basta, de la decoración no se cuida.

Al decir de los embajadores venecianos (1), «son los flamencos gente tan moderada que no se ve en sus casas, ni aun en los de los más ricos, ni lujo ni pompa extraordinaria...» Apenas si necesitan de criados; no usan trajes de seda;

(1) Motley: *United Netherland*, iv, 551. Relación de Contarini, 1609.

poca plata, pocas tapicerías; el ajuar es sencillo y limitado. Guardan todos dentro de casa y fuera de ella, tanto en el vestir como en lo demás, la verdadera moderación de una modesta fortuna, sin que en ellos se vea nada de superfluo. Cuando el conde de Leicester fué á gobernarlos en nombre de Isabel, cuando Espinosa fué á tratar de la paz en nombre del rey de España, su magnificencia monárquica formó gran contraste con las costumbres del país y casi produjo escándalo. El jefe de la república, el héroe del siglo, Guillermo de Orange *el Taciturno*, llevaba un vestido tan viejo que hasta hubiese parecido raído en un estudiante: el jubón desabrochado y un chaleco de lana como el que usan los bateleros. En el siglo siguiente, el adversario de Luis XIV, el gran pensionario Juan de Witt, no tenía más que un criado, todo el mundo podía acercarse á él; imitaba á su glorioso predecesor que vivía del mismo modo y como compañero con los cervecedores y burgueses. Todavía, actualmente, se encuentra en las costumbres rastros bien marcados de la sobriedad antigua. Claro es que en semejantes caracteres apenas hay lugar para los instintos decorativos ó voluptuosos que establecieron en Europa el aparato señorial y hacen comprender la poesía pagana de los cuerpos bellos.

En efecto, los instintos contrarios á éstos son los que tenían verdadero ascendiente. Aligerada del contrapeso que le hacían las provincias del Mediodía, la Holanda, á fines del siglo xvi, se inclina de golpe y con una fuerza extraordinaria del lado á que su natural la impulsaba. Se ven aparecer entonces, con magnífico brillo, las facultades é inclinaciones primitivas; no nacen, se muestran. Ciento cincuenta años antes, los buenos observadores los habían señalado. El Papa Æneas Silvio (1), decía: «La Frisia es libre, vive con arreglo á sus costumbres, no soporta la obediencia á los extranjeros, no trata de dominar á los demás. El frisón no tiene dificultad en ofrecerse á la muerte con tal de obtener la libertad. Esta nación fiera y ejercitada en las armas, grande y robusta de cuerpo, de alma tranquila é intrépida, se gloria de ser libre, aunque Felipe, duque de Borgoña, se jacta de ser señor del país. Odian el orgullo feudal y militar, no toleran al hombre que intenta levantar su cabeza sobre los demás. Sus magistrados son anuales, elegidos por ellos, obligados á administrar con equidad la cosa pública. Castigan severamente la impudicia en sus mujeres. Repug-

(1) *Cosmografía*, pág. 421.

nan aceptar á los clérigos solteros, por temor de que no corrompan á alguna mujer casada, porque creen que la continencia es muy difícil y contra la naturaleza. Todas las concepciones germánicas del Estado, del matrimonio, de la religión, están allí en germen y anuncian el florecimiento final, que es el protestantismo y la república. Puestos á prueba por Felipe II, hicieron el sacrificio de sus vidas y haciendas. Un pueblecillo de mercaderes, perdido en un montón de lodo en el extremo de un imperio más vasto y más sujeto que el de Napoleón, resiste, subsiste, se yergue bajo el pie del coloso que intentaba aplastarle.

Sus sitios todos son admirables; los mercaderes, las mujeres, ayudadas por algunos centenares de soldados, detienen ante sus murallas arruinadas, un ejército completo, las mejores tropas de Europa, á los más ilustres generales, á los más sabios ingenieros; y aquel puñado de extenuados, después de haber comido durante cuatro ó seis meses, ratas, correas de cuero cocido, decide, antes que rendirse, salir en masa, con los enfermos en medio, para hacerse matar frente á los baluartes enemigos. Es preciso haber leído con detenimiento esta guerra para saber hasta qué punto pueden llegar la paciencia, la sangre fría y

la energía del hombre (1). En el mar, un barco holandés prefiere ser volado antes que arriar el pabellón, y sus viajes de descubrimiento, de fundación y de conquista en Nueva Zembla, en la India, en el Brasil y en el estrecho de Magallanes, son tan hermosos como sus combates. Cuanto más se pide á la naturaleza humana más concede, sus facultades se exaltan en la obra y no se pueden calcular los límites de lo que logra hacer y de lo que llega á sufrir. En fin, en 1609, después de veintisiete años de guerra, España reconocía su independencia, y durante todo el siglo xvii representa en Europa uno de los principales papeles. Nadie logra someterlas, ni España durante una segunda guerra de veintisiete años, ni Cromwell, ni Carlos II, ni Inglaterra unida con Francia, ni el nuevo y formidable poder de Luis XIV; después de tres guerras verán á los embajadores de estas naciones acudir humilde é inútilmente á implorar á Gertrumduberg, y su gran pensionario Henisnis es uno de los tres potentados que por aquel tiempo gobiernan los destinos de Europa.

En el interior su gobierno es tan bueno como alto su rango exterior. Por primera vez en el mundo es li-

(1) Entre otros sucesos, la toma de Bois-le-Duc por Herangiere y sesenta y nueve voluntarios.

bre la conciencia y respetado el ciudadano en todos sus derechos. Su Estado es una sociedad de provincias voluntariamente unidas, que cada una mantiene por sí, con una perfección hasta entonces desconocida, la seguridad pública y la independencia de los individuos. «Todos aman la libertad—dice Parival en 1660.—No les está permitido ni reñir, ni golpear á nadie, y los sirvientes tienen tantos privilegios, que ni los mismos amos se atreven á pegarles.» Lleno de admiración, insiste muchas veces acerca de este maravilloso respeto hacia la persona humana. «No existe actualmente una provincia en todo el mundo que goce de tanta libertad como Holanda, con tan justa armonía, que los pequeños no pueden ser aporreados por los grandes, ni los pobres por los ricos y opulentos. Tan pronto como un señor conduce al país algunos siervos ó esclavos, quedan libres, y pierde aquél el dinero que ha gastado para comprarlos. Los habitantes de las villas, pagando lo que deben, son tan libres como los ciudadanos... Sobre todo, cada uno es rey en su casa, y es un crimen verdadero violentar á un duque en su domicilio.» Cada cual puede salir del país cuando le acomoda y con el dinero que quiere. Día y noche están seguros los caminos aun para el hombre que viaja solo. Se

prohíbe al amo retener á un criado contra su gusto.

Nadie es molestado por sus ideas religiosas. Libertad de hablar de todo, aun de los magistrados, y aun de hablar mal. Igualdad fundamental: los que desempeñan cargos deben hacerse amar más bien por su trato franco, que engreirse sobre los otros por su humor altanero. En tal nación, la prosperidad no podía faltar; cuando el hombre es á la vez enérgico y justo, todo lo demás le es dado por añadidura. Amsterdam no tenía más que 70.000 habitantes al comenzar la guerra de la Independencia; en 1618 cuenta con 300.000. Los embajadores venecianos escribían que á todas las horas del día el hormigueo de los habitantes parecía el de una feria; su extensión se triplica; cada pie cuadrado se paga á un ducado de oro. El campo vale tanto como la ciudad. En ninguna parte el campesino es tan rico ni tan hábil para sacar partido del suelo; una aldea posee 4.000 vacas; un buey pesa 2.000 libras; un arrendador ofrece su hija al príncipe Mauricio, con 100.000 florines de dote. En ninguna parte son tan perfectas la industria y las artes; telas, espejos, fábricas de refinado de azúcar, porcelanas, cacharros, ricas telas de satén, de seda y de brocado; manufacturas de hierro, de objetos

para embarcaciones. Suministra á Europa la mitad de su lujo y casi todos sus transportes. Mil navíos van á buscar las materias brutas en el Báltico; ochocientos se dedican á la pesca del arenque; grandes compañías tienen el monopolio del comercio con la India, la China y el Japón; Batavia es el centro de un imperio holandés. En este momento (1), Holanda es en los mares y el mundo lo que Inglaterra fué en tiempo de Napoleón. Tenía 100.000 marineros; podía armar en tiempo de guerra 2.000 navíos; cincuenta años más tarde, podía tener á raya las flotas unidas de Italia y de Inglaterra: de año en año se ve aumentar la gran corriente de sus prosperidades y sus éxitos.

Mas el manantial es aún más bello que la corriente, puesto que trae origen ésta del valor, de la razón, de la abnegación, de la voluntad y del genio. «Estos pueblos—dicen los embajadores venecianos—tan inclinados son á la industria y al trabajo, que no hay cosa tan difícil que ellos no consigan. Han nacido para trabajar y privarse, y todos trabajan, quiénes de una manera y quiénes de otra.» Producir mucho, consumir poco; de esta suerte se acrecienta la fortuna pública. Hasta los más pobres tienen

en «sus pequeñas y humildes habitaciones» todas las cosas necesarias. Los más ricos evitan en sus grandes casas lo superfluo y lo ostentoso; nadie falta, nadie abusa, todo el mundo produce obra de sus manos ó de su espíritu. «Todo se aprovecha, dice Parival. Ni los que sacan las inmundicias del fondo de los canales dejan de ganar su medio escudo por día. Los niños mismos que están aprendiendo un oficio ganan casi desde el primer momento su pan. Tan enemigos son del desarreglo y de la ociosidad, que hay comarcas en que los magistrados hacen encausar á los vagos y á los que no dirigen bien sus negocios, siendo bastante que sus mujeres ó sus parientes se quejen á los magistrados. En estas comarcas se ven forzados á trabajar y á ganar su vida aun los que no quieren.» Los conventos han sido transformados en hospitales, en asilos, en casas de huérfanos, y los antiguos ociosos monjes nutren á los inválidos, á los viejos, á los viudos y á los hijos de los soldados y de los marineros que han perecido en la guerra.

El ejército es tan bueno, que un simple gendarme podría ser capitán en un ejército italiano, y que un capitán italiano no podría ser admitido como simple gendarme. Para la cultura y la instrucción, como para el arte de organizar y de gobernar,

(1) 1609.

van dos siglos delante del resto de Europa. Apenas si entre ellos se encuentra un hombre, una mujer ó un niño que no sepan leer y escribir (1609). En cada ciudad hay una escuela pública. En una familia burguesa todos los hijos saben latín, y las hijas francés. Abundan las gentes que hablan y escriben muchas lenguas modernas. No es esta simple precaución, costumbre de aprovisionamiento, cálculo de utilidad; también sienten la dignidad de la ciencia. Leyden, á quien los Estados generales proponen una recompensa después de su heroica defensa, pide una universidad; á todo coste se hace que vayan allí los sabios más ilustres de Europa. Los Estados escriben y hacen escribir, por medio de Enrique IV, á Escalígero, pobre preceptor, para que vaya á honrar la ciudad con su presencia. No se le pide que dé lecciones; basta que vaya: conversará con los eruditos, los dirigirá y hará participar á la nación de la gloria de sus escritos. Bajo su régimen llega á ser Leyden la escuela más renombrada de Europa; tiene dos mil estudiantes; la filosofía, expulsada de Francia, se refugia allí; durante el siglo xvii Holanda es el primero de los países pensadores. Las ciencias positivas encuentran aquí su suelo natal y su patria prestada. Scalígero, Justo Lipsio, Sau-

maise, Meursius, los dos Heinsios, los dos Dousa, Marnix de Santa Aldegunda, Hugo Grotius, Snellius, enseñan erudición, derecho, física, matemáticas.

Los Elzevirs imprimen. Lindshoten y Merctor instruyen enseñando viajes y geografía; Hooft, Bor y Meteren escriben la historia de la nación. Jacobo Rast les da la poesía. La teología, que es la filosofía del tiempo, vuelve á tratar con Arminius y Gomar la cuestión de la gracia, y agita hasta en los pueblos más pequeños el espíritu de los aldeanos y de los burgueses. En fin, en 1619 el sínodo de Dordrecht es el concilio ecuménico de la Reforma. A esta primacía de la inteligencia especulativa añadid la del genio práctico; desde Barneveldt hasta Witt, desde el Taciturno hasta Guillermo III, desde Heemskerck, el almirante, hasta Tromps y Ruyter, una serie de hombres superiores conducen la guerra y los negocios. En estas circunstancias aparece el arte nacional. Todos los grandes pintores originales nacen en los treinta primeros años del siglo xvii, cuando se funda la Holanda, cuando han desaparecido los supremos peligros, cuando se asegura la victoria final, cuando el hombre, sintiendo las grandes cosas hechas por él, muestra á sus hijos la carrera abierta por su gran corazón y sus fuertes

manos. Aquí como en todas partes, el artista es el hijo del héroe. Las facultades que se han empleado en crear un mundo real desbordan, y una vez terminada esta obra se emplean en crear un mundo imaginario. El hombre ha hecho ya demasiado para retornar á la escuela. Delante de él, en derredor suyo, es su acción la que puebla el campo abierto á su vista; es aquélla tan gloriosa y fecunda, que puede admirarla y contemplarla; no subordina su pensamiento á un pensamiento extraño; lo que busca y descubre es su sentimiento propio; en él confía, le sigue hasta el fin; no imitar, sacarlo todo de sí mismo, inventar sin otro guía que las sorpresas preferencias de su sentido y de su corazón.

Consideremos este arte; manifiesta por medio de los colores y las formas todos los instintos que acababan de mostrarse en las acciones y en las obras. Mientras que las siete provincias del Norte y las diez provincias del Mediodía no habían formado más que una nación, no tuvieron más que una escuela. Engelbrecht, Lucas de Leyden, Juan Schoreel, el viejo Heemskerck, Corneille de Harlem, Bloemaert, Goltzius, pintan en el mismo estilo que sus contemporáneos de Brujas y de Amberes. No existe todavía escuela holandesa distinta, porque

todavía no hay escuela belga distinta. En el momento en que comienza la guerra de la Independencia, los pintores del Norte trabajan por hacerse italianos, como los maestros del Mediodía. Mas á partir de 1600, todo cambia en la pintura como en lo demás. La savia nacional que fluye da el ascendiente á los instintos nacionales. Nada de desnudo: el cuerpo ideal, el bello animal humano que vive en pleno sol, la noble simetría de los miembros y de la postura, el gran cuadro alegórico y mitológico no convienen al gusto germánico. Por otra parte, el calvinismo que impera los excluye de sus templos, y en este pueblo de trabajadores económicos y serios no se encuentra jamás la representación señorial, el epicureísmo libre y grandioso que en otras partes, en los palacios, en los bordados, en los muebles y libreas de lujo que requieren el cuadro general y pagano. Cuando Amelia de Solm quiere erigir un monumento de este estilo á la memoria de su marido el statuder Federico Enrique, se ve obligado á llamar al Orangesaal de los pintores flamencos Van Thulden y Jordaens. Para estas imaginaciones realistas y entre estas costumbres republicanas, en este país en que un zapatero puede llegar á ser vicealmirante, el personaje que más interesa es el ciuda-

dano, como hombre de carne y hueso, no vestido á la griega, sino con su traje ordinario, tal magistrado que gobierna bien, tal oficial que se ha batido bravamente.

No hay más que un empleo para el estilo heroico: los grandes retratos que decoran las Casas Consistoriales y los establecimientos públicos, en conmemoración de los servicios prestados. Y en verdad se ve nacer aquí un género nuevo de pintura, el gran cuadro que comprende cinco, diez, veinte, treinta retratos en pie de tamaño natural, administradores de hospital, arcabuceros que van al tiro, síndicos reunidos al derredor de una mesa, oficiales que asisten á un banquete, profesores que demuestran en el anfiteatro, todos agrupados alrededor de una acción, conforme á su estado, figurados todos con los trajes, las armas, los estandartes, los accesorios y los pormenores de la vida real, verdadero cuadro de historia, el más instructivo y el más expresivo de todos donde Franz Hals, Rembrandt, Gowaert Flinck, Fernando Bol, Teodoro de Keyser, Juan Ravenstein han representado la edad heroica de su nación, en las cabezas sensatas, enérgicas, leales, que tienen la nobleza de la fuerza y de la conciencia, en el bello traje del Rena-

cimiento, los mantos, las corazas de búfalos, los collares prolijamente trabajados, el justillo y la capa negros que rodean con su ceñidor y su brillo la sólida prestancia de los cuerpos resistentes y la expresión franca de las fisonomías, en las cuales el artista, tanto por la simplicidad de sus medios como por la sinceridad y el poder de su convicción, se colocan al nivel de sus héroes.

Tal es la pintura pública; queda la pintura privada, la que adorna las casas de los particulares, y que por sus dimensiones, como por sus asuntos, se acomoda á la condición y al carácter de sus compradores. No existe — dice Parival — tan pobre burgués que no esté bien provisto. «Un panadero paga seiscientos florines por una sola figura de Van der Meer de Delft. En esto y en el aseo y curiosidad del interior estriba su lujo; no se duelen del dinero que esto les cuesta ni del que gastan en la comida.» Aquí reaparece el instinto nacional, tal como se había imitado en la primera época en los Van Eyck, Quintín Masys, Lucas de Leyden. Y este instinto nacional es tan íntimo, tan vivo, que aun en Bélgica, al lado de la pintura mitológica y decorativa, causa en los Breughel y los Teniers el efecto de un riachuelo al lado de un río caudaloso. Lo que exige,

lo que provoca, es la representación del hombre real y de la vida real, tales como los ven los ojos, burgueses, campesinos, ganados, albergues, habitaciones, calles y paisajes. No hay necesidad de transformarlos para ennoblecerlos, les basta ser, para ser dignos de interés. La naturaleza por sí misma, cualquiera que sea, humana, animal, vegetal, inanimada, con sus irregularidades, sus trivialidades, sus lagunas, tiene razón de ser como es; cuando se la comprende se la ama y se goza con verla. El arte tiene por objeto no alterarla, sino interpretarla; á fuerza de simpatía la hace bella. Entendida así la pintura, puede representar la comadre que hila en su cocina, el carpintero que cepilla la tabla, el cirujano que cura el brazo de un labriego, la cocinera que espeta al ave en el asador, la rica dama á quien se le antoja lavar todos los interiores, desde la antesala hasta el salón, todos los tipos, desde el abotagado semblante del bebedor hasta el tranquilo sonreír de la almibarada damisela, todas las escenas de la vida elegante ó rústica, una partida de cartas en una sala tapizada de flores de oro, una francachela de campesinos en una sala desnuda, patinadores en un canal helado, vacas en el abrevadero, barcas en el mar y toda la infinita diversidad del cielo, terreno, agua, noche y día. Terburg, Metzú, Gerard Dov, Van der Meer de Delft, Adriano Brouwer, Schalkey, Franz Mieris, Juan Steen, Wouwermans, los dos Van Ostade, Wynants, Cuyp, Van der Neer, Ruysdael, Hobbe- ma, Pablo Potter, Bakchuysen, los dos Van de Velde, Filipo de Koenig, Van der Heyden, ¡cuántos no podrían citarse! No hay escuela en que los talentos originales sean tan numerosos.

Cuando el arte tiene predominio, no una cima limitada, sino toda la ancha extensión de la vida, ofrece á cada espíritu un campo distinto; el ideal es estrecho y no se deja habitar más que por dos ó tres genios, lo real es inmenso y proporciona plazas para cincuenta talentos. Una apacible y feliz armonía se desprende de todas sus obras; se siente cierto reparo al contemplarlas; el alma del artista, como la de sus personajes, está en equilibrio; se debe estar bien y á gusto en su cuadro. Se ve que no imagina más allá; parece que está como sus figuras, contento de vivir; la naturaleza le parece buena; cuánto se propone añadirle se reduce al orden, un tono al lado de otro tono, un efecto de luz, la elección de las aptitudes; ante ella está el artista como un holandés feliz y casado delante de su mujer; la ama por costumbre del

corazón y por íntima concordancia; en cualquier ocasión, en un día de fiesta, por ejemplo, la mandará ponerse su traje encarnado en vez del traje azul. No se parece á nuestros pintores, observadores refinados, llenos, merced á los libros y á los periódicos, de filosofía ó de estética que pintan al campesino y al obrero, como al turco ó al árabe, es decir, á título de animal curioso y de ejemplar interesante; que elevan en sus paisajes, sus delicadezas, sus refinamientos y sus emociones de ciudadanos y poetas para depositar en ellos la vida sorda y el sueño silencioso. El artista flamenco es cándido. El exceso de vida cerebral ni le perjudica ni le excita; comparado con nosotros es un artesano; cuando entra en la pintura, no tiene más que intenciones pintorescas; se siente menos impresionado por el detalle inesperado y conmovedor que por los grandes rasgos generales y sencillos.

A causa de esto, su obra más sana y menos punzante se dirige á almas menos cultivadas y causa mayor placer. Entre todos estos pintores, dos solamente, Ruysdaël, por su fineza de alma y una superioridad de educación singulares, Rembrandt, sobre todo, por una estructura de ojo particular y un salvajismo extraordinario de genio, han impulsado más allá de su nación y

de su siglo hasta los instintos comunes que unen las razas germánicas y conducen á los sentimientos modernos. Este último, coleccionador, solitario, arrastrado por el desarrollo de una facultad monstruosa, ha vivido como nuestro Balzac, á lo mágico y á lo visionario, en un mundo construido por sí mismo y del cual sólo él tenía la llave. Superior á todos los pintores por la delicadeza y la agudeza nativas de sus percepciones ópticas, ha comprendido y seguido en todas sus consecuencias esta verdad, á saber: que para el ojo toda la esencia de una cosa visible está en la *mancha*, que el más simple color es infinitamente complejo, que toda sensación visual es un producto de sus elementos y al mismo tiempo de lo que le rodea, que cada objeto en el campo visual no es más que una mancha modificada por otras manchas, y que, por lo tanto, el principal personaje de un cuadro es el aire coloreado, vibrante, interpuesto, en el cual las figuras están sumergidas como los pescados en el mar. Ha hecho palpable este aire; en él ha mostrado la vida hormigueante y misteriosa; ha hecho entrar la luz en su país, luz débil y amarillenta como la de una lámpara en una cueva; ha sentido el doloroso combate que libra con la sombra, el desfallecimiento de los

rayos más raros que van á morir en las profundidades, los temblores de los reflejos que se aproximan en vano á las paredes relucientes, y toda esta población roja de las semitinieblas, que invisible á la mirada ordinaria, parece en sus cuadros y en sus estampas, un mundo submarino entrevisto al través del abismo de las aguas. Al salir de la oscuridad, la plena luz ha sido para sus ojos una lluvia deslumbrante; ha sentido como una inflamación de colores, como una iluminación mágica ó como un haz de dardos. Así es que ha encontrado en el mundo inanimado el más completo y expresivo drama, todos los contrastes, todos los conflictos, lo que hay de más conmovedor y más mortalmente lúgubre en la noche, lo que hay de más fugitivo y de más melancólico en la sombra ambigua, lo que hay de más violento é irresistible en la irrupción del día. Desde este punto de vista, ya no ha habido más que poner sobre el drama natural al drama humano; un teatro así construido, designa por sí mismo los personajes. Los griegos y los italianos no habían conocido del hombre y de la vida más que los impulsos más rectos y más altos: la flor sana que se abría en la luz. El, por el contrario, ha visto en ella el tronco, todo lo que se arrastra y se enmohece en la sombra, los abortos deformes y desmedrados, el pueblo oscuro de los pobres, la judería de Amsterdam, el populacho fangoso y lleno de sufrimientos de una gran ciudad y de un perverso chino, el mendigo patizambo, el viejo idiota é hinchado, el cráneo calvo del artesano envejecido, el pálido semblante del enfermo, toda la multitud de las pasiones malas y de las miserias horribles que pululan en nuestras civilizaciones como los gusanos en un árbol podrido.

Una vez en esta vida ha podido comprender la religión del dolor, el cristianismo verdadero, interpretar la Biblia, encontrar un Cristo eterno, presente actualmente como en otro tiempo tan vivo en un sótano ó en un albergue de Holanda como bajo el sol de Jerusalén, consolando y amando á los miserables, capaz solo de salvarlos porque es tan pobre y tan triste como ellos. El mismo, por natural contraste, ha sentido piedad; al lado de los otros que parecen pintores de aristocracia, es pueblo; por lo menos, es el más humano entre todos; sus simpatías más amplias abrazan la naturaleza más á fondo, ninguna miseria le repugna, ninguna necesidad de nobleza le anima, ninguna bajo fondo de la verdad se le oculta. Libre de toda traba y guiado por la sensibilidad excesiva de sus órganos, ha podido

representar en el hombre, no solamente el armazón general y el tipo abstracto que bastan al arte clásico, sino las particularidades y profundidades del individuo, las complicaciones infinitas é indefinibles de la persona moral, todo el conjunto móvil que concentra en un momento sobre un rostro la historia entera de un alma y que Shakespeare solamente ha visto con tan prodigiosa lucidez. En esto es él el más original de los artistas modernos, y forja uno de los extremos de la cadena de la cual fundieron los griegos el otro extremo; todos los otros maestros florentinos, venecianos, flamencos, están entre los dos, y cuando actualmente nuestra sensibilidad sobreexcitada, nuestra curiosidad encarnizada en la persecución de relaciones, nuestra rebusca implacable de lo verdadero, nuestra adivinación de las lontananzas y de los rocíos de la naturaleza humana, buscan los precursores y los maestros, es en él y en Shakespeare, más que en Balzac y Delacroix, donde podrían encontrarse.

Tal florecimiento es casi pasajero, porque la savia que lo produce se agota en su producción. Por el año 1667, después de los navales contratiempos de Inglaterra, ligeros indicios muestran la alteración naciente de las costumbres y los sentimientos que había suscitado el

arte nacional. El bienestar es demasiado grande. Ya en 1660, Parival, hablando de su prosperidad, se extasia en todos sus capítulos; las compañías de las Grandes Indias dan á sus accionistas dividendos de 40 á 45 por 100. Los héroes se hacen burgueses. Parival, nota en ellos, en primer término, la sed de ganancia. Por lo demás, odian los duelos y querellas, y dicen comúnmente que las gentes ricas no se baten. Quieren gozar, y las casas de los grandes, que los embajadores venecianos al comenzar el siglo encontraban tan sencillas y decoradas, se convierten en lujosas; en casa de los principales burgueses se encuentran tapicerías, cuadros costosos, vajillas de oro y de plata; los ricos interiores de Terburg y de Metzú, nos muestran la nueva elegancia, los trajes de seda pálida, los justillos de terciopelo, las alhajas, las perlas, las tinturas empapadas en oro, las altas chimeneas y las columnas de mármol. Cuando Luix XIV invade el país en 1672 no encuentra resistencia; han des-cuidado el ejército; sus tropas se desbandan; sus ciudades se rinden al primer golpe; cuatro caballeros franceses toman á Muyden, que es la llave de las esclusas; los Estados generales imploran la paz en cualesquiera condiciones.

Al propio tiempo, el sentimiento

nacional se debilita en las artes. Rembrandt, en 1669, muere pobre casi; el nuevo lujo toma sus modelos del extranjero: de Francia y de Italia. Ya durante la buena época, muchos pintores habían ido á Roma para pintar figurines y paisajes, y Juan Both, Berghem, Kare Dujardin, otros veinte, le mismo Wouwermans, formaban al lado de la escuela nacional una escuela italiana. Pero esta escuela era espontánea y natural; entre las montañas, las ruinas, las fábricas y los andrajos ultramontanos, la blancura vaporosa del aire, la honradez de las figuras, la blandura de las carnaciones, la alegría y el bello honor del pintor marcan la persistencia y la libertad del instinto holandés. Por el contrario, en este momento este instinto se debilita bajo la invasión de la moda; sobre el Kaisergracht y sobre el Heezegracht se elevan grandes hoteles estilo Luis XIV y el pintor flamenco que fundó la escuela académica, Gerard de Lacrese, los decora con doctas alegorías y mitologías híbridas. Es cierto que el arte nacional no cede de un golpe el imperio; se prolonga por medio de una serie de obras maestras hasta los primeros años del siglo XVIII; al mismo tiempo el sentimiento nacional, sublevado por la humillación y el peligro, provoca una revolución popular, sacrifi-

cios heroicos, inundación del país, y todos los éxitos que siguen á estas hazañas. Pero estos mismos éxitos acaban por arruinar la energía y el entusiasmo que este movimiento retrospectivo acababa de producir.

Durante toda la guerra de sucesión de España, la Holanda, cuyo Statuder llega á ser rey de Inglaterra, es sacrificada á su aliada; después del tratado de 1713, pierde la primacía marítima, queda en segunda fila y más atrás después; bien pronto el gran Federico dice que va á remolque de Inglaterra como una chalupa remolcada por un navío de línea. Francia la atropella durante la guerra de sucesión de Austria; más tarde Inglaterra le impone el derecho de visita y le arrebató la costa de Coromandel. Al fin, Prusia destruye el partido republicano y restablece el statuderato. Como todas las débiles, es arrollada por las fuertes; después de 1719 es conquistada y reconquistada. Y, lo que es peor, se resigna y se amolda á ser una buena casa de comercio y de banca. Ya en 1723, su historiador, un refugiado, Juan Leclerc, se burlaba de los valientes mismos que durante la guerra de la Independencia se dejaban volar antes que arriar su pabellón (1). En 1732, otro his-

(1) Este buen capitán era de aquellos que mueren de temor de morir. Si Dios perdona

torizador declara que los holandeses no piensan más que en amontonar riquezas. Después de 1748 se deja decaer el ejército y la flota. En 1787 el duque de Brunswick somete el país casi sin esfuerzo. ¡Qué distancia entre estos sentimientos y los de los compañeros del Taciturno de Ruyter de Tromp! Por una concordancia admirable se ve que la invención pictórica acaba con la energía activa.

Diez años después del comienzo del siglo XVIII, todos los grandes pintores han muerto. Desde hace una generación la decadencia se manifiesta en el estilo más pobre, en la imaginación más limitada, en la minuciosidad más prolija en Fray Mieris Schalken y los demás. Uno de los últimos, Adriano Van der Werf, por su pintura fina y cuidada, por sus mitologías y desnudeces, por sus carnaciones de marfil, por su imitación impotente del estilo

á estas gentes, es como perdona á las gentes privadas de sentido.

italiano, atestiguan que los holandeses han olvidado sus gustos nativos y su genio propio. Los sucesores se parecen á los hombres que quieren hablar y no tienen nada que decir; educados por maestros ó padres ilustres, Pedro Van der Werf, Enrique Van Limborch, Felipe Van Dyck, Mierys, hijo, Mierris, nieto, Nicolás Verkolie, Constantino Netscher, repiten la frase que han oído, pero como autómatas. El talento no sobrevive más que en los pintores de accesorios y de flores; Jackes de Wit, Rachel Ruysch, Van Huysum, en un género pequeño que exige menor invención y que dura algunos años todavía, semejante á una siembra tenaz en una tierra desecada en que han muerto todos los grandes árboles. Muere también él y el suelo queda vacío. Ultima prueba de la dependencia que tiene la originalidad individual en la vida social y hace que sean proporcionadas las facultades inventivas del artista á las energías activas de la nación.

H. TAINE.

EL SALÓN DEL BARÓN GÉRARD

Ay! Cerrado está ese salón, abierto desde hace cuarenta años á todas las eminencias, á todas las celebridades contemporáneas; ese modelo de hospitalidad artística; ese asilo donde los jóvenes de talento hallaban protección, ánimos, ejemplo; donde se había refugiado la conversación, en provecho de las personas de buena sociedad que aún la apetecen; donde cada miércoles había la suerte de encontrar lo que todavía queda de nuestras ilustraciones del Imperio y de la Restauración, junto á los jóvenes sectarios de nuestras escuelas modernas.

Era una cosa notable el ver presidida, digámoslo así, la reunión de nuestros talentos nacientes por los vivos retratos de nuestros grandes talentos muertos. En ese salón, *David*, pintado por él mismo, ocupaba el lugar del maestro en casa

del discípulo. Ese retrato, dado por el autor á Gérard, fué el primer homenaje rendido á su juvenil gloria. El jefe de nuestra escuela francesa, después de crear y dirigir el talento de Gérard, sabía ya hasta qué punto ascendería y le saludaba de antemano.

Ducis, esa transición indispensable entre lo sublime griego de nuestro teatro francés y las viriles bellezas de Shakespeare; *Ducis*, á quien se le vituperaron las concesiones y hasta alteraciones sin las cuales no hubiera podido trasplantar á nuestra escena *Hamlet* y *Otelo*, esos dos papeles que han creado á nuestro mayor trágico; *Ducis* parecía animar con su benévola mirada y su noble sonrisa los pasos de sus felices imitadores en la carrera que fué el primero en abrirles.

Talma recordaba allí á todos cuantos buscan lo dramático en las obras

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

aquella profunda observación, aquella sublime melancolía, sin las cuales nunca se logran escalar las altas cimas del arte.

Canova demostraba allí á nuestros jóvenes estatuarios la posibilidad de conseguir la pureza y la gracia de los antiguos.

Madame Pasta parecía estar también allí para aplaudir los acentos de esta hermosa *Julia Grisi* que nos indemniza de su ausencia, y nos consolaría de nuestra mayor pérdida musical si la voz, el talento y la belleza bastasen para reemplazar ese fuego, ese genio del alma, que electrizaban á los admiradores de *Desdémona Malibrán*, al mismo tiempo que consumían la existencia de ella.

La *señorita Mars*, pintada también por *Gérard* en todo el esplendor de su belleza, gozaba allí de un doble triunfo: el de ser siempre admirada por los antiguos amigos de la casa, y el de que la encontrasen muy parecida los jóvenes recién admitidos.

El *barón de Humboldt* mostrábase allí como una prueba de nuestra estimación para la ciencia y de nuestra urbanidad con el extranjero talentado.

El *Emperador*, representado en la edad de su gloria y antes de la de su poderío, reinaba en ese salón, rodeado por todas las inteligencias

á quienes había protegido, por todos los talentos que había inspirado. Por eso veían en él su ídolo poetas, sabios, estatuarios, pintores, artistas, todos ellos, hasta el soldado veterano.

A falta de sus retratos, veíase en ese salón una obra de casi todos nuestros grandes maestros del día. *Horacio Vernet*, *Gudin*, *Shnetz*, *Géricault*, *Robert*, *Picot*, *Vandaël*, *Bidault*, etc., habían depositado allí la ofrenda que los verdaderos talentos del siglo presente se han apresurado siempre á tributar á los del siglo pasado; porque la conciencia de su propio mérito les libra de esa miserable ingratitud que insulta al genio moribundo ó muerto, para disimular lo que deben á sus lecciones, ó su impotencia para igualarlos.

La superioridad en un arte jamás había conducido á una posición más honrosa en lo que se llama la buena sociedad; porque si en todos tiempos han sido buscados por ella los artistas célebres, se contentaba con atraérselos, pero sin pensar en ser el ornato de los salones de aquéllos. *Gérard* es uno de los primeros en cuya casa han querido que se les admitiese los grandes personajes de todos los países, las ilustraciones de todos los géneros.

Al principio, el deseo y la necesidad de admirar sus obras maes-

tras inducían á solicitar la entrada en su estudio; pero cuando sus ocupaciones le permitían hacer los honores de éste, bien pronto su conversación distraía del placer de contemplar sus obras; parecía que su ingenio estuviera envidioso de su talento y le disputara los sufragios. Después de haber ido á visitar al gran pintor, queríase conocer al hombre de amena conversación y tener trato con la persona simpática.

Todo anunciaba en él una delicadeza de gusto y una oportunidad de orgullo que recordaban igualmente el mérito del simple particular y la nobleza del *príncipe de las artes*, nombre que sus enemigos le han dado sin presumir que la posteridad le conservaría este hermoso título.

Todo su lujo era para su taller, al cual había consagrado la mitad de su casa; érase allí anunciado, recibido é invitado á sentarse lo mismo que en un salón elegante. El artista parecía querer que todo se armonizase allí, lo noble de los asuntos y lo de los personajes pintados por él, con la austera riqueza del sitio donde los congregaba. La idea de unir á los prestigios del arte el de lo grandioso, sólo podía caber en la imaginación de un hombre convencido de la dignidad del talento.

Aún recuerdo el efecto que el aspecto de ese magnífico estudio produjo en el príncipe Pückler, cuando le llevé á él hace dos años. Ocupaba entonces el sitio de honor el cuadro de la *Batalla de Austerlitz*. Veíanse á un lado *Dafnis y Cloe* y al otro la *Peste de Marsella*, que acababa de concluir Gérard. ¡Tres composiciones tan diferentes entre sí y de un efecto tan pasmoso!

Cerca de esos grandes cuadros, el retrato del mariscal Soult parecía estar mandando un ejército; no hay soldado que al pasar por delante de su retrato no se hubiera llevado la mano al chacó.

Mientras el ingenioso extranjero se extasiaba con ese parecido y felicitaba á Gérard por su reputación europea, miraba yo á mi querido poeta M. de Lamartine; veíale sonreírme; sus ojos se animaban como si me fuese á confiar uno de sus pensamientos, que le llegan ya rimados desde el cielo. Estaba allí sentado, como ante el hogar de mi chimenea cuando viene á hablar de sus pesares con una madre que los comprende todos. Eran su misma actitud sencilla, sus nobles facciones, su gracia afectuosa; estaba yo bajo el encanto de su presencia; con la vista fija en ese magnífico retrato, admiraba aquella representación viva del genio de la poesía por el genio de la pintura, y enorgullecía-

me para mis adentros de ser amiga del pintor y del modelo.

El estudio donde por vez primera vi á Gérard, poco tiempo después del Terror, distaba mucho de la magnificencia del de ahora. El gobierno de entonces, en recompensa del prodigioso triunfo obtenido con el *Belisario* por Gérard, le había dado un cuchitril, más bien que una habitación, en los desvanes del Louvre. Era preciso subir tan arriba, atravesar por tantos cobertizos oscuros antes de llegar á él, que nos perdimos en un corredor donde se encontraban varias puertecitas enteramente iguales. El criado de la señora Cabarrús (1), con la cual iba yo, llamó en la primera; salió un viejecito con bata corta y una paleta en la mano, verdadera copia de *Dugazón* en el papel de *M. Fugère*. Nos indicó la puerta de Gérard, y entramos sin transición alguna, desde esos desvanes donde se guardan los trastos viejos del palacio de los reyes, en una salita amueblada y vestida á la antigua, donde los ojos clavábanse al punto en el hechicero cuadro del *Amor y Psiquis* y en varios retratos de mujeres, cuyas regulares facciones y vestiduras griegas (dejando á un lado la insipidez de lo clásico) acrecentaban la ilusión de tal manera,

(1) Después la señora princesa de Chikmay.

que podría imaginarse estar en el taller de Apeles.

Una mujer joven y chiquita, con grandes ojazos negros y una dentadura deslumbradora, se presentó á decirnos que Gérard no había vuelto aún de la Malmaisón, donde el primer cónsul le concedía la sesión última para hacer el retrato que había de presentarse en la próxima Exposición anual. La señora Gérard nos invitó á esperar á su marido; pues era ella, cuya cordial urbanidad comenzaba ya á hacerse notar, antes de que la apreciaran todos los asiduos concurrentes á su salón.

Nos dejó para reunirse con las personas á quienes había dejado en su gabinete. Y al volverme para saludarla, vi junto á una ventana una mujer joven copiando una cabeza de estudio.

Por lo sencillo de su vestido de muselina y su sombrerito de paja, por su aspecto á la inglesa, la tomé por una modesta discípula de Gérard, y me aproximé á ella con animo de felicitarla por la perfección de su copia; pero, después de mirarla con atención, un «no sé qué» me advirtió que era una mujer de la sociedad más elegante, y que mis elogios podrían parecerla indiscretos.

Sin embargo, á pesar de todo lo interesante de ver que había en aquel pequeño estudio, no podía

apartar los ojos de aquel rostro hechicero; se lo hice notar á la señora de Cabarrús; ésta conoció en seguida á la hija del M. de L. B***, casada con el conde de N***, más adelante duque de M***. Aquella encantadora persona trataba de consolarse, con el estudio de las artes, de la horrible muerte de su padre, á quien su merecida fama de ser el más rico, arrojado y generoso hombre de negocios de Francia, tenía que conducirle por necesidad al cadalso bajo el reinado de Robespierre.

Si hubiera yo nacido envidiosa, la señora de N*** me hubiese hecho morir de pena el oír elogiar de continuo su superioridad en todas las cosas que intentaba yo. Varios de sus amigos lo eran míos también; pero, á pesar de su indulgencia para conmigo, nunca dejaban de decirme: «¡Ah, quien merece oirse, cuando habla ó cuando ejecuta música, es la señora de N***! ¡Hay que ver bailar ó montar á caballo á la señora de N***! ¡Son tan superiores á los de todos los aficionados sus cuadros y sus obras!» En fin, los pocos talentos diseminados que se encontraban en la buena sociedad no les servían á ellos sino para exaltar aún más los que ella reunía en su persona.

El motivo de nuestra visita era el retrato en pie de la señora Bona-

parte: quería ésta saber nuestra opinión acerca del parecido, y admiramos en silencio el arte con que Gérard la había rejuvenecido sin perjuicio de la semejanza; género de adulación que, si es grato á todas las mujeres, tenía más valor aún á los ojos de la futura emperatriz, pues iba un trono en que representara ó no su edad.

Junto á ese gran lienzo veíase el retrato de la señora Regnault de Saint-Jean-d'Angely, una de las primeras obras en que Gérard demostró su talento en manifestar la nobleza de las facciones y el candor de su rostro joven y bello. El retrato de la hermosa duquesa de Aiguillon no probaba menos la habilidad del pintor en fijar la altiva expresión de una belleza seria que recordaba la de la antigua Juno.

Al ver el cuadro de la *Familia de Augusto*, recuerdo haber oído cuando estuvo en la Exposición anual: «¿Cómo es posible que un pintor algo instruido no haya vestido á la romana á ese mocito?—Quizá consista, señora—respondió un caballero que allí estaba—en que ese mocito es el hijo del joyero de Luis XVI.»—En efecto, engañada por las vendas rojas del tocado de la señora Augusto, por su túnica plegada á la romana, por la luz del cuadro, y aún más por el catálogo, donde había leído la *Familia de*

Augusto, la buena señora creía ver al ilustre amigo de Cinna en su interior doméstico.

Gérard nos sorprendió en medio de nuestro entusiasmo por sus cuadros; tuvo la delicadeza de aparentar que le halagaba, y, con este motivo, dió pruebas de una modestia que me pareció excesiva y poco sincera por consiguiente; defecto que, en vista de su escasez, pudiera pasar por una virtud. Después se lo he echado en cara.

—«Bien se ve—me contestó—que no lee V. las críticas con que me abruma. Tras de tales fallos, tan burlones ó tan injuriosos, ¿cómo puede uno creerse con talento?»

Estas palabras, dichas con todo el desaliento que inspira la injusticia, han producido con frecuencia en mi ánimo tristes reflexiones. «¡Cómo!—dije para mí;—cuarenta años de trabajos y de triunfos, nada pueden contra ese vértigo de insultar al genio, y, lo que es peor, nada pueden contra el dolor de verse calumniado así! Pues por más que se desprecie la mano que hiera, no por eso sangra menos la herida; y además, el verdadero talento tiene una propensión tan natural á despreciarse, que la lisonja es para él mucho menos peligrosa que la malevolencia. Gérard sacrificó el honor de ver admirar el retrato de Lamartine por el público

imparcial ante el temor de que nuestro gran poeta compartiese con él los efectos de esa malquerencia, y con el deseo de evitar los ultrajes dispuestos á descargar contra los artistas que tuvieron la desgracia de conseguir triunfos durante el Imperio. Lo mismo ha sucedido con el de M. de Humboldt y con el cuadro de la *Peste de Marsella*, una de las más hermosas composiciones del autor.

La ciudad de Marsella había encargado ese lienzo, señalándole un precio digno del pincel de Gérard; pero éste la ha rogado que lo acepte como ofrenda, en prueba del placer que tuvo al desembarcar en esa gran ciudad cuando regresó de Roma por vez primera, rico tan sólo de juventud, genio y esperanza.

A trueco de ese noble recuerdo, de ese presente que sólo pueden hacer un rey ó un gran artista, veíase encima de la chimenea del salón de Gérard un magnífico vaso de plata cincelado según el estilo de *Benvenuto*, donde están grabadas la fecha del homenaje ofrecido por Gérard y la expresión de la gratitud de los marselleses.

Hay más de un rasgo de este género en honor de Gérard; y aquella modestia, cuya sinceridad ponía yo en duda, quedó probada de sobra por su negativa á aceptar las mercedes de que Carlos X quiso colmarle

cuando volvió á ver la *Entrada de Enrique IV en París*. Habiendo sabido por el conde de F*** que el rey se proponía conferirle un nuevo título y el gran cordón de la Legión de Honor, Gérard hizo suplicar á S. M. que suspendiese estas altas recompensas, diciendo que no las había merecido, y que le bastaba con el honor de haber inspirado lo que dijo Luis XVIII en la sesión regia del Museo, el 2 de Agosto de 1817.

—Siento mucho no ver aquí á Gérard; le hubiera hecho saber, en presencia de Enrique IV, que le he nombrado mi primer pintor de cámara (1).

Ese cargo eminente érale debido al autor de tan gran número de obras que son otras tantas riquezas nacionales. Cuando se recapacitan los inmensos trabajos de Gérard, no causa extrañeza haberle visto tan pronto y en tan breves instantes morir de una enfermedad nerviosa. De todas las artes, la pintura es la que más desgasta la vida. Y Gérard ha hecho: *Belisario*, *Homero* (2), *Psiquis*, *Las tres edades*,

La batalla de Austerlitz, *La entrada de Enrique IV en París*, *Corina*, *Felipe V*, *Dafnis y Cloe*, *Santa Teresa*, *La consagración de Carlos X*, *Las cuatro Famas señalando la tumba de Napoleón*, *La peste de Marsella*, *Las pechinas de Santa Genoveva*, *La patria en peligro* (gran cuadro encargado por el gobierno), *Aquiles recogiendo sus armas*.

Este cuadro, el hijo predilecto del pintor, es quizá su obra más hermosa. Nada hay comparable con la expresión de la cabeza de Aquiles, ese despertar del héroe para la venganza, ese movimiento dictado por la ira de Aquiles prometiendo la sangre de Héctor á los manes de Patroclo, llena ya de terror y desesperación á los troyanos. Ese cuadro, cuya acción principal y sus figuras importantes están hechas, puede ser concluido sin inconveniente por una mano menos hábil.

Hay que añadir á esta lista más de cien retratos de cuerpo entero y doscientos cincuenta bustos. Sería demasiado largo reseñar entre ellos los retratos que se recomiendan por la perfecta ejecución del artista y la celebridad del modelo. Al verlos, diríase que los hombres de esta

(1) *Monitor* del 3 de Agosto de 1817.

(2) Este cuadro ya no existe. Gérard lo había compuesto durante al sitio de París; y en la desesperación que este suceso le producía, persuadido de que no pudo hacer nada bueno, le dió la idea de destruirlo. «No, dijo un día, esto no es digno del magnífico nombre de Homero.» Y desgarró el lienzo. El gra-

bado que de él hizo M. Massard queda aún como testimonio de la injusta severidad del pintor consigo mismo, y de su fanático respeto al sublime Homero.

época no se creían ilustres, ni hermosas las mujeres, sino cuando el pincel de Gérard les había asegurado la inmortalidad.

El retrato del Emperador en su gabinete de las Tullerías y los de toda la familia imperial quedarán como páginas vivas de nuestra historia, y los retratos de Mad. Visconti, la princesa de Chimay, madama Récamier, la duquesa de Vicence y tantas otras mujeres admirables, quedarán igualmente como testimonio de que esos tiempos de nuestra gloria fueron también la época en que más hermosas mujeres se vieron en Francia.

Cuanta menos gloria personal se tiene, más trata uno de agarrarse á la de sus amigos. Por eso no puedo prescindir de relatar la pequeña participación que tuve en el cuadro de *Corina*. Un mes antes del Congreso, encontrábame en Aquisgrán con Mad. R***, quien había acudido allí para tomar las aguas. En esa ciudad, lo mismo que en el destierro, que en Roma, en París y en todas partes, su salón era el punto de cita de todos los personajes de nota ó personas simpáticas. El príncipe Augusto de Prusia, á quien á menudo encontré allí, me habló un día acerca del deseo de satisfacer el antojo de su amiga la baronesa de Staël, haciendo que un gran maestro pintase su *Corina* en

uno de los momentos en que se entrega á su inspiración poética. El príncipe deseó encargarse á David ese capricho, que la muerte de Mad. de Staël no le había permitido realizar, esa obra doblemente importante por el asunto y por el precio que quería ponerla. Todo el mundo aprobó aquella idea, que el talento de David justificaba cumplidamente y cuya posición de desterrado la hacía ser una idea generosa; pero, lo confieso, afligiéndose mi celosa amistad de ver arrebatada esa palma de las manos de Gérard, hice valer en vano la voluntad póstuma de Mad. de Staël, su admiración y su afecto á Gérard, que sin duda la hubieran inducido á elegirle para pintar su más noble pensamiento, para ofrecer la dolorosa imagen de una mujer de genio, hermosa y amante, sacrificada sin piedad á las preocupaciones del mundo.

M. G*** fué el encargado de escribir á David. Y ¡quién lo creyera! Ese gran pintor, á quien una obra maestra más podría hacerle regresar á la patria, lejos de aprovechar esta ocasión, entró en regateos acerca de la considerable suma ofrecida por el príncipe; y lo hizo de un modo tan poco digno del artista, del asunto de ese cuadro, y del sentimiento que impelía á encargárselo, que Mad. R***, cuya

bondad había temido al pronto oponerse á los intereses de un desterrado, se unió á mí para decir que Gérard no hubiera escrito nunca nada semejante. Decidióse en seguida que él hiciese la *Corina*. Sabido es el talento con que realizó el deseo del poeta y la intención del príncipe. La ofrenda de ese hermoso cuadro hecha á Mad. ***, lo hace doblemente precioso; como una obra maestra y como un homenaje debido á la amistad de la mujer más bonita y simpática por la más talentosa de su siglo.

Pero por más que he querido distraerme de mis tristes recuerdos, hablando de los tesoros pictóricos que Gérard nos lega, tengo precisión de ocuparme de la última visita que le hice en ese salón donde he pasado tantas veladas encantadoras; donde han resonado las más hermosas voces, desde Viganoni, Garat, Crescentini, las señoras Valbone, Barilli y la bella Grassini, hasta Tamburini, Lablache, Rubini, la Pasta, la Malibrán, la Judith y la Julia Grisi, y cuyos directores de orquesta eran los célebres Paër y Rossini; donde Meyerbeer acudía á recibir los lauros debidos á sus últimos triunfos, sin exigir que le inmolasen los del primero de los compositores modernos; salón á cuyo dueño he visto con frecuencia abandonar á los grandes señores y

á los grandes talentos con quienes hablaba, para ir á estrechar la mano del joven artista aún cubierto del polvo del taller, y que iba con la esperanza de conseguir del conde de Torbin ó de M. de Cailleux un rincón del Museo para exponer allí el primogénito de su paleta; salón donde los antiguos contertulios jugaban á los naipes riéndose, y suspendiendo á escape la partida al menor preludio que dejaba oír el piano, espiondo los dulces acentos que prometía y seguros de antemano de ser arrobados por ellos, pues no era de temer ni la posibilidad de un talento vulgar; salón donde el conde de Torbin hablaba con el ingenio y el buen gusto de un hombre de buena sociedad, con el interés de un viajero y el buen humor de un artista, con los discípulos de Guérin, Ingres, Schnetz, Isabey, Hersant, Granet, Steuben y Champmartin, lo mismo que con sus maestros; donde Ducis hablaba en otros tiempos con Lemercier, Guérin con Desnoyers, como M. de Humboldt hablaba allí con el ingenioso doctor Koreff, M. Merimée con el autor de *Rojo y Negro*, la señorita Godefroy con la señora de Mirbel, Mad. de Bauer con Mad. Ancelot, y M. de Balzac con todo el mundo, pues cada uno quería gozar de su ingenio tan animado, de sus relatos fantásticos y de su jocosidad chispeante.

Es de notar que en ese salón, abierto desde tan largo tiempo á todas las opiniones y á todas las rivalidades, la discusión jamás degeneró en disputa; y, sin embargo, reinaba allí una gran libertad de pareceres y de conversaciones, porque un interés nuevo cautivaba siempre la atención general.

Ya era un grabado que acababa de aparecer ó el dibujo copia del último mosaico desenterrado en Pompeya; ya era la muestra de un procedimiento hasta entonces desconocido para imitar el relieve de las medallas ó perfeccionar la litografía; ó bien era la llegada de Champollión que nos refería cosas del Egipto; era M. de Ponqueville, haciendo estremecerse el salón relatando sus conversaciones familiares con el bajá de Janina; era el amigo de Jacquemont, enterneciéndonos con la descripción del séquito, medio inglés, medio indio, de nuestro interesante viajero. Además, era M. de La Ville, quien regresaba sencillamente de la Comedia Francesa y nos analizaba la obra que acababa de estrenarse allí, con toda la agudeza del hombre que sabe escribir comedias mejor que nadie; en fin, en aquel salón el pensamiento nunca estaba en vaguedades, ni ocioso el espíritu; y la costumbre de ocuparse de las cosas daba allí suma tolerancia para con los defec-

tos de las personas. Cuando hay alguna cosa de qué hablar, se murmura poco.

Entraba yo en aquel salón hace quince días; era la primera vez que volvía después de la enfermedad que hace algunos meses estuvo á pique de hacerme morir, y durante la cual me dió Gérard tantas pruebas de interés. Aún le oigo *darme las gracias por no haber muerto*; son sus propias expresiones. Me habló de sus proyectos para esta primavera, del gusto que tendría en mostrarme las pechinas de Santa Genoveva, que había tenido la *buena suerte* de concluir. En efecto, cuando estuvo enfermo el año último, atormentábale tanto el temor de no vivir lo necesario para realizar por sí sólo esa gran obra, que había conjurado á sus amigos que destruyesen lo que ya tenía hecho de ella, prefiriendo ver morir consigo su pensamiento, á suponérselo embellecido ó estropeado por otra mano que no fuese la suya.

Hablamos también del regreso de M. Mimault, de las preciosas antigüedades que traía del Egipto; Gérard me demostró una viva impaciencia por verlas y conocer al hombre que tan bien había sabido valerse, en pro de las ciencias y las artes, de la amistad del bajá de Egipto. Me encargué de la invitación de Gérard para M. Mimault,

quien también me había hablado del placer que tendría en ir á casa del sabio artista. Eligióse como día para hacerlo el miércoles próximo... Y allí estaba la muerte, riéndose de este proyecto y aprestándose á herir á uno y otro.

Y, sin embargo, tranquilizábame acerca de la salud de Gérard la señorita Godefroy, esa preciosa amiga que ha consagrado su existencia á dar gracias á Gérard por el magnífico talento que le debe; me había dicho ésta que trabaja él en su gran cuadro; y, como el arte era su vida, puesto que podía dedicarse á él, yo no le creía ya de peligro. Por eso le contesté con la sonrisa de la incredulidad cuando, á propósito de su deseo de ver á M. Schnetz en la Academia, me dijo:

—Puesto que mi voto le es inútil, le repetiré lo que Gros decía á Abel Pujol: «Todo lo que puedo hacer ahora por V., amigo mío, es cederle á V. mi puesto.»

Son las últimas palabras que le oí. ¡Y aún estaba yo ayer allí, en el mismo sitio donde me las dijo, en ese salón donde todo le lleva luto!... Conducida por Mad. Gérard, cuyo único consuelo es hablar de aquel á quien llora, he vuelto á visitar ese magnífico estudio, donde todo parece aguardarle aún, donde pintaba cuatro días antes de su muerte. Allá está todavía el andamio al cual subía

para acabar el cielo de su cuadro; he aquí su caja de colores, sus pinceles, todo está dispuesto á recibirle; he aquí la tiza que le ha servido para bosquejar el hermoso lebrél en un ángulo de ese lienzo cubierto ya de personajes cuyas dramáticas expresiones recuerdan los grandes frescos italianos; diríase que, fatigado el pintor de trazar tantas figuras imaginadas ó desconocidas, se reservó como un alivio el placer de introducir en esta obra inmensa el retrato de un amigo.

Cerca de ese gran cuadro hay un Cristo de mirar divino, recién concluido y destinado á M. de Genonde.

Luego un magnífico retrato del general Hoche.

Una copia, reducida al tamaño de un cuadro de caballete, de la gran escena de la *Consagración de Carlos X.*

Y un retrato asombroso de la duquesa de R***, cuyo traje quería rehacer Gérard, prefiriendo á los pesados paños la transparencia de los encajes, el brillo y ligereza de las cintas, que ocultarían menos el hermoso talle de Mad. de R*** y harían de este retrato un tipo de las modas de nuestra época.

Algunos días bastaron á la señorita Godefroy para acabar los accesorios de esas diferentes obras. Pero aún se espera más de ella: excepto el busto que acaba de terminar M. David, y por el cual daba

su postrera sesión Gérard hace dos semanas, no existe ningún buen retrato de este hombre tan justamente célebre; porque no podemos contentarnos con el que le hizo Laurence y que no tiene el más remoto parecido. Nadie más que la señorita Godefroy puede hallar en su corazón y en su talento los medios de expresar fielmente las facciones del amigo y el genio del pintor. Es un presente que ella debe á Francia.

Era un miércoles, ese día de la semana en que desde tantos años atrás nos reuníamos en casa de Gérard. Su mujer, abrumada por el golpe que la hería, sin darse aún cuenta de una tan rápida desgracia, no había pensado en participársela á nadie; y de todas partes acudían para divertirse, como de costumbre, en ese agradable salón, para ver una vez más esos encantadores cuadros que lo adornaban, y para oír hablar al artista, ¡al hombre de ingenio cuya voz acababa de extinguirse para siempre!

Espectáculo desolador, honrosí-

sima oración fúnebre, esos gritos de sorpresa y de dolor que respondían al viejo criado, cuyos ojos llenos de lágrimas y sus sollozos eran lo único revelador de la tremenda noticia que no tenía valor para decir con palabras; y esos amigos, sin alentar casi, sin poder sostenerse apenas, obligados á sentarse en el quicio de las puertas, esas mujeres engalanadas, que lloraban dentro del coche, olvidándose de dar órdenes para alejarse de aquella casa de duelo; y la palidez del joven artista á quien la muerte le arrebató de un solo golpe, maestro, protector, amigo y su única fiesta de la semana (porque ese miércoles, en que siempre había la certidumbre de un goce, lo esperaba él como un día de fiesta); por último, el aspecto de toda esa tertulia rechazada del salón por la muerte y transplantada en la calle, haciéndola resonar con el rumor de sus gemidos y de su llanto, probaba mejor que pudiéramos decirlo la extensión de la pérdida que acababan de sufrir la sociedad, el arte y Francia.

SOFÍA GAY.

LA SALUD

Si hay alguna divergencia de opiniones acerca de las ventajas de la riqueza, todo el mundo está de acuerdo en lo concerniente á la salud.

«La salud—decía en otro tiempo Simónides—es para el hombre mortal el primero de los beneficios; la hermosura viene después, luego, la riqueza bien adquirida; y, por último, los placeres de la juventud compartidos con amigos.» Hace notar Longfellow que «la vida sin salud es una carga, con salud es alegría y felicidad». Empedocles libró á la población de Selinontes de una peste, desecando un pantano, y fué aclamado como un semi-dió. Dícese que en honor suyo se acuñó una medalla, que representaba al filósofo deteniendo la mortífera mano de Febo.

La salud es para el hombre mortal el primero de los beneficios; la hermosura viene después; luego, la riqueza bien adquirida; y, por último, los placeres de la juventud compartidos con amigos.

(SIMÓNIDES.)

Creo que nos cuesta mucho trabajo apreciar cuánto debemos á los médicos. Parece tan adecuado á la naturaleza y á la razón nuestro sistema médico, que sólo imperfectamente apreciamos su lado nuevo y excepcional. Cuando estamos enfermos llamamos al médico; nos prescribe un remedio, lo tomamos y le pagamos sus honorarios. Pero en los pueblos de raza inferior, el sufrimiento y la enfermedad se atribuyen á la presencia de malos espíritus. El que cura no es un médico, sino un sacerdote, ó más bien un hechicero que se contenta con dirigir exorcismos contra esos espíritus del mal.

En otros países un poco más adelantados, se escribe una fórmula mágica en una tabla, se lava ésta y se bebe el agua que ha servido para

borrar aquélla. En ciertos casos, no es el enfermo quien toma la medicina, sino el médico. Semejante sistema, en general, no es más que momentáneo; las gentes del oficio se guardan naturalmente de alentarlo, y es incompatible con una gran clientela. Respecto al pago de honorarios, también son muy diferentes las costumbres. Los chinos pagan á los médicos todo el tiempo que están sanos, y cesan de pagar mientras están enfermos. En el antiguo Egipto, el paciente pagaba al doctor sus honorarios sólo los primeros días de la enfermedad, después de lo cual éste pagaba á su cliente hasta conseguir curarle. Es un sistema seductor, pero que pudiera inducir á emplear remedios demasiado enérgicos.

En resumen, nuestro sistema parece el mejor, aun cuando no impele tanto á hacer investigaciones y descubrimientos. No comprendemos de cuánto somos deudores á hombres como Hunter, Jenner, Simpson y Lister; sin embargo, en lo concerniente á nuestra salud, por lo general, podemos hacer más por nosotros mismos que los mayores doctores.

Pero si todo el mundo está conforme acerca de los beneficios de la salud, hay muchas personas que no quieren atenerse á las precauciones sencillas y someterse á los ligeros

sacrificios necesarios para conservarla. Muchos arruinan su salud con ligereza, y corren el riesgo de una muerte prematura ó de una vejez achacosa.

No cabe duda de que algunas constituciones jamás conocerán la salud. Pope habla de su existencia como de una larga enfermedad, y muchos tienen derecho á decir: «Sufro, luego existo.» Por fortuna esos casos son raros. La mayoría de nosotros estaríamos bien, si quisiéramos estarlo. A menudo, enfermamos por culpa propia; hacemos lo que no deberíamos, y no hacemos lo que debíamos hacer; y luego nos causa extrañeza el estar enfermos.

Lo mismo que Naamán, contamos con alguna intervención milagrosa y descuidamos las precauciones elementales que podrían curarnos.

Todos sabemos que nos podemos poner enfermos, pero muy pocos de nosotros se dan cuenta de todo lo que puede hacerse para conservar la salud. Se ha observado que en el antiguo Egipto, el principal objeto de la vida era ser enterrado con esmero. También viven ahora muchas personas como si ese fuera el propósito de su existencia.

Me pregunto si estarán suficientemente impresos los principios de la higiene en los espíritus jóvenes, al entrar en la vida. Y no es que sea

deseable otorgar importancia á las menores miserias, engolfarse en la lectura de obras de medicina ó experimentar remedios en sí mismo; lejos de eso, cuanto menos imaginemos estar enfermos y menos nos atormentemos por nuestras más leves dolencias, mejor conservaremos nuestra salud.

Otra cosa es, sin embargo, estudiar las condiciones generales de una buena higiene. Un proverbio muy conocido nos dice que hacia la edad de cuarenta años «todo el mundo es loco ó médico»; por desgracia, hay muchas personas que á los cuarenta años son á la vez médicos y enfermos.

Eso no obstante, una mala salud no excusa de tener un humor melancólico. Si tenemos una enfermedad, felicitémonos á lo menos de que estamos libres de todas las demás. Sidney Smith, que siempre estaba dispuesto á ver las cosas por el lado bueno, escribió á un amigo, un día que era presa de atroces sufrimientos, «que tenía gota, asma y otras siete enfermedades; pero que, aparte de eso, estaba perfectamente bien». Muchos enfermos, y hasta de los más enfermos, han soportado sus males con mucha alegría y serenidad.

Se refiere que el célebre filósofo Campanella podía abstraerse de los dolores físicos hasta el punto de so-

portar el tormento sin sufrir mucho. Cualquiera que tenga el poder de reconcentrar la atención y regir su voluntad es capaz de eximirse de casi todas las pequeñas miserias de la vida. Pueden abrumarle numerosos cuidados, ser presa su cuerpo de los más crueles sufrimientos y permanecer sereno y tranquilo su espíritu; de esta suerte le es posible triunfar de sus preocupaciones y hasta del dolor físico.

Pero mucha gente ha sufrido sin necesidad, y se han sacrificado útiles vidas por ignorancia y por falta de cuidarse. No podemos menos de creer que á ciertas personas les hubiera bastado someterse á precauciones elementales para prolongar su existencia.

Fijándonos tan sólo en los músicos, ¡qué dolorosa pérdida para el mundo la muerte de Pergolesse á los veintiséis años, la de Schubert á los treinta y uno, la de Mozart á los treinta y cinco, la de Purcell á los treinta y siete, la de Mendelssohn á los treinta y ocho!

Según el antiguo mito griego, la vida de Meleagro estaba indisolublemente ligada por el destino á la existencia de cierto tronco de madera: en tanto que ese tronco fué guardado en sitio seguro por su madre Altea, Meleagro disfrutó de una salud milagrosa. Parece prodigioso que no sepamos velar con tanta

atención por nuestro cuerpo, puesto que de su salud depende en gran parte nuestra felicidad.

Las condiciones requeridas para tener buena salud son muy sencillas: regularidad en las costumbres, ejercicio cotidiano, limpieza, moderación en todas las cosas (lo mismo en comer que en beber); con estas condiciones, la mayoría de los hombres estarían bien de salud.

Es inútil extenderse acerca de los inconvenientes de la bebida; pero quizá es raro darse cuenta de los padecimientos y enfermedades que acarrea el exceso en la alimentación. La dispepsia, por ejemplo, esta dolencia tan general, las nueve décimas partes de las veces resulta de imprudencia nuestra; procede de una alimentación demasiado abundante, combinada con la falta de ejercicio. «Para vivir mucho, comer poco» dice un antiguo refrán. Vivir con sencillez y no ocuparse más que de cosas elevadas es, en general, un medio seguro de estar bueno; poco importa que un hombre coma una cosa ú otra, con tal de que no coma demasiado.

«Id entonces á vuestros banquetes; pero usad de los placeres que os ofrecen, de manera que os levantéis de la mesa teniendo aún apetito.» (Herrick.)

Mr. Gladstone nos ha contado que la magnífica salud que disfruta

proviene en gran parte de que desde su juventud aprendió y ha practicado de una manera absoluta aquella máxima fisiológica de que «es preciso mascar veinticinco veces cada bocado de carne». Sin embargo, la regla de comer y beber con moderación, tan sencilla en teoría, no es tan sencilla en la práctica. Muchos Esaús han vendido su derecho á la salud por un plato de lentejas.

Una idea que parece paradójica, á pesar de ser ciertamente exacta, es que en su larga vida el hombre moderado encontrará más goces en el comer y beber que el glotón ó el borracho; éstos no saben lo que es disfrutar «el sabor exquisito del simple pan sentado.» (Hamerton.)

Aun considerando nada más que el goce de comer y beber, todavía es verdadera la regla. Se goza más con un poco de pan y queso, después de un buen paseo, que con un banquete del alcalde de Londres. Sin desear, como Apicio, tener cuello de cigüeña para recrearse más tiempo en la comida, no debemos ser ingratos para con los placeres de la mesa, aun cuando se cuentan entre los goces menos estéticos. No cabe duda de que son sencillos, pero son goces que se renuevan mañana, tarde y noche, y no son menos reales por referirse al cuerpo más bien que al alma.

Hay razón para hablar de un apetito sano, porque da testimonio de nuestra salud física, y en muchos casos de nuestra salud moral.

«No hay ningún goce sin trabajo, para los mortales.» (Shakespeare.)

Esta sentencia es verdadera, sobre todo en lo que atañe al apetito; sentarse ante unos manjares sencillísimos, con un amigo, después de un paseo por los montes ó á orillas del mar, no es de seguro un placer insignificante.

La alegría y el buen humor durante las comidas no sólo son gratos por sí mismos, sino que contribuyen mucho á sostener la salud.

Dícese que el hambre es el mejor de los condimentos; en un festín, lo mayoría de las gentes prefieren algunas buenas anécdotas á un buen apetito. ¿Quién no querría que de él dijese lo que Rosalina decía de Biron? (Shakespeare, *Penas de amor perdidas*):

«Jamás he pasado una hora de conversación más agradable, con un hombre de más regocijado humor, que no se aparta un punto de los límites de una alegría decente.»

En los tres grandes *Banquetes* de Platón, de Jenefonte y de Plutarco, ni siquiera se mencionan los manjares.

«¿Qué es un hombre alegre?» — dice un viejo adagio de Lambeth:

«Dejadle hacer lo que puede para entretener á sus convidados con su vino y sus donosas bromas: sin embargo, si su mujer frunce el entrecejo, al momento se le acaba la alegría.»

El ingenio y el estro humorístico son en la conversación y en la literatura lo mismo que la sal para el alimento. «No esperéis — ha dicho un divertido escritor del *Cornhill Magazine* — encontrar regocijo humorístico en Tomás de Kempis ó en los Profetas hebreos.» En cuanto á nosotros, tenemos la autoridad de Salomón, quien dice que hay un tiempo para reir y un tiempo para llorar.

«Leer una buena comedia es frecuentar la mejor sociedad, escuchar conversaciones interesantísimas y asistir á los sucesos más divertidos.» (Hazlitt.)

No carece de motivo el que cada cual sea sensible á la acusación de no comprender una broma.

La risa parece ser prerrogativa del hombre. Los animales mejor dotados dan pruebas de raciocinio innegable, pero es muy dudoso que puedan apreciar un chiste.

Sin embargo, un rasgo de ingenio ha resuelto muchas dificultades y puesto término á muchas controversias.

«Una chanzoneta persuade á menudo y corta el nudo de la dificultad,

allí donde habrían fracasado razones más graves.» (Francis.)

«Una canción sin pretensiones—dice Walpole—con un poco de galimatías por aquí ó por allá, no es indigna de un monarca.» Pero es difícil comprender que Jacobo I haya considerado el talento de hacer equívocos como un título para el episcopado ó la dignidad de consejero privado.

«Son días perdidos aquellos en que no se ha reído»—dice Chamfort.

La risa, para tener valor, debe ser espontánea. «No podéis obligar á la gente á reirse, no podéis probarles que se deben reir; tienen que reir espontáneamente ó no reir... Si comprendemos que no debemos reirnos, entonces nos entra mayor tentación de risa.» (Harlitt.) La alegría es contagiosa. Un hombre de chispa puede decir lo que Falstaff decía de sí mismo: «No sólo soy naturalmente ingenioso, sino que hago nacer el ingenio en los demás.»

En esta ocasión, puede parafrasearse la tan conocida observación acerca del vino de Porto, y decir que hay chistes unos mejores que otros, pero que todo cuanto nos hace reir es bueno. «Después de todo—dice Dryden—es de cierto buena cosa eso de reirse; y si el cosquilleo de una paja puede hacer reir á un hombre, contribuye á su felicidad y puedo añadir que á su salud.

Se me ha dicho que al privarme del placer de fumar, había desconocido uno de los más grandes goces de la vida. No siendo fumador, acaso no soy competente para juzgar de ello; esto depende mucho del temperamento individual. Es evidente que el hábito de fumar parece ser un gran alivio para ciertas naturalezas nerviosas; pero en cuanto á mí, dudo que, como regla general, aumente mucho los placeres de la vida. En todo caso, quita algo de delicadeza al paladar y al olfato.

Los habitantes de las ciudades deben tener por principio que el tiempo que se pasa fuera de ellas jamás se pierde. El aire libre es un cordial de maravillosas virtudes. Las familias antiguas son esencialmente provincianas y no ciudadanas; y los que prefieren Homero, Platón y Shakespeare á la caza de liebres, perdices y zorros deben tener cuidado de no verse impelidos á descuidar una de las más imperiosas necesidades de la naturaleza.

Sin embargo, la mayoría de los ingleses aman el aire libre; y es probable que la mayor parte de nosotros goza más en una partida de *cricket* ó de *golf* que mirando los viejos maestros de la pintura. La afición á los ejercicios violentos es el signo característico del pueblo inglés. A ejemplo de Guillermo el Rojo, los ingleses «aman al cier-

vo como si hubiera sido su padre».

Un viajero oriental, habiendo asistido á una partida de *cricket* quedó asombradísimo al oír decir que varios de los jugadores eran ricos, y preguntó por qué no pagaban á algún menesteroso para que hiciese la faena en vez de ellos.

Wordsworth tenía por norma salir todos los días, y con frecuencia afirmaba «que no habiendo consultado jamás el tiempo, nunca había tenido que consultar á los médicos».

Cuando se mira por la ventana qué tiempo hace, siempre parece que llueve con mucha más fuerza que en realidad es. Hasta en invierno, aunque el paisaje parezca muchas veces triste y desnudo si se mira desde junto á la chimenea, vale mucho más salir aun á riesgo de arrostrar una tempestad; al exterior, el contacto de la tierra y el soplo del aire fresco nos dan nueva vida y verdor nuevo. Los hombres, como los árboles, viven en gran parte de aire puro.

Después de un galope en las dunas, de una regata á remo en el río, de un viaje por mar, de un paseo por la playa ó por los bosques, «azul el cielo, musical el aire, florida la tierra» (Trench), nos sentimos dispuestos á decir como Enrique IV: «Estoy tan fuerte como el Puente-Nuevo.»

El proverbio romano que pretende que nunca se le enseñe al niño sino lo que pueda aprender de pie, no cabe duda de que es exagerado; pero incurrimos de seguro en otro extremo cuando obramos como si los juegos fuesen la única cosa que los niños pueden aprender valiéndose de las piernas.

El amor al juego en los muchachos es en verdad un instinto saludable. Aun cuando se lleva hasta el exceso en algunas de nuestras grandes escuelas, es lo cierto que el *cricket*, el *foot-ball*, el bogar, el juego de pelota con cayado, los baños de mar y la caza de pajaritos no sólo se cuentan entre los placeres más intensos, sino también entre los más tonificantes.

No siempre podemos estar seguros de dormir. Cuando tenemos que tomar graves determinaciones, la preocupación natural de llegar á la mejor solución posible nos mantiene despiertos. Nada es tan favorable para un sueño reparador como tomar el aire; entonces podemos verdaderamente gozar de la vivificante frescura de las primeras horas de la mañana, «este llamamiento que exhala la perfumada brisa de la aurora.» (Gray.)

«Por la mañana alisa el mirlo sus alas de azabache, la alborada inspira al pardillo sus más dulces cantos; cuando aparece, todas las

criaturas de la naturaleza sienten renacer las fuentes de la vida, con el renacimiento de la vida.» (Scott.)

Epicteto se definió á sí mismo como «un espíritu que arrastra un cadáver». Me parece esto una ingratitud. Si, debemos mimar á nuestro cuerpo, aun cuando sólo sea un humilde y pobre compañero. ¿No debemos á los ojos el espectáculo de las bellezas naturales, del esplendor del cielo; á los oídos el escuchar la voz de los amigos, el goce de la música? ¿No son las manos los más preciosos y seguros instrumentos, siempre puestos en caso de necesidad, siempre sumisos á nuestros deseos? Los mismos pies ¿no nos llevan sin murmurar á lo largo de los más ásperos y pedregosos senderos de la vida?

Con cuidados razonables, la mayoría de nosotros pudiera prometerse gozar de buena salud. Y, sin embargo, ¡qué maravilloso y complejo organismo es el nuestro!

La máquina humana es á la vez admirable y verdaderamente espantosa en su estructura. «Es extraño que un arpa de mil cuerdas pueda estar bien templada tanto tiempo.»

Cuando consideramos la maravillosa complejidad de nuestra organización física, nuestra vida es un verdadero milagro; y aún más cuando pensamos en los innumerables órganos y en su trabajo que con-

tinúa día tras día, año tras año, con tanta regularidad y tan poco rozamiento, que apenas sentimos que tenemos cuerpo.

Y, sin embargo, en este cuerpo hay más de doscientos huesos, de formas varias y complicadas. Basta la menor irregularidad en uno de ellos ó el más leve accidente para dificultar por grave modo nuestros movimientos.

Tenemos algunos más de quinientos músculos; cada uno de ellos se nutre por incalculable número de vasos sanguíneos y se pone en movimiento mediante nervios. Uno de nuestros músculos, el corazón, palpita más de treinta millones de veces en un año; y si se detiene un instante, hemos concluido para siempre.

Hay también en la piel órganos maravillosamente varios y complicados; por ejemplo, más de dos millones de glándulas de transpiración que regulan la temperatura del cuerpo, comunicando con la superficie exterior por conductos que suman una longitud total de unos quince kilómetros.

Pensad en la longitud de las arterias, de las venas, de los vasos capilares y de los nervios; en la sangre, con sus millones y millones de glóbulos, que son cada uno en sí mismo un microcosmos.

Considerad también los órganos de los sentidos; el ojo, con su cór-

nea y su cristalino, sus humores vítreo y acuoso, y su coroides que llega á reunirse con la retina no más gruesa que una hojita de papel; y consistente, sin embargo, en nueve capas distintas, compuesta la última de bastoncillos y de conos que se supone ser los inmediatos recipientes de las ondulaciones de la luz, y tan numerosos en cada ojo, que se estima haber en él más de treinta millones de bastoncillos.

El mismo cerebro es aún más maravilloso. Meinert ha calculado que sólo la materia gris contiene lo menos seiscientos millones de células; cada célula se compone de

varios millares de moléculas visibles, y cada una de estas moléculas de varios millones de átomos.

Pues bien; con cuidados razonables, la mayoría de nosotros puede conservar este maravilloso organismo en estado de buena salud, de modo que funcione sin causarnos dolores ni aun molestias durante muchos años.

Podemos esperar que «cuando venga la vejez, el tiempo pondrá suavemente su mano sobre nuestro corazón sin herirlo, como el arpista que pone abierta la mano sobre el instrumento para amortiguar sus vibraciones».

JOHN LUBBOCK.

DE DONDE VIENE EL MAL

Un ermitaño vivía en el bosque, sin miedo á las alimañas. El ermitaño y las alimañas charlaban juntos y se comprendían.

Una vez habíase tumbado el ermitaño debajo de un árbol; allí se habían reunido también para pasar la noche un grajo, un palomo, un ciervo y una serpiente. Estos animales se pusieron á discutir acerca del origen del mal en el mundo.

El grajo decía:

—El mal viene del hambre. Cuando tienes hambre y comes, empingorotado en una rama y graznando, todo te parece risueño, bueno y regocijado; pero quédate nada más que dos días en ayunas, y ya ni tendrás ánimos para mirar la naturaleza; te sientes agitado, no puedes permanecer quieto en un sitio, no tienes un instante de sosiego; que se presente á tu vista un pedazo de carne, y aún algo peor, y te echas

encima sin reflexionar. Ya pueden darte estacazos, tirarte piedras; ya pueden ladrarte perros y lobos: no sueltas la tajada. ¡A cuántos de nosotros les ha muerto así el hambre! Todo el mal viene del hambre.

El palomo decía:

—Para mí, no es del hambre de donde viene el mal; todo el mal viene del amor. Si viviésemos aislados, no tendríamos tanto que sufrir, ó, por lo menos, sufriríamos solos; al paso que vivimos en parejas y amas tanto á tu compañera, que ya no tienes reposo, no piensas más que en ella: «¿Ha comido? ¿Está bastante abrigada?» Y en cuanto se aleja un poco de su amigo, entonces te sientes perdido enteramente; no te deja sosegar la idea de que se la ha llevado un azor ó que los hombres la han cogido. Y te echas en su busca y caes también en el lazo, ya en las garras de un gavián, ya en las mallas de una red. Y si tu

compañera se ha perdido, ya no comes, ya no bebes, ya no haces más que buscar y llorar. ¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía:

—No; el mal no viene del hambre ni del amor, sino de la perversidad. Si viviésemos tranquilos, si no anduviéramos buscándole tres pies al gato, entonces todo iría bien. Al paso que, si se hace una cosa contra tu antojo, te arrebatas y todo te ofusca; no piensas más que en descargar tu cólera contra alguien; y entonces, como loco, no haces más que silbar y retorcerte y tratar de morder á alguno. Y no tienes piedad de nadie; morderías á tu padre y á tu madre; te comerías á ti mismo; y tu furor acaba por perderte. Todo el mal viene de la perversidad.

El ciervo decía:

—No; de la perversidad, ni del amor, ni del hambre no viene todo el mal, sino del miedo. Si pudiera no tenerse miedo, todo iría bien. Nuestros pies son veloces para la carrera, y nosotros somos vigorosos. Podemos defendernos á corna-

das de un animal pequeño; de uno grande podemos huir; pero no se puede dejar de tener miedo. Que chasque una rama en la selva, que se mueva una hoja, y de pronto tiemblas de terror; te empieza á latir el corazón como si se te fuese á saltar fuera del pecho, y te pones á volar como una flecha. Otras veces, es una liebre que pasa, un pájaro que agita las alas, ó una brizna que cae; ya te ves perseguido por una fiera, y corres hacia el peligro. Ahora, por evitar á un perro, caes sobre un cazador; ahora, lleno de miedo, corres sin saber á dónde, das un brinco, y ruedas por un despeñadero donde encuentras la muerte. No duermes sino con un ojo cerrado y el otro abierto, siempre alerta, siempre despavorido, nunca en paz. Todo el mal viene del miedo.

Entonces el ermitaño dijo:

—No es del hambre, ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo de donde proceden todas nuestras desventuras. De nuestra propia naturaleza es de donde viene el mal; puesto que ella es quien engendra el hambre y el amor, la perversidad y el miedo.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

Probation system.—Casas de reforma.

Me he detenido hablando de la deportación (1), tal vez más delo preciso, para mostrar cuán exagerados son los adversarios de la antropología criminal, que quieren atribuir á los medios y nada más que á los medios el origen de todos los delitos. Aquí han cambiado por completo los medios, pero persiste el crimen y hasta se agrava; y los remedios son peores que la enfermedad.

¿Debe rechazarse por eso toda terapéutica del delito? Muy por el contrario. Verdad es que no hay muchos remedios para los criminales natos. Por lo tanto hay que secuestrarlos para siempre en las casas de incorregibles ó suprimirlos por medio del patíbulo, cuando su incorregibilidad los hace demasiado peligrosos y puede arrastrarles á

sembrar varias veces la muerte en las filas de las personas honradas.

Pero si aún son jóvenes, hasta en el caso de ser criminales congénitos, todavía pueden tomarse muchas medidas. Hay, entre otras, la canalización de sus inclinaciones por algún oficio que satisfaga su pasión y haga menos peligrosos sus resultados, por ejemplo, la carnicería para los sanguinarios, el estado militar (que con suma frecuencia es una carnicería oficial), el circo para los atléticos, la prostitución para las mujeres lascivas. He aquí el único medio preventivo.

Pero medios preventivos menos radicales los hay á montones para los delincuentes de ocasión, para los criminaloides, sobre todo para las mujeres. Para éstos es una institución excelente la del *probation system* usado en los Estados Uni-

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, del mes de Marzo.

dos, más que nada para los delincuentes jóvenes (1).

Un criminal joven y no recidivista no va á prisión, sino que el juez dicta una sentencia contra él en virtud de la cual, á la primera recidiva, se le manda á una casa de corrección, y, entre tanto, queda bajo la vigilancia de un agente especial.

«Una sentencia de esta naturaleza da al *State agent* derecho á vigilar al joven delincuente durante el tiempo prefijado. Si ve que no recibe por parte de su familia una educación conveniente y no se le vigila allí lo necesario, gestiona su ingreso en una casa de educación para los jóvenes moralmente abandonados. Si acontece que el joven delincuente vuelve á delinquir, el *State agent* le presenta de nuevo ante el tribunal para obtener un fallo que le envíe á un establecimiento correccional.

»El sistema que acaba de describirse ha producido excelentes resultados; los delincuentes jóvenes han desaparecido casi por completo de las prisiones del Estado de Massachusetts, y ha podido comprobarse que en la mayoría de los casos basta poner el joven culpable, durante cierto tiempo, bajo la rigurosa

vigilancia del *State agent*, y dejar suspensa sobre su cabeza la espada de Damocles del envío á una casa de corrección, para volverle al buen camino.»

Los resultados obtenidos por la aplicación del *Probation-system* á los reos jóvenes, han inspirado la idea de ampliar el sistema hasta á los delincuentes adultos; esta idea ha encontrado desarrollo en una ley de 1878 que instituye, á título de ensayo y sólo para la ciudad de Boston, un funcionario especial y con sueldo, con el título de *Probation-officer*. «Tiene el deber de averiguar la conducta de todos los individuos perseguidos por delitos ante los tribunales criminales de Boston, y con ayuda de los informes que recoge establecer quiénes son los que puede esperarse que se enmienden sin hacerles cumplir una pena. Después tiene el deber de asistir á los juicios de los procesos de todos aquellos para quienes no le parece necesaria ni aun útil una represión penal; y luego de dar á conocer el resultado de su indagatoria, en la que ha debido averiguar sobre todo si hubo alguna condena anterior, pide que el reo quede libre, en situación de prueba (*on probation*).

»Si el tribunal acepta esta proposición, el culpable permanece en situación de prueba por espacio de

(1) *Aschrott Sammlung gemein der Städticher Vorlage*, 1888.

dos á doce meses, según los casos, y en las condiciones que el tribunal juzgue convenientes con arreglo á las circunstancias. La práctica usual es como sigue: el *Probation-officer* adquiere el compromiso formal de que el delincuente cumpla las condiciones que se le imponen. El *Probation-officer*, que tiene la categoría de empleado superior de la policía, adquiere así hasta que expire el tiempo de prueba el derecho de hacer detener en cualquier momento en que lo juzgue oportuno, con anuencia del presidente de la policía, al delincuente que ha sido puesto en libertad y presentarle al tribunal para la imposición de la pena, que sólo está en suspenso el pronunciar. Después que expira el tiempo de prueba, el *Probation-officer* pide que el individuo que la ha cumplido sea descargado de la pena (*discharged*); sin embargo, en ciertos y determinados casos, puede pedir y obtener que se prolongue el período de prueba fijado primitivamente. Mientras dura el tiempo de prueba, el individuo en cuestión debe dirigir al *Probation-officer* todas las comunicaciones orales ó escritas que éste le exija y ejecutar todas las órdenes de dicho funcionario. Este último, en la medida de lo posible, debe estar al corriente por medio de visitas personales acerca de la situación y condiciones del sujeto

puesto á prueba; los empleados de la policía tienen para ello órdenes formales de ayudar al *Probation-officer*.»

Este sistema es análogo al creado en Inglaterra por la ley de 8 de Agosto de 1887, con el título de *Probation of first offenders act*.

El número de los individuos á quienes se ha dejado libres en situación de prueba en la ciudad de Boston durante el período de 1879 á 1883, ha sido de 2.803; de los cuales 223 que no habían salido favorablemente de la prueba tuvieron que ser llevados de nuevo á los tribunales para imponerles penalidad, y 44 se fugaron sin poder ser detenidos después. Los principales delitos tras de los cuales han sido dejados libres en situación de prueba los delincuentes fueron éstos: embriaguez, llamamiento nocturno por las prostitutas, robos de poca importancia, escándalo injurioso y violencias de hecho.

En 1888, de 244 personas dejadas en situación de prueba (137 por embriaguez, 25 por riñas, 18 por robo, 13 por escándalo), se comprometieron 230 á enmendarse.

Sin duda, muchos de esos compromisos no fueron cumplidos, pero, sin embargo, produjeron verdaderos efectos. El agente declara que cerca del 95 por 100 de las personas puestas bajo su vigilancia el año

anterior se han conducido bien y las han absuelto definitivamente; 13 personas reconocidas como incorregibles han sido condenadas á sufrir su pena.

Ha sido tan concluyente la experiencia de este sistema, que una ley de 1880 ha extendido su aplicación á todo el Estado de Massachusetts, autorizando á cada ciudad ó municipio para nombrar un *Probation-officer* con las atribuciones enumeradas en la ley de 1878, ó para confiar estas atribuciones á un empleado de la policía.

Desde que se ha puesto en vigor esta ley, en 1886 (1), de 121 individuos puestos á prueba (*on probation*), 58 han quedado en libertad definitiva, después de cumplir de un modo satisfactorio las condiciones de su condena condicional, 53 se hallan aún en el período de prueba, 9 han sido detenidos otra vez y llevados ante los jueces, y uno se ha escapado.

Sin embargo, en 329 casos de otro distrito, el de Borbury (165 por embriaguez, 58 por robo, 12 por supresión de hijos), 46 han sido condenados otras veces más.

En 809 casos del distrito de Suffolk, 31 fueron condenados, 12 huyeron, 306 se comprometieron, 44 se emplearon.

(1) Congreso de San Petersburgo, 1891.

Esta gran variabilidad sólo puede depender de la aptitud más ó menos grande del agente. Así, pues, la medida es buena; pero dependerá demasiado de la habilidad del personal que haya de aplicarla, y siempre cuando se limite á los criminales de ocasión.

Elmira-reformatory. — Pero el esfuerzo más poderoso intentado en estos últimos tiempos para la reforma individual de la juventud, es la casa de reforma de *Elmira*.

Este célebre establecimiento correccional, que ha servido de modelo á tantas penitenciarias proyectadas ó en construcción en Massachusetts, Pensylvania, Ohio, Minnesota, Kansas, Texas, California, etc., y que ha motivado tantas reformas en los sistemas penitenciarios de casi todos los Estados de la Unión, ha sido admirablemente descrito por M. Dubois en la *Revue pénitentiaire* de 1890, páginas 186 á 192, y en dos publicaciones especiales hechas por Wynter y por Wey (1).

Es una gran casa correccional, destinada á recibir á los individuos de diez y seis á treinta años, con-

(1) *The Elmira Reformatory*, por Alejandro Wynter; 15.º Informe del Consejo de Administración de Elmira, para el año que concluye en 30 de Setiembre de 1890. — *Physical and Industrial Training of Criminal*, by H. Wey, physician to the Elmira, 1888, New-York.

denados por vez primera. Construyóse en 1876 y costó 1.885.565 dólares (*dollars*).

Su superficie es de 280 *acres* (unas 150 hectáreas), una parte de la cual está dispuesta para la agricultura y cultivada por los mismos detenidos.

Administran este establecimiento cinco caballeros (*gentlemen*) nombrados por el gobierno del Estado.

Organización de la institución.— El concepto del fundador, M. Brockway, que declara haber tomado sus ideas de mi *Uomo delinquente*, es: que la introducción de las penas indeterminadas ó ilimitadas (á lo menos hasta el máximo fijado por la ley para infracción) es necesaria para establecer un sistema moral, lógico y eficaz; que no basta separar los delincuentes por hábito de los delincuentes por accidente, los pasionales de los instintivos; sino que es preciso aplicar á cada uno el tratamiento que conviene á su naturaleza, lo mismo que en un hospital se trata á cada enfermo de un modo particular. Este tratamiento debe consistir: en lo físico, en el desarrollo del sistema muscular, chorros, amasamiento, gimnasia, buena dietética; en lo moral, en el robustecimiento de la voluntad, constituyendo al detenido en su propio dueño y en causa de su vuelta al estado libre. Se le concede esta

libertad (*on parole*) en cuanto se muestra enmendado y capaz de bastarse á sí mismo.

El preso recibe un baño de limpieza al ingresar, y se le viste con el uniforme del instituto.

Después se le fotografía, se le registra, le visita el médico y se le vacuna.

Durante dos días permanece encerrado en una celda para que reflexione acerca de su delito y se prepare á la reforma.

El tercer día se le lleva al intendente, quien hace todas las indagaciones necesarias acerca de su temperamento, inteligencia y carácter, con el fin de aplicarle el más oportuno método de tratamiento.

Los presos se clasifican en tres categorías:

La primera comprende los buenos. En la segunda están los medianos, ó los que están *ad experimentum*.

Y la tercera la forman los perversos y los difícilmente corregibles.

Con este objeto hay nueve notas distintas para cada individuo, á saber:

Tres notas de conducta;
Tres notas de trabajo,
Y tres notas de progreso en la escuela.

El preso que obtiene nueve notas cada mes, durante medio año,

logra la promoción á la primera categoría y puede obtener la libertad.

De 943 detenidos que en Octubre de 1889 había en el instituto, 723 alcanzaron la primera categoría, 209 estaban en la segunda, y sólo 11 permanecían en la tercera.

El tribunal que ha sentenciado remite al mismo tiempo al instituto una nota acerca de la naturaleza del delito, con la aplicación de la pena máxima establecida por la ley.

Los antecedentes del detenido y los de sus padres, así como la naturaleza del delito cometido, se registran fielmente en libros especiales, de modo que haya siempre un diagnóstico completo de la condición física, intelectual y moral del preso y de su familia.

Después el intendente coloca al detenido, exclusivamente en interés de éste, en una clase de escuela normal ó técnica, en un departamento industrial, para habituarle á un oficio conforme á su instrucción y á su constitución física; le hace conocer al mismo tiempo sus deberes, así como los derechos y los privilegios del instituto, y las condiciones bajo las cuales puede rehabilitarse y obtener la libertad.

Aprendizaje.—Lo primero de que se preocupa la dirección es de poner en manos del preso un oficio que le permita ganar honradamente

la vida cuando se le ponga en libertad. La estadística demuestra que más del 75 por 100 de los penados no tienen oficio, y que el 94 por 100 de los delitos se cometen contra la propiedad. Por eso se preocupa poco de los beneficios que deje al establecimiento. Lo que se tiene en cuenta, ante todo, son las ulteriores ventajas que la sociedad ha de obtener con que entre en la vida laboriosa. Elige con escrupuloso cuidado la profesión para la cual tenga más aptitud y que se ejerza en el país donde piense establecerse, ó tenga sus padres.

En lo que concierne á la aplicación al trabajo, el contraamaestre entrega todos los días á cada preso, en su taller, un certificado de la suma de trabajo que ha realizado; el mismo M. Brockway determina al comienzo de cada mes, teniendo en cuenta las fuerzas físicas y el conjunto de aptitudes de cada detenido, la suma de trabajo que debe suministrar cada mes para obtener la cifra máxima de puntos. El número de ramas de la industria explotadas en el establecimiento es bastante grande; y en el reparto de los detenidos entre esas diversas ramas, tiénese particularmente en cuenta sus ocupaciones anteriores y las probabilidades que podrán tener de encontrar ocupación en tal ó cual clase de trabajo, cuando

quede en libertad. El tiempo durante el cual debe trabajar el preso, es de ocho á nueve horas diarias; el sistema de trabajo adoptado es, aparte de los trabajos para las necesidades del establecimiento, el del *piece prize system*.

La enseñanza escolar, que es objeto de grandes cuidados en el *Reformatory*, comprende tanto la instrucción general como el aprendizaje de un oficio.

Como objeto de instrucción general, no sólo se dan los elementos de la lectura, escritura y del cálculo, sino que también la historia y la geografía nacionales, los principios generales de la ciencia del derecho y de la economía política. Pártese del punto de vista de que no basta proporcionar al detenido cierta suma de conocimientos y aptitudes positivas, que le pongan en estado de ganarse honradamente la vida al ponerle en libertad, sino que es preciso también darle una intuición muy clara de las condiciones de existencia del país á que pertenecen y de sus deberes para con ese país. Importa menos hacerle un hombre muy instruído que un buen ciudadano, puesto en condiciones de trabajar para el bien común de la nación. Partiendo de este punto de vista, se ha trazado el programa de enseñanza en las clases superiores (hay en el *Reforma-*

tory de Elmira una escala de clases análoga á la de nuestras escuelas), de modo que el mismo detenido comprenda el interés que tiene en continuar instruyéndose. Por ejemplo, en lo que atañe á la enseñanza de la historia, el profesor se limita á dar una ojeada de conjunto al período histórico que considere, y en seguida indica los libros en que pueden adquirirse detalles ampliados. Esos libros, que se encuentran en la excelente biblioteca del establecimiento, se entregan á los detenidos obligándoles á leer ciertos pasajes y resumirlos por escrito ó analizarlos de viva voz.

La emulación de los detenidos, en este orden de trabajos, estimúlase además por un medio enteramente original. Cada semana aparece en Elmira, con el título de *Summary*, un periódico escrito nada más que por los reclusos. Este periódico inserta lo primero una revista de los sucesos políticos de la semana, tomados de los mejores diarios americanos; luego vienen informes acerca de la misma vida del establecimiento, sobre todo acerca de las conferencias interesantes que se han dado en el transcurso de la semana, resultados de las pruebas realizadas, promoción, descenso y libertad de los detenidos, etc. Al final se reproducen los trabajos de los detenidos merecedores de cono-

cerse, acompañados á menudo de observaciones especiales hechas por M. Brockway ó por los profesores del establecimiento. Cada recluso recibe un ejemplar de este periódico, que imprimen en la casa los presos. Además, hay abierta suscripción á este periódico; y los suscritores, padres de los reclusos, antiguos reclusos puestos en libertad, amigos, etc., son lo suficiente numerosos para cubrir por completo con sus cuotas de suscripción los gastos del periódico. Esta empresa produjo al principio viva emoción; hoy se aprecia en todas partes como una institución excelente. No sólo sirve para aguijonear en los detenidos el deseo de aprender y el ardor para el trabajo, sino que los mantiene en relaciones con los acontecimientos exteriores, y hace conocer al mismo tiempo á las personas de afuera, en particular á los parientes de los presos, la vida que se lleva en la casa. El ejemplo de Elmira ha provocado la creación de periódicos especiales en otros establecimientos del mismo género.

Aparte de la enseñanza de las materias de instrucción general, los detenidos, según más atrás hemos visto, reciben una enseñanza profesional. Para los más diversos oficios, se han organizado cursos en los cuales toman parte los presos, con mucho interés y muy buen éxi-

to. Esta enseñanza la dan de noche los patrones de Elmira, mediante una ligera retribución. El detenido tiene cada semana dos cursos profesionales; dos noches se consagran á la enseñanza escolar; le quedan, pues, al detenido dos noches y el domingo entero para preparar sus tareas escolares. Asombra ver con qué celo realizan los reclusos este trabajo preparatorio.

El paso á la primera clase, independientemente del disfrute de celdas mejores, trae consigo ciertas ventajas, en particular desde el punto de vista de la correspondencia epistolar, de la recepción de visitas y del número de libros de la biblioteca puestos á su disposición. Además, á los detenidos de la primera clase se les conceden cierta suavidad de régimen y comen en mesa redonda, mientras que los de las otras clases comen en sus celdas. Por último, los detenidos de la primera clase que llevan un traje especial diferente del de los otros reclusos, están autorizados para pasearse juntos por el patio y se les emplea en comisiones de confianza, en particular de la vigilancia de los otros detenidos.

Así como los presos pueden subir de categoría con sus buenas notas, de igual modo pueden perderla por negligencia suya, mala conducta ó mal trabajo. En estos casos descien-

den á la tercera categoría, y para recobrar la libertad tiene que someterse á un trabajo más prolongado y más duro.

De propósito se expone así á los detenidos de la primera clase á tentaciones de diversa naturaleza. Sólo cuando han pasado por ellas durante seis meses, es cuando Mr. Brockway propone al consejo de administración que se les ponga en libertad provisional. No cabe duda de que el consejo tiene derecho á rechazar esta propuesta por motivos especiales, á pesar de la buena conducta del detenido, especialmente cuando juzga que la gravedad del delito cometido haría peligroso el ponerle tan pronto en libertad; pero, de hecho, siempre autoriza á Mr. Brockway á que así lo haga. Sin embargo, no se concede la libertad hasta que Mr. Brockway está convencido de que libre el preso encontrará una ocupación duradera que le conveniga. Si el detenido no la encuentra por sí mismo ó por medio de sus amigos, Mr. Brockway se encarga de proporcionársela; y hasta ahora, según asegura, jamás le ha sido difícil encontrar colocación conveniente para un detenido recomendado por él.

El individuo puesto en libertad provisional debe, por lo menos durante seis meses, justificar su buena conducta en la forma que considere

Mr. Brockway más práctica según los casos; por ejemplo, presentando un certificado de su principal. Cuando al cabo de los seis meses está convencido Mr. Brockway de que el delincuente puesto en libertad debe considerarse de hecho como corregido, propone al consejo de administración que declare cumplida la pena y devuelva por completo la libertad al penado. Si aún no ha adquirido este convencimiento, se prolonga el período de prueba de la libertad provisional. Mientras dura, Mr. Brockway tiene derecho á hacer que vuelva al establecimiento el individuo que está libre, si teme que dejándole en libertad vuelva al mal camino. El individuo torna á descender entonces á la segunda clase, y se le trata de la misma manera que cuando ingresó.

La libertad de los penados del Instituto sólo es condicional, es decir bajo *palabra* (de honor), y no reciben la libertad definitiva sino después de un año de buena conducta.

Durante los seis primeros meses de libertad, el delincuente está obligado á presentar todos los meses en el Instituto una declaración de buena conducta, expedida por una autoridad.

Los detenidos puestos en libertad bajo palabra están de continuo bajo la vigilancia é inspección del oficial

de *transfert*; si su conducta no es satisfactoria, se les detiene de nuevo y vuelven al instituto.

«El número total de individuos que salieron hasta 1883 del establecimiento de Elmira es de 2.295. Desde el punto de vista del tiempo de su estancia en Elmira, antes de ser puestos en libertad, distribúyense así:

Libres á los 12 meses..	202	ó sea	8,9 %
— 13 á 15..	535	—	27,2 »
— 16 á 18..	372	—	16,2 »
— 19 á 24..	369	—	20,4 »
— 25 á 36..	432	—	18,9 »
— más de 36..	225	—	9,1 »

«Según eso, este sistema ha dado prodigiosos resultados: 83,1 por 100 de los puestos en libertad *bajo palabra de honor* han salido enmendados en el espacio de quince años.

»Pero, esta proporción parece muy exagerada cuando se examina en detalle la estadística de 1722 puestos en libertad, cuya estancia media fué de veinte meses:

»156 se fijaron en otros Estados, y por ese motivo quedaron en completa libertad;

»10 han muerto;

»128 tienen aún que dar cuenta de su conducta, por no haber expirado su período de prueba;

»971 han sido puestos en libertad definitiva, después de haber presentado durante seis meses, informes satisfactorios acerca de su conducta;

»185 no han logrado la libertad sino después de expirar la duración máxima de su condena;

»126 no han presentado los certificados exigidos, y se ignora qué ha sido de ellos;

»42 han incurrido en nueva condena durante su período de prueba;

»79 han tenido que ser otra vez reclusos en el establecimiento;

»25 han reingresado de propia voluntad en el establecimiento, porque habían perdido su empleo durante el período de prueba y no podían encontrar ocupación en otra parte.»

Descontando los 10 muertos, quedan 535 individuos que no se han enmendado; lo cual nos da no una proporción del 17, sino del 31 por 100. Por otra parte, es tan superficial la vigilancia que se ejerce sobre los individuos puestos en libertad provisional, que suponiendo que los infractores de la obligación, casi insignificante, de dar cuenta de su conducta han vuelto al camino del crimen, es mucho más probable acercarse á la realidad de los hechos, que presumiendo como lo hace Mr. Brockway que todos cuantos han cumplido esta obligación deban considerarse como enmendados.

Aún hace menos admisible que haya un número demasiado grande de curaciones la siguiente estadística que como hombre concienzudo

nos da él mismo, y que corresponde exactamente á lo que han encontrado los antropólogos criminalistas, demostrándonos cuán numerosos son los criminales congénitos y los hereditarios.

**ESTADÍSTICA BIOGRÁFICA DE ELMIRA
CONCERNIENTE Á LOS PADRES DE LOS
PRESOS.**

Hereditarias.

Por 100.

Locura ó epilepsia de los ascendientes.....	499	13,7
Embriaguez comprobada.....	1.408	38,7
Dudosa.....	403	11,1
Moderados.....	1.825	50,2
Sin educación ninguna.....	405	13,6
Apenas saben leer y escribir..	1.305	38,1
Escuela elemental.....	1.592	43,8
Escuela superior.....	164	4,5

Condiciones pecuniarias.

Pobres.....	173	4,8
Sin ahorro ninguno.....	2.801	77,0
Con recursos.....	662	18,2

Educación é instrucción de los presos.

Sin instrucción ninguna.....	710	19,5
Apenas saben leer.....	1.814	49,9
Escuela elemental común.....	979	26,9
Escuela superior y más.....	133	3,7

Carácter de los presos.

Verdaderamente perverso.....	2.072	56,9
Poco bueno.....	1.439	39,6
Dudoso.....	64	1,8
Bueno.....	61	1,7

Constitución física de los presos.

Débil ó enfermiza.....	200	5,5
Poca salud.....	301	8,3
Buena salud.....	3.125	86,2

Constitución mental de los presos.—Capacidad natural.

Por 100

Inferior á la media.....	73	2,0
Mediana.....	789	21,7
Buena.....	1.508	38,7
Excelente.....	1.366	37,6

Buén sentido.

Sin sentido común.....	1.572	43,2
Con poco sentido común.....	1.040	28,6
Ordinario.....	916	25,2
Muy buen sentido.....	108	3,0

Constitución moral de los presos.—Susceptibilidad para las impresiones morales buenas.

Sin susceptibilidad.....	1.318	36,2
Poco susceptibles.....	1.310	36,1
Susceptibilidad ordinaria.....	851	23,4
Susceptibilidad especial.....	157	4,3

Sentido moral.

Sin sentido moral.....	1.794	49,3
Capaces de algún sentido moral.....	1.112	30,6
Ordinariamente sensitivos.....	553	15,2
Especialmente sensitivos.....	177	4,9

Ocupaciones.

Servicio doméstico.....	376	10,4
Trabajadores comunes.....	1.197	32,6
Obreros mecánicos.....	1.343	36,9
Comerciantes.....	633	17,7

Profesiones.

Legislativas.....	16	} 87 2,4
Médicas.....	36	
Teológicas.....	10	
Docentes.....	25	

Caracteres y relaciones de la vida doméstica.

Maldad.....	1.883	51,8
Probidad (sola).....	1.453	39,9
Bondad.....	300	8,3

Por 100.

Duración de la vida doméstica.

Individuos que han abandonado á su familia antes de los diez años de edad.....	187	6,2
Entre las edades de diez á catorce años.....	126	5,2
Después de los catorce años de edad.....	1.121	30,8
Permanecieron en la casa paterna hasta la perpetración del delito.....	2.102	57,8

Nadie puede ser partidario más ardiente que yo de esta reforma, puesto que juegan aquí mi amor propio y mi pasión por mis teorías. En efecto, el estudio individual somático de cada delincuente, la aplicación de los tratamientos somáticos, la instrucción no teórica, sino práctica é individualizada, no pueden menos de producir algunos resultados hasta en los criminales natos. El empleo ó los recursos que se ponen á disposición de los penados á su salida, deben de ser una traba para la reincidencia en los delitos contra la propiedad. Pero no creo que, para el criminal nato por lo menos, pueda ser la traba sólida y duradera. Pues bien, cuando veo que el 49 por 100 no tienen sentido moral, el 12 por 100 han abandonado la casa paterna antes de la edad paterna ó han nacido de padres epilépticos, el 37 por 100 de padres borrachos y el 56 por 100 no manifiestan remordimiento ninguno, entonces no creo, y aquí es-

toy de acuerdo con M. Tollack (*Penological and preventive principles*, 1889), que puedan enmendarse por completo merced á un tratamiento constituido por el amasamiento y los baños fríos ó calientes, ni aunque por añadidura se dé la más cabal instrucción. Y esto, con tanto mayor motivo, cuanto que no se admiten los niños, que serían corregibles con más facilidad; que los jóvenes están allí mezclados con los adultos, lo cual es un manantial de peligros; y que un número tan grande de admitidos (más de ochocientos) hace difícil un estudio individual profundo. Además, para ser eficaz el tratamiento somático debiera ser mucho más médico y más individualizado de lo que es el de las duchas, la gimnástica y el amasamiento. Por ejemplo, sería preciso ensayar la nuez vómica para los jóvenes alcoholizados ó hijos de alcoholizados, el mercurio y el oro para los hijos de sífilíticos, el tratamiento por el *fósforo* para los débiles de inteligencia, el bromuro, el cobre, etc., para los epilépticos. La gimnasia y los ejercicios militares harán aquí siempre más mal que bien, pues los criminales se harán más ágiles, más fuertes; harto lo son ya, puesto que la agilidad es uno de sus rasgos característicos. Como prueba de su rehabilitación se nos dan también estadísticas muy

limitadas, á decir verdad, en las cuales se ve que, después de este tratamiento, una docena de jóvenes se han vuelto más altos y fuertes, han aumentado de peso y de capacidad pulmonar. Pero lo que falta á los criminales natos, no es el desarrollo físico; antes, por el contrario, según he demostrado, están más predispuestos que los demás al crecimiento precoz. Así lo reza el refrán: *Hierba mala mucho crece*. En lugar de esto, era necesario darnos la prueba del cambio de sentido moral, prueba muy difícil de presentar, salvo en el epistolario. Es verdad que nos dicen que ofrecen un *mínimum* de recidivas, pero sería preciso saber durante cuánto tiempo persisten estos resultados. Por mi parte, sólo creo en ellos en cuanto á los criminaloides y criminales por pasión, á los cuales se les quitan así todas las ocasiones de delinquir. En este momento tengo á la vista un informe de Miss Nighton, donde se habla de dos homicidios perpetrados en ese establecimiento, en que la misma sífilis no es desconocida.

Pero, después de estas críticas, debemos confesar que este ensayo es digno de la libre América y que en Europa nunca se ha intentado un ensayo con tan grandiosas proporciones.

Si Elmira puede criticarse, á lo

menos en parte, ¡cuánto no hay que vituperar á los otros establecimientos de base sentimental!

Por ejemplo, encontramos deplorable el lujo de alimentación que se da en la cárcel de Folsone (pan caliente, té, café, jarabes, dulces, vinos). Esto es un sarcasmo y hasta una incitación al delito para el honrado trabajador que no tiene ni siquiera pan moreno. Esto justifica la ley de Lynch; porque, ¿qué puede esperarse de un trato sólo á propósito para estimular el delito y en el cual sólo parece la pena un premio? Y vemos por Tollack (*op. cit.*) que todos los *Reformatory* de jóvenes, en particular donde éstos se hallan mezclados con los adultos, han dado los peores resultados. Después de quedar libres, incendian sus casas, sus buques; y cuando se les encarcela después, son los peores presos.

¡En el *Reformatory de Concord* (Aschrott) el director autoriza á los detenidos para formar entre sí *clubs* y dar reuniones! Estos *clubs* deben estar dirigidos por presos de primera clase, que responden del orden; los reclusos de tercera clase están excluidos. Los empleados del *Reformatory* no tienen entrada en esos *clubs*, que están exclusivamente reservados á los presos de las dos primeras clases, y no pueden entrar si no se les invita. Para nombrar los miembros de esos *clubs* hay

votación secreta, y en la misma forma pueden ser expulsados. Cuando la visita de M. Aschrott, había seis *clubs* organizados en el *Reformatory* de Concord. Tuvo ocasión de asistir á dos reuniones, donde vió cierto número de presos con corbata blanca y clavel en la solapa; oyó leer versos, declamar trozos de literatura histórica ó cómica, entonar canciones, tocar el piano, etc.; todo ocurrió con el mayor orden, y los presos parecían divertirse mucho.

No habiendo podido menos de formular el visitante algunas reservas respecto á la oportunidad de esas distracciones, respondió el director que todos sus esfuerzos tendían á hacer de la estancia en el *Reformatory* la imagen de la vida real y á reanimar el gusto y el ingenio de los reclusos con el hábito de la sociabilidad. Pero, puede preguntarse, ¿qué se ha hecho del carácter de intimidación de la pena, á través de esos placeres y esas fiestas?

Sin embargo, todos esos ensayos pueden producir buen efecto. Ciertamente, cuando se priva temprano al criminal *in spe* de seguir la mala senda, cuando se le quitan todas las ocasiones de delinquir y se le abren todas las vías del buen éxito, se concluye por triunfar de su tendencia al delito. Pero sólo se obtienen

estos resultados entre los criminales, en las personas vacilantes entre el vicio y la virtud. Así es cómo se ha visto disminuir los delitos en estos últimos años en Inglaterra, donde los *ragged schools*, los *home for little boys* dan medios é instrucción en un arte á más de 3.871.000 niños.

Los condenados á sujeción penal, que eran, por término medio, 2.589 en 1854, fueron 1.978 en 1864, 1.633 en 1874, 945 en 1884, 729 en 1891. Y, sin embargo, la población subió de 19.254.000 en 1859 á 29.401.647 en 1890.

Y esto puede todavía mejor demostrarse en una región pequeña donde las estadísticas son más seguras y más fáciles de comprobar, en Ginebra (1). En la interesante monografía acerca de la criminalidad en Ginebra, Mr. J. Cuénoud prueba que la criminalidad decrece allí. En el período de 1829 á 1838, los criminales condenados fueron el 79 por 100.000 habitantes. En el de 1872 á 1885, fueron el 12 por 100.000. Los condenados correccionalmente eran el 1.000 por 100.000 en el primero de dichos períodos, y nada más que el 300 en el segundo. Este decrecimiento se ha manifestado á pesar del aflujo cada vez más grande de extranjeros— ya se sabe

(1) *La criminalité à Genève au XIX siècle*, por John Cuénoud.

que el elemento extranjero suministra en todas partes á las estadísticas criminales un contingente proporcionalmente muy alto. — Mr. Cuénoud atribuye el decrecimiento de la criminalidad en Ginebra, al desarrollo activamente favorecido de la instrucción popular y de la educación moral y religiosa.

La oficina central de beneficencia, los asilos nocturnos (8.946 hospedados en 1886), la asistencia por el trabajo, la protección de la infancia abandonada, los refugios para la regeneración de las prostitutas arrepentidas (1.200 en 1881), las 88 sociedades de socorros mutuos (1), las sociedades de temperancia, las medidas restrictivas en la venta de las bebidas alcohólicas, han sido las causas de esta disminución, que es más grande en la población indígena (durante cincuenta años, la disminución ha sido del 90 por 100).

La influencia de las casas de corrección y escuelas agrícolas se ve aún mejor en Bélgica, como lo demuestran estas cifras publicadas en el *Anuario de la Estadística belga* (1890):

(1) *Bulletin de la Société Genevoise d'Utilité publique*, tomo VII, págs. 32 y 33.

AÑOS	Población media.	PROMEDIO DE DETENIDOS		Depósitos de mendigos.	Escuelas agrícolas.
		En las prisiones.	En las casas de reforma.		
1840	4.072,619	6.981	>	2.828	>
1850	4.426,205	7.001	266	3.478	266
1860	4.731,996	5.942	352	2.448	352
1865	4.827,833	5.107	437	2.179	437
1870	5.087,826	4.701	550	1.925	550
1875	5.336,185	3.126	847	2.014	847
1880	5.520,009	3.705	1.015	2.857	1.005
1885	5.853,278	4.446	1.090	3.614	1.090
1886	5.909,975	4.646	1.049	3.933	1.049
1887	5.974,743	4.671	1.040	4.092	1.040
1888	6.030,043	4.314	1.000	4.399	1.006
1889	6.093,798	4.634	923	4.740	923

Comparando las cifras de los detenidos en las prisiones y en las casas de reforma con la de la población media, se ve que en los primeros años, y particularmente en 1850, los detenidos estaban en la proporción del 18 por 10.000; esta proporción se reduce en los últimos años á menos del 9 por 10.000.

A la inversa, en las escuelas agrícolas, en las casas de reforma, en los depósitos de mendigos, la proporción ha aumentado al triple en las dos primeras y al doble en los terceros, pero no en proporciones absolutamente constantes, sin embargo.

CÉSAR LOMBROSO.

LA ESCUELA CRIMINALISTA POSITIVA

A los estudiantes de la Universidad de Nápoles.

Consiento en la publicación de la conferencia que tuve el honor de dar en vuestro Ateneo, no porque crea que por sí merezca sobrevivir á los últimos ecos de ella en aquel aula, donde me dispensásteis tan inesperada acogida.

Me guían el deseo de atestiguaros una vez más el gratísimo recuerdo, para mí indeleble, que conservo de vosotros y de la hospitalidad napolitana, dedicándoos esta conferencia que os debe el ser lo que es; y también el deseo, por amor á la ciencia y á la patria, de ayudar de este modo á la propaganda de las nuevas ideas, que creo solución única y fecunda del problema criminal en Italia y que sólo

temen el peligro de no ser exactamente conocidas.

He aquí las razones de esta publicación; de la cual, pues, no debe exigir el benévolo lector ulteriores novedades científicas, no consentidas en un escrito sólo de propaganda, que se propone únicamente repetir y difundir las ideas generales y más características de una escuela científica; pero de la cual espero que en cada uno de los lectores nazca ó se refuerce el propósito de no repetir contra la nueva escuela acusaciones tan vulgares como inmerecidas, ó mejor que se dediquen de ahora en adelante al estudio y al progreso de la sociología criminalista.

ENRIQUE FERRI.

LA ESCUELA CRIMINALISTA POSITIVA

Debían ser bien fuertes las razones que desde Siena me trajeron aquí donde tanto fulgor de vida anima y enciende el pensamiento. El deseo de amigos lejanos, la invitación gratísima y lisonjera de jóvenes compañeros de estudio, á los cuales como á mí sonríe la sacra primavera de la ciencia, y á los cuales doy desde ahora testimonio de la más sincera gratitud: estas son las razones que aquí me condujeron. Pero, sobre todo, el profundo convencimiento de que es Nápoles terreno donde el germen de todo nuevo principio y de todo alto ideal tiene siempre su mayor expansión por la intuición felicísima de este pueblo, en que más vivamente italiana palpita el alma de Italia. Nápoles, donde el derecho penal ha contado desde Filangieri, Pagano y Niccolini hasta Zuppetta y Pessina, grandes maestros de una escuela, á la cual queremos suceder nosotros, no por manía de demolición, sino con inteligencia de amor, con reverente afecto, y por el indeclinable deber de desarrollar lo que ellos no pudieron, porque cada época tiene su misión científica. Nápoles especialmente, donde hace más

de cuarenta años la escuela clásica criminalista obtuvo de Zuppetta admirable sistematización de aquellos principios, que luego fueron por otros reproducidos y ampliados; y Pessina, hasta 1879, después de los primeros albores de la nueva escuela criminalista, sostenía la necesidad, para el derecho penal, de renovarse en las puras ondas del naturalismo.

De diez años á esta parte, unos cuantos hombres de estudio, seguidos poco á poco por una falange cada vez más numerosa y apretada de compañeros de combate, han iniciado y proseguido esta renovación, realizando así los votos que vuestro maestro de derecho criminal expresaba desde esta cátedra (1).

(1) En este punto de mi discurso, si la premura que me instaba y que me hizo omitir otros tantos apuntes, y la emoción fortísima no me hubiesen negado la oportunidad, hubiera debido recordar también, como lo hice en diversas publicaciones mías, el nombre de dos briosos defensores del positivismo científico, profesores de filosofía é historia del derecho en la Universidad napolitana, Angiulli y Bovio.

Algunas diferencias secundarias de parciales puntos de vista científicos, me separan de Angiulli, uno de mis maestros de psicología positiva; y fundamental diferencia de aplicación del método científico me separa de Bovio,

Cierto que nuestra obra no corresponde por completo á las miras de quien la anunciaba como deseo y tarea común; pero esta es contingencia que no elude la necesidad constante y perpetua en la ciencia, de que cada uno trate de llevar innovaciones al patrimonio intelectual de la generación á que pertenece. La verdad es un polígono, al cual se mira por todos lados; por eso todo innovador lleva materiales nuevos y nueva vida á la ciencia, que de otra manera se estanca en el dogmatismo y en las repeticiones infecundas. A los jóvenes más que á nadie incumbe esta tarea innovadora, útil por sí misma, independientemente de la bondad de las innovaciones, puesto que también para las ideas hay lucha por la existencia. Si la idea innovada no es exacta, esto es, no responde á la realidad de las cosas, no será más que una solitaria tentativa. Pero si el innovador ha observado la verdad

que en su *Ensayo crítico del derecho penal* se ha detenido en la crítica silogística, sin añadir la reconstrucción científica ni siquiera en la nueva edición de 1883, después del amplio desarrollo de la escuela criminalista positiva, allí no recordada. Pero esto no me hace menos grata la ocasión de reparar un silencio, que sentiría que otros hubiesen atribuido á intolerancia ó á mezquinos sentimientos, bien distantes de mí como de cualquiera que, no admitiendo para sí ni para los demás el monopolio de la verdad, estima á los pensadores no tanto por la calidad de sus ideas, como por la potencia científica con que las defienden.

y aportado una idea exacta y vital, entonces las mismas fuerzas de la naturaleza harán seguir por completo á estas nuevas ideas el camino del mundo, sin que él tenga que hacer una guerra personal ó intolerante. Porque hago observar desde el principio que la tolerancia para las ideas es el primer indicio de la cultura y alteza intelectual de un individuo como de un pueblo. Es cuestión de convencimiento, es cuestión de haber recogido un número dado de hechos que fortalezcan aquella observación dada; y cuando alguien opone otros hechos y otras observaciones, es cuestión de ver la resultante que naturalmente deriva de ellos. Pero hayáis dicho la verdad ó el error, vaya ó no seguida de buen éxito vuestra empresa, siempre habréis merecido bien de la ciencia, siempre seréis beneméritos de la sociedad, que en la ciencia encuentra un elemento de vida, uno de los más altos motivos de su progreso.

Todavía hay otro destino común, si del cual tenemos conciencia nos conforta, continuando por la senda que habíamos comenzado á recorrer, sin embargo de los obstáculos que intentan atravesarse en el camino.

Este destino es que mientras que en su juventud aspira el hombre á la innovación en todas las esferas de la actividad, al llegar al ocaso de

la vida se retrae y cree que aquí están los últimos términos del saber y ve con temor que otros se le puedan adelantar. Es destino común el ser revolucionarios en la juventud y conservadores en la vejez. A nosotros los jóvenes nos toca, pues, la misión del porvenir...

Cuando en una desconocida región de la naturaleza avanza atrevido y confiado algún fuerte pensador y conquista todo cuanto más terreno inexplorado puede, mientras le sobran fuerzas y le incitan, prosigue animoso la lucha contra lo desconocido; mas, cuando al llegar al fin de su carrera cae desfallecido, porque tal es el destino humano, grita á todos los demás: «¡Deteneos, deteneos, yo llegué al último grado de la ciencia!» En vano: la inagotable naturaleza fatiga con nuevo impulso á otros combatientes é inexorable los empuja, con su fatal mandato: «¡Marcha, marcha, conquista toda la verdad que puedas!...»

Con tales intenciones y con este sentimiento de gratitud hacia vosotros, en cuanto me lo permitan la brevedad del tiempo y el temor de abusar de vuestra benevolencia, os señalaré hoy el movimiento innovador que desde hace poco más de diez años se ha iniciado en la cien-

cia criminalista, y va progresando cada vez más en nuestro país y en las otras naciones, que lo estudian y lo alientan precisamente con el nombre de «nueva escuela italiana del derecho penal».

Señalaré con breves líneas estos nuevos principios, para dejar una idea exacta de ellos en vuestros espíritus observadores, á fin de que al ser peritos en esta ciencia podáis corregir sus errores y desarrollar sus verdades con la discusión tolerante, apresurando el momento de una completa organización de la sociología criminal, que ahora sólo podemos entrever.

Así, cuando los primeros rayos rosados del sol naciente saltan de cima en cima, sacando las cosas y la vida de las tinieblas nocturnas, el alpino solitario, aunque apenas distingue la vaga indefinida fisonomía de sus montañas, entrevé, sin embargo, desde el alba el espectáculo vario é inmenso con que en el mediodía luminoso será magnífica su comarca.

La lucha por la existencia es férrea ley que empuja sin sosiego la onda eterna de las generaciones, mitigando cada vez más sus formas, desde la primitiva lucha violenta hasta la moderna competencia inte-

lectual; pero quedando siempre, deidad inexorable, como norma suprema de la vida, porque luchar es vivir, y el hombre que no lucha está muerto ó moribundo.

En la sociedad toma dos diversos aspectos esta lucha: el uno comprende la actividad normal, económica ó jurídica del individuo; el otro, la actividad anormal ó criminal. De la primera se ocupan las ciencias económicas, políticas ó jurídicas; de la segunda, la sociología criminal.

En la primera se manifiesta el aspecto económico de la cuestión social; en la segunda el aspecto criminal. Aquél es, con mucho, más arduo y más áspero que éste; pero éste es, sin embargo, esencial para la vida del individuo y de la sociedad; porque, adquiridos los alimentos, es preciso adquirir la seguridad de la propia persona y de los propios derechos, á la cual provee precisamente el magisterio penal regulado por la ciencia. Ahora bien; la ciencia criminalista encuentra ante sí como primer hecho una gran mayoría de ciudadanos que luchan de un modo jurídico, y una exigua minoría facinerosa que lucha de un modo criminal. Por consiguiente, encuentra como primero y fundamental problema esta constante reaparición del delito en todos los países. Problema capital, máxime

en Italia, donde hay mayores ejércitos de delincuentes que en otras naciones.

Italia, que en 1862 tenía cerca de 28.000 detenidos condenados, dejando aparte los solamente acusados, en 1872 tenía 43.000, cifras acrecentadas también por la readquisición de las provincias de Roma y Venecia, arrancadas al yugo extranjero y reunidas de nuevo al organismo nacional; en 1882 tenía 51.000. Y para daros algunas cifras aisladas, que son, sin embargo, un síntoma elocuente, y para citaros el delito más grave, os diré el número de los homicidios que en Inglaterra está actualmente en la proporción anual de 11 por cada millón de habitantes, en Francia en la de 15, en Prusia en la de 13 y en Italia en la de 91.

Lo cual quiere decir que este problema penal adquiere en Italia tal agudeza, que verdaderamente debe de ser una de las causas por las cuales se aplica con tanta ventaja el ingenio italiano á la ciencia de los delitos y de las penas, hasta el punto de hacer de pronto germinar y crecer rozagante un nuevo organismo científico allí donde había sobrevenido ya el agotamiento en las teorías del derecho criminal clásico.

Así, pues, el positivismo científico nos enseña también á ser modestos; ya que, si se ha determinado

esta nueva corriente en la ciencia criminalista, es porque las circunstancias del medio ambiente exigían este modo de ser de las cosas.

Por tanto, ni hay que conceder por ello mérito exclusivo á este ó aquel pensador, ni hay que creer luego que esta nueva escuela ha nacido por veleidad caprichosa de este ó aquel sabio; antes bien, por una necesidad verdadera y urgente de la conciencia popular, moral y jurídica.

El problema fundamental está, pues, en que todos los años hay una minoría de malhechores que perseveran en la delincuencia, mientras que la gran mayoría de los ciudadanos, bajo la presión de las mismas condiciones generales, se mantiene dentro de los límites del derecho. ¿Qué respuesta ha dado á este problema la ciencia criminalista clásica? Es inverosímil, pero es verdad: ninguna respuesta.

Si abris un tratado de derecho penal os quedaréis llenos de admiración por quien lo ha escrito, como los libros de Pessina, de Carrara, de Zuppetta; donde, si estáis de acuerdo con las primeras premisas, un poderoso mecanismo lógico os arrastra inexorable hasta las últimas consecuencias.

Pero en estas obras, en estas páginas estupendas, no encontráis planteado aquel problema; porque

estudian el derecho criminalista en sus principios abstractos, esto es, considerando las condiciones jurídicas para obtener, por ejemplo, la imputabilidad, la tentativa, la complicidad, la recidiva, las circunstancias calificadoras, las eximentes, y ven si se han verificado en el caso concreto. O si se da alguna respuesta á aquella pregunta, la escuela clásica da como única y exclusiva causa natural del delito la libre voluntad, y á ella imputa la eficiencia de los delitos, considerando el delito como un ente jurídico abstracto y cortando así de raíz todas las ulteriores investigaciones acerca de las causas de los delitos; porque cuando se dice que si el hombre comete los delitos es porque quiere cometerlos, ya está dicho todo.

Por lo demás, es cierto que algunos grandes criminalistas, como Filangieri, Romagnosi, Carmignani, Ellero, etc., se han ocupado de las causas de los delitos; pero su voz fué olvidada, porque otra cosa entendía la escuela criminalista predominante; su voz no fué escuchada, la semilla que arrojaron no germinó. Ahora volvemos á emprender nosotros aquellas olvidadas investigaciones, determinando así un nuevo movimiento científico.

Y así también, si preguntáis á la escuela clásica cuáles son los remedios contra el delito, responde: la

pena, como coerción y castigo de la maldad subjetiva.

Y esto, no por inducción científica, sino tan sólo por un razonamiento abstracto, por un silogismo hegeliano: el delito niega el derecho, es así que la pena niega el delito, luego la pena afirma el derecho.

Pero esta respuesta no es científica, porque en ella no tenemos ningún otro elemento de hecho extraño á la pregunta y nos sujetamos, por consiguiente, á una simple tautología. Y, en verdad, los hechos contradicen tenazmente el que la pena extingue el delito. La historia y la estadística nos afirman que cuando las penas eran más violentas, entonces fueron más impotentes para reprimir los delitos.

Así, las penas bajo Roma imperial fueron insuficientes para impedir la general corrupción de costumbres.

Cuando, por ejemplo, el Cristianismo abrió á la humanidad una nueva era, en vano los emperadores paganos impusieron á los secuaces de aquel cisma (que tal era para ellos el Cristianismo) las hogueras y los tormentos y las fieras; en vano, porque ha realizado el glorioso destino de que era capaz y cuyo cumplimiento imponían fatalmente las condiciones históricas.

Lo mismo podemos decir en nuestra época del más elástico movi-

miento socialista, en el cual de cierto hay una parte aceptable y otra no; porque, como dice Manzoni, el tuerto y el derecho no se deslindan jamás con una línea recta. Este movimiento socialista desafía todas las persecuciones de los gobiernos, como lo ha confesado hasta el gobierno de Alemania, donde las malas circunstancias se han agravado con la misma ley acerca del estado de sitio, promulgada para remediarlas. Y asegurad lo propio del fenianismo en Irlanda, del nihilismo en Rusia. Lo cual quiere decir que la pena no es el remedio único y suficiente contra los delitos.

De aquí, pues, la necesidad de volver á hacer aquella pregunta y ver si el estado actual de las ciencias naturales y sociales ofrece á los criminalistas argumentos seguros para poder dar una respuesta más práctica y más eficaz. Esta es la razón determinante y este el alto concepto que tiene la escuela positivista, la cual sucede ahora al ciclo glorioso de la escuela clásica que en Italia va desde Beccaria, Romagnosi, Filangieri, Pagano, Niccolini, Rossi, Carmignani y Giuliani hasta Zuppetta, Carrara, Pessina, Ellero, Tolomei, Buccellati, Catalano, Nocito, Brusa y algún ecléctico infecundo.

Beccaria manifestaba en su época un sentimiento común, más ó me-

nos latente, sentimiento que formuló en su libro inmortal, iniciando así toda una evolución científica. Y, sin embargo, sólo porque Beccaria se oponía á la corriente tradicional, á los hábitos inveterados, encontró idénticas acusaciones de favorecer á los delincuentes, de demoler toda ciencia, que hemos encontrado nosotros y encontramos.

Cuando Beccaria propuso abolir el tormento, fué declarado instigador de los asesinos y de los ladrones; porque se partía del razonamiento abstracto de que un hombre que ha cometido un delito no lo confesará nunca, y, por tanto, es preciso hacérselo confesar. Y lo mismo de la confiscación, de la pena de muerte y todas las demás innovaciones.

Y, sin embargo, todas ó casi todas las reformas defendidas por Beccaria se llevaron á la práctica, porque expresaban una necesidad de sus tiempos. Y los que entonces eran llamados revolucionarios son ahora los más ardientes conservadores del derecho penal, y proclaman aquellas reformas un beneficio insuperable para la moderna sociedad.

Por un destino común á todos los innovadores, nosotros, los de la escuela positivista que sucedemos á la escuela clásica, hemos encontrado las mismas acusaciones que Bec-

caria y los partidarios de él hallaron en su tiempo.

Cuando Lombroso, Garofalo y una persona que no importa nombrar aquí, dijeron «hace falta cuidar más del estudio del delito y sus causas», fuimos llamados instigadores de los delincuentes. Hemos soportado esta acusación y oposiciones aún más fuertes en la vida práctica que en las discusiones teóricas, tranquilos y serenos, iniciando una escuela criminalista positiva que opone á la escuela clásica diversos propósitos prácticos y científicos. La escuela clásica, nacida por generosa reacción contra la ferocidad punitiva de los legisladores medioevales, que rivalizaban en inventar suplicios con la fantasía de los delincuentes en inventar fechorías, se propuso como objetivo práctico la abolición de muchas penas, como las capitales, corporales, infamantes, de confiscación y la disminución general de las otras penas; y al triunfar ha obtenido la mayor parte de esto.

La escuela positivista se propone, en vez de ese, otro objetivo práctico que, sin embargo, la escuela clásica debe haber tenido como platónica meta; pero no ha podido realizarlo porque cada época tiene su misión, y la de ésta es la *diminución de los delitos*.

Y tal diferencia de propósitos

prácticos proviene de que también es totalmente diverso el método científico. La escuela clásica estudia el delito en su objetividad abstracta, y, por consiguiente, no se ocupa del delincuente, sino como de un término algebraico para la aplicación de la pena, proporcionada al delito y no al delincuente; y si se ocupa de éste en ciertas condiciones de evidente anomalía, lo ha hecho y lo hace, por el método apriórico y por el menor progreso de las ciencias naturales y psiquiátricas en los tiempos pasados, de un modo tan incompleto y con principios tan peligrosos, que llega á convertir los motivos de una mayor defensa social (como en los casos de locura, embriaguez, menor edad, etc.) en motivos de impunidad de los malhechores.

La escuela positivista, por el contrario, considera la criminalidad como un fenómeno natural; y, por consiguiente, en vez de la delincuencia estudia el delincuente, adaptando sobre todo á éste las precauciones defensivas y teniendo el delito cometido sólo como un indicio de la potencia maléfica de quien lo ejecuta.

Y tan cierto es que esta innovación es el designio de las condicio-

nes sociales é intelectuales de nuestra época, que encuentra término de comparación en todo el movimiento científico y artístico contemporáneo.

En el arte, al tipo académico abstracto sustituye el tipo vivo de la realidad; ha podido llegar hasta la exageración, reduciendo la pintura á la fotografía y reproduciendo hartos á menudo cosas feas y deformes, pero el abuso de un principio nunca es la demostración de su falsedad.

El mismo movimiento hubo en la medicina por obra también de Tommasi, que fué uno de los renovadores de la medicina moderna, de los iniciadores de la nueva escuela positivista médica; en el sentido de que mientras al principio de nuestro siglo se estudiaba la enfermedad en abstracto, la nueva escuela quiere que se estudie el enfermo en sus condiciones individuales y que, por consiguiente, se cambien el remedio ó las dosis de él según los diversos individuos, dada también la identidad de la dolencia.

En las ciencias sociales encontramos otra confirmación de la tendencia necesaria de nuestra época hacia el movimiento positivista. Por ejemplo, Adam Smith, que es á la economía política como Beccaria al derecho penal, ó más bien sus discípulos, han estudiado los fe-

nómenos económicos en sí mismos, independientemente de las condiciones históricas de cada país. Por consiguiente, representan en la ciencia económica la escuela clásica ortodoxa, que de ahora en adelante debe ceder el campo á la escuela económica positivista, por la cual se estudian los fenómenos económicos en las condiciones propias de cada pueblo, en cada tiempo y clima, en su realidad relativa y transitoria.

Este movimiento positivista se encuentra tanto en las artes como en las ciencias, está determinado por las necesidades históricas de nuestro tiempo, y como tal es oportuno y fecundo renovador del ambiente científico en las escuelas criminalistas.

En efecto, las publicaciones de la escuela clásica en materia de derecho criminal son ahora de una rareza evidente, no sólo en Italia sino en toda Europa; y las pocas que ven la luz representan, como me escribía un venerando maestro, la reproducción pero no la producción científica, desarrollándose todas con ínfimas diferencias de fórmulas ó de conclusiones particulares dentro de los usuales carriles de los lugares comunes acerca del delito y de la pena. Y la razón es muy sencilla. Una escuela científica no puede dar de sí más que lo que está en su natu-

raleza íntima. Por consiguiente, toda escuela criminalista lleva dentro de sí el comienzo, el desarrollo y la decadencia senil. Así en Italia, desde Beccaria hasta Carrara, la ciencia criminalista clásica ha realizado un ciclo espléndido, glorioso, que ha tenido ya su mayor expansión, y, por consiguiente, nada más se le puede añadir.

O si se añade algo, no es más que por un proceso ulterior de abstracciones que alejan cada vez más las normas científicas de la realidad terrestre, como lo demuestra la continua y vana fatiga del legislador italiano para formular en un Código penal aquellas sublimes máximas científicas que harto á menudo se rebelan contra la necesidad práctica de una legislación para la cual debieran, sin embargo, estar hechas; vanidad de labor legislativa que aún se evitó para el Código de comercio, á pesar de ser idénticas las condiciones parlamentarias, precisamente por ser posible la correspondencia de las teorías jurídicas con la práctica de los negocios.

Pues bien; ahora se inicia una nueva expansión científica que tiene una gran fecundidad de trabajo, prueba palmaria de su hirviente vitalidad, nueva irrigación de sangre oxigenada en el exhausto cuerpo de la ciencia criminalista.

Y á la manera que en el bosque

los humores vitales detenidos por el rigor del invierno vuelven á seguir, al sol de la primavera, su eterno círculo y reverdecen esta «gran familia de plantas y animales»; así en la ciencia criminalista, con el impulso vivificador de la escuela positiva, reverdecen las ideas y vuelven á continuar su eterna circulación, sin la cual no existe la humanidad.

Procedamos ahora á señalar las inducciones fundamentales de la escuela positivista que forman las primeras líneas de esa ciencia que puede llamarse sociología criminal, y que, por consiguiente, traspasa los límites de una ciencia técnicamente jurídica, estudiando la vida del organismo social en sus manifestaciones patológicas ó criminales.

La escuela positivista se desenvuelve toda ella entre estos dos polos: buscar las causas naturales de los delitos y señalar sus eficaces remedios, naturales y jurídicos.

Por consiguiente, se propone conseguir el objetivo práctico de la disminución de los delitos con el estudio de la delincuencia como fenómeno natural, guiada por el criterio científico de que primero se deben indagar con paciencia los he-

chos, para luego deducir de ellos las ideas.

Del hecho á la idea: he aquí la divisade la nueva escuela criminalista, como de toda la renovada filosofía positiva; y he aquí el secreto de la moderna maravillosa fecundidad en las ciencias naturales y sociales, y, por consiguiente, también en la sociología criminal. Del hecho á la idea, con tal de que, como dice Littré, de la máquina de la inducción no quiera sacarse más fuerza de conclusiones que la que dé de sí el combustible de hecho que dentro de ella se introduzcan.

El hecho, única fuente de la verdad, por sí solo, porque es indiscutible; el hecho, que una vez comprobado, aun cuando no obtenga de él fruto su primer investigador, está siempre dispuesto á poner en libertad la propia energía luminica y fecundante, como el grano de trigo que germina después de seis mil años de tinieblas en los sepulcros egipcios.

La idea, que sin el hecho es fosforescencia que se apaga, después del iris brillante con que fué concebida en el cerebro de Platón ó de Hegel, y sólo deja trás de sí la ceniza infecunda de una célula cerebral que ha trabajado.

Hace falta, pues, comenzar por el estudio de los hechos. Y así lo hace la nueva escuela criminalista,

organizando y completando con unidad de método y de propósito las investigaciones iniciadas acá y allá desde los primeros años de este siglo, pero que habían permanecido hasta ahora disgregadas y truncadas y sin precisa conciencia del método científico, en el campo antropológico, psicológico, estadístico, por lo que respecta á la vida del hombre delincuente.

Y puesto que la escasez de tiempo no me consiente una minuciosa y larga exposición de la espléndida mies de variadísimos hechos, que en los pocos años de su existencia ha entregado ya la escuela criminalista positiva al acervo común de la ciencia, con la fortuna que le daban la ardiente actividad de sus adeptos y la virginidad del terreno explorado, me bastará indicar sus líneas principales, con una advertencia preliminar.

Y es que, aun cuando en los primeros días de toda ciencia, como de toda parte de la actividad humana, no sea posible la división del trabajo en aquellas proporciones que después se hacen necesarias en los grados ulteriores de la evolución científica, sin embargo, desde ahora pareceme que entre los primeros iniciadores de la escuela criminalista positiva pueden advertirse esta variedad de funciones científicas que naturalmente repercute en las

filas de los combatientes, según sus tendencias mentales y sus estudios: para hablar sólo de los italianos, desde Magno, Barzilai, Virgilio, Amadei, Filippi, Rometi, Bonvecchiato, Riccardi, Cougnet, Cosenza, Fioretti y Berenini, hasta Porto, Balestrini, Aguglia, Caluci, Bolaffio, Pavia, Precone, Pugliese, Setti, De Paoli, Fazio, Frigerio, Tonnini, Benelli, Lioy, De Vio y tantos otros. Lombroso, naturalista y psiquiatra, prepara ante todo los primeros materiales antropológicos, base necesaria de toda construcción jurídica ó sociológica, con una originalidad y fecundidad de investigaciones tal, que, sin más, es preciso considerarle como verdadero fundador de una nueva ciencia: la antropología criminal. Garofalo realiza la distinguida función de sacar más bien las inducciones técnicamente jurídicas de las primeras conclusiones de hecho, mirando en especial á la legislación penal y á la posible reforma de ésta en nuestros días, en este período de transición. Otra persona, en fin, cuyo nombre no importa, trabaja porque la renovación de la ciencia criminalista tenga el mayor alcance, no restringiéndose á un enlace de agua de rosas entre la antropología y el derecho penal, como algunos eclécticos infecundos andan diciendo, ni tan sólo á una corrección de principios

jurídicos ó de artículos de ley, sino transformando con una sustancial innovación de método la ciencia jurídica de los delitos y de las penas en una verdadera y propiamente dicha ciencia social, en una sociología criminal.

En eso precisamente estriba la diferencia entre la ciencia del derecho privado, civil ó comercial, y la ciencia criminalista. Puesto que mientras las primeras estudian nada más que las relaciones jurídicas de una actividad humana considerada en abstracto, deteniéndose en los derechos particulares y en los deberes de los contratantes y de los agentes, con independencia de las condiciones antropológicas de éstos y del ambiente en que desarrollan su actividad, la ciencia criminalista, por el contrario, debe ocuparse en primera línea del individuo agente, cómo nació, cómo vive, con qué tendencias y en qué medio ambiente, hasta el punto en que trasciende al delito.

Y si hasta en el derecho civil comienza en nuestros días á tenerse clara conciencia de que se deben cimentar y en parte renovar sus principios con los datos relativos á las condiciones sociales de cada pueblo, siempre sucede, sin embargo, que en el derecho civil, como antes en el derecho penal clásico, el agente ocupa un lugar secundario, como

término algebraico de aplicación de las abstractas reglas jurídicas, mientras que en la sociología criminal adquiere el primer puesto, y en él y en el ambiente en que vive se buscan las causas de su actividad criminal.

Precisamente, el estudio de las causas naturales del delito, es lo que constiye el argumento primero y más vital, según la escuela positivista.

Un hombre mata á otro. He aquí el hecho exterior; última fase de un proceso causal, del que es preciso determinar los momentos. Puesto que aquel hombre ha podido cometer un acto que repugna á la mayoría de sus semejantes, antes de todo debe de encontrarse en condiciones personales diversas de las comunes, y debe de haber hallado en el ambiente los estímulos y las condiciones necesarias para que, aparte de tener la idea del delito, haya realizado su ejecución.

Esto equivale á decir que las varias y múltiples causas naturales del delito se dividen en las dos grandes clases de factores *individuales* ó antropológicos y factores *exteriores*; dividiéndose estos últimos, á su vez, en factores *físicos* ó del medio físico, y factores *sociales*.

Comencemos por los primeros. Entre lo físico y lo moral del hombre, si, según la opinión común prejuz-

gada por la filosofía tradicional, no quiere admitirse el nexo íntimo de la causalidad, que las ciencias modernas establecen evidentemente sin embargo, siempre hay que reconocer un vínculo fortísimo y continuo. Por eso, el estudio de los factores individuales ó antropológicos, atiende por un lado á la constitución orgánica del delincuente, y por el otro á su constitución psíquica ó moral, dependiente de aquélla.

Ahora bien, la antropología criminal, con una serie siempre creciente de observaciones, no sólo acerca del cráneo, sino del cerebro, de los órganos de los sentidos, de las vísceras, de la sensibilidad y de todas las demás manifestaciones biológicas de los delincuentes, ha observado y confirmado que en éstos se encuentran frecuentísimas anomalías, por las cuales los delincuentes, máxime en su tipo más común y peligroso, reproducen en nuestra civilización los caracteres del hombre salvaje y primitivo.

Una continua evolución transforma poco á poco á la humanidad, sin descansar nunca; pero no todas las razas humanas y no todos los individuos de una raza siguen isométricamente los grados de esta evolución. Hay quien se anticipa, hay quien se retarda en ella; y el hombre delincuente está en retraso

con respecto á la raza civilizada á que pertenece, y, por consiguiente, reproduce en ella las formas de la primitiva barbarie. No se diga que muchas de las anomalías halladas en los delincuentes se encuentran también en los hombres honrados, y, por tanto, no pueden considerarse como síntomas específicos de delincuencia. Porque no sólo se acumulan con la mayor frecuencia en los malhechores muchas anomalías, de las cuales sólo alguna (y rara vez) se encuentra entre los hombres honrados, y no sólo también los honrados ó tenidos en concepto de tales (y que pueden haber cometido delitos ignorados ó podrán cometerlos en otra edad de su vida), se hallan á veces en un estado de regresión ó de suspensión de desarrollo, deteniéndose en la excentricidad, en la locura, en el suicidio, sin llegar al delito; sino, sobre todo, porque cuando se habla de estas anomalías de los delincuentes, se afirma, no ya que todos los malhechores y ninguno de los honrados deban tenerlas, sino que únicamente se comprueba una mayor frecuencia de anomalías en los unos en comparación de los otros. Entre 100 malhechores, encontráis unos 25 normales y 75 anormales, mientras que, por el contrario, entre 100 honrados halláis 90 normales y 10 anormales; he aquí la diferencia,

relativa y no absoluta, pero más que suficiente para constituir un verdadero carácter de raza diversa, ó, mejor, de diverso desarrollo orgánico, entre delincuentes y no delincuentes.

Lo mismo decimos de la constitución psíquica ó moral de los delincuentes, que no es más que el reflejo de la constitución orgánica, íntimamente ligada con ella, como el anverso y el reverso de una superficie. Y puesto que la vida psíquica del hombre se desenvuelve por el impulso del sentimiento y por la dirección de la idea, al estudiar el lado moral ó ético de esta vida psíquica en los delincuentes, preciso es observar el estado del sentimiento moral, no sólo como discernimiento de lo honrado y deshonesto, de lo justo y de lo injusto, sino sobre todo como fundamental temple moral del individuo sobre el cual actúan y estoy por decir que se polarizan todos los demás particulares sentimientos egoístas y altruistas; como para la ideación importa observar más que nada la fuerza especial de la previsión de la pena, como elemento inseparable en la dinámica psíquica de donde surgen el propósito y el acto criminales.

Ahora, si se estudia el delincuente, no desde el tibio gabinete de estudio sino en las cárceles y en los manicomios, el primer carácter

psíquico que llama la atención en ellos es precisamente la anormalidad de su sentido moral, casi siempre débil y muy á menudo falto de todo. Nos encontramos entonces ante un hombre que, contra la opinión común, en la mayor parte de los casos confiesa su delito con indiferencia á menudo humorística, afirmándoos que no siente por ello ningún remordimiento, y muchas veces no os oculta que puesto en libertad lo volvería á hacer «si para ello se presentase ocasión oportuna», y os dice que la prisión sobrevvenida, mientras que no acaece tras de todos los delitos, porque muchos «salen libres», no es, en último término, más que un riesgo del oficio, como la explosión de gas para los mineros, el hundimiento de la construcción para los albañiles y otros casos por el estilo. En resumen, un hombre de un temple moral fundamentalmente diverso del hombre honrado, en virtud del cual no siente aquél ninguna repugnancia por la idea del crimen antes de cometerlo, ni remordimiento de haberlo ejecutado después del hecho y tampoco después de sus consecuencias.

También el hombre honrado puede sentir en un momento crítico cruzar por su cerebro el siniestro relámpago de una idea criminal; pero la imagen del delito no hace

presa en su ánimo, y excepto en los casos de huracanes psicológicos desencadenados por el impetu de una pasión, resbala sobre el terso acero de su conciencia moral y no lo atraviesa. Por el contrario, el delincuente, en su tipo común, no siente esta repugnancia por la idea de un delito, ó si la siente, por ejemplo, por el homicidio, no la sentirá por el hurto ó viceversa; y, por tanto, siente poco á poco, casi sin dificultad alguna, cogida toda su propia actividad psíquica en el engranaje de un proyecto criminal y llega á la ejecución de él sin encontrar en su propia constitución moral casi ninguna fuerza repulsiva, ó harto débil, que le aparte del delito.

Lo contrario sucede en el hombre honrado, como cada uno puede sentir dentro de sí mismo, y como, por ejemplo, se sabe del ilustre psiquiatra Morel, el cual refiere de sí propio que un día, pasando por un puente de París, sintió de improviso la tentación de tirar al río á un obrero que estaba apoyado en el antepecho, y huyó á todo correr por miedo á dejarse arrastrar por semejante aberración... Imaginaos una constitución moral menos fuerte, y hubiérais tenido un homicida «sin motivo» ó «sólo por brutal perversidad», como dicen los criminalistas clásicos.

Y las pruebas de esta anormal constitución psíquica en los delinquentes son frecuentísimas. Cuando veis un acusado que se sonríe cínicamente durante todo el curso de un proceso cruel ó escandaloso, debéis decir que es demente ó está falto de sentido moral; y cuando luego le veis mantener la misma actitud al cumplir la condena y hasta durante la ejecución de la pena capital, no tenéis más remedio sino concluir que verdaderamente se halla en un estado de idiotismo moral, que psíquicamente se sale de la norma común de los hombres.

Pero advertid que esta actitud apática del malhechor vulgar es diametralmente opuesta y tiene un origen y un significado morales, contrarios en un todo al fuerte y tranquilo heroísmo con que un glorioso mártir de la libertad saluda sonriendo el fulgor de la segur política que va á consagrar su nombre á la veneración de un pueblo entero.

El ambiente natural ó físico representa la segunda categoría de los factores criminales, y podemos distinguir varios. El clima, la vuelta de las estaciones, la temperatura anual, determinan constantemente una variable manifestación del delito; por eso los delitos contra la

propiedad, máxime por un motivo económico contragolpe de los motivos atmosféricos, son bastante más frecuentes en los climas, meses y años más fríos; mientras que los delitos contra las personas, por un efecto fisio-psicológico directamente enlazado con las vicisitudes meteorológicas, son más frecuentes en los climas y estaciones más cálidos. Y también la producción agrícola, por otro contragolpe sobre las condiciones económicas, es una de las causas determinantes más eficaces de la mayor ó menor frecuencia de los delitos contra la propiedad. Y así por el estilo.

El ambiente social, en fin, completa la serie de los factores del crimen, y para la categoría de los delincuentes ocasionales ofrece los impulsos más fuertes, por la densa red de continuos vínculos que une al individuo con el organismo social donde nace y lucha por la existencia.

La opinión pública influye poderosamente sobre ciertos delitos; por ejemplo, el duelo, frecuente en los pueblos latinos, desconocido ó poco menos en la moderna Inglaterra; el infanticidio, tan común en las razas latinas y menos frecuente en los anglosajones, que hieren con el

desprecio y con la ley al seductor, antes que á la víctima indefensa por él arrastrada á la última desesperación.

Las condiciones económicas son uno de los grandes factores de la delincuencia; porque, ciertamente, si la miseria no es la única causa determinante, es uno de los más poderosos factores de la criminalidad. Y así también las condiciones políticas son causa de ciertos delitos, como lo saben los antiguos dominadores extranjeros de nuestro país, donde los llamados delitos políticos de conspiración y otros, fomentados por la tiranía, desaparecieron al primer rayo de la independencia nacional. Y también las condiciones científicas de un país reaccionan sobre ciertas formas de delincuencia, algunas fomentándolas y otras extinguiéndolas; como, por ejemplo, la piratería desaparecida al mágico contacto del vapor aplicado á la navegación, los envenenamientos hechos raros por los progresos de la química, y así por el estilo. Y lo mismo decimos de todo el orden legislativo y administrativo en general que, secundando ó impidiendo el desarrollo de las tendencias naturales en los individuos asociados, puede mantener la actividad de éstos dentro de los límites jurídicos, ó impelerla, por el contrario, á la violación del orden

social, con tanto mayor ímpetu de rebelión cuanto más obstinada y ciega fuere la presión del empirismo autoritario.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS DEL

De cuanto llevo rápidamente dicho se deduce una grande y espontánea conclusión: que la cantidad y especie de los delitos cometidos todos los años en todos los países están determinadas por el vario y continuo concurso de los tres órdenes de factores antes indicados, los cuales, más ó menos según los diversos delitos y delincuentes, conspiran todos ellos á la determinación de la actividad criminal antisocial. Lo que equivale á decir, pues, que la pena, sea como motivo psicológico de una amenaza legislativa, sea como coerción física de uno ó más individuos, no puede bastar por sí sola para impedir el delito que, teniendo un montón tan múltiple de causas, no puede tener un solo y tan sencillo remedio, como en el campo terapéutico no puede haber una panacea para todas las causas patógenas.

Así es que del estudio analítico de los varios factores del crimen se desprende en seguida una gran enseñanza práctica, bastante más fecunda que las más altas y abstrusas lucubraciones jurídicas de la cien-

cia clásica: enseñanza indicada ya como platónico voto por la voz solitaria y no escuchada de algunos criminalistas más positivos por temperamento intelectual, como Filangieri, Bentham, Romagnosi, Carmignani y Ellero; pero enseñanza que sólo en estas preliminares investigaciones de anatomía social encuentra, con la nueva escuela, la base vital necesaria para un ulterior desarrollo científico, conducente á su aplicación práctica. Y así, pues, para detener la amenazadora invasión del delito, la sociedad debe confiar más que en las penas en el magisterio de aquellas disposiciones de prevención indirecta y social que yo llamé *sustitutivos penales*, precisamente porque, una vez aplicados hasta donde puede alcanzarse, secan el manantial de los crímenes y, quitando el delito, quitan así la necesidad de la pena. Sistema de sustitutivos penales que, empero, se diferencia radicalmente de la usual prevención empírica de la policía directa y violenta, que no se propone cortar y suprimir ó atenuar las causas remotas de la delincuencia, sino que se limita á la fácil ilusión de poder suprimir los efectos cuando aún permanecen en pie las causas de ellos, y se reduce las más de las veces á sustituir la violación del derecho cometido por el agente de policía á la violación

del derecho que iba á cometer el delincuente; y eso, cuando, como suele suceder á menudo, no añade una inútil violencia al delito mismo que no logra impedir, si no es ella misma quien lo provoca.

Sistema de substitutivos penales, por el contrario, que descende de la determinación de las causas criminógenas, como la terapéutica desciende espontánea del diagnóstico clínico; pero sistema que, como en la vida cotidiana sustituye las dificultades de un diagnóstico preciso y racional con el fácil empirismo de los remedios de cuarta plana, así en la vida social permanece abandonado para ceder el puesto á la miope prevención ó á la represión intempestiva.

Así vemos que siempre que se discute en el Parlamento una ley, sólo se mira al fin inmediato y más aparente que se propone, sin prever la repercusión que puede tener en la actividad criminal.

Y viceversa, apenas la atención pública se fija en un orden dado de hechos criminales, por su insólita frecuencia, toda la sabiduría del legislador se limita á proponer una ley que los castigue ó á añadir un artículo al Código penal, sin pensar absolutamente nada y en serio en los medios indirectos que hubieran podido ó podrían impedirlos ó disminuirlos, bastante mejor que las

leyes represivas, las cuales, después del sacudimiento de su primera aparición, acaban por dejar las cosas como las encontraron; tanto, que aquel desorden, no curado, se hace crónico y nadie se ocupa más de él, sólo porque ha entrado ya en las habituales previsiones de la conciencia pública.

Por ejemplo, si en vez de aumentar las penas ó dar á los carabineros facultades para matar á los contrabandistas fugitivos, se rebajasen los aranceles de aduanas, ¿cuánto contrabando no se evitaría?

Y si con una ley inspirada más en las abstracciones metafísicas ó en las tradiciones antiguas, establecéis que dos personas puedan en un solo momento decidir su propia unión conyugal para toda la vida, á pesar de lo imprevisto que tanta parte tiene en nuestra existencia, y luego, irritados por los continuos rasgones de este vínculo sagrado creéis que todo el remedio está en los artículos del Código penal contra el adulterio y el concubinato, hacéis ciertamente una obra vana. Dad, por el contrario, el divorcio y veréis que los cónyuges no afortunados romperán legalmente una cadena que de otro modo romperían con el delito.

Y cuando con ánimo angustiado recuerdo la gran desventura con

que fué herido el corazón de Italia hace poco en nuestra Nápoles, y pienso en los asquerosos zaquizamies donde yacen suciamente vejeando familias enteras, sin aire, sin luz, en monstruoso enroscamiento de miembros humanos, me pregunto cómo podemos maravillarnos de las continuas violaciones del pudor y con qué conciencia se apresta á castigarlas la sociedad que tales horrores consiente contra criaturas humanas... Dad aire, dad luz, regenerad la sangre de aquella mísera gente, y la sonrisa del cielo dejará de ser en este país para tanta parte del pueblo una burla dolorosa, y el delito quedará diezmado de esa manera.

Así, cuando en una ciudad se suceden con pertinacia los robos nocturnos á mano armada, vale mucho más el alumbrado en abundancia que no una multitud de guardias para poner en fuga á los salteadores.

Así, á la luz del pensamiento libre han desaparecido aquellos pretensos delitos de hechicería y magia, que constituyen en gran parte la historia de los delitos en la Edad Media, como otras formas criminales fueron barridas por el huracán purificador de la Revolución francesa.

Lo cual confirma que al extremo y estéril remedio de las penas urge anteponer una serie de disposiciones indirectas que quiten ó dismi-

nuyan las causas mismas del delito, en los más diversos campos de la legislación social.

Tal se delinea la primera parte de la sociología criminal en su función diagnóstica de patología social, á la que corresponde con íntimo enlace la cura del delito.

Y aquí, de pronto, cambiado totalmente el punto de partida, varía el punto de llegada entre la escuela positivista y la escuela clásica de derecho criminal.

Para esta última, como llevo dicho, todo el génesis del delito está en el punto matemático de la libre voluntad, y todos los delincuentes se reducen en sus facultades intelectuales y morales á un tipo único, abstracto, que corresponde al término medio de los hombres honrados.

Para la escuela positivista, por el contrario, el delito no es más que un síntoma que concurre á determinar la fisonomía del delincuente, el cual, por tanto, en virtud de la diversa dinámica de los factores criminales, puede presentar y presenta múltiples variedades antropológicas. Debiendo limitarme aquí sólo á los resultados últimos y sumarios de largas investigaciones experimentales, no describiré sino

á grandes rasgos sus varias actitudes.

Ante todo hay que hacer una fundamental distinción entre dos categorías típicas de delincuentes. La primera comprende la clase de todos aquellos que marcados por la degeneración hereditaria, educados por lo común en un ambiente corrupto, presentan en su grado máximo de frecuencia las anomalías orgánicas y psíquicas antes recordadas. Hombres que en el ambiente exterior encuentran el pretexto de su delito y que sienten dentro de sí el primer impulso de éste y la atracción instintiva, á quienes repugna el trabajo honrado, brutalmente feroces, negligentemente ociosos, salvajes perdidos en nuestra civilización. La segunda clase comprende los delincuentes de ocasión, que teniendo en sí predisposición al delito, por debilidad del sentido moral y escasa previsión, encuentran aún en el medio ambiente exterior, en el concurso de especiales ocasiones, el impulso decisivo para obrar mal.

Pero en la naturaleza todo es relativo, y no existen en ella tan precisas las distinciones que hacemos nosotros, por necesidades del estudio y del pensamiento. Los extremos se distinguen bien entre sí, pero los grados intermedios se suceden con matices indefinidos. Así, pues,

las dos clases fundamentales de delincuentes, que la observación común y la experiencia de muchos directores de penales y peritos en disciplinas penitenciarias había distinguido ya, sin sacar aún ninguna de aquellas aplicaciones que la nueva escuela ha deducido y deducirá, no están tan marcadamente separadas ni son tan homogéneas entre sí que no puedan admitirse otras subclases, que mis estudios de antropología criminal han determinado precisamente, que son las siguientes:

En la primera clase hay que distinguir en seguida los delincuentes que presentan una forma común de enajenación mental, comprobada antes ó después del acceso criminal, y son los *delincuentes locos*. Desde los cuales, con las formas patológicas hasta ahora tan indeterminadas como la locura moral y la epilepsia (que recientemente, con felicísima intuición corroborada por una completa demostración positiva, ha demostrado Lombroso ser idénticas en su naturaleza á la verdadera neurosis criminal congénita), se pasa precisamente al tipo verdadero y propio de los *delincuentes natos, incorregibles*, que constituyen la figura característica de esta primera clase antropológica y presentan las anomalías orgánicas y psíquicas más frecuentes y claras, junto con los dos caracteres específicos de la

precocidad y de la recidiva en el delito.

Entre esta primera clase de los delincuentes por tendencia congénita, y la segunda, de los delincuentes ocasionales, hay una subclase bastante numerosa, de los que yo llamé *delincuentes por hábito adquirido*. Todo el que visita las cárceles con propósito científico encuentra muy á menudo una figura macilenta de malhechor, por lo común ladrón, cuya vida no es más que una serie de caídas y recaídas, una ida y venida á la cárcel, á la taberna y al burdel; pero que no estaba aún verdaderamente predestinado al delito por un impulso tan profundo é invencible como el de los delincuentes natos.

Son individuos que caen la primera vez más bien por una ocasión desgraciada; pero que llevados á la cárcel encuentran allí, en vez de corrección, la corrupción moral y material; y cuando salen de ella, abandonados por la sociedad, faltos de trabajo, sospechosos para los honrados, se entregan al alcoholismo, á la ociosidad, y recaen de nuevo, para volver á la misma vida apenas se ven de nuevo libres, y llegando así de cárcel en cárcel, de recidiva en recidiva, á la completa ruina moral, á la delincuencia crónica, incorregible. Esto es, son delincuentes de ocasión, que sólo llegan á ser

incorregibles por la complicidad del ambiente social, pero que mejor atendidos, en la mayor parte de los casos, habrían abandonado de seguro la senda del crimen después de la primera caída.

Y se pasa así á la figura típica de la segunda clase, al *delincuente de ocasión*, que cae por vez primera; pero después por una menor debilidad de constitución física y moral, y por circunstancias menos desgraciadas, no recae ó no recae más de una vez y con gran intervalo, porque el ambiente exterior ya no repite contra él el asalto de las ocasiones tentadoras.

Y llegamos á la última variedad de delincuentes, que representan el tipo exagerado del delincuente ocasional, y á la vez que se aproximan más que éste al hombre honrado, ofrecen, á veces, algunos puntos de contacto con los delincuentes locos ó semilocos por el temperamento neurósico y excitable que les hace ser, según la expresión de Maudsley, otras tantas «cosas explosivas», y estos son los *delincuentes por ímpetu de pasión*. Como en los delincuentes de ocasión, el impulso exterior es quien tiene la mayor parte en el arrebató criminal; pero mientras que en aquéllos el impulso exterior es un incentivo no excepcionalmente fuerte, en los delincuentes por pasión, por el con-

trario, es un verdadero y propio huracán psicológico (el amor contrariado, el justo dolor, la provocación gravísima) lo que les impele al delito, casi siempre de sangre, cometido con descaro, sin acecho, y seguido más bien de arrepentimiento, ó, á menudo, de suicidio, mientras que antes habían llevado siempre una vida intachable y se encuentran, por tanto, en el caso verdadero, pero mucho más raro de lo que comúnmente se afirma, de la llamada «fuerza irresistible». Hasta tal punto, que cuando Romagnosi decía que cada uno de nosotros puede violar el Código penal, afirmaba una cosa exacta con tal de que se restrinja su hipótesis á estos casos; puesto que es tan cierto que en el delito concurren los factores antropológicos junto con los del medio exterior, que cada uno de nosotros puede tener la absoluta certidumbre (fuera del caso de sobrevenir una enajenación mental) de que no cometerá nunca uno de esos delitos donde se revela el delincuente nato, asesinato para robar, por precio, estupro de niños, bandolerismo, etc.; mientras que, por el contrario, cada uno de nosotros puede verse arrastrado á causar heridas ó al homicidio por ímpetu repentino de violenta pasión, permaneciendo, sin embargo, en la clase de los desventurados sin en-

trar jamás en la de los malhechores vulgares, como ya la conciencia popular lo afirma cotidianamente en los veredictos del Jurado.

Estas son, pues, las variedades antropológicas del mundo criminal: delincuentes locos, natos, incorregibles por hábito adquirido, de ocasión por ímpetu pasional; para cada una de las cuales la escuela positivista defiende diversos y apropiados medios de prevención y de represión. Puesto que, después de lo dicho, fácil es ver que á la diversidad de las causas determinantes del delito en las varias categorías de delincuentes debe corresponder necesariamente, no sólo la diversidad de los medios profilácticos, sino también de los medios represivos cuando aquéllos no logran impedir este ó aquel delito. Y eso, porque en las diversas categorías de malhechores es diversa aquella que Garofalo llamó desde los comienzos de la nueva escuela «temibilidad del delincuente», poniendo desde entonces como piedra angular del nuevo edificio científico un criterio positivista de penalidad, del cual me ocuparé en breve otra vez.

Pero ahora, delineadas las causas naturales del delito, surge de pronto la natural pregunta, que ya el sentido común, con la facilidad de sus respuestas cortadas, opuso y opone á la escuela positiva cual máximo escollo: ¿cómo, si el delito es efecto necesario é inevitable de causas naturales más bien que de la libre voluntad de quien lo ejecuta, puede aún lógicamente hablarse de responsabilidad y de punibilidad del delincuente?

El concepto de responsabilidad, según la opinión vulgar, el derecho criminalista clásico que la sigue dócilmente, y las legislaciones positivas que la formulan, encarna todo él en la idea del libre albedrío ó de la libre voluntad individual, dominante ó dominada.

Este criterio no puede aceptarlo la escuela positivista, la cual, en nombre y por mandato científico de la fisio-psicología experimental, no puede admitir en el hombre tal poder de libre voluntad, superior á la natural y necesaria determinación de las causas físicas, fisiológicas y psíquicas que á cada instante impelen al individuo, que delibera y obra.

Pues bien; aun queriendo en una primera y más indispensable hipótesis conceder que esta negación del libre arbitrio no esté apodícticamente demostrada por la actual

fisio-psicología, esto no impondría menos á la ciencia criminalista el deber lógico de quitar al concepto de responsabilidad, que atañe á la función cotidiana de la defensa social, una base tan fuertemente y por tantas partes y tan en serio negada como lo es ésta del supuesto libre albedrío humano, para sustituirla por un fundamento mucho más positivo y mucho menos sujeto á la discusión y á la duda. Sería como si el higienista, y por él el legislador en materia de defensa contra las enfermedades epidémicas, pretendiese fundar todo un sistema de medidas preventivas y coactivas sobre una hipótesis desechada por la ciencia moderna y negada diariamente.

Eso sin añadir además que yo, por mi parte, como también por la de los partidarios de la escuela criminalista positiva, no sólo ponemos en duda sino que resueltamente negamos la admisibilidad de un libre albedrío ó de una libertad moral, absoluta ó limitada. Y esto con la autoridad que nos dan las inducciones más seguras de la fisio-psicología, de la antropología criminal y de su confirmación por la estadística penal, que con el aumento microscópico de los grandes números revela la repetición constante y regular de los delitos, como por otros hechos que se han creído

depender tan sólo del libre albedrío, los matrimonios, los nacimientos, los suicidios, y sus perturbaciones determinadas por causas extraordinarias, cesadas las cuales recobran su curso rítmico y previsible en gran parte.

Redondamente negamos el supuesto de un libre arbitrio, ante todo porque descubrimos el origen natural de la ilusión vulgar en virtud de la que se afirma, dependiente tan sólo de ignorancia ó inconsciencia de las causas físicas ó fisiopsicológicas que preceden y determinan á toda deliberación nuestra; tanto es así, que cuando se conocen ó sienten por el agente mismo, con anterioridad, los motivos determinadores y prepotentemente decisivos de un acto humano, entonces desaparece la idea de que ese acto sea libre. Pero, en segundo lugar y sobre todo, porque el libre albedrío absoluto ó limitado, la facultad de que la voluntad humana pueda decidirse en sentido diverso ó contrario de aquel que en cada instante está determinado por la suma de los motivos presentes, advertidos ó no, choca de medio á medio contra dos leyes universales del mismo pensamiento humano. La primera es que todo efecto supone una causa ó un conjunto de causas y es necesariamente determinado por ellas, y dadas esas causas no podría ser di-

verso el efecto de lo que es; y, por consiguiente, en la voluntad humana no se puede admitir una excepción milagrosa á esta ley de causalidad, que ya he dicho estar en la condición misma del pensamiento humano. La segunda es que las fuerzas se transforman, pero ninguna se crea ni se destruye; y, por consiguiente, el acto humano, que es la transformación de una deliberación volitiva, y ésta, que es la transformación de los precedentes movimientos físicos exteriores que afectan á un individuo dado, no pueden ser nada más y nada menos de cuanto venía dado por fuerza y por dirección en los precedentes inmediatos. Por tanto, la voluntad humana (que además no es una facultad existente por sí, sino la abstracción y el recuerdo de todos los singulares actos volitivos de que cada cual tuvo conciencia en su vida, actos singulares que sólo existen en realidad de momento en momento) no podría *ex nihilo*, por un solo *fiat* de una supuesta libertad añadir ó quitar ninguna cosa á la determinación de las causas que en un instante dado la solicitan, chocan con ella, la apremian, la empujan en un determinado sentido, que es por eso la resultante de varias fuerzas actantes.

Y la experiencia diaria puede darnos las más convincentes prue-

bas de ello. Cada uno de nosotros ha experimentado cuánto cambia en energía y carácter nuestra voluntad bajo el imperio de circunstancias especiales, ya físicas (como el estado de la atmósfera, el viento siroco, etc.), ya fisiológicas (como la digestión, la irritación nerviosa, la excitación, el desfallecimiento, el ocio ó el ejercicio muscular), ya psíquicas (como el triunfo ó el fracaso de una obra nuestra, la continua vista de cosas alegres ó tristes, el amor ó el odio); circunstancias todas ellas que en su comienzo son de cierto independientes de nosotros, y que, sólo por una ilusión nuestra, creemos dominar después, mientras que somos por ellas dominados. Cada uno de nosotros habrá experimentado cómo por la mañana, descansados por un sueño reparador, nos sentimos ágiles y fuertes y dispuestos á obrar con decisiones voluntarias, rápidas, claras, precisas; y cómo, por el contrario, después de muchas horas de trabajo mental ó muscular, nos sentimos desmayados también moralmente, sin energía de voluntad, vacilantes entre hacer y no hacer, in-

capaces de iniciativa, de resoluciones prontas y seguras. Y también, por un determinado temperamento fisio-psicológico, hay quien es normalmente de enérgica y pronta voluntad, y quien, por el contrario, efecto del carácter, siempre está indolente ó vacilante, siempre incapaz de fuertes y perseverantes propósitos, no ya por efecto de su libre albedrío, sino por constitución orgánica y psíquica; y todo esto es igual para el hombre honrado que para el hombre que tiende á delinquir. Y, para terminar con un postrer ejemplo: así como con el café podemos modificar artificialmente el curso, la fluidez y la riqueza de las ideas, así también con una pequeña cantidad de alcohol podemos modificar artificialmente el estado y la energía de la voluntad, fortaleciéndola; mientras que con el uso continuo é inmoderado del mismo alcohol flaquea la voluntad y se corrompe, llegando en los casos extremos á las últimas fases de la degeneración moral y física de un hombre, empujándole, desde el trabajo honrado y regular, al ocio y al delito.

ENRIQUE FERRI.

EL ESTADO Y LA REFORMA SOCIAL ⁽¹⁾

POR D. EDUARDO SANZ ESCARTÍN

No es España, desgraciadamente, de las naciones que más se han distinguido en el estudio de las cuestiones sociales que tanto preocupan á la mayor parte de los pensadores. Hace poco tiempo llegaron á mis manos dos catálogos ingleses, titulado el uno *A List of books for social reformers*, y el otro *Books and pamphlets on social and political questions*, en los que aparecen infinidad de obras que tratan particularmente de este género de asuntos; y á pesar de que exceden de dos mil los autores que en ellos se mencionan, no hay, pena da decirlo, ni uno siquiera español.

Por esta razón, es muy de agradecer el libro recientemente publicado por el Sr. Sanz Escartín, bajo el título indicado al comienzo de estas líneas, y que demuestra que también en España

hay personas que dedican sus desvelos al estudio de los problemas que, hoy por hoy, constituyen, bien puede asegurarse, el supremo interés de los pueblos, y, sobre todo, de los que pertenecen á nuestro continente.

* * *

El objeto que se ha propuesto el autor al emprender la obra á que me refiero, es, según se dice en las primeras páginas, la determinación de los medios, por los cuales puede el Estado contribuir á que se realice la justicia entre los hombres, principalmente en el orden de las relaciones económicas, y para ello ha entrado en el examen de cuestiones importantísimas y de tan grande interés, como son aquellas que dicen relación á la crisis social, á la sociedad y al Estado, á la acción y funciones de éste, al individualismo, al socialismo, á la acción del Estado

(1) Un tomo en 4.º, Madrid, imprenta de la sociedad editorial de San Francisco de Sales, 1893.

como moderadora de la extremada competencia industrial, á la reforma social en los campos, á la necesidad de leyes protectoras del trabajador, á la limitación legal de las horas del trabajo de las mujeres y de los niños, al trabajo nocturno y al reposo dominical, á la duración del trabajo de los adultos, al seguro obrero, á las asociaciones para fines económicos, á los presupuestos de Guerra y de Fomento y al problema religioso.

Basta la sencilla enumeración de los puntos que abraza la obra, para comprender el cuadro completísimo que el autor se ha propuesto estudiar, y para convenir en que es poco menos que imposible entrar en apreciaciones de detalle y en la crítica detenida de cada uno de los veinte capítulos que el libro contiene, en una nota bibliográfica de la naturaleza de la presente. Esto, sin embargo, no me dispensa de hacer algunas sucintas indicaciones acerca del concepto general y del sentido que entraña la obra de que me ocupo.

Entiende el Sr. Sanz Escartin que la transformación en las ideas, en los sentimientos, en las costumbres y en las leyes, es el origen del movimiento socialista contemporáneo, y que la moderna crisis social, que constituye la gran amenaza de la paz material y la gran inquietud de los espíritus, es de mucha mayor trascendencia y producida por causas más hondas que lo fueron las crisis análogas de otros tiempos. Quizá esta idea, que si bien es bastante pesimista no por eso hay que tacharla de exagerada, conduce al

autor á no confiar demasiado en los que algunos denominan *vis medicatrix* de los pueblos, y á no esperarlo todo de la ley de la evolución, y por eso, sin duda, á diferencia de lo que proclamaron en otros tiempos los pensadores individualistas, reviste al Estado de atribuciones tales que no vacilaría en condenar enérgicamente un buen discípulo de Adam Smith, puesto que defiende que aquel organismo tiene por fin el bien público y que en su virtud, ni cabe negarle un derecho amplísimo de intervención siempre que lo ejercite conforme á las verdaderas exigencias de este fin, ni es posible admitir como buen principio el de su abstención sistemática en todo lo relativo á la industria, ni se puede tampoco organizar el trabajo humano para hacer que la distribución de los productos sea equitativa, sino dando carta de naturaleza á la acción moderadora del Estado, «respetuosa de la libertad, dirigida particularmente á promover la organización corporativa y armónica de los intereses, y fundada en el mayor desarrollo posible de las ideas y de los sentimientos morales».

Cuando después de haber hecho la crítica de los sistemas económicos que desde tiempo atrás se han disputado el derecho de informar con sus máximas y vivificar con sus principios la organización de los Estados, el Sr. Sanz Escartin se ve en la necesidad de determinar más concretamente el grupo de ideas fundamentales, que habían de ser la premisa obligada del resto de su trabajo, asegura que «no constituyen

remedio á los males de las clases trabajadoras, ni el individualismo liberal que pretende aplicar á la humanidad la ley de la fuerza y de la lucha propia de los seres irracionales, ni el socialismo colectivista que destruye la justa, noble y necesaria libertad con que cada hombre debe perseguir sus fines»; concluyendo de esto que el positivismo armónico es el que hoy se impone por todas partes. En vista de esta idea, sostiene que el Estado debe tomar cartas en el asunto, para moderar la exagerada competencia industrial; cuando llega á tratar del problema social en los campos, defiende enérgicamente el arrendamiento á largo plazo, en vez de la enajenación definitiva de los bienes del Estado y demás colectividades; al estudiar las disposiciones protectoras del trabajador, reconoce que el Estado se halla en la obligación de fomentarlas, limitando las horas de trabajo de los niños, de las mujeres, y, en ciertos casos, aun de los adultos; se declara, con algunas salvedades, partidario del seguro obrero obligatorio; dice que el principio de libertad es insuficiente al objeto de producir por su sola virtud la asociación para fines económicos, razón por la cual ésta debería hallar protección por parte del Estado, y en los tratados que consagra al examen del impuesto y de los presupuestos de Guerra y Fomento, se ve el germen de las mismas ideas que han informado el estudio de todas estas cuestiones.

En los dos últimos capítulos de su obra asegura que el espíritu religioso es lo que principalmente hay que fo-

mentar para llegar á la solución de los grandes problemas que nos abruma; dice que sin la religión no hay nada; ensalza la supremacía de la religión católica; hace la apología de las órdenes religiosas, llamándolas instrumentos poderosos, no sólo del bien moral, sino hasta del propio bien material, y concluye afirmando que las reformas sociales resultarían siempre deficientes ante la naturaleza y extensión del mal, porque, según frase de Shorthouse, «para el dolor infinito de la vida humana, sólo es bastante la infinita piedad de Dios».

*
*
*

Según se ve, el autor, aunque proclama la tendencia positivo-armónica, puede decirse que en realidad pertenece como pensador á esa escuela bastante estendida de positivistas eclécticos, los cuales, si algunas veces experimentan la necesidad de descender á los accidentes y á los hechos de la vida, sienten inmediatamente la nostalgia del idealismo, como si fuera la suprema aspiración de su existencia; y como economista, al grupo de los llamados socialistas cristianos, cuyas doctrinas, incubadas en el transcurso de la Edad Media, quedaron, por falta de condiciones adecuadas en que desenvolverse, poco menos que en el olvido al iniciarse en los siglos xvii y xviii el desarrollo de esas otras ideas económicas que traían, con todo el vigor de lo que es nuevo, los principios del individualismo; y así permanecieron casi hasta

que León XIII por una parte, y por otra el inolvidable cardenal Manning, resucitaron el antiguo espíritu, fortaleciéndole al calor del pensamiento moderno en todo aquello que, no siendo opuesto á las doctrinas fundamentales de la Iglesia católica, pudieron aprovechar del socialismo de nuestros días, que cunde y cundirá cada vez más en las clases trabajadoras con una energía y una persistencia imposibles de contrarrestar.

Pero lo que más llama la atención en la obra que estoy reseñando, es la tendencia verdaderamente mística que se observa al leer sus páginas, la unción evangélica que respira, la desconfianza en la labor del hombre, la persuasión de que la reforma no pueda imponerse sin desarrollar en grande escala el sentimiento religioso... Algunas veces los párrafos de aquellos capítulos parecen algo así como las lamentaciones de los Salmos, y en otras diríase que su autor buscó la inspiración en el libro de Kempis.

Es una observación que se ha hecho muchas veces, y que se corrobora más cada día; el misticismo va haciendo gran número de prosélitos en los pensadores, lo cual nada tiene de particular si se consideran las circunstancias excepcionales porque atravesamos, y que siempre ha sucedido lo propio cuando la humanidad se ha encontrada cara á cara con esos problemas, á primera vista impenetrables, verdaderas esfinges de la historia, que entrañan una cuestión de vida ó muerte, pero que no dan á conocer ni dejan translu-

cir los términos internos con que formulan el dilema. Es disculpable el misticismo en nuestros días, sobre todo en aquellos hombres que, empezando ya á descender la escala de la vida, y no viendo realizada ninguna de las esperanzas que su generosidad y su amor al prójimo les hicieran concebir en los buenos tiempos de su juventud, contemplan el cuadro del mundo peor que le encontraron, y no pueden vislumbrar un solo signo de salvación. No; no son de extrañar semejantes ideas. Al ver las predicaciones de carácter revolucionario, aún no bien determinadas como no sea en lo que tienen de negación de todo lo existente; al contemplar el problema social en su terrible desnudez, obreros sin trabajo, poblaciones y comarcas enteras sufriendo los efectos de la competencia ó del hambre, fábricas que se cierran dejando en la miseria á millares de seres, los principios de la ciencia sin poder determinarse y experimentando las fluctuaciones de la duda, los dogmas religiosos en espantosa crisis, la idea de Dios esparcida en las conciencias con la incertidumbre de una tradición que se disipa, los Estados preparándose para la guerra como en los días de Carlo Magno, la política desprestigiada y sin encontrar á nadie que en ella crea y en ella piense con un poco de seriedad, las costumbres pervertidas, el convencionalismo y la hipocresía mandando en jefe en la mayor parte de nuestras relaciones sociales, la fe en las antiguas ideas, extinguiéndose poco á poco en el pecho de

los hombres, el escepticismo manifestándose en múltiples aspectos, el entusiasmo que se apaga por momentos...; al ver, digo, esta verdadera ruina, al observar que se cuartejan y se despedazan las que nuestros padres reputaron sólidas columnas, capaces de sostener por muchos siglos el espíritu de las sociedades, y al considerar que nada aparece para sustituir estos principios, nada tiene de particular que aquellos que lucharon durante toda su vida con la fe y la abnegación que les inspiraron sus sentimientos altruistas, vean desfallecer sus fuerzas, plegarse sus esperanzas, decaer sus más halagüeñas ilusiones, y, apartando su pensamiento de la tierra, procuren hallar en otras regiones más puras el consuelo de sus dolores y el bálsamo para las heridas de su alma.

Sin embargo, si es cierto que el misticismo purifica, también lo es que el misticismo enerva; la ley de la lucha por la vida será todo lo cruel que quieran los idealistas, pero no tendrán más remedio que convenir en que es forzoso entrar en ella; después de todo, de esta lucha despiadada han nacido los grandes acontecimientos de la historia; bueno es, como dice el Sr. Sanz Escartín, amar la vida del espíritu « por

naturaleza y por inclinación irresistible, hasta en sus extremos», pero no hay que olvidar que de estas contemplaciones ideales podía surgir una Santa Teresa de Jesús, cuyas obras nos revelen la idea de un mundo de ángeles, mas nunca un Wat ó un Stephenson que legan á la humanidad, con los registros y complicaciones de sus máquinas, la idea de un mundo de hombres.

Esto que en general he dicho del misticismo, no es mi ánimo aplicarlo en toda su extensión al libro de que me ocupo, pues aunque, como he hecho constar, en su autor aparece aquella tendencia con caracteres algún tanto pronunciados, no por eso deja de comprender las necesidades á que nuestro ser se halla sometido; y buena prueba de ello es que consagra gran parte de sus vigilijs al estudio de estas difíciles cuestiones que nada tienen que ver con la vida de ultratumba. Yo soy el primero, por tanto, en felicitar cordialmente al Sr. Sanz y Escartín, y bien sabe Dios que con toda sinceridad desearía que la buena acogida que el público ha dispensado á su obra le sirviese de estímulo para proseguir en sus trabajos, que sin duda alguna son acreedores al bien de la ciencia y al bien de la patria en que ha nacido.

JULIO PUYOL.

CRÓNICA INTERNACIONAL

La muerte de Ferry.—La complexión y carácter de tal hombre.—Su fuerza de voluntad.—Eficacia y poder de tal facultad en la política, y sobre todo en la política francesa.—Historia de Ferry.—Su aparición ligada con la decadencia del Imperio.—Grupo de jóvenes demócratas.—Papel representado por Ferry en tal grupo.—La política interior y exterior de éste.—Discurso de Thiers en armonía con la política exterior.—Oposición sistemática.—El nuevo París.—Folleto de Ferry sobre las cuentas fantásticas de Hausseman.—Ferry en la Cámara.—Ferry en la revolución.—Ferry en el sitio de París.—Ferry en la Comunidad revolucionaria.—Ferry en el gobierno.—Ferry en la desgracia.—Su muerte.—Conclusión.

Terrible golpe la muerte de Ferry descargado sobre la República francesa! Desde que tal institución se fundó, todos han echado en ella de menos la estabilidad y han pedido á la opinión y á las Cámaras en vano el establecimiento y arraigo de un verdadero gobierno. Y para tal obra, únicamente se tropieza en todo el estado mayor de la política nacional aquella con dos hombres de temple: con el célebre Constans y con su antecesor en autoridad y en ascendiente sobre los demás, con el publicista y orador Ferry. Podían discutirse y aun rechazarse así sus principios como sus actos; pero en lo que no puede caber discusión alguna es en lo claro de sus conceptos, aunque fueran erróneos, aunque fueran desacertados. Yo nunca he participado de sus creencias respec-

to del carácter colonial atribuido por él á la nación francesa; yo he combatido siempre á muerte los principios cesaristas suyos respecto de las facultades que debe gozar el Estado en materia de pública enseñanza. Pero yo he creído y sigo creyendo que adhería con viva fe su entendimiento á un verdadero símbolo é implantaba este símbolo creído y amado con verdadera constancia en la rebelde realidad. Vistas las voluntades flacas que hoy en Francia ocupan los altos puestos y toman la dirección aparente de un país abandonado á sí mismo, el ímpetu de Ferry priva más en mi ánimo que las muelles complacencias, que las fáciles indeterminaciones, que la indéfinición reinantes hoy sobre la infeliz República, necesitada de un poder que pueda prestarle aquella cohesión interna, sin

la cual se disgregan los átomos en tenue polvo, arrastrado y desvanecido al menor soplo. Así, tras las zozobras causadas por el crédito inverosímil que consiguiera Boulanger con cuatro aparatosos alardeos de gobierno; tras la grande anemia proviniente de una presidencia sin más autoridad que la prestada por ficciones legales, incapaces de conceder lo más necesario en las sociedades modernas y democráticas, el propio personal ascendiente; tras los errores comunistas cometidos por el ministerio Loubet, dando alas al monstruo de la utopía colectivista y fuerzas al nublado de las guerras sociales; tras los escándalos del Panamá, debidos en su mayor parte al desmayo de las fuerzas concentradoras y disciplinarias que mantienen cada poder en su respectivo centro de gravedad y conciertan todos ellos entre sí mismos para que no quieran los cuerpos de carácter político elevarse á tribunales, ni los tribunales inmiscuirse de modo alguno en los otros cuerpos del Estado y en las otras esferas del poder público, todos convertíamos los ojos á quien tuviera dentro del antiguo partido republicano la inspiración de adherirse con decisión grande á Thiers y después darle al poder la fuerza de que necesita y la disciplina indispensable á una mayoría que se ha encontrado, desde la desgracia de Ferry, disuelta siempre, conduciendo y mandando los gobiernos, en vez de ser por los gobiernos ella conducida y mandada. Pero este hombre ha muerto. Y la muerte suya influye por tal modo en

los destinos de Francia que no podemos menos de pararnos y detenernos ante su vida, consagrandó á este hombre casi toda la crónica del mes corriente. Y puesto que su vida evocamos, no demos á olvido cómo esta vida, muy célebre y famosa hoy, tuvo comienzos ignorados, en los cuales conviene detenerse antes de verla desaguarse con tanta majestad en el Océano. Así es que miraré con mayor detenimiento los comienzos que las postrimerías de su historia, relacionando ésta con todas aquellas crisis en las cuales ha tenido una soberana influencia. Ferry comienza cuando el Imperio acaba.

Los años 1868 y 1869 son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del emperador Napoleón III. Cada uno de los pasos que da es un verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna, cuyos matices le sonrieran con venenosa sonrisa en los primeros días de su imperio. Inmediatamente después de la guerra de Italia todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto solio que los reyes le habían erigido en el tratado de 1815 y destronada por el sable de Bonaparte contra quien aque-

llos tratados se urdieran; Italia, si no satisfecha, reconocida de suyo al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo por un plebiscito á engrandecer para el emperador su Imperio y para los franceses su patria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de su estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono temporal por la mano del César, tan fuerte, que así podría encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes. Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que comenzara la guerra y la sobra de ardidés diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero, denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un día se engañan, si otro día tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta y me arrancáis mis hijos sin tenerme compasión, le dicen los ciudadanos, y pensáis por mí, y por mí habláis, y sois la patria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpetuamente, y así comprenderé que debáis ser vos mi señor y yo nuestro esclavo. Desde el punto y hora

que el Imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia, hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y aguzar sus facultades de crítica, y la crítica de la nación de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se ríe, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel Imperio que la había aterrado con la deportación y los fusilamientos, que la había sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleón tenía un hermano, el duque de Morny, mundano, dispendioso, pero que veía con clara mirada todas las nubes amontonadas sobre el Imperio, y en parte las disipaba y desvanecía con sus inspiraciones y sus consejos.

La inteligencia suya, clara y penetrante, su carácter flexible, sus maneras aristocráticas, el don de gentes con que atraía á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al Imperio. El, y solamente él, había desconcertado la oposición republicana del Cuerpo legislativo y atraído con halagos á uno de sus miembros más importantes: á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecían el alma y el cuerpo del Imperio. La emperatriz quiso verlo en su lecho mortuario, y fué tan grande la emoción producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio Imperio. Y en efecto; desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, sólo en las altas

cimas de la sociedad donde falta el aire respirable; despojado, por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habían ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores, para los cuales era Napoleón, como los emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en los campos de batalla, sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos, veíasele sucumbir, al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevación, y sentían con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra. En circunstancia tan crítica Ferry aparece. En dos campos de batalla requería la juventud entonces al Imperio cesarista con empeño: la prensa y el foro, para luchar con él y desarmarlo. En la prensa y en el foro mantuvo la causa Ferry del derecho, negado completamente por el César y por los cesaristas. Primero escribió en un periódico, entonces famoso y hoy olvidado, que se titulaba *Correo del domingo*; escribió después en el sesudo diario, que ha sido como el *Journal des Debats* de la democracia, en el *Temps*; y allí fué poniendo al cesarismo el cerco y sitio, al cual se tuvo que rendir, hasta invocar en favor suyo la democracia; y cuando vió que no podía entenderse ni con la democracia ni con la libertad, yéndose á una guerra, en cuyas espirales de tromba y ciclón encontró al cabo la ruina y la muerte. Yo, que trabé con Julio Ferry amistad estrecha desde un año en su historia tan célebre como el año 66, he visto formarse la grande

agrupación de inteligencias, en la cual brillara con brillo extraordinario, agrupación luminosa donde Gambetta era como el fuego sagrado de la inspiración, Challemel como el pensamiento científico, Ferry como el cálculo matemático frío, Spuller el archivero y el cronista y el inscriptor de todos aquellos pensamientos, los cuales iban poco á poco formando la materia radiante, destinada en el curso de las ideas y de los hechos á sustituir y reemplazar el Imperio. Nunca se vió tan claro que Francia produjo la forma imperial del poder y que Francia también la deshizo. Ferry se halla naturalmente llamado á figurar entre los que más debían lucir en aquella sustitución indispensable y lógica.

Ferry con sus amigos mantenía coloquios políticos perpetuos. En aquellas conferencias entre almas tan luminosas, en aquel choque de los entendimientos unos con otros, en aquellos diálogos llenos de ideas, íbase formando poco á poco la política interior y la política exterior que debía sustituir á la política imperial. En lo interior querían una República muy avanzada, pero liberal y parlamentaria; en lo exterior querían la disminución de Prusia, cuya unidad les asustaba como si fuese un grandísimo alud pendiente y amenazador sobre sus cabezas. Yo disientía en esto de todos ellos. Creía yo, mirando la cuestión aquella con la mirada propia de mis ideas progresivas, que no podía oponerse Francia en nombre de ningún principio admisible á la unidad de Alemania; creía Ferry lo

contrario. Mas era el caso que pecaban de inconsecuentes, pues mientras combatían la unidad de Alemania con todas sus fuerzas, apoyaban al par con todas sus fuerzas la unidad de Italia. Confesemos que no marraba su patriotismo, pero digamos también que no marraba mi lógica. Ellos anatematizaban á Napoleón porque no había dejado ir á Garibaldi hasta Roma en el día de Mentana y lo anatematizaban porque había dejado á Bismarck ir hasta Bohemia en el día de Sadowa. Y en estos anatemas yo nunca les hice coro. Gambetta me redargüía con largos discursos de una entonación y de un aliento formidables; y me redargüía Ferry con descargas de razonamientos fríos parecidos á silogismos escolásticos. Lo cierto es que tal política, la política de Gambetta y Ferry, se condensó en una sesión célebre por el discurso magistral de un grande orador parlamentario: por el discurso de Thiers. Aquel día pasélo con Gambetta y Ferry. Corría el verano de 1866 y se acababa la guerra austro-prusiana por la batalla y la victoria de Sadowa. El emperador Napoleón, que había contribuido en mucho á este resultado, esperaba una parte en el botín. Pero al ir á reclamarla, se encontró con una redonda y absoluta negativa. Inmediatamente quiso apelar á la guerra, y no tuvo medios para sostenerla. Esta inmensa desgracia pudo costarle entonces la vida, porque de resultas le asaltó mortal enfermedad en Vichy. Napoleón sabía que su poder no duraba si no aparecía á los ojos de su pueblo

como infalible en sus juicios é incontrastable en sus empresas. Entonces se conformó con necesaria resignación, y predicó en célebre manifiesto que la victoria de Prusia había sido una victoria del Imperio, por varias y fundamentales razones; porque había roto los tratados de 1815, porque había realizado las grandes aglomeraciones tantas veces prometidas y sustentadas en las meditaciones y en las memorias del grande Emperador, y porque había creado una potencia revolucionaria más, enemiga de antiguos poderes y aliada forzosa de Francia. Ahí estaba la verdad. Ese era el profundo y necesario sentido político. Pero se necesitaba mantenerlo contra todo y contra todos una vez públicamente expresado. Las inquietudes de Alemania se hubieran concluido, y las consecuencias de la paz internacional se hubieran tocado inmediatamente. Los recelos del pueblo francés se hubieran poco á poco apaciguado. Pero el partido militar quería la guerra á toda costa, y á las cábalas, á las pretensiones del partido militar, se unía el patriotismo de los demócratas. M. Thiers condensó la opinión de estos en discurso admirable por su arquitectura, por sus formas, aunque nocivo por sus tendencias y por sus ideas. El discurso combatía todo el manifiesto de Napoleón, y por consecuencia toda su política europea. Jamás unió tanta elocuencia, jamás á tanta erudición, ni tanta profundidad á tanta gracia como en este discurso. Cuatro horas tuvo la Asamblea pendiente de sus labios, que fluían como

un río de ideas transparentes, clarísimas, en las cuales se reflejaba con todos sus rojizos resplandores el orgullo nacional de Francia. Olvidando la unidad fundamental del espíritu moderno y la solidaridad de los pueblos, habló como hubiese hablado un patriota á la antigua, uno de esos hombres que fijan la atención y la concentran sólo en su patria; para los cuales todos los pueblos extranjeros deben ser considerados como pueblos ó enemigos ó bárbaros. Sólo por un sentimiento de esta altiva estrechez puede comprenderse y explicarse que, olvidado de alemanes, de italianos, de españoles, de ingleses, de todos los pueblos circunvecinos á Francia, sostuviera convenirle á esta nación el tener á perpetuidad en sus fronteras pueblos ó desmembrados ó débiles. Así condenó la obra de la unidad de Italia, esa obra debida indudablemente á las fuerzas de Francia, y anunció á Víctor Manuel autoridad más fugitiva y reinado más tempestuoso en su nuevo amplió reino de Italia que en su antiguo estrecho nido de Saboya. Pero en el tema en que agotó sus fuerzas y su elocuencia, fué en el tema de la unidad de Alemania. Elevóse en alas de su maravillosa palabra á los tiempos más remotos, y recorrió con rica variedad de tonos en la voz, y de ideas en el discurso, las crisis supremas que han formado la grandiosa nacionalidad francesa. Para él toda la historia moderna de Francia se ha propuesto impedir la Alemania una fundada sobre Italia ó sobre España. Por esta causa,

porque Italia no fuera española, combatieron Carlos VIII y Luis XII de un extremo á otro en la hermosa península de las inspiraciones y de las artes. Por esta causa, porque el Imperio alemán no fuera una amenaza en el Rhin y otra amenaza en el Pirineo, merced á la poderosa familia de Carlos V, combatieron Francisco I en Pavía, sus herederos en San Quintín, Enrique IV en Crescy, Luis XII en Rocroy, hasta que consiguieron humillar á España y Austria en la paz de Westphalia, preparada por Richelieu y concluida por Mazarino, los dos grandes políticos de Francia. Y Napoleón III había contribuido con su política de las nacionalidades á fundar un grande Imperio sobre las fronteras de los Alpes y otro grande Imperio sobre las fronteras del Rhin que aminoraban toda la antigua grandeza de Francia. Y después de haber luchado tantos siglos en impedir el feudal Imperio austriaco unido á la nación española, ahora nos encontramos con un Imperio alemán unido á la nación italiana. Y se querrá cohonestar todo esto con la frase de haberse concluido los tratados de 1815, ajustados en mengua de Francia y concluidos y rasgados con mayor daño todavía de esta gran nación. Y se añada que el emperador Napoleón I predicaba las aglomeraciones de razas, los inmensos calabozos donde se amontonan pueblos esclavos, cuya libertad y cuya independendencia habían sido el secreto quizá de sus inspiraciones artísticas, de su cultura científica, de los esmaltes con que ornaran la esplén-

dida diadema de la humana gloria. Esas teorías eran absurdas, y sobre todo contrarias á la dignidad de Francia, que por lo menos debía compartir con otras naciones su preponderancia en Europa. Ya no queda ninguna falta más que acometer, dijo el orador con voz lúgubre, dejando clavado su agudísimo puñal de dialéctico en las entrañas del Imperio. Desde aquel día todo cambió en Francia. El orgullo nacional se reanimó con una reanimación extraordinaria. El partido militar cobró grandes bríos y sonó sus sables amenazadores en las gradas mismas del cesáreo trono. Los patriotas pidieron la guerra con clamores y aullidos espantosos. Francia se palpó las sienes y sintió que le habían quitado en las sombras su espléndida corona de oro. El pueblo mismo comenzó á ser cómplice del error que podía perderlo, esclavizarlo, retardar su emancipación y su progreso. Y yo creí ver, entre aquellos siniestros relámpagos de entusiasmo, dibujarse el yerto cadáver de la noble Francia. Gambet tacon Ferry se burlaban de mis agorerías casandrescas. Pero apenas transcurrieron tres años cuando me daban la razón y convenían conmigo en que tantas torpes ingerencias del gobierno francés en la unidad germánica concluyeron por traer el desplome de una inmensa catástrofe.

Pero la oposición hacía de todos los palos astillas. En las cosas más favorables al Imperio y que parecían para el Imperio más beneficiosas, fundaba una serie de cargos que le salían á mara-

villa por el descenso evidente de tal institución, que iba tocando en su ocaso. ¿Podía encontrarse nada tan glorioso cual la renovación de París? La vieja ciudad, aquella que Víctor Hugo recogiera filialmente y depositara en el magnífico Museo de Nuestra Señora, acababa de caer á los golpes de la piqueta del César. Debía ser aquel París, de estrechos callejones, de sucio piso, de altas y oscuras casas, de infinitas encrucijadas en laberinto interminable, de poco aire y poquísima luz, un colosal calabozo. Sin embargo, los artistas, los poetas, destinados á llevar en pos de sí las inteligencias y á mover los corazones, echaban de menos los sitios consagrados por la santidad de los recuerdos: el patio de sus juegos infantiles, el templo de sus primeras oraciones, la ventana que recogió la mirada y el suspiro de los primeros amores, las calles, testigos de dramáticas escenas históricas, y en cuyas paredes se habían dibujado las sombras de los grandes hombres que sirvieron á Francia con gloria é ilustraron los anales de la humanidad. Estas quejas habían pasado desde los libros de los poetas al sentido común de los ciudadanos. Un autor dramático de decadencia, Sardou, sin esplendor de estilo, sin profundidad de ideas, sin ternura ni elevación de sentimientos, notable sólo por el arte, ó, mejor dicho, por la industria de anudar y enmarañar los argumentos y hábilmente desatarlos, oficial mecánico del teatro, pintó en su *Casa nueva*, drama muy malo, el lujo desordenado que el nuevo París exigía

y la ruina horrible á que arrastraba este lujo, ruina económica, ruina moral, sobre todo. Lo que daba á estas quejas mayor resonancia era que el nuevo París, sustituto del antiguo, presentaba arquitectura tan detestable, gusto tan depravado, uniformidad tan horrible, caserones tan altos y tan grandes, líneas rectas hasta perderse de vista, árboles enanos y raquíticos, montones de piedra decorada con adornos tan artificiales y tan pesados, que la nueva ciudad, aireada, limpia, blanca, gigantesca, era un aireado, limpio, blanco, gigantesco cuartel. Las quejas se habían elevado desde los folletines á la tribuna. Julio Favre, en uno de esos discursos que tenían estilo severo y pensamientos estoicos, llegaba hasta la indignación juvenalesca, y presentaba gráficamente aquellas leguas de palacios monstruosas y deformes, como pagodas asiáticas, digna expresión de un Imperio pretorianesco y brutal, arrojando de París su nervio, su esplendor, su salud, su animación, su vida; los hábiles jornaleros que no podían soportar ni el precio de los alimentos, ni la subida de los alquileres, y que se veían obligados á vivir en barracas de esteras y de palos, presentando los aduares del africano ó del salvaje, como un horrible contraste, junto al lujo de la espléndida capital del mundo. Decíase que el aventurero con corona, engendrado en Holanda, parido en París, llevado á Saboya, de Saboya á Italia, de Italia á Suiza; oficial de artilleros en el cantón de Argovia; jefe de descomunales conspira-

dores en las calles de Estrasburgo; vago de Londres y de Nueva York; perteneciente y extraño á todas las naciones, no tenía amor patrio, no experimentaba la magia de los recuerdos, no creía en la virtud santificante del hogar, no se impresionaba ante los sitios venerandos de la capital de Francia, y con una irreverencia sólo comparable á su audacia, había hecho del París de las artes y de los ingenios el hotel, la mancebía y el garito de todos los calaveras y de todos los jugadores del globo. Eugenio Pelletan escribió su *Nueva Babilonia* en estilo digno de los profetas, con maldiciones verdaderamente apocalípticas. Edmundo Texier, pasando por el Arco de la Estrella, conjuraba al joven griego del escultor Rude á que fuera con su espada desnuda en la mano y su marsellesa furiosa en los labios, á castigar á los sátrapas de París como sus antecesores en Marathón y en Salamina habían castigado á los déspotas de Asia. Mas no era Napoleón ni único autor ni único responsable de las transformaciones de París, alabadas por unos como la obra capitalísima de aquel reinado, criticadas por otros como la corrupción mayor y el mayor afeamiento de la ciudad que por su importancia y por su grandeza se eleva en el mundo á la categoría de verdadera nación. Tenía un ilustre colaborador, que se llamaba M. Hausseman, y que en Hotel de Ville tronaba y mandaba como Júpiter en su Olimpo. El derribaba los monumentos y derruía las calles como un Dios, echaba líneas sobre el inmenso circui-

to de la ciudad y los suburbios como principiante de geometría sobre la pizarra; arruinaba á éste, enriquecía al otro, y era capaz de quemar á París entero, como el loco romano de otros tiempos, para embellecerlo y renovarlo. Mientras se trataba de las construcciones todo iba bien. El Augusto moderno podía decir que recibió una ciudad de ladrillo y dejaba una ciudad de mármol. Pero en cuanto sonó la hora del pago y aparecieron las monstruosas cuentas, hubo en París murmuraciones generales, y en provincias general descontento. Escritor desconocido entonces, aunque amigo de Gambetta, como ya he dicho, y asistente continuo á unos almuerzos político-literarios que éste daba en su modesto cuarto piso de la calle de Bonaparte, donde se discutían los más graves problemas y se derramaba á torrentes la sal sabrosísima del ingenio, Julio Ferry cogió la ocasión por los cabellos, y expresando el disgusto público, estampó y divulgó un folleto con este título: *Cuentas fantásticas de Hausseman*. Los franceses se pagan mucho del ingenio, aplauden sin tasa la gracia, y el librito tenía asegurada su fortuna, desde el punto en que nació, con aquel felicísimo retruécano por mote y por bandera. Los más legos en letras recuerdan la analogía, la relación del título de este libro, *Cuentas fantásticas de Hausseman*, con el título de otro libro literario célebre, con el título de *Cuentos fantásticos de Hoffman*. Los maldicientes celebraron la gracia, los opositores movieron y

removieron el folleto, la izquierda se decidió á llevar el asunto á la tribuna de ambos Cuerpos Colegisladores, y poniendo el dedo en la llaga ó mostrar lo escandaloso de los gastos, lo increíble de los despilfarros. M. Hausseman estaba perdido; pero con M. Hausseman se perdía y se desacreditaba una de las mayores y más ilustres obras del segundo Imperio, uno de los más alabados y más brillantes títulos del tercer Napoleón. Ferry subía cada vez más en el concepto público.

Así, no fué maravilla que lo nombraran diputado en las elecciones del 69; que luego lo nombraran del gobierno de la Defensa Nacional en el célebre 4 de Setiembre, día del renacimiento ó restauración de la República; que luego le nombraran prefecto de París en el sitio, y que, ya prefecto, acometiera el titánico trabajo de proveer la capital con verdadero empeño y corriera más de una vez riesgos terribles de su vida por salvar, dentro del cerco bombardeado, la vida de aquellos que representaban la posible autoridad y ejercían, en condiciones tan adversas, el poder público. Cierta día fué un verdadero héroe, verdadero. Era el día 22 de Enero de 1871. La mañana había pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y la plaza de la Greve demostraban que de tempestad había verdaderos amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama Plaza de la Greve, y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras.

Poniéndose de frente al Hotel de Ville, descúbrense hacia la derecha las torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de París; los dos brazos del Sena, que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nación francesa; y á la izquierda la calle de Rivoli, cuando ya entronca con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en tal escenario. Allí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convención. Allí cayó Robespierre, después de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitución de la dinastía borbónica y coronó con el morrión de la milicia nacional á la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda, y en 1870 la tercera República francesa. Por eso, cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las súbitas inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que la revolución triunfa y se formula, es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del 22 de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número corto, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A la defensiva sólo se veían dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un

oficial de la milicia parisiense ante la puerta mayor abierta y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedían pan y la caída de Trochu. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados, pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hacia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargaban, jurando apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubriáanse tras de sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñaban los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido era la destitución de Trochu, gobernador militar de París. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud, decidieron dirigirse á la habitación misma del general. Y en efecto, partieron por la calle de Rivoli hacia el lado del Louvre. Parecía todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca á ataque. Vienen trescientos milicianos armados y en son de guerra desde Belleville, y han desfilado en la plaza de la Bastilla antes de tomar la calle de Rivoli por el extremo opuesto al que se encaminaban los milicianos anteriores. En cuanto avistan el Hotel de Ville suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hacia la desembocadura de la calle de Rivoli, donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo de gentes desploma-

das sobre el frío barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente, y chocando en su carrera, tropezaron muchos por heridos y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, la tropa de línea, los gendarmes, acuden, y el orden se restablece. Mientras pasaban estas escenas tronaba la artillería, y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de París. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No estaba aún bastante castigada Francia? Pues bien; el gobierno hubiera caído, París, sitiado, se queda sin defensor, la comunidad revolucionaria queda proclamada en pleno sitio, si Ferry no hubiese reunido los milicianos bretones y no hubiese dado la terrible voz de fuego.

Pero resumamos. La vida de Ferry se distingue por unas proporciones admirables y por un enlace y coordinación verdaderamente lógicos entre sus varios períodos. De oposición ruda en el grupo de la calle de Bonaparte; ardiente polemista en los dos periódicos, uno de combate desatado, como *El Correo*, y otro de combate táctico, cual *El Tiempo*; autor oportuno de folleto muy leído y loado, contra la renovación de París, obra capital del Imperio; representante ya del pueblo en la Cámara del 69 que traía la revolución aparejada; individuo del primer gobierno brotado tras el triunfo de la República; prefecto en la capital sitiada, donde salvó un día con esfuerzo á sus compañeros, los gobernantes, condenados á muerte por las turbas en ar-

mas; el primero en ofrecer grandes resistencias á los elementos anárquicos volcados por todas partes, y el último en irse de París cuando la comunidad revolucionaria dominó la gran ciudad y se propuso resucitar el terror de los maldecidos ayuntamientos parisienses del 93; amigo y partidario de Thiers hasta su muerte, los rasgos capitales de su vida le daban un carácter, al cual nunca debió haber renunciado: el carácter de republicano conservador, que tanto cuadraba con sus ideas, con sus antecedentes, con sus tradiciones y con su historia. Pero hay un matiz del desarrollo de tal vida en que nadie ha fijado su atención, quizá por envuelto entre las indeterminaciones y las incertidumbres de un ánimo recatadísimo, y que, sin embargo, decide por completo de su existencia y le da la orientación tomada en el período que ha cerrado la muerte. Cuando se disolvió el gobierno de la Defensa Nacional, tras las capitulaciones, una parte de este gobierno, Favre, Ricard, Simón, Ferry, se fué con Thiers, vencedor; otra parte de este gobierno se fué, la menor y menos importante, Cremieux, Bizoin, Pelle-tan, se fué con Gambetta. Recuerdo el dejo de amargura prestado á los labios de Gambetta por tal determinación. Lo perdonaba, porque lo quería mucho, pero zaheríalo con recon-venciones acerbadas y lo asaeteaba con dardos agudísimos. Sin embargo, en cuanto la reacción destronó á Thiers en Versalles, pròpendió Ferry de nuevo á Gambetta. Y en cuanto Gam-

betta murió, se alzó con su herencia.

Varias ideas del malogrado dictador, ideas buenas unas y malas otras, le movieron ya en toda su carrera política: la concentración republicana, la reforma constitucional, la enseñanza laica, el engrandecimiento territorial. De la concentración republicana, francamente, no hay para qué hablar. Mientras la dirigieran ó el corazón de Gambetta ó el raciocinio de Ferry pase, vaya en gracia; pero así que cayó en otros guías no tan autorizados, redujose á una triste agregación de guerras, más bien mecánicas que orgánicas, en las cuales fuerzas predominaban, por debilidad é incuria de los más, los menos: Clemenceau y sus radicales. La cuestión de enseñanza, tal como la resolviera Ferry, sublevó la mitad entera de su vida contra la otra mitad, é imposibilitó la República verdaderamente conservadora, que no puede ni fundarse ni establecerse sino contando por completo con los elementos católicos. La reforma constitucional hizole pasar por aquella terrible Asamblea de un día en Versalles que pudo quebrantar la República con sus determinaciones como escandalizó á Europa con sus voces. El engrandecimiento territorial aportó á Francia el Tonkin y Túnez. Pero lle-

vóle aquél esa impopularidad en que Ferry ha vivido; y Túnez aportó á Francia la enemistad implacable de Italia é Inglaterra. Mas con esto y con todo, muere Ferry tenido en un concepto que no han alcanzado sus émulos del oportunismo: muere con reputación de verdadero estadista. Y en efecto, tenía pensamiento y voluntad. Gobernaba, no por gobernar, por hacer algo útil á su patria. Comprendía cómo necesitan las democracias de autoridad y gobierno. Disciplinaba con verdadera organización su mayoría. Y magüer su disciplina, triste noticia llegada del Asia oriental desbandóla; á su desbandada siguió una proscripción perdurable del jefe, lanzado de su ministerio, lanzado de su Parlamento, lanzado casi de su país. Cuando Grevy dimitió, por el sentimiento de la mayoría hubiérale Ferry sustituido en la presidencia. Cuatro gritos del partido radical impidieron esta elección. La República no quiso definirse y nombró á Carnot. En esta indefinición y en esta indeterminación hoy continúa, devorando uno tras otro grandes hombres y sin que nadie sea capaz de adivinar dónde se halla el Norte y el puerto. Viejo ya Ferry, de sesenta y un años, no se ha llevado consigo al sepulcro una historia, se ha llevado una esperanza.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Frasesología dramática.—La Dolores.—El Maestrante.

Que el teatro moderno aspira á ser copia, casi fotográfica de la realidad, es un hecho que nadie desconoce. Podrá negarse que tal aspiración sea el verdadero ideal del arte dramático; podrá protestarse teóricamente contra la forzosa restricción que impone ese modo de entender el carácter de la escena, pero sería cerrar los ojos á la evidencia negar que en el momento presente, el público, supremo juez de las obras artísticas, busca en el teatro una verosimilitud escrupulosa. Para comprobar lo que dejo dicho, no hay más que prestar oídos á las conversaciones de los espectadores, las noches de estreno, en los pasillos de los teatros. Es ó no verdadera la acción, son ó no son copia fiel de los caracteres reales los caracteres fingidos por el autor, son ó no *proprios* los trajes, las costumbres, el mobiliario, el lenguaje, la decoración... tales son los puntos en que se ejercita la crítica espontánea de los espectadores. La misma dirección sigue la crítica escrita: su criterio, casi exclusivo, es el de la verosimilitud en su sentido más estricto. Lo que de ella se aparta, aunque contenga los más delicados primores, es censurado dura é implacablemente, y participando de este mismo modo de pensar los directores de escena y los actores—no siempre con fortuna—procuran que tanto en la disposición de la escena, como en el vestir, en la entonación y en los modales, la ficción y la realidad se aproximen hasta el punto de confundirse. Censurábase á Rafael Calvo porque *cantaba* los versos del teatro antiguo; pónese reparo á las más leves impropiedades de indumentaria, y no está lejos el día en que nuestros críticos consideren, como Sarcey, que «el verso es la edad de piedra del teatro».

Claro es que esta dirección que sigue el teatro, achica mucho su contenido. La sombra del viejo Hamlet no puede pasearse ya por la explanada del

castillo de Elsigforsdt, ni el espectro de Banquo ocupar su asiento en el fatídico banquete. El mundo de los sueños y de las quimeras no cabe ya en el teatro, no caben tampoco las abstracciones teológicas ó metafísicas, y el gusto moderno proscribire de la composición dramática las galas poéticas calificándolas desdeñosamente de lirismo. Después del paréntesis romántico, impera la estética de Moratín.

Consecuencia es este achicamiento de lo desmedrado y pobre de nuestra fantasía, así como de la invasión del positivismo, que ha penetrado en todas las esferas de la actividad. En otro tiempo, era aquélla tan lozana y vigorosa, que sin necesidad de cambios de decoración, se hacía fácilmente cargo el público del lugar de la escena. La mano puesta delante de los labios á veces era indicio bastante para representar la existencia de una pared entre dos interlocutores. Ponían los autores artificiosos discreteos en boca de sus personajes, y el cielo y la tierra, ángeles y demonios, lo humano y lo divino, entraban en el anchuroso campo de la escena. Pintar con brío lo principal desdeñando lo accesorio, tal era el propósito de los antiguos dramaturgos. ¡Qué de cosas diría la crítica moderna si un autor de nuestra época atribuyese á un personaje como Hamlet, muy anterior á la venida de Cristo, reflexiones acerca de los santos Sacramentos! ¡Qué de burlas se lanzaría contra el desgraciado dramaturgo, que, como Calderón, convirtiese á Varsovia en puerto de mar, ó al que como Rojas,

hiciese que un personaje coetáneo de Alfonso VII hablase de la canela del Brasil!... Ni el público paraba mientes en estas inexactitudes, ni la crítica reparaba en ellas, ni los poetas se proponían como objeto la copia minuciosa y prolija de la realidad. Sus ojos estaban conformados para ver lo grande; los nuestros, por el contrario, son de lince para distinguir lo pequeño.

Es evidente, ó á mí por lo menos me lo parece, que aquel teatro valía más que el moderno, como vale mucho más, por ejemplo, una *kermesse* de Rubens que un cuadro de Teniers, con estar en aquél barajados lo verdadero y lo fantástico, la realidad y la quimera, y estar en éste reproducido con una verdad asombrosa lo más trivial é insignificante. Pero como quiera que el arte es un resultado del modo de ser social y los gustos del público se imponen al artista, forzoso le es á éste atemperarse á las exigencias de los contemporáneos.

Comprendiéndolo así hasta los artistas de más libre y soñadora fantasía, hacen esfuerzos inauditos para amoldarse á esta ley de la dramática moderna. La *última manera* del Sr. Echegaray demuestra lo tiránico de las exigencias del público; de aquí su afán por imitar á Ibsen, el más naturalista de los dramaturgos contemporáneos; de ahí también sus intentos poco afortunados de copiar la vida, la sociedad y los caracteres modernos. La misma tendencia se echa de ver en Galdós. La Peri y Pepet, los dos personajes mejor estudiados de sus comedias, son á ratos lo

más realista que hemos visto sobre las tablas del escenario.

Pero es el caso que, á pesar de los esfuerzos de los dos ilustres escritores, se les va á lo mejor el santo al cielo, quiero decir que, olvidándose de sus propósitos naturalistas, hacen hablar á sus personajes en lenguaje retórico y amanerado. Y es cosa á la verdad un poco extraña ver á un Pepet, por ejemplo, abandonar de repente su rudeza é irse por los cerros de Ubeda del más trasnochado lirismo. Todos los personajes de los dos eminentes autores, venga ó no á cuento, han de decir sentencias como templos ó han de empedrar sus diálogos de imágenes rimbombantes. Ya es una señorita marisabidilla que compara sus congojas con los estremecimientos de un capullo arrojado á un pudridero, ya un patán zafio que compara sus reyertas conyugales con el rozamiento de las escamas y aletas de un dragón, con las plumas de un ángel... Toda en esos diálogos enrevesados se vuelve ángeles, capullos, constelaciones, órbitas, abismos, fango, lodo... y hasta ratones.

Podrá argüírseme diciendo: «nuestras comedias mejores llenas están de frases y conceptos tan dislocados ó más que los citados. Lo del hipógrifo violento, las vociferaciones de Fierabrás en *La puente de Mantible* y los discreteos de damas y galanes dan quince y falta á las más descabelladas declamaciones de nuestros dramaturgos...» Es verdad; pero no debe olvidarse que semejantes adornos no son buenos aunque los empleasen ingenios tan esclarecidos

como Calderón, Lope, Rojas..., y debe además tenerse en cuenta que aquello que tan exótico nos parece hoy, era sin embargo cosa corriente en el siglo xvii. En estilo conceptuoso y enrevesado escribía Quevedo hasta cuando escribía de burlas, por el mismo estilo se expresaba Juan Pérez de Montalbán, así predicaba Fr. Hortensio Paravicino, así recomendaba Gracian que se escribiera; y las cartas privadas, los libros piadosos, los documentos oficiales de aquel tiempo contenían frases, conceptillos, retruécanos é hipérboles, no muy distintos de los que esmaltan, ó, mejor dicho, afean en parte el lenguaje dramático de nuestros grandes escritores.

Pero en estos tiempos de cotizaciones y economías en que á duras penas si se le perdona á Castelar su elocuencia; aquí donde es cursi lo poético y soñador sinónimo de tonto; donde, salvo raras, aunque muy honrosas excepciones, la poesía se reduce á prosa rimada y en donde el mejor cuadro de la exposición es una escena de hospital..., aquí, digo, pretender deleitar al público con la fraseología de ángeles, dragones, flores, mariposas y estrellas, es cosa tan fuera de camino como querer escribir un informe forense en seguidillas ó poner en música las tablas de logaritmos.

* * *

Inspirándose en el criterio de la naturalidad y sobriedad dramáticas, ha

escrito el Sr. Feliú y Codina su lindísimo drama *La Dolores*. Nada hay en esta obra primorosa y la más perfecta de la temporada, que traspase los límites de la sencillez. Todo es allí proporcionado, todo está bien dispuesto y calculado; todo marcha fácil y desembarazadamente hacia el fin. De escena en escena crece el interés; el vigor de los tipos no desfallece un punto, la sobriedad del diálogo no se pierde, ni se desmiente jamás la concisión del lenguaje. *La Dolores* revela á un escritor de exquisito gusto, incansable en la tarea de la lima, y que cercena sin piedad cuanto encuentra en su obra de superfluo ó de inútil, sin que le deslumbre ni el sonsonete de los versos ni el falso brillo de las imágenes de oro-pel. En la obra de Feliú no hay análisis, ni antecedentes patológicos, ni complicaciones psicológicas. Su drama no tiende á probar ni á demostrar nada. Vida y pasión son sus dos factores principales. Sus personajes son más bien tipos populares que caracteres complicados; el color es superior al dibujo; lo externo, lo plástico, sobrepuja á la vida interior. *La Dolores* hace sentir, no hace pensar; el deleite de la contemplación no se ve jamás interrumpido con el trabajo reflexivo que otras obras imponen al público.

No entraré yo á aquilatar hasta qué punto es de aplaudir ó de imitar esta falta de trascendencia de la obra del Sr. Feliú. Bien se me alcanza que el carácter de la literatura moderna es otro. En el teatro y fuera del teatro domina el esfuerzo por investigar el senti-

do oculto de las cosas. La lírica camina á cumplir la fórmula anunciada por Lamartine: la novela es un estudio, el teatro el planteamiento de un problema. Así lo han entendido Augier, Musset, Dumas, hijo, entre los franceses; Ayala, Echegaray, Galdós, Sellés, entre los españoles y recientemente Ibsen entre los escritores del Norte. El Sr. Feliú y Codina se aparta á sabiendas de esta dirección y pone su empeño en despertar la pura emoción estética. ¿Quiénes están en lo firme? Cuestión es esta á resolver como dicen los franceses. Por de pronto, el público ha fallado en favor de Feliú.

No faltará, sin embargo, quien considere, más reducida, más pequeña de lo que reclama el actual estado de la literatura, el drama *La Dolores*.

Dentro de estos límites, que pueden parecer algo reducidos, el Sr. Feliú ha hecho una obra maestra. *La Dolores* no es una estatua de bronce ó de granito, pero es una primorosa figura de porcelana. La moza del mesón, el mocito del barrio, el ricacho engreído, el mozo testarudo, el sargento bocachón son otras tantas figuras copiadas del natural á las que no les falta ni el color de localidad, ni el estilo propio, ni el lenguaje adecuado.

Algún lunar hay en la obra: la entrada del barbero en el cuarto de la Dolores no tiene justificación bastante. Si el propósito de la moza es impedir que puedan encontrarse los dos rivales, ¿por qué abre la puerta? ¿A qué conduce aquella entrevista si no es á buscar solución un poco violenta del

conflicto? Algo impropio, demasiado escogido me parece el lenguaje de la protagonista en las últimas escenas; en ellas habla como hablaría en caso igual una dama. Repito, sin embargo, que estos son lunares insignificantes que no quitan valor á la obra. Entre los dramas últimamente estrenados, hay algunos que aventajan á *La Dolores* en grandeza de concepción, en profundidad, en trascendencia; pero son pocos, quizá ninguno, los que puedan competir con el drama de Feliú en el primor de la factura.

La ejecución fué esmeradísima. María Guerrero demostró una vez más que es una verdadera artista. Sus ojos, sus ademanes, su voz, todo obedece á la voluntad de la actriz y corresponde al carácter del personaje. La señorita Guerrero tiene además un cualidad, que es, sin duda, la más esencial de cuantas debe reunir el artista dramático. La actriz del teatro de la Comedia sabe despojarse de su personalidad para revestir la del personaje por ella representado. *La Dolores* es otra mujer distinta de Mariana ó de la monja de *La loca de la casa*. Bien puede asegurarse, sin incurrir en exageración, que es hoy la primera actriz de España.

*
* *
*

Dos años ha próximamente que la prensa de Madrid nos puso el corazón en un puño con el relato de los martirios sufridos por cierta niña. Aquella narración, exornada con horripilantes

pormenores, debió de impresionar vivamente al Sr. Palacio y Valdés, sugiriéndole el pensamiento de escribir una novela sobre tan conmovedor asunto. El tormento de una niña forma el núcleo de la obra última del autor de *Marta y María*. Josefina, fruto de unos amores adúlteros, padece toda clase de bárbaros tormentos infligidos por su madre, ansiosa de vengarse del desvío de su amante, padre de la niña. Los tormentos de la infeliz criatura están narrados con tal lujo de pormenores, que ciertamente horrorizan al lector menos nervioso. Con prolijidad excesiva refiere el Sr. Palacio, cómo Amelia, la madre desnaturalizada, golpea y araña á su hija, cómo la retuerce las orejas, cómo la sacrifica á alfilerazos, cómo la hace limpiar con la lengua los orines con que la niña atemorizada mancha la alfombra, y cómo, finalmente, la arroja al sótano después de despedazarla los dedos con las junturas de la puerta.

Si el autor con esta dolorosa historia se ha propuesto horrorizar á los lectores, ha conseguido con creces su propósito. La emoción estética que debiera producir la lectura de la novela, se convierte en tormento insoportable, y el lector experimenta algo de aquel movimiento de repulsión que nos causó recientemente la lectura de los pormenores con que los *reporters* nos han referido las circunstancias del crimen del Escorial ó las circunstancias con que suelen adornar la descripción de una ejecución en garrote vil.

En torno del grupo que forma la

adúltera, su amante y la niña desventurada, se mueve un número bastante crecido de personajes á cual más ridículo y extravagante: el marica, ente asqueroso cuyas cualidades bien claramente están indicadas con su apodo, el barón y D. Diego personajes tan grotescos como innecesarios, las dos hermanas, Nuncita y Carmelita que recuerdan algo, por lo extravagantes, á Fimouka y Fomouka de *Tierras virgenes* y otros muchos tipos á cual más estrambótico y caricaturesco. Si aquellas gentes son retrato fiel de los habitantes de alguna ciudad verdadera, oculta por el autor bajo el nombre de Soncia, preferible sería vivir entre salvajes que habitar en ella. No se encuentra en toda la novela ni un solo personaje simpático: el que no es tonto es un embustero de marca mayor, y el que no es un pillo redomado es un imbécil, incapaz de sacramentos. Hasta Fernanda, la persona más *espiritual* de la

novela, produce un verdadero desencanto cuando después de embriagarse para mitigar sus celos, se entrega al bárbaro de D. Santos, modelo acabado de estupidez y grosería.

Echase de ver también en la novela olvido de la unidad, sobra de episodios innecesarios, sucesión de cuadros fatigosos é inútiles y poco acierto en la creación de caracteres. No falta, sin embargo, en ella cierta amenidad, grajeo para pintar algunas escenas, arte en el narrar y en el describir, habilidad para el manejo del diálogo, estilo variado y agradable y lenguaje fácil aunque incorrecto; pero todas estas cualidades no son bastantes para colocar *El Maestrante* en la categoría de las demás novelas del mismo autor.

Por esta vez, el notable novelista Sr. Palacio y Valdés, ha quedado muy por bajo de su merecida y envidiable reputación.

F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Taine</i> , por Pablo Bourget.....	5
<i>Rima</i> , por F. Rivas Frade (Colombiano).....	39
<i>La pintura en los países bajos</i> , por H. Taine.....	40
<i>El salón del barón Gérard</i> , por Sofía Gay.....	121
<i>La salud</i> , por John Lubbock.....	133
<i>De dónde viene el mal</i> , por el conde León Tolstoy.....	142
<i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal</i> , por César Lombroso.....	144
<i>La escuela criminalista positiva</i> , por Enrique Ferri.....	159
<i>El estado y la reforma social por Eduardo Sanz Escartín</i> , por Julio Puyol..	185
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	190
<i>Impresiones literarias</i> , por F. Villegas.....	202

